

UNIVERSIDAD NACIONAL
CONSEJO CENTRAL DE POSGRADO

DOCTORADO INTERDISCIPLINARIO EN LETRAS Y ARTES
EN AMÉRICA CENTRAL

LAS MUJERES Y LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS
EN CENTROAMÉRICA: UN ESPACIO DE RESISTENCIAS
Y DE SUBJETIVIDADES FEMENINAS

TERESA FALLAS ARIAS

TESIS
6283

CAMPUS OMAR DENGO
HEREDIA, COSTA RICA

2007

**UNIVERSIDAD NACIONAL
CONSEJO CENTRAL DE POSGRADO**

**DOCTORADO INTERDISCIPLINARIO EN LETRAS
Y ARTES EN AMÉRICA CENTRAL**

**LAS MUJERES Y LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS
EN CENTROAMÉRICA: UN ESPACIO DE RESISTENCIAS
Y DE SUBJETIVIDADES FEMENINAS**

TERESA FALLAS ARIAS

HEREDIA, COSTA RICA

JULIO 2007



Tesis sometida a consideración del Tribunal Examinador de Posgrado en el Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en América Central con mención en Literatura y Semiótica Cultural, para optar al grado de doctora.

Signalado por el Dr. Rodrigo de Barras



Devuelva este libro en la última
fecha indicada

BIBLIOTECA ESPECIALIZADA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL
DEVOLVER EL:
* 25 SET. 2008 *

BIBLIOTECA ESPECIALIZADA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL
DEVOLVER EL:
* 23 OCT. 2009 *

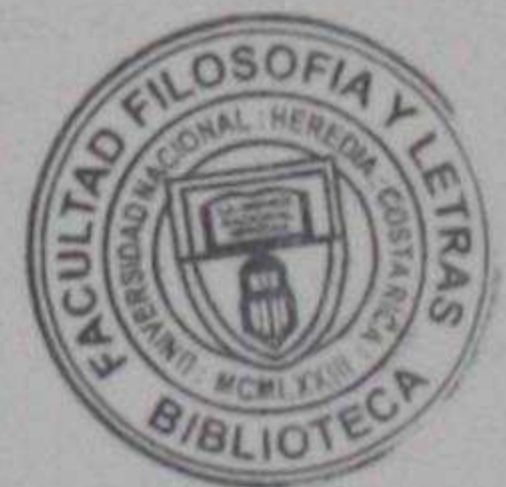
BIBLIOTECA ESPECIALIZADA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL
DEVOLVER EL:
* 11 SET. 2010 *

BIBLIOTECA ESPECIALIZADA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL
30 ABR. 2016
DEVOLVER EL:

TÍTULO DE LA TESIS

**LAS MUJERES Y LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS
EN CENTROAMÉRICA: UN ESPACIO DE RESISTENCIAS
Y DE SUBJETIVIDADES FEMENINAS**

TERESA FALLAS ARIAS



Tesis presentada para optar al grado de doctora en el Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en América Central, con Mención en Literatura y Semiótica Cultural. Cumple con los requisitos establecidos por el Consejo Central de Posgrado de la Universidad Nacional. Heredia, Costa Rica.

Miembros del Tribunal Examinador

p/ Alexa Juquila Bruck
Presidente Consejo Central de Posgrado

Patricia Ferrazaga
Director PPG

Yohana Coronado
Tutora

M. Zola
Asesora

Vanessa Flores
Asesora

Olivera Tallas
Sustentante

Resumen

Esta investigación abarca un período de sesenta y cinco años de escritura autobiográfica en Centroamérica dentro del cual analizo los textos de las escritoras más representativas de la región. Inscritas en distintas modalidades autobiográficas y desdobladas en voces narrativas o en sujetos de enunciación, las autobiógrafas logran configurar la subjetividad femenina en tres períodos históricos conflictivos. En el primero, que va desde 1940 hasta la década de los sesenta, se estudian las obras de las precursoras escritas durante la época de preguerra cuando se incubaba el descontento popular en el área. En el segundo capítulo, correspondiente al período caracterizado por la guerra, se examinan los testimonios de las guerrilleras publicados en las décadas del setenta y ochenta. El tercer capítulo escudriña los textos autobiográficos femeninos escritos en los años noventa y los primeros años del siglo XXI; una época de posguerra, signada por el desencanto político.

La búsqueda de una nueva subjetividad femenina lleva a las autobiógrafas a explorar múltiples estrategias discursivas con las que desmantelan el sistema de dominación masculino; un poder que suprimió la historia de las mujeres de la memoria colectiva y de la historia regional. Posicionadas en el proceso histórico de compromiso y lucha política, por el que atraviesa Centroamérica, se resisten a la usurpación histórica-cultural reivindicando sus propias versiones como gestoras, militantes y partícipes de las transformaciones sociopolíticas en sus respectivos países. Con sus escrituras logran recuperar espacios materiales y simbólicos al potencializarse en puntos de resistencia al poder, desde los que plantean su propia subjetividad. Una subjetividad que no es esencialista, u homogénea, sino metamorfósica, inconclusa, nomádica, como lo es, también, la narrativa autobiográfica femenina: una poética en devenir; una poética de la travesía.

Abstract

This research analyzes sixty five years of female autobiographic writing in Central America and bring to light the most representative female writers in the region. Following different autobiographic styles, unfolded in narrative voices or in subjects of enunciation, they succeed in shaping female subjectivity in three conflictive historic periods. The first chapter analyzes the pioneers' texts written before war time (1940-1960), when the popular discontent incubated. The second chapter focuses on the war period. It studies testimonies of the female guerrilla fighters published during the seventies' and eighties'. Chapter three explores the female autobiographic texts written in the nineties and the beginning of the 21st century. These works belong to a post-war period that is characterized by political disenchantment.

The search for a new female subjectivity drives these women to explore different discourse strategies through which they dismantle a masculine system of domination: a power that suppressed women's history from the collective memory and regional history. Highly involved and committed to Central American historical and political struggles, these women resist the historical and cultural usurpation. Thus, they vindicate their own versions of these conflicts as agents, militants, and participants of the socio-political transformations in their respective countries. With their works, these women recovered material and symbolic spaces by promoting points of resistance to power, from which they set up their subjectivity, a subjectivity that is neither essentialist or homogeneous, but metamorphic, unlimited, nomadic, just like the autobiographic female narrative that they produce: a drifting poetic; a wandering poetic.

AGRADECIMIENTOS

A la doctora Gabriela Chavarría, tutora de esta investigación, a ella mi reconocimiento por sus atinadas observaciones y sugerencias.

A la doctora Vanessa Fonseca, lectora y amiga, por escucharme y alentarme en todo momento.

A la doctora Magda Zavala, lectora, por sus observaciones y por ser la creadora y promotora del DILAAC.

A Aida Fallas, hermana, amiga, confidente y cómplice.

A Yadira Calvo, por poner en escena el concepto de “sororidad” al abrirme su casa y su biblioteca en una indagación ya lejana y en esta larga travesía.

DEDICATORIA

A mis nietos Emilio, Rodolfo, Fabián y Camilo.
A ellos de cuyos juegos, risas, travesuras y
fantasías, me privé el tiempo que me di en mi
escritura.

ÍNDICE

| | Página |
|----------------------------------------|--------|
| Introducción..... | 2 |
| Hipótesis..... | 7 |
| Estudios Precedentes..... | 8 |
| Perspectivas teórico-conceptuales..... | 14 |

I Capítulo

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Las precursoras de las escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica..... | 28 |
| 1. Novelas autobiográficas, memorias y autobiografías..... | 31 |
| 2. Somos mujeres hondureñas, salvadoreñas... centroamericanas..... | 37 |
| 3. Desmantelamiento de los bastiones patriarcales..... | 49 |
| 4. Escribo, escribes, escribimos: soy escritora, somos... .. | 66 |
| 5. Entre la transgresión y la censura: el cuerpo femenino..... | 81 |

II Capítulo

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| Los testimonios femeninos: entre ser contadas o contarse desde la diferencia sexual..... | 93 |
| 1. Los testimonios femeninos: nuevas prácticas de escrituras autobiográficas en tiempos de guerra..... | 97 |
| 2. Mujeres-escrituras comprometidas con su pueblo y con su época..... | 109 |
| 3. La resistencia femenina o la subversión del sistema patriarcal..... | 121 |
| 4. Rastreo de una voz-lenguaje-escritura propia..... | 135 |
| 5. Cuerpo expropiado, cuerpo tomado, cuerpo de dolor..... | 143 |

III Capítulo

| | |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| Entre exculpaciones, autocríticas y desencantos políticos: la perspectiva de género y la irrupción del erotismo..... | 155 |
| 1. Otras/las mismas autoescrituras: los testimonios, las memorias, las autoetnografías..... | 159 |
| 2. Recuperación del contexto histórico de guerra desde una perspectiva de posguerra..... | 164 |
| 3. De exculpaciones, autocríticas y desencantos políticos..... | 173 |
| 4. Militantes de la guerrilla y de la liberación femenina..... | 183 |
| 5. El juego con las teorías y los teóricos o el deseo de subvertir la noción tradicional del sujeto..... | 200 |
| 6. De escrituras, autorías y placeres textuales-sexuales..... | 213 |
| 7. Entre una corporalidad desconocedora del placer sexual: la irrupción del cuerpo erotizado..... | 229 |
| (In) conclusiones | |
| Más allá o más acá de la esencia femenina: las heterogeneidades, las diversidades, las subjetividades..... | 244 |
| Bibliografía..... | 254 |

Descriptorios

Literatura Centroamericana

Escritura autobiográfica femenina

Testimonios femeninos

Subjetividad femenina

Corporalidad femenina

Escritura de resistencia.

**LAS MUJERES Y LAS PRÁCTICAS DE ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS
EN CENTROAMÉRICA: UN ESPACIO DE RESISTENCIAS
Y DE SUBJETIVIDADES FEMENINAS**

"Se nos arrebatan las armas conceptuales y de reconocimiento: la palabra, la tradición, la genealogía, la imagen, la legitimidad, el derecho. Por ello es tan importante el que aparezcan modelos, historias, figuras, evidencias discursivas, que sirvan de base para crear lugares de visibilidad y reconocimiento. No tanto modelos a seguir, como pruebas, usos, ejemplos, complicidades, que evidencien que la tarea de construir el propio rostro no es una empresa siempre inexistente y recomenzada en solitario por cada mujer, frente a la indiferencia o la franca animadversión de toda una historia que nos anula."

Rosa Rodríguez Magda. Foucault y la genealogía de los sexos.

INTRODUCCIÓN

"es tiempo de que hablemos nosotras a propósito de nosotras mismas."

Christiane Olivier. Los hijos de Yocasta.

Las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica tienen un largo, persistente y progresivo recorrido desde la década de los cuarenta del siglo XX hasta hoy.¹ Las escritoras se autorrepresentan a través de diferentes modalidades de autoescrituras entre las que se encuentran las novelas autobiográficas, las memorias, los testimonios, las autobiografías, las autoetnografías. Con sus obras irrumpen en una sociedad donde las mujeres habían sido representadas: simbólica, jurídica y políticamente por los varones quienes, convertidos en sus portavoces, les negaron la condición de sujetos sociales y omitieron las necesidades, las experiencias y las perspectivas femeninas. Estas mujeres se rebelan a que su existencia y experiencia sean subsumidas en las masculinas al reclamar, inscritas en el momento histórico que les corresponde vivir, el derecho y el poder de autorrepresentarse. Es una travesía en búsqueda de una nueva subjetividad a la que cartografían mediante diversas estrategias textuales con las que desmantelan el orden patriarcal y se van apropiando, gradualmente, de sus cuerpos. Es un proyecto en el que recrean su historia particular al posicionarse como sujetos de compromiso y de lucha política en el contexto histórico de sus respectivos países; un espacio que se transforma conforme penetra, se desarrolla y se consolida el capitalismo en la región.

La investigación parte del concepto histórico político de Centroamérica que, en este caso, se circunscribe a cuatro de sus países: Honduras, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. A estos países los vincula una historia común desde la colonización por su pertenencia al Virreinato de Guatemala.² Esa relación se vio acentuada con la conformación de estados

¹ La primera producción autobiográfica femenina en Centroamérica aparece en 1942-1943, año en el que la novela autobiográfica Peregrinaje, es laureada con el Primer Premio en el Concurso Latinoamericano 1942-1943, patrocinado por Farrar & Rinehart.

² Se entiende por Centroamérica a los cinco países que fueron parte del Reino de Guatemala en el período colonial. Quedan fuera Panamá y Belice que son parte de América Central área que, geográficamente, incluye las islas del Caribe y otros territorios adyacentes, como lo expone Héctor Pérez en la introducción de su libro Breve historia de Centroamérica. En lo referente a Belice tiene una historia distinta a la de los restantes países centroamericanos por ser una colonia inglesa hasta 1981, año en el que obtiene la independencia. Respecto a Panamá su historia está ligada al canal interoceánico y durante la colonia fue parte del Virreinato de Nueva

nacionales represivos y con regímenes dictatoriales durante el siglo XX. La inestabilidad política que sufrió la región, como consecuencia de las dictaduras de Tiburcio Carías, Jorge Ubico, Maximiliano Hernández Martínez y Anastasio Somoza, consolidó el autoritarismo lo que implicó la profesionalización de las fuerzas armadas en esos países. Esta acción fue respaldada, monetaria y logísticamente, por el gobierno de Estados Unidos y también por la United Fruit Company (UFCO), en los países en los que se instaló esta compañía transnacional. Desde el principio estas tiranías provocaron el descontento popular que derivó, posteriormente, en distintos movimientos revolucionarios en el área. El despotismo impidió el ejercicio democrático por lo que en Nicaragua, Guatemala y El Salvador se impuso la guerra como única opción para lograr una apertura democrática. Honduras, con una base militar estadounidense enclavada en su territorio, comparte una historia de dictaduras y se ha visto involucrada en las guerras de los países vecinos.

Esa relación histórico-política que une a los cuatro países citados excluye a Costa Rica. Este país desde la conformación del Estado-Nación ha tenido una relativa estabilidad al promover gobiernos más representativos e impulsar otros sistemas de participación política, hechos que lo han mantenido alejado de grandes conflictos internos lo que le ha ganado la reputación de pacifista.³ Ese predicamento trasciende las fronteras como se comprueba en los comentarios de algunas autobiógrafas quienes visualizan a Costa Rica como una isla de paz tal cual es aún recreada, ilusoriamente, por un discurso nacional imaginario que se quiere eterno.⁴

Granada, luego de la Gran Colombia y de la República de Colombia hasta alcanzar su independencia en 1903, autonomía que obtiene con la ayuda de Estados Unidos, país interesado en el proyecto canalero. Véase Centroamérica: su Historia, de Elizabeth Fonseca. La desvinculación de Panamá de los otros países centroamericanos también la percibe Gioconda Belli en sus memorias cuando reconoce: "Los panameños padecían de una nacionalidad confusa, de un destino marcado por el canal que los partía en dos y los abría hacia todas las latitudes, las razas y los comercios exóticos de la India, de China, de Indonesia" (Belli 2001,147).

³ En los libros de Historia Centroamericana de Pérez y Fonseca los autores reconocen la diferencia entre Costa Rica y sus vecinos. Sobre el excepcionalismo costarricense véase el libro otros amenazantes, de Carlos Sandoval y el libro La institucionalidad ajena, en el que Manuel Solís comenta sobre la supuesta excepcionalidad costarricense y la neutralización de graves conflictos y grandes derramamientos de sangre en Costa Rica, con la reforma social de la década de los cuarenta. En el cuarto capítulo Solís alude al discurso imaginario que recrea la Costa Rica de ese entonces como un oasis, una arcadia "algo más que Jauja: una agencia del Paraso Terrenal" (181).

⁴ En los comentarios hechos por Gioconda Belli, en El país bajo mi piel, se constata la visión estereotipada que tiene sobre Costa Rica "entré en contacto con el aspecto más jovial y amable del carácter costarricense, el que ha hecho de ese país una isla de paz en la atormentada Centroamérica" (188). Esa imagen la vuelve a reiterar pero para lamentarse de no poder escribir porque, según confiesa, "Costa Rica no lograba despertarme. Demasiado plácida. Hasta las vacas parecían puestas a propósito en el paisaje bucólico y

No es extraño que sea en los países con regímenes dictatoriales-patriarcales u ocupados por fuerzas foráneas, en los que surgen y se despliegan las autoescrituras femeninas de resistencia. En estos textos autobiográficos las mujeres centroamericanas revelan las estrategias generativas de la autorrepresentación mediante las cuales se posicionan, como sujetos y agentes históricos de cambio en Centroamérica, en tres escenarios distintos: mientras se incubaba el descontento popular; durante la lucha antidictatorial de los movimientos insurgentes y en la época de posguerra o de desencanto político, secuela de las escasas conquistas revolucionarias.

En el período que se extiende desde 1940 hasta finales de los años sesenta, y que corresponde al primer capítulo, se estudian las obras de las precursoras de la escritura autobiográfica quienes escriben sobre las experiencias vividas en las primeras décadas del siglo XX. Son los primeros intentos de las mujeres centroamericanas por develarse a sí mismas. En estos escritos anticanónicos señalan las estrategias urdidas para recrear una nueva subjetividad, a partir de ellas mismas, a la vez que expresan el descontento popular ante el despotismo y las políticas capitalistas, causantes de un clima de preguerra en el Istmo. Las obras analizadas en este período son la novela autobiográfica Peregrinaje (1943), de la escritora hondureño-guatemalteca Argentina Díaz Lozano, Memorias de Oppède (1945) y Memorias de la rosa (1946), de la escritora salvadoreña Consuelo Sunsín y la Autobiografía de Lucila Gamero de Medina (1952), de la escritora hondureña conocida con el mismo nombre.⁵ También la memoria poética Tierra de infancia (1959), de la salvadoreña Claudia Lars, y El angosto sendero (1971), novela autobiográfica de, la también salvadoreña, Amparo Casamalhuapa.⁶ A pesar de la búsqueda bibliográfica en

tranquilo. Echaba de menos los atardeceres furibundos, los árboles enmarañados, las cañadas y los aguaceros. Costa Rica se me hacía agua mansa, leve como la llovizna de San José” (199). Una visión semejante, aunque despectiva, tiene la guatemalteca Aura Marina Arriola, en Ese obstinado sobrevivir. Así se aprecia cuando comenta: “partí a Costa Rica (...) Pero a mí Costa Rica me deprimió mucho. Tanta tranquilidad sofocante y clasemediera me angustiaban” (104).

⁵ En el libro Historia y ficción educativa en la narrativa de las mujeres, Seidy Araya cita, entre las obras de Argentina Díaz Lozano, otra novela autobiográfica titulada 49 días en la vida de una mujer, obra que se desarrolla en el contexto histórico guatemalteco. Aunque se realizaron numerosos intentos por conseguirla no fue posible encontrarla y Araya dice no poseer la novela.

⁶ Si bien el texto de la escritora salvadoreña Amparo Casamalhuapa es publicado en los setenta fue escrito en los sesenta y como lo consigna la autora, en las primeras páginas de El angosto sendero, los hechos relatados sucedieron entre 1910 y 1940.

bibliotecas y con especialistas de la literatura centroamericana no se encontraron autobiógrafas en Nicaragua ni en Guatemala durante este período.⁷

Los testimonios femeninos, publicados durante las décadas setenta y ochenta, son las formaciones discursivas analizadas en el segundo capítulo. En esta modalidad autobiográfica, también denominada literatura de guerra, se estudian las estrategias discursivas de las guerrilleras por posicionarse como sujetos políticos desde el momento en que se incorporan y participan en los movimientos insurgentes. Contrarias a las dictaduras y a la intrusión extranjera en el área estas combatientes luchan no sólo contra el ejército de sus respectivos países, del que el gobierno de Estados Unidos es aliado, sino por la defensa y la apropiación de sus cuerpos, vejados y violados por miembros del aparato represivo, mientras son cautivas en las cárceles oficiales o clandestinas. En estas obras se percibe la lucha de las mujeres al empuñar las armas contra los gobiernos autoritarios y los basamentos del orden dictatorial-patriarcal.

En la búsqueda de una subjetividad, acorde a sus propias experiencias, las testimoniadas exploran nuevas estrategias, como se percibe en los testimonios Las cárceles clandestinas (1978), de Ana Guadalupe Martínez y Nunca estuve sola (1988), de Nidia Díaz; ambas salvadoreñas. Igualmente en Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia (1983), de la guatemalteca Rigoberta Menchú y transcrito por Elizabeth Burgos y en No me agarran viva (1987), obra de Claribel Alegría y D. J. Flakoll. Los testimonios emergen en los países centroamericanos que están en guerra con excepción de Nicaragua país en el que no se encontró, en las décadas señaladas, ningún testimonio femenino privativo pese a la búsqueda bibliográfica. Resulta paradójico que en Nicaragua, país en guerra, no se publicara ningún testimonio de las guerrilleras involucradas en el movimiento sandinista. Es probable que el manual de Margaret Randall “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?”, texto promovido y patrocinado por el Ministerio de Cultura Sandinista para el taller sobre historia oral de esa entidad, anulara la escritura testimonial individual de las guerrilleras

⁷ Pese a la búsqueda en la biblioteca de la Universidad de San Carlos y en la Universidad Rafael Landívar no se encontraron prácticas de escritura autobiográfica femenina en Guatemala. El escritor y estudioso de la literatura centroamericana el guatemalteco Francisco Méndez, tampoco supo dar razón si hay alguna publicación perteneciente al ciclo de las precursoras. En Nicaragua tampoco se encontraron escritoras autobiográficas durante esta época.

nicaragüenses durante dos décadas. De manera similar se pudieron ver afectadas por los testimonios colectivos Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy... (1980), ... y también digo mujer (1984), textos transcritos por la misma autora; voz con autoridad sobre ese tipo de literatura.⁸ Es posible, además, que la anulación de la escritura testimonial femenina se viera reforzada con el triunfo revolucionario porque, gravitando la transformación de la sociedad nicaragüense del éxito del gobierno sandinista, las mujeres participantes de la gesta heroica se dedicaron a respaldarlo, posponiendo la escritura de sus vivencias como militantes de la insurgencia.

En el tercer capítulo se estudian los textos de las autobiógrafas publicados entre la última década del siglo XX y los primeros años del XXI. La transición de una época de guerra a una de paz, aunque esa paz sea relativa, propició las autoescrituras femeninas que se incrementaron y se pusieron de moda en la región. Por la apropiación del contexto histórico-político y el replanteamiento que hacen de la subjetividad femenina se eligieron dos de las modalidades empleadas en los capítulos anteriores: el testimonio Mujeres en la alborada (1998), de la guatemalteca Yolanda Colom y las Memorias de amor y guerra como subtítulo Gioconda Belli a su libro El país bajo mi piel (2001). La nueva variación autobiográfica es la autoetnografía: Ese obstinado sobrevivir (2000), de la guatemalteca Aura Marina Arriola. Estas escritoras, distanciadas de los sucesos que conmovieron la región durante décadas, rememoran, inmersas en el desencanto político y la autocrítica, el tiempo en que fueron partícipes y gestoras de la revolución en sus respectivos países.

Militantes de la guerrilla y de la liberación femenina estas autobiógrafas disponen de la perspectiva de género para replantear la subjetividad femenina mediante diversas estrategias desconstructivas del sistema androcéntrico. La focalización retrospectiva de la época de guerra y de la subsiguiente a la firma de los Acuerdos de Paz -perspectiva de la que no dispusieron las testimoniantes del período anterior por combatir y escribir casi al mismo tiempo- les confiere un criterio más amplio para juzgar los hechos acaecidos.⁹

⁸ Por ser una investigación que versa sobre la configuración de una nueva subjetividad femenina a partir de la escritura autobiográfica privativa no se estudian los testimonios colectivos. Este tipo de escritura es una veta por explorar en futuros análisis que se realicen sobre esa temática.

⁹ Los Acuerdos de Paz se firman en enero de 1992 en el caso salvadoreño y en diciembre de 1996, en lo que respecta a Guatemala. Véase Centroamérica: su historia, de Elizabeth Fonseca.

Si bien el desencanto político y la autocrítica se encuentran en la literatura centroamericana de posguerra en general, en el caso de la escritura autobiográfica esos rasgos se enfocan desde una perspectiva de género porque las autobiógrafas señalan no sólo a los causantes del fracaso político-ideológico sino a los sustentadores de la asimetría hombre/mujer en la sociedad. En ese sentido, acusan con nombres y apellidos a los gobernantes que, con el poder en sus manos, no realizaron las transformaciones proyectadas por la revolución. La criticidad la dirigen contra el sistema falocéntrico al comprobar que las relaciones de poder revolucionarias no difieren de las dictatoriales; que la discordancia se mantiene inalterable en la sociedad centroamericana de posguerra. Además, estas mujeres logran trascender el desencanto político manteniendo vivos los ideales por los que combatieron, sin permitir que el desánimo las haga claudicar en su lucha contra el poder excluyente.

Las interrogantes orientadoras de la indagación y que se intentan dilucidar con el desarrollo de los capítulos son las siguientes: ¿Logran las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas, desplegadas en distintas modalidades e inscritas en el contexto histórico centroamericano de diferentes épocas, dismantelar el orden patriarcal?¹⁰ ¿Configura esta narrativa una poética de resistencia femenina?¹¹ ¿Son las estrategias empleadas en los textos autobiográficos formas generativas de autoconocimiento? ¿Consiguen las autobiógrafas rescatar su autoría, apropiarse de su cuerpo y configurar una nueva subjetividad femenina?

Todas estas preguntas se encadenan para plantear la hipótesis que fundamenta la investigación: Las escrituras autobiográficas femeninas producidas en Centroamérica a lo largo de seis décadas y desplegadas en diferentes modalidades de escrituras (novelas autobiográficas, memorias, autobiografías, testimonios, autoetnografías...) representan las

¹⁰ Sobre las distintas modalidades de autoescritura se reflexionará en cada uno de los capítulos para probar que esas variaciones responden a estrategias que adoptan las escritoras en las diferentes épocas históricas para contarse.

¹¹ El género autobiográfico está asociado, tradicional e históricamente, con la escritura y el protagonismo masculino. Tanto hombres de estado, como militares, ministros, exploradores y hombres de negocios buscaron con sus autobiografías la permanencia y la inmortalidad; una especie de consagración en un nivel similar a las estatuas o monumentos. Según Georges Gusdorf, la autobiografía ha sido una preocupación del hombre occidental que, al tomarse a sí mismo como sujeto y objeto del relato, se considera digno de ser recordado (Gusdorf 10-11).

búsquedas de una nueva subjetividad en las cuales las mujeres se autoexploran, interna como externamente, descubriendo puntos de anclaje para posicionarse y configurarse como sujetos en un determinado contexto histórico.

ESTUDIOS PRECEDENTES

La investigación de las escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica, a lo largo de sesenta años, descubre una veta poco explorada, con excepción de los testimonios femeninos sobre los que se han realizado numerosas críticas literarias y se ha teorizado dentro y fuera de las fronteras centroamericanas. Sin embargo no se ha realizado ningún análisis en el que se estudie la configuración de la subjetividad femenina en el corpus que se indaga, como se comprueba al revisar los antecedentes bibliográficos sobre la literatura testimonial.

La Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana con sede en la Universidad Nacional (UNA), ha promovido el estudio de la literatura escrita por mujeres como lo corroboran algunas tesis realizadas para ese posgrado en las que se analizan, desde la teoría feminista, la perspectiva de género y el desconstruccionismo, algunos textos de las escritoras del área. Entre esas investigaciones sobre poesía, relatos y novelas, destaca la tesis Hogar y Nación en el género testimonial centroamericano: El caso de Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia y el caso de Este es mi testimonio: María Teresa Tula, luchadora pro-derechos humanos en El Salvador (2000), de Ivannia Barboza. Aunque en dicha tesis se considera la formación de la subjetividad femenina en Menchú, una de las testimoniadas analizadas en esta investigación, la autora enfatiza en la absorción que ejerce la colectividad sobre lo personal-individual, mientras que en este análisis se explora la subjetividad privativa; una perspectiva que introduce la relación problemática entre la informante y la transcritora del testimonio, mediación que complica la lectura de ese texto en el que Menchú es contada.

Sobre las generalidades del testimonio se encuentran varias obras analíticas. Entre ellas Literatura testimonial. Análisis del discurso periférico (1996), de Francisco Theodosiadis. El interés por este texto deriva de la relación que establece el autor entre la autobiografía y el testimonio. La memoria en el espejo. Aproximación a la literatura testimonial (1998), de Carmen Ochando es otro de los libros considerados por estudiar los mecanismos para

institucionalizar al género testimonial y reseñar un método de análisis. La semiótica del testimonio: signos textuales y extratextuales (2001), es un artículo de Nicasio Urbina en el que el estudioso identifica los diferentes significantes que entran en juego en la literatura testimonial. Este análisis interesa en la medida en que expresa la posibilidad de leer el testimonio como autobiografía y por los señalamientos sobre lo enmarañado que resulta clasificar, en determinado género, algunos textos ambiguos como los que se investigan.

“La verdad y otras ficciones: visiones críticas sobre el testimonio centroamericano”, de Beatriz Cortez, es uno de los artículos de la Revista virtual ISTMO (2001), ejemplar dedicado a ese tipo de literatura.¹² Las referencias que hace la autora sobre las contradicciones de los teóricos que se dicen y se desdicen sobre el término testimonio resulta significativo para la investigación. También destaca en la misma revista el estudio “Realidad y ficción en el testimonio centroamericano”, de Werner Mackenbach, en el que analiza algunas de las obras del corpus de esta investigación y alude al carácter difuso entre el testimonio y la autobiografía.

De los estudios sobre la literatura testimonial femenina interesa, especialmente, Otros testimonios: Voces de mujeres centroamericanas (2001), libro compilado por la escritora hondureña Amanda Castro. Este libro es fundamental para tener un panorama general de los testimonios femeninos y las críticas sobre ellos. En este texto destacan los estudios “Instancias tradicionales y ampliación de espacios privados en un testimonio salvadoreño”, de María del Mar López-Cabrales y “Don’t Be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the Heart”, de Isolina Ballesteros.

Una de las publicaciones esenciales sobre el testimonio es el libro La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa, de John Beverley y Hugo Achugar (2002). Esta obra es de las más consultadas en esta investigación porque en ella exponen sus teorías y análisis, sobre la literatura testimonial centroamericana, académicos estadounidenses y latinoamericanos. Entre ellos Margaret Randall con el texto “¿Qué es y cómo se hace un testimonio”, Frederic Jameson con el artículo “De la sustitución de importaciones literarias y culturales en el tercer mundo: El caso del testimonio” y Doris Sommer con el documento “Sin secretos”. Además se encuentra el artículo de Antonio Vera León “Hacer hablar: la

¹² Véase este ejemplar de la revista ISTMO para comprobar, en la bibliografía adjuntada por los diferentes articulistas, los numerosos estudios que se han escrito sobre la literatura testimonial centroamericana, aunque ninguno desde la perspectiva de esta investigación.

transcripción testimonial”, lo mismo que “Testimonio y concientización” de George Yúdice. También “El otro de Rigoberta: Los testimonios de Ignacio Bizarro Ujpán y la resistencia indígena en Guatemala”, de Marc Zimmerman.

Otro de los textos sobre la escritura testimonial es el Primer coloquio internacional sobre literatura y testimonio en América Central (2003). En esta obra se reúnen decenas de análisis sobre literatura testimonial. Son de especial interés el “Manifiesto Testimonial”, de Rafael Lara Martínez, el artículo de Arturo Arias “La controversia en torno a Rigoberta Menchú” y la propuesta de Sheila Candelario “El texto en el cuerpo: memoria histórica e imagen testimonial”. Uno de los textos que viene saliendo de la imprenta es Voces del silencio. Literatura y testimonio en Centroamérica (2006), libro compilado por José Domingo Carrillo y Lucrecia Méndez de Penedo. Es un libro que contiene críticas literarias sobre el testimonio escrito tanto por hombres como por mujeres y una bibliografía copiosa sobre este género.

Si bien la escritura testimonial en la región continúa en constante productividad, paradójicamente declinó el interés de los teorizadores de la academia metropolitana por este tipo de literatura. Percibido en sus comienzos como una representación de formas de resistencia y de lucha política, ante la crisis presentada por los partidos políticos tradicionales, el testimonio ha dejado de interesar a los especialistas quienes, escépticos, no ven “con la misma euforia sus posibilidades transformadoras” (Beverley 2002, 27). El testimonio centroamericano dejó de ser atrayente para la academia metropolitana, aunque se sigan publicando obras inscritas bajo ese término. La inercia y el desgano de los académicos estadounidenses, respecto al testimonio, se evidencia con la discusión Menchú/Stoll en la que se empantanaron por un largo período para terminar seleccionando, facultando y autorizando a estudiosos centroamericanos.

Con algunos pretextos, que antes no fueron ningún obstáculo para teorizar sobre los testimonios publicados en Centroamérica, le concedieron a Arturo Arias ser el suplente. Esa oportunidad fue aprovechada por el escritor guatemalteco quien desmonta en su libro La controversia en torno a Rigoberta Menchú, no sólo el discurso de Stoll respecto a Menchú sino el de los académicos estadounidenses en relación con los sujetos subalternos, como se aprecia en el artículo bajo el mismo título y publicado en el Primer coloquio

Internacional sobre Literatura y testimonio en América Central.¹³ Esa crítica la había realizado años antes al cuestionar: “los intelectuales de los centros metropolitanos del llamado Primer Mundo siguen hablando por los centroamericanos. Los intelectuales del Istmo siguen sin tener voz. Existe gran discusión en torno al texto de Menchú pero, ¿cuántos centroamericanos, mayas o no, son invitados a participar en la misma?” (Arias 1998, 317).

Si los testimonios femeninos han sido estudiados, las novelas autobiográficas, las memorias, las autobiografías y las autoetnografías, no han corrido la misma suerte. Han sido relegadas en los análisis literarios como se comprueba al estudiar los antecedentes bibliográficos de estas modalidades de las escrituras autobiográficas femeninas y se descubren unos cuantos ensayos y algún texto respecto al tema en estudio. Uno de los libros que sobresale es La novela femenina contemporánea. Hacia una tipología de la narración en primera persona, de Biruté Ciplijauskaitė. Interesa el análisis que hace la autora sobre las novelas autobiográficas donde la protagonista es no sólo mujer, sino escritora como es el caso de algunas de las autobiografías analizadas en esta investigación.

Entre los artículos destaca “La autobiografía y el testimonio” (2000) de Nory Molina, en el que propone una comparación entre las autobiografías campesinas costarricenses, publicadas en varios tomos por la EUNA en 1982, con los testimonios escritos en otros países del área. Aunque, según Molina, Centroamérica posee una rica producción autobiográfica y testimonial, con la cual las mujeres intentan superar los espacios asignados socio-culturalmente, ésta ha sido poco estudiada.

Sobre el libro El país bajo mi piel de Gioconda Belli, escribe Ana Patricia Rodríguez en “Memorias del devenir: Belli, Cardenal y Ramírez” (2002). Este artículo se refiere a las diferencias y las semejanzas entre los distintos autores citados en el título, según la analista, en este tipo de escritura se diluyen los límites entre lo histórico personal y lo histórico nacional.

Otro de los textos estudiados, en lo que atañe a los antecedentes bibliográficos, es Afrodita en el trópico: Erotismo y construcción del sujeto femenino en obras de autoras

¹³ En “la controversia en torno a Rigoberta Menchú”, Arturo Arias comenta la forma en que la academia estadounidense acaparó el debate Menchú-Stoll por mucho tiempo, polémica de la que estuvieron “excluidos los propios guatemaltecos y centroamericanos. De allí que el profesor Zimmerman me hiciera el pase, dada su

centroamericanas (1999), libro compilado por Oralia Preble-Niemi en el que diferentes especialistas hacen un recorrido por la literatura escrita por mujeres centroamericanas destacando la obra de Gioconda Belli, como una escritura despojada de inhibiciones para referirse al erotismo. Es importante el señalamiento que hacen las diferentes analistas sobre el "toque autobiográfico" de Belli en su producción literaria, en especial el estudio "Poetas centroamericanas de la rebelión erótica", de Magda Zavala.

En el libro Volver a imaginarlas. Retratos de escritoras centroamericanas (1998), Janet N. Gold intenta recuperar a aquellas escritoras excluidas de antologías e historiografías, para reivindicar su escritura. La autora lamenta que muchas de las investigadoras de la literatura dejen de lado a escritoras no canonizadas. Su libro intenta subsanar ese vacío mediante la selección de relatos biográficos de escritoras centroamericanas, realizados por escritoras de los diferentes países del área.

La obra Nuestras utopías, mujeres guatemaltecas del siglo XX (1998), de Norma Stoltz, rescata la memoria histórica de algunas de las mujeres guatemaltecas que participaron y se involucraron, de distintas maneras, en los hechos sociales ocurridos en Guatemala en los últimos cincuenta años. Con un breve resumen de cada una de las testimoniantes la obra permite que se escuchen las voces de mujeres de distintos sectores sociales y diferentes etnias. Este libro es fundamental porque expone otros datos autobiográficos de Yolanda Colom y Aura Marina Arriola, dos de las autoras estudiadas en esta investigación.

Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica (2001) de Sylvia Molloy, es un texto que sobresale a nivel hispanoamericano. De este libro interesa todo el material de apoyo que ofrece y en especial, los señalamientos que hace sobre la toma de conciencia que adquiere el sujeto, entiéndase varón, a partir de la independencia y la conformación de los estados nacionales. Resulta extraña la omisión que hace Molloy de textos autobiográficos centroamericanos en su corpus de estudio debido a que se salta la región cuando pasa de América del sur a México. Tal parece que Centroamérica no existe pues no consigna ningún dato sobre este tipo de escritura en la región salvo un texto de Rubén Darío y las memorias de

sensibilidad para reconocer la necesidad de introducir al propio sujeto centroamericano dentro del debate" (1998, 187).

Enrique Gómez Carrillo.¹⁴ Aunque Molloy no analiza las obras de los escritores citados sí las registra en la bibliografía, en el apartado correspondiente a las autobiografías hispanoamericanas. Sobre los libros analizados en esta investigación no hace ninguna referencia. Esa ausencia denota el vacío epistemológico sobre la escritura autobiográfica femenina en la región, exclusión que justifica el estudio de ella.

Uno de los libros fundamentales sobre la escritura autobiográfica en Centroamérica es Autobiografía y dialogismo (2004), de Francisco Rodríguez. Con un audaz manejo de diferentes herramientas teóricas proporcionadas por Bajtín, Julia Kristeva, Roland Barthes y Hans Robert Jauss, el autor reflexiona sobre el concepto de género, en especial sobre el autobiográfico y la aplicación de las teorías al texto El río, novelas de caballería, del escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón. El estudio del género autobiográfico y la relación con la dialogía que permite incorporar al sujeto histórico de la enunciación, son razones para valorar este texto en la investigación, aunque en él no se mencionan las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en el área.

El libro El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea (2005), de Leonor Arfuch, es una obra que destaca a nivel hispanoamericano. Con perspectivas teóricas de Bajtín, Ricoeur, Derrida, De Man y otros teóricos, analiza la narrativa de la autorrepresentación ampliándola con nuevas formas como entrevistas, conversaciones, talk-show, reality show, etcétera. Este es un libro indispensable para cualquier análisis de la escritura autobiográfica por el dominio del tema y por la rigurosidad del estudio.

Revisados los antecedentes bibliográficos se considera que la investigación sobre las escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica es necesaria para visibilizar una autoría dejada al margen y para recuperar un proyecto que, desde las mujeres mismas, explora una nueva subjetividad femenina en la región. Es también un aporte en la construcción de la historiografía literaria centroamericana, objetivo fundamental del Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes en América Central (DILAAC). Los análisis realizados hasta ahora sobre las escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica son escasos, parciales y sin el rigor ni la sistematización que demanda una tesis doctoral. La investigación es novedosa por cuanto se estudian las circunstancias que llevan a estas escritoras a desafiar el canon con unas prácticas

¹⁴ Del nicaragüense Rubén Darío cita La vida de Rubén Darío escrita por él mismo, y del Guatemalteco Enrique Gómez Carrillo menciona Treinta años de mi vida: El despertar de un alma, Treinta años de mi vida, En plena bohemia y Treinta años de mi vida: La miseria de Madrid.

de escrituras relacionadas con el varón; a recuperar prácticas de escrituras deslegitimadas como subgéneros o literatura menor, a posicionarse en un determinado contexto histórico, a recrear artificios con los que intentan recuperar el cuerpo femenino; a descubrir estrategias textuales para replantear una nueva subjetividad. Es una investigación inédita porque las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica no se han estudiado de manera conjunta, ni desde el enfoque teórico del posmodernismo, que aquí se asume, como la arena cultural en la que confluyen diversas teorías desconstructoras del sistema androcéntrico.

PERSPECTIVAS TEÓRICO-CONCEPTUALES

Las teorías con las que se enfoca la investigación sobre la configuración de una nueva subjetividad en las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica, provienen de diferentes vertientes “legitimadas” en la posmodernidad. Se elige el posmodernismo como un espacio cultural propiciatorio para la confluencia y el diálogo interteorías que disertan sobre las diversidades, las marginalidades, y el accionar de éstas, en búsqueda de estrategias para configurarse sujetos culturales. El posmodernismo, que “insta a una “heteroglosia” del ser, a un vivir a partir de la multiplicidad de voces en la esfera de las posibilidades humanas” (Gergen 309), surge a mediados del siglo XX al agotarse el discurso de la modernidad: un paradigma sustentado en conceptos de unidad, racionalidad, totalidad, verdad, linealidad y universalidad. Como consecuencia el sujeto racional logocéntrico, acostumbrado a reducir lo heterogéneo y lo múltiple a lo uno, a suprimir todo principio de diferencia en la universalidad y a dejar sin explicar la existencia de un sujeto sexuado, entra en crisis. La crisis de la modernidad proviene de distintos frentes: de dislocaciones por su inoperancia al sustentarse en certezas metafísicas para explicar la realidad; de las heridas provocadas por las teorías de Nietzsche, Marx, Darwin y Freud y de su propia impotencia al tener que admitir que la idea de progreso, tan defendida por la modernidad, no conducía a la emancipación ni a la igualdad.¹⁵

¹⁵ En esa perspectiva véanse los libros Posmodernidad, de Ester Díaz y El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo, de Kenneth J. Gergen.

Al posmodernismo lo distingue la apertura al reconocimiento de una pluralidad de sujetos y subjetividades, la inscripción en consensos locales o parciales, los juegos de lenguaje y términos como: desconstrucción, contingencias, alternativas, perspectivas, nomadismo, indeterminación, diseminación y diferencia.¹⁶ Esas mismas características y el hecho de permanecer dentro del logos discursivo, hacen que el posmodernismo ponga en duda, vigile y critique su propio discurso, cruzado y permeado por los poderes y saberes culturales que lo enuncian. La descentralización del sujeto y el desmontaje de las jerarquías admite la interlocución con otras teorías como la perspectiva de género, la postestructuralista, la desconstruccionista, la feminista y las provenientes de los estudios postcoloniales.¹⁷ Estas alternativas teóricas despliegan una perspectiva descentralizadora y favorecedora de la irrupción de voces y discursos de minorías y marginalidades deslegitimadas, desculturadas y desterritorializadas que comienzan a erosionar, desde el borde, el discurso monológico para recrearse.¹⁸

El enfoque desconstruccionista derridiano permite fracturar, fisurar, dislocar y resquebrajar el aparataje del saber y del poder de la cultura occidental.¹⁹ La dispersión, la diseminación, promovida por el desconstruccionismo, no permite que se afiance ningún significado o verdad única. Por la perspectiva plural no hay manera en la cual el pensamiento y el conocimiento permanezcan estáticos o tiendan a aquietarse.²⁰ Al no caer en afirmaciones excluyentes, como las que se quieren subvertir, el yo se desvanece y desaparece en la relacionalidad. Se deja de creer en un yo independiente de las relaciones en que se encuentra inmerso y desde

¹⁶ Véase "problemáticas de las identidades" de Leonor Arfuch en el libro Identidades, sujetos y subjetividades, compilado por la misma autora.

¹⁷ Se empleará el término desconstrucción y no como apunta el galicismo: deconstrucción, concepto adoptado por varias estudiosas citadas en esta investigación.

¹⁸ Aunque por su población numérica las mujeres no son una minoría son tratadas como tales en las sociedades androcéntricas.

¹⁹ Sobre el desconstruccionismo véase Jacques Derrida: Texto y deconstrucción, de Cristina de Peretti, El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida, de Antonio Bolívar Botia. Además el libro Sobre la deconstrucción, de Jonathan Culler y la Revista Anthropos n. 13 subtitulada: Jacques Derrida. Una selección de sus textos: desconstrucción y documentación.

²⁰ El texto denotado por el postestructuralismo es una compleja urdimbre, un "tejido inagotable o una galaxia de significantes una tela inconsútil de códigos y fragmentos de códigos a través de los cuales el crítico puede abrir su propia brecha aventurera. No hay principio ni fin, ni secuencias que no puedan dar marcha atrás, ni jerarquía de "niveles" textuales que nos indiquen que es más significativo o menos (...) cada palabra, cada frase o trozo constituye una reelaboración de escritos que precedieron o que rodean una obra en particular" (Eagleton 167). En esta cita Eagleton reúne lo expresado por Julia Kristeva y Roland Barthes respecto al texto plural.

esa perspectiva el sujeto postmoderno, al ser saturado por las relaciones, es colonizado por los otros poblándose de múltiples yoes.²¹

Descartadas tradicional y culturalmente de la sociedad, las mujeres vislumbraron en las rupturas epistemológicas esencialistas y en la puesta en crisis del sujeto, en la evanescencia del sujeto racional, un espacio propiciatorio para recrearse como tales. De ahí la resistencia a ser asimiladas en el discurso de la mismidad y la urgente exploración de distintas estrategias desmontadoras de los esencialismos y de las historias fabuladas sobre ellas. Se rebelan contra el sistema androcéntrico por subsumirlas en paradigmas que, pautados como universales, las excluyó de la posibilidad “de que las mujeres sean sujetos y productoras de cultura” (Lauretis 36). La reflexión sobre el sujeto femenino se posibilita no sólo a partir de la descentralización del sujeto racional, sino del trascendental y del semiótico. Según Patrizia Violi, estos paradigmas niegan la diferencia y no explican la existencia de un sujeto sexuado al eliminar

“toda posibilidad de articular la heterogeneidad y la diferencia, incluida la sexual, en el momento en que coloca radicalmente fuera de sus confines las manifestaciones del inconsciente, de lo corporal, de lo sensible, que precisamente son las cosas a lo que va ligada la diferencia. Así resulta imposible plantear dentro de estos modelos la cuestión de un sujeto distinto, un sujeto femenino, ya que su especificidad es la de encarnar y manifestar la diferencia” (Violi 143-144).

De manera semejante impugnan el paradigma psicoanalítico por naturalizar el sexismo debido a que, su método de análisis, es falocéntrico. En ese sentido se niegan a reconocer la diferencia reproduciendo la hegemonía de lo mismo y del falo, por cuanto:

“Al simbolizar el poder, de la representación, del símbolo, de la verdad, por medio de un significante marcado por el género, legitima la naturalidad de ese poder sexual. Porque si de desvelar el poder se tratara, en primer lugar habría que denunciar la simbología sexual que éste asume, para intentar pensar de otra manera, para intentar liberar los cuerpos de la férrea disciplina de una hegemonía sexual

²¹ El yo colonizado por la saturación social es estudiado por Kenneth J. Gergen en el libro El yo saturado: Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo.

disimétrica y castradora. Al entronizar el Falo, como significante de la potencia, la mujer queda reducida a la “falta”, la “atrofia”, la envidia, la simulación, como únicas interpretaciones de su diferencia” (Rodríguez, R. 2004, 173).

En la impugnación del sistema que oculta la diferencia bajo una universalidad simulada las mujeres no están solas. Los Estudios de la Subalternidad también cuestionan la dominación cultural binarista; una episteme que torna el habla de los subalternos silenciosa. Según Gayatri Chakravorty Spivak el subalterno no puede hablar pero, de manera semejante a las mujeres, reclaman su condición de seres históricos en un abierto desafío al poder colonial-patriarcal. En ese sentido rechazan las costumbres y las familiaridades para replantear otras formas de actuar y de pensar porque, “la decadencia de la supremacía masculina blanca constituye un inmenso avance hacia la construcción de un mundo multigenerizado y multicultural” (Braidotti 65). No abandonan las tácticas desenmascaradoras como no renuncian al derecho de repensar su propia historia. Así lo manifiesta el especialista de los estudios subalternos Gyan Prakash.²² El diálogo que establecen los estudios de la subalternidad y los postcoloniales con el feminismo es productivo por cuanto se inscriben en una lucha similar: la desconstrucción del poder patriarcal/colonial y las intenciones por apropiarse de su historia.²³ Sin embargo la lucha de las mujeres divergen del sujeto subalterno porque como lo indica Sigrid Weigel:

“a diferencia de los colonizados, las mujeres no pueden resistirse rescatando recuerdos de una cultura autónoma y pre-patriarcal. No poseen ninguna memoria colectiva de un modo de existencia independiente del patriarca/colonizador. E incluso si las mujeres pudieran recordar una existencia alternativa, ésta seguiría siendo una existencia basada en la relación con el sexo masculino”(Weigel 75).

²² En “Los estudios de la subalternidad como crítica post-colonial”, Gyan Prakash comenta sobre la acuñación del término subalterno. También se refiere a los iniciadores de tal teorización y a los cambios ocurridos dentro de este movimiento, impugnador de las interpretaciones representativas que expropian “a la gente común de su iniciativa histórica” (296).

²³ Sobre los orígenes, las influencias y el desarrollo de los estudios postcoloniales véase las reflexiones de Walter Dignolo en “Herencias coloniales y teorías postcoloniales”. También el artículo de Sergio Costa “Muito além da diferença: (im)posibilidades de uma sociologia pós-colonial” y “La Subalternidad como Perspectiva”, de Veena Das.

Por tanto, la recreación de la propia historia femenina surge de la diferencia sexual; del deseo por narrarse como lo hacen las escritoras del corpus estudiado quienes renuncian a los intermediarios interpretativos masculinos para intentar, a través de distintas estrategias discursivas, configurarse sujetos. Se resisten a reconocer subjetividades impuestas mediante dispositivos de poder, materiales y simbólicos, que las redujeron a escenarios doméstico-familiares y les establecieron prescripciones sobre cómo pensar, actuar y comportarse socioculturalmente. Las mismas que les pautaron concepciones biologicistas y “características emocionales de receptividad, capacidad de contención y de nutrición (...) donde las emociones prevalecientes eran el amor, la generosidad, el altruismo, la entrega afectiva” (Burín 71). En la búsqueda por descubrir una nueva subjetividad se presta especial atención al lenguaje y al cuerpo. Al lenguaje por el poder que tiene para colonizar, someter y “naturalizar”, lo que es una construcción sociocultural y al cuerpo porque es en él donde el poder se detona, especialmente si es el de las mujeres.

El reconocimiento desde la singularidad misma, a través de las prácticas discursivas autobiográficas en las que exploran su propia existencia y lo que tal vivencia significa, evita que las reflexiones de estas mujeres, sobre el sujeto femenino y las formas diferenciadas de subjetividad, sean un simple reflejo de lo masculino. Esto por cuanto la construcción de la identidad sexuada en la conciencia y en los discursos se da

“a partir del descubrimiento de la especificidad de la propia experiencia cuando las mujeres han comenzado a tomar la palabra para hablar de ellas en primera persona. La autoconciencia, como fase inicial de un recorrido que después se ha andado tomando muchas y diversas direcciones, ha representado históricamente para las mujeres un momento unificador que ante todo hacía posible *hablar* de sus propias diferentes realidades” (Violi 156).

Esta perspectiva es fundamental para la investigación por cuanto las autobiógrafas con sus relatos intentan desconstruir el modelo de subjetividad que la sociedad patriarcal eterniza a través de las representaciones sociales y las imágenes culturalmente establecidas para las mujeres. Con las escrituras de la autorrepresentación se niegan a recrear las formas de subjetivación heredadas e impuestas. Esa resistencia les confiere el derecho de actuar y

contar su propia historia en el contexto histórico-dictatorial-patriarcal debido a que nadie existe fuera del entorno social porque, según explica Violi en El infinito singular,

“ningún sujeto se da en el vacío, sino siempre en el interior de una red de relaciones y construcciones culturales tejidas a su alrededor (...) Ello es especialmente verdad para las mujeres, que se encuentran desde su nacimiento en papeles y trazos de identidad preconstituidos y ya determinados por la sociedad y la cultura que las rodea y con los que necesariamente tendrán que enfrentarse (138).

Nombradas, imaginadas, definidas, caracterizadas y contadas según los criterios masculinos, no es extraño que estas mujeres se rebelen a seguir siendo simbolizadas o tergiversadas por el otro. De ahí, la búsqueda recurrente de las escritoras centroamericanas, durante más de seis décadas, por posicionarse, autorrepresentarse y potencializarse, en el contexto histórico regional. Sus escrituras autobiográficas no pueden “estudiarse a fondo sin tomar en cuenta su relación directa con la realidad histórica que prescribe las funciones del rol femenino y con las prácticas discursivas de los ámbitos culturales dominantes” (Díaz-Diocaretz 1993, 95). Esto por cuanto, como señala Weigel:

“Las mujeres no carecen de historia, no están fuera de la historia. “Están dentro de la historia en una posición especial de exclusión en la que han desarrollado su propio modo de experimentar, su manera de ver las cosas, su cultura” (...) En el orden masculino, la mujer ha aprendido a verse como inferior, inauténtica e incompleta. Como el orden cultural está gobernado por hombres, pero las mujeres siguen perteneciendo a él, utilizan también las normas de las que ellas mismas son objeto. Es decir, la mujer está a la vez *involucrada y excluida* en el orden masculino. Para la autoconciencia de la mujer, esto significa verse viendo *que es vista y cómo es vista*. Ella ve el mundo a través de unas gafas masculinas.” (Weigel 71-72).

El juego urdido por las autobiógrafas a través del desdoblamiento en voces narrativas o en sujetos discursivos impide que la focalización sobre ellas mismas sea estática. Estas escritoras subvierten el encuadre desde las gafas masculinas. Evidencian la forma en que el sistema las excluyó, culturalmente, al calificar la diferencia como inferioridad eternizando

esa visión porque, en el patriarcado, “las relaciones de poder son fijas, de tal forma que son perpetuamente disimétricas” (Foucault 1996, 111).²⁴ Esa asimetría sociocultural, entre la mujer y el varón, la develan las escritoras mediante la focalización; un concepto que denota “las relaciones entre los elementos presentados y la concepción a través de la cual se presentan (...) la relación entre la visión y lo que se “ve”, lo que se percibe” (Bal 108). No es lo mismo la visión que tiene una niña, como en el caso de los relatos autobiográficos que se refieren a la infancia de las autobiógrafas, que la de una adulta por cuanto el punto de vista diverge, de una a otra. La perspectiva cambia no sólo por la edad, sino por la clase social, la educación y la distancia generacional entre las escritoras porque, conforme avanza el tiempo, se dispone de conocimientos más actualizados sobre la mecánica social dominante.

El despliegue que hacen las autobiógrafas de la focalización se percibe en todos los textos analizados. Si unas veces emplean el enfoque externo -generalmente desde la mirada masculina y remedando el orden cuestionado- la exploración introspectiva domina en la mayor parte de los relatos; especialmente cuando las mujeres intentan apropiarse de sus cuerpos. El juego no impide que se reproduzca el sistema cuestionado puesto que la configuración como sujetos ocurre en el discurso mismo, en el espacio de los enunciados. Además al “estar compuesta de lenguajes, la práctica literaria participa de la socialidad y está cargada de ideología (...) la escritura literaria no es un acto individual, ahistórico y desvinculado de los demás fenómenos culturales” (Rodríguez F, 2004, 35). Esto por cuanto, según Bajtín:

“El ser social está rodeado de fenómenos ideológicos, de objetos-signo de tipos y categorías diversos: por palabras en las múltiples formas de su producción (sonidos, escritura, etc.), enunciados científicos, creencias y símbolos religiosos, obras de arte y demás (...) La conciencia humana nunca se pone en contacto directo con la existencia, sino a través del medio ideológico circundante (...) De hecho, la conciencia individual solo puede constituirse en conciencia al realizarse en las formas del medio ideológico que le son propias: en el lenguaje, en el gesto

²⁴ Sobre la mirada desde las gafas masculinas véanse “La mirada Bizca: Sobre la Historia de la Escritura de las Mujeres”, de Sigrid Weigel, en *Estética feminista*, editado por Gisela Ecker y el capítulo X, del libro *Transmodernidad*, titulado “La extinción de la mirada”, de Rosa Rodríguez Magda.

convencional; en la imagen artística, en el mito” (Smith 98).²⁵

Si bien las escritoras no pueden evadirse de la sujeción ideológica las estrategias que esgrimen, para diferenciarse del discurso hegemónico, comienzan desde el mismo momento en que irrumpen en el género autobiográfico, vinculado institucionalmente con el varón, para escribirse.²⁶ Ese acto no es inocente como tampoco lo es la escogencia de diversas modalidades, inscritas en la hibridez, como espacio discursivo para enunciarse. La indeterminación hace que esas variaciones autobiográficas sean productivas porque el hibridismo, en la cadena de significaciones, disloca y contamina los signos de la dominación. Además los vacía de la simbología autoritaria porque la “hibridación de modelos, supone también una hibridación de sujetos y de lenguajes, un juego donde las fronteras del yo se conciben como móviles y como objeto de constante negociación” (Arriaga 73). El hibridismo introduce un juego en el que si por un lado afirma el poder dominante, por el otro lo desquicia debido a que estas prácticas de escrituras evaden y resisten las regulaciones canónicas al desplazarse en espacios ajenos a la estética dominante y a las categorizaciones genéricas.

Estas escritoras experimentan la escritura sobre sí mismas en espacios de enunciación como los interpretados por Homi Bhabha; aquellos situados en el entre de las fronteras por

²⁵ Cita del libro P. N. Medveded y M Bakhtin, *The Formal Method in Literary Scholarship: A Critical Introduction to Sociological Poetics*, trad. De Albert J. Wehrle, Baltimore, Goucher College Series, 1978, p. 14. En “Poética de la autobiografía de mujeres”, de Sidonie Smith (98).

²⁶ Según los estudiosos, el género autobiográfico nace vinculado a la figura protagónica masculina, para cantar sus hazañas y glorias. A través del tiempo numerosos especialistas han acuñado teorías y definiciones sobre el género autobiográfico pero, siglos después de estar escudriñándolo, no acaban de perfilarlo. De este género, que es una especie de archigénero, se viene teorizando desde el siglo XIX con diferentes perspectivas. Mientras unos estudiosos enfatizan en el referente histórico, donde se corroboran exactitud y sinceridad (Dilthey), otros abandonan la relación texto-historia para virar hacia el texto-sujeto. Con ese giro se transita del bios al autos o representación del sujeto y el lector pasa de comprobador de hechos a ser intérprete de ellos, perdiéndose la supuesta objetividad que caracteriza la etapa anterior (Gusdorf). El pacto autobiográfico de Lejeune, que establece la coincidencia autor-narrador-personaje y que excluye la posibilidad de ficción, provoca a su vez nuevas teorías como la de James Olney. El estudioso, señala que la práctica autobiográfica es tan variada que no es posible establecerle definiciones prescriptivas, ni imponerle limitaciones. Con esta posición coincide Paul de Man, quien afirma que en la escritura autobiográfica: “cada ejemplo específico parece ser una excepción a la norma, y además las obras mismas parecen solaparse con géneros vecinos o incluso incompatibles” (de Man 113). Véase en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, texto coordinado por Ángel G. Loureiro, un compendio de todos los teóricos nombrados en esta nota. Otra obra que recoge las teorizaciones de especialistas sobre la escritura autobiográfica es *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, editado por Manuela Ledesma Pedraz.

oponerse a la identidad esencialista, creadora arbitraria de las fronteras culturales.²⁷ Distanciadas de los sistemas de representación totalizadores u homogéneos, las autobiógrafas descubren un espacio autobiográfico descentrado y ambivalente en el que los juegos de lenguaje “ponen en cuestión los puntos de referencia de la certeza” (Arfuch 2002, 12). Consciente o inconscientemente perciben que no pueden inscribirse como sujetos sino dentro del mismo sistema que intentan desconstruir pero, a pesar de esa sujeción al discurso institucionalizado y disciplinador, recrean en sus textos puntos de anclaje para el sujeto femenino en los que las mujeres se posicionan y se pueden tornar sujetos frente al régimen de verdad que establece la formación discursiva institucionalizada.²⁸

El diálogo entre teorías, anteriormente expuesto, se enriquece con las propuestas feministas mediante las cuales se empiezan a desestabilizar nociones como

“razón, conocimiento, belleza, significado, y salen a la superficie las políticas sexuales ocultas bajo las fachadas universalistas; el universalismo refleja y reifica la experiencia de un colectivo muy determinado, el varón burgués occidental, que es el que ha estado en uso abusivo de la palabra, el que ha ejercido (...) su derecho por nacimiento a hablar” (Suárez 1997, 327).

La teoría feminista, enfoque que no llega a estabilizarse porque hacerlo implicaría renunciar al cuestionamiento, al crecimiento, se enriquece con la perspectiva de género lo que permite el abordaje específico sobre las mujeres. Esto por cuanto la perspectiva de género es una de las teorías creadas por las feministas contemporáneas para explicar la persistente desigualdad sociocultural entre lo masculino y lo femenino.²⁹ El género es una categoría histórica que considera además de las relaciones de poder, de dominación y opresión, el entrecruzamiento de muchos otros dispositivos porque es

"el conjunto de creencias, rasgos personales, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian al hombre de la mujer a través de

²⁷ Las ideas que externa Homi Bhabha sobre el hibridismo, originadas a partir del estudio que hace Bajtín sobre ese tema, las sintetiza Sergio Costa en el artículo Muito além da diferença: (im)posibilidades de uma sociologia pós-colonial.

²⁸ Sobre el “punto de anclaje” teoriza Rosi Braidotti en Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada. Tal vez sean los mismos puntos de resistencia al poder, de los que habla Foucault y recoge Gilles Deleuze en el libro Foucault.

²⁹ Véase el libro Foucault y la genealogía de los sexos, de Rosa Rodríguez Magda y Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia, de Marcela Lagarde.

un proceso de construcción social que tiene varias características. En primer lugar, es un proceso histórico que se desarrolla a distintos niveles tales como el estado, el mercado de trabajo, los medios de comunicación, la familia, y a través de las relaciones interpersonales. En segundo lugar, este proceso supone la jerarquización de estos rasgos y actividades de tal modo que a los que se definen como masculinos normalmente se les atribuye más valor" (Rodríguez 1999, 163).³⁰

La marginalidad que comparten la escritura femenina en general y las escrituras autobiográficas en particular, revela la forma en la que se entrecruzan el género sexual con el género literario para la descalificación canónica. La categoría de género permite develar las trampas de la genealogía patriarcal que define el género humano como hombre, mientras la mujer carece de reconocimiento social. Para desmontar el discurso androcéntrico la perspectiva de género se convierte en una herramienta imprescindible. Desde esa visión las mujeres pueden trastocar el papel designado que implica vivir de espaldas a ellas mismas, como *seres-para-los-otros*, para ser protagonistas puesto que la perspectiva de género tiene como "uno de sus fines contribuir a la construcción subjetiva y social de una nueva configuración a partir de la resignificación de la historia, la sociedad, la cultura y la política desde las mujeres" (Lagarde 1996, 13). En ese sentido la perspectiva de género expresa:

"las aspiraciones de las mujeres y sus acciones para salir de la enajenación, para actuar cada una como un *ser-para-sí* y, al hacerlo, enfrentar la opresión, mejorar sus condiciones de vida, ocuparse de sí misma y convertirse por esa vía en protagonista de su vida (...) Al protagonizar sus propias vidas -habitadas patriarcalmente por los otros- y lograr como género el derecho a intervenir en el sentido del mundo y en la configuración democrática del orden social, las mujeres se convierten cada una y todas en sujetos históricos". (Lagarde 1996, 18-19).

Esta es la perspectiva que exploran las autobiógrafas quienes, desdobladas en voces narrativas o sujetos de enunciación, se autorrepresentan como sujetos y agentes históricos de cambio. El enfoque protagónico de estas mujeres hace imprescindible la teoría propuesta

³⁰ Esta definición expuesta por Rosa Rodríguez Magda en el libro *Foucault y la genealogía de los sexos* la toma del libro *The Crossroads of Class and Gender. Homework, Subcontracting and Household Dynamics in Mexico City*, Tehe University of Chicago Press, 1986, cuyas autoras son Lourdes Benerría y Martha Roldan.

por Sidonie Smith, en Hacia una poética de la autobiografía, en la que considera la perspectiva de género en las autobiografías femeninas y establece la relación entre lo textual y lo sexual. Según Smith, la inscripción de las escritoras en la escritura autobiográfica implica no sólo la autoexposición pública y un desafío a las ideas y normas del orden fálico sino la apropiación del poder de autocreación, en un evidente cuestionamiento de la paternidad. De ello deriva que los textos autobiográficos femeninos

“se han considerado tradicionalmente como tipos diversos de contaminación, obras ilegítimas, amenazas al mismo canon autobiográfico; sus trabajos se tachan de anómalos y se estudian en capítulos aparte o al final de los capítulos, o bien se los silencia o alaba en tanto en cuanto imiten modelos masculinos y perfeccionen por tanto, la imagen del hombre” (95).

Las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas ponen en tela de juicio la autoridad canónica. Se constituyen en una transgresión potenciadora que les permite a las escritoras releer, criticar y cuestionar el basamento sobre el que se erige la autoridad autobiográfica masculina, las ficciones del poder y las fuentes de autoconocimiento privilegiadas, socio-culturalmente. Según Smith, las interrelaciones entre lo textual y lo sexual, presentes en las autobiografías femeninas, permiten vislumbrar las formas en que la posición de la autobiógrafa, como mujer, afecta al proyecto autobiográfico a través de las diversas formas de ficcionalización que lo caracterizan.³¹ De igual manera repercuten las tácticas mediante las que “la autobiógrafa establece la autoridad discursiva para interpretarse públicamente dentro de una cultura patriarcal y de un género androcéntrico, los cuales han escrito historias de mujer por ella y, por tanto, la han ficcionalizado y silenciado eficazmente” (96).

La ideología del género, reificadora de nociones esencialistas de la identidad masculina y femenina, le permite a la teórica indicar que en el sistema patriarcal las mujeres no han sido representadas ni representables porque tienen que enfrentarse con la ideología “genérico-sexual que la cultura transmite, en donde la vida de la mujer es una no-historia, puesto que no se construye en torno a la vida pública” (Arriaga 74). De ahí que la autobiógrafa, conociendo que escribe desde los márgenes de la cultura, trata de entender su relación problemática con el lenguaje y con las narrativas o discursos falocéntricos que la situaron como ausencia,

³¹ Para Smith las cuatro marcas de ficcionalidad que caracterizan el proyecto autobiográfico son: las ficciones de la memoria, del yo, del lector imaginario y de la historia (96).

negatividad o continente oscuro. Esa concientización la lleva a explorar con nuevos lenguajes como los propuestos por las "teóricas francesas" que intentan "desmontar la superioridad complaciente de la ideología patriarcal del género" (Smith 103).³² Entre las estrategias empleadas por las escritoras se encuentran el cuestionamiento de las bases sobre las que se sostiene la ideología; el develamiento de la elusividad de ésta; la alteración de las fronteras entre los géneros, y el empleo de géneros híbridos, porque la autobiografía confronta

“la ideología de género que la ha oprimido, filtrando su experiencia a través del cedazo de las ficciones que dan nombre a la mujer y a su experiencia sexual. Empieza por tratar de entender su relación problemática con el lenguaje y con las narrativas que otros le han enseñado a contar, puesto que debe comprender enteramente el poder que tiene el discurso falocéntrico de borrar al sujeto femenino confinándolo a las ficciones de dicho discurso, y delimitando por tanto su acceso a las palabras mismas (...) Por lo tanto, puede tratar de apropiarse del lenguaje de los patriarcas, y dominar así todos los recursos que el lenguaje pone a disposición del hombre, resistiéndose a caer en “el silencio, el eufemismo o las circunlocuciones” en busca de igual acceso al espacio público” (Smith 102).

De esta manera, la exploración que hacen las autobiógrafas sobre sí mismas varía tanto entre las de un mismo período como entre una y otra época por cuanto “la experiencia de las mujeres no es algo unívoco e idéntico, no en su evolución ni en sus resultados; la “diferencia” se resuelve en realidad en una infinita variedad de diferencias, innumerables individualidades que no pueden encerrarse en una sola definición, una sola imagen, un solo texto” (Violi 156). Los estudios feministas y de género muestran cada día con más argumentos, cómo se engeneran los sujetos mediante una red compleja de discursos, de prácticas y de institucionalidades contextualizadas, con el fin de darle sentido y valor a la definición de sí mismos y de la realidad sociohistórica en que viven. De esta manera se reconoce la “sujeción a una trama de discursos y dispositivos de poder” (Bonder 6). Se es consciente de la polisemia que conlleva la noción de subjetividad lo que impide formular una definición que pueda abarcar las distintas experiencias y los diferentes tiempos de las mujeres.

³² Smith alude a las “teóricas francesas” Hélène Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva (103).

La subjetividad es una de las categorías imprescindibles para enfocar la investigación por cuanto el análisis discurre a través de las estrategias que traman las autobiógrafas para replantear su propia subjetividad. Ese término se complementa con la palabra *nómada*, teoría expuesta por Rosi Braidotti en el libro Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada.³³ Se elige el concepto *subjetividad nómada* por el carácter abierto e inconcluso, cualidad que comparten los textos autobiográficos femeninos por ser escrituras en tránsito.³⁴ Para esta teórica pensar nuevas formas de subjetividad femenina, desde la diferencia sexual, es un proyecto que implica redefinir las estructuras del pensamiento y no sólo las estructuras específicas de la mujer. Aunque admite que la diferencia sexual es una categoría problemática, se pronuncia por privilegiarla por cuanto del hecho de tener cuerpo de mujer deriva el primer lugar de resistencia y porque, como expone Francine Masiello, en “Cuerpos y citas”, el cuerpo:

“obliga a reconceptualizar el “entre lugar”. Así pone a prueba los esquemas clasificatorios y sus aperturas intersticiales; pero al mismo tiempo vincula la identidad al contexto, a un territorio concreto. Reclama de forma directa sus derechos de representación. El cuerpo desplaza el análisis racional del eje vertical marcado por el fluir del tiempo, al plano horizontal de conflictos en un contexto concreto. Otra vez remite a la tensión que existe entre el deseo de la *permanencia* y la insistencia en el *desorden*, el deseo por lo estable que todavía nos queda después de haber proclamado a gritos que “todo lo que es sólido se disuelve en el aire”. Solo resta volver a los espacios que el cuerpo ocupa; a la formulación de cuestiones que aseguren su permanencia y no su evaporación, buscando los puntos de contacto sin ceder a la infinita dispersión (187).

La reflexión hecha por Masiello sobre el cuerpo se complementa con la filosofía feminista de la diferencia sexual que explora Braidotti, en Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada, que vendría a ser

³³ En la definición de *subjetividad nómada* Braidotti explora la idea de Deleuze que defiende la visión del sujeto como un flujo de sucesivos devenires. Véase el capítulo 10 “Devenir-intenso, devenir animal, devenir imperceptible...”, del libro Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, de Gilles Deleuze y Félix Guattari. En este apartado se refieren al devenir mujer.

³⁴ Por un pensamiento *nómada* se pronuncia Gilles Deleuze oponiéndolo al pensamiento sedentario. Véase el libro El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida, de Antonio Bolívar Botia (159-172).

“el objeto de deseo de las mujeres que ya no se reconocen más a sí mismas como falocéntricas, “Otro de lo mismo” (...) Este proceso político mira hacia delante, no es nostálgico: no glorifica lo femenino pero trabaja hacia la actualización de la legitimidad como proyecto político de la afirmación alternativa de la subjetividad femenina. Tiende a alcanzar la representación de aquello que el falogocentrismo ha declarado irrepresentable” (199- 200).

Es desde la teoría feminista que la mujer habla como mujer aunque el sujeto mujer no sea una “esencia monolítica definida de una vez y para siempre, sino más bien el sitio de un conjunto de experiencias múltiples, complejas y potencialmente contradictorias, definido por variables yuxtapuestas” (Braidotti 214). Posicionada en la perspectiva posmoderna y feminista Braidotti señala la necesidad de aprender a pensar la condición histórica de las mujeres de un modo diferente y con propósitos de reinención. Ese proyecto debe comenzar por:

“renunciar a los hábitos de pensamiento históricamente establecidos que proporcionaron (...) la visión “estándar” de la subjetividad humana. Es preciso abandonar dichos hábitos a favor de una visión descentrada y multiestratificada del sujeto en cuanto entidad dinámica y mudable situada en un contexto cambiante. El nómada es mi propia figuración de una interpretación situada, posmoderna, culturalmente diferenciada del sujeto en general y del sujeto feminista en particular (...) En la medida en que ejes de diferenciación tales como la clase, la raza, la etnia, el género, la edad y otros se intersequen e interactúen recíprocamente para constituir la subjetividad, la noción de nómada se refiere a la presencia simultánea de muchos de esos ejes. La subjetividad nómada alude a la simultaneidad de identidades complejas y multiestratificadas” (214-215).

Con esta noción se enfocan las búsquedas que hacen las autobiógrafas centroamericanas de una nueva subjetividad femenina. Esta travesía, iniciada por las precursoras de la escritura autobiográfica en Centroamérica desde los años cuarenta del siglo XX, continúa hasta el presente porque las mujeres no desisten de enunciar sus propias historias y con ellas de replantear sus propias subjetividades, valiéndose de múltiples teorías y de numerosas estrategias discursivas que ponen en juego toda vez que narran o se escriben.

I CAPÍTULO

LAS PRECURSORAS DE LAS ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS FEMENINAS EN CENTROAMÉRICA

 Escribo...
 Escribo para enxendrame
-coma se fose outra no ovario do pensamento.
 Para dar-me a luz
 -e dar-me luz-
deslumbrada polas propias palabras. Axúdoas a parirse do meu corpo
 ¡tan miñas!
 E tan outras.
 Enfeitizada
 míroas como á filla recién nacida tan de min
 e tan descoñecida.

María Xosé Queizán.

Las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica surgen entre los años cuarenta y los sesenta del siglo XX con una narrativa en la que reseñan las experiencias vividas durante las primeras décadas de esa centuria. Transgrediendo las expectativas culturales irrumpen en el espacio público generando otras significaciones y nuevas imágenes femeninas, ajenas a las textualizaciones patriarcales. Inician la búsqueda de una nueva subjetividad femenina intentando socavar las instituciones en las que se sostiene el sistema de dominación masculino. Al mismo tiempo vislumbran el descontento social que se incubaba en sus países; malestar que repercutirá en la formación de movimientos guerrilleros en las siguientes décadas. En este capítulo se develan las estrategias empleadas por las pioneras de las escrituras autobiográficas para replantear la subjetividad femenina liberándose de la visión unidimensional impuesta por el sistema patriarcal.

Entre las escritoras fundacionales más representativas de las escrituras autobiográficas en Centroamérica se encuentran, la escritora hondureño-guatemalteca Argentina Díaz Lozano con la novela *Peregrinaje* (1943), la escritora salvadoreña Consuelo Sunsín con las obras *Memorias de Oppède* y *Memorias de la rosa*, ambas escritas en francés y publicadas en New York y Francia en 1945 y 1946, respectivamente. Otras pioneras son la escritora

hondureña Lucila Gamero Moncada con la obra Autobiografía de Lucila Gamero de Medina (1952), la poeta salvadoreña Claudia Lars con la memoria poética Tierra de infancia, publicada en 1959 y la escritora salvadoreña Amparo Casamalhuapa quien escribe la novela autobiográfica El angosto sendero en la década de los sesenta, aunque es editada en 1971.³⁵ Estas escritoras inician el desenmascaramiento del sistema androcéntrico mostrando las imposturas de ese orden que anula a las mujeres como sujetos culturales. Son las primeras prácticas de escrituras autobiográficas de las mujeres centroamericanas en búsqueda de una nueva subjetividad femenina con la que se resisten al desposeimiento histórico-cultural. Estas mujeres presuponen que tienen algo que decir y escribir que no es un simple reflejo o un calco del discurso masculino por lo que empiezan a desmontar los basamentos patriarcales valiéndose de estrategias textuales eficaces “para codificar su propia poética de la marginalización y para denunciar las prácticas exclusionistas y homosociales del patriarcado” (Díaz-Diocaretz 103).³⁶ En esa autoexploración descubren nuevas tácticas para replantear la subjetividad femenina como las que a continuación se esbozan:

1- La elección de diferentes modalidades de escrituras para contarse. No les basta una versión. Se apropian de distintas variaciones genéricas como las novelas autobiográficas, las autobiografías y las memorias, sin importarles el emparentamiento de algunas de esas prácticas de escrituras con los varones. Tampoco se cohiben porque éstas hayan estado consagradas a celebrar las hazañas de ellos, como los únicos miembros a quienes les competen los actos heroicos en la sociedad. Se atreven a explorar esos géneros revaluándolos en sus intentos por configurarse como sujetos, si no heroicos, con historias atrayentes y merecedoras de trascender socioculturalmente.

2- Una estrategia común de las escritoras de este período es la apropiación del contexto histórico centroamericano, desde una visión de género, en la misma época en la que se consolida el capitalismo en la región. Todas estas escritoras narran sus propias experiencias históricas de finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Se inscriben en un

³⁵ No se encontró, para este período, ninguna autobiógrafa en Guatemala y Nicaragua, como se expuso en la introducción.

³⁶ Sobre las valoraciones homosociales reafirmantes de la ideología de género institucionalizada por el patriarcado, véase el estudio de Myriam Díaz-Diocaretz titulado “La palabra no olvida de dónde vino. Para una poética dialógica de la diferencia”.

momento histórico en el que se comprueba la injerencia extranjera y las políticas intervencionistas en Centroamérica, con la complacencia del sector hegemónico; grupo beneficiado en lo económico y en lo gubernamental debido a la mancomunidad de intereses. Estas autobiógrafas registran en sus textos las desigualdades sociales, las exclusiones étnicas o campesinas, los conatos de levantamientos populares y los brotes de revoluciones por lo que su narrativa puede catalogarse como literatura de preguerra; especialmente si se considera que la literatura testimonial, del período subsiguiente, ha sido calificada por algunos estudiosos como literatura de guerra.

3- Otra estrategia emprendida por las precursoras de las escrituras autobiográficas es el desmantelamiento de los fundamentos patriarcales: la familia, la iglesia, el estado, la escuela. En ese sentido comienzan con el rechazo o cuestionamiento del “eterno femenino”, imagen idealizada o institucionalizada a través de las figuras y roles socializados en el sistema patriarcal. Esta acción, indispensable para replantear la subjetividad femenina, resquebraja la institución familiar, núcleo social de la sociedad, quedando la figura del patriarca en entredicho como quedan los demás bastiones patriarcales que, confabulados, intentan anular, socioculturalmente, a las mujeres.

4- La valoración y el rescate de la propia autoría es una estrategia en la que se comprometen todas y cada una de las autobiógrafas en su búsqueda de una nueva subjetividad. Sin importar si son escritoras consolidadas o emergentes tanto las precursoras como las subsiguientes censuran los obstáculos impuestos a las escritoras al mismo tiempo que reivindican la autoría femenina. Así se constata en todos los textos autobiográficos en los que si bien las autoras narran las privaciones de proyectos personales también relatan la manera en que se gesta la escritura en ellas y la complacencia derivada de la creación literaria, de la producción textual.

5- Los intentos por reapropiarse de su cuerpo es otra de las estrategias exploradas por las precursoras de las autoescrituras en Centroamérica. Esa táctica se percibe en la alternancia entre focalizadores externos e internos para descubrir su propio cuerpo y sus experiencias eróticas.³⁷ Tal enfoque les permite manipular distintos ardides para recrear imágenes de afirmación, de veracidad, de dominación, de privación, de silenciamiento y de despojo

³⁷ Véase en el libro Teoría de la narrativa (introducción a la narratología), de Mieke Bal, el punto 7 titulado “Focalización”.

cultural. Por recrear la historia de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras del siglo XX, la sociedad que trasciende es aún muy conservadora. Ese es el motivo para que el enfoque realizado por las autobiógrafas sobre su propia sexualidad sea mínimo.³⁸ Sin embargo, en su empeño por plantear una nueva subjetividad femenina comienzan a vislumbrar su cuerpo en partes y contrapartes al entrecruzarse la perspectiva propia con la ajena.

1. NOVELAS AUTOBIOGRÁFICAS, MEMORIAS Y AUTOBIOGRAFÍAS

Los senderos descubiertos por las autobiógrafas para replantear la subjetividad femenina no son recorridos siguiendo los mismos atajos. Algunas de estas escritoras se ponen en marcha enmascaradas tras un *alter ego* o en un yo disociado al desdoblarse en voces narrativas novelísticas. Otras eligen las memorias y las autobiografías a pesar de la deslegitimación que pesa sobre las mujeres que eligen géneros creados para celebrar las hazañas de los próceres. Empeñadas en narrar sus propias vivencias estas escritoras no se preocupan por delimitar sus prácticas de escritura inscritas en géneros desbordados por la hibridez.

De la delimitación entre la autobiografía y las memorias se han ocupado los estudiosos del canon literario adjudicando a lo masculino la exclusividad de las memorias al enfatizar sobre los roles sexuales fijados por la sociedad. La concesión que hacen al varón es palpable en las acentuaciones efectuadas para uno u otro género pues, mientras para la autobiografía destacan como característica principal lo personal y lo psíquico del individuo, en las memorias le confieren más espacio al acontecer exterior circunscribiéndolas, a “hombres de acción” como “los guerreros y los políticos, los conquistadores y los descubridores” (Neumann 17). Esto por cuanto tradicionalmente viajar, “descubrir,

³⁸ Aunque casi todas las autobiógrafas se refieren en sus relatos a las cuatro primeras décadas del siglo XX algunas retroceden a las últimas décadas del siglo XIX para recrear su genealogía o algunos hechos históricos acaecidos en esa época. En lo que respecta a Lucila Gamero, que nace en 1873, su autobiografía hace referencia a su niñez y adolescencia por lo que su relato se inscribe en las tres últimas décadas del siglo XIX.

comerciar, colonizar son, en Occidente, cosa de hombres” (Rivera 1995, 39).³⁹ La presunción de la diferencia la marca el papel social jugado socioculturalmente, por lo que competería a los varones ese estilo de escritura. De ahí la legitimación de las memorias como la práctica literaria empleada por quienes, sin ningún tipo de reservas, juegan un papel destacado en la sociedad. Los teóricos van más allá cuando precisan, como lo hace Neumann en La identidad personal: autonomía y sumisión, que las “autobiografías de los hombres de Estado y de los políticos son casi siempre memorias” (18).

Aseveraciones como las elaboradas y ratificadas por los investigadores, respecto a las memorias, evidencian que cuando éstos escriben “hombre” no se refieren al genérico sino al varón. No conciben que las mujeres desempeñen en la cultura un papel social destacado por el confinamiento de ellas al espacio privado, ámbito en el cual, aparentemente, se gesta la autobiografía pero no la memoria. Este enfoque induce a creer que la autobiografía tiene menor valor si se compara con las memorias que se refieren a acontecimientos públicos, casi siempre históricos; contextos negados a las mujeres por el sistema patriarcal. Relacionadas ambas variaciones de escritura con lo masculino adquiere menor estatus la autobiografía por describir el crecimiento personal mientras “las memorias describen decursos históricos” (110).

Por nacer estos géneros ligados a la figura protagónica masculina, la irrupción de las mujeres en estas prácticas escriturales está signada por la precariedad debido al lugar subordinado que ocupan en las sociedad. Esto por cuanto “la experiencia de vida de ellas no es por principio, considerada representativa de la experiencia universal y/o significativa de la época” (Rivera 1995, 160). La estructura homosocial distribuidora de lugares y roles no concibe que en el sitio asignado a la mujer, ocurran sucesos meritorios de contarse por discurrir en un mundo en el que se supone se sobrelleva una “vida rutinaria y sin acontecimientos importantes, una historia indigna de ser registrada en la memoria colectiva” (Rivera 1995, 162). Por tanto

“que la producción del “discurso escrito y literario de las mujeres (su producción cultural) haya permanecido desconocida durante siglos, y que a menudo se le considere “frívola” o “poco importante”,

³⁹ En apoyo de esta tesis se pueden ver las consideraciones que hace Cristina Morató en Viajeras, intrépidas y aventureras cuando señala que si es un hombre el viajero se le considera un Cid Campeador, mientras que si lo hace una mujer hay un refrán alemán del medioevo que dice: “Peregrina salió, puta volvió” (Morato 14).

es resultado directo de la progresiva autoridad patriarcal de la cultura”(Díaz-Diocaretz 102-103).

Aunque las autobiografías y las memorias no están asociadas a las mujeres la escrituras autobiográficas femeninas tienen su propia historia en distintos lugares y épocas sin importar la deslegitimación cultural de tales prácticas.⁴⁰ Las descalificaciones provienen de distintos frentes y tiempos porque se le ha considerado literatura menor. Con este calificativo se clasifica, según Deleuze y Guattari, la literatura que hace una minoría dentro de una lengua mayor, tornándola imposible por la desterritorialización que conlleva y por el vínculo de estos géneros con lo masculino.⁴¹ Aún entre las mismas escritoras no son bien vistas las prácticas de escrituras autobiográficas como se percibe en el menosprecio y el rechazo que hacen de ellas estudiosas como Virginia Woolf quien, en 1929, señaló “que la era de las autobiografías había pasado, que la mujer no necesitaba ya escribir para expresar su rabia, su amargura y su protesta. Por fin iba a poder concebir la escritura como arte” (Ciplijauskaité 15). Décadas después Marguerite Duras también se lamenta que la mujer no escriba más allá de lo autobiográfico. Este hecho “parece molestar también a Julia Kristeva, quien recomienda la “purgación de todas las reminiscencias” para llegar a la madurez creadora” (Ciplijauskaité 15). No previeron estas escritoras, también consideradas teóricas de la literatura, que la sociedad no camina de manera uniforme y que la visión de mundo de las mujeres, lo mismo que sus historias varían de unas a otras. Por ello la imposibilidad de homogenizar el cosmos escritural femenino adscrito a distintas variaciones autobiográficas que trasciende en Centroamérica entre 1940 y 1970; unas escrituras en las que se replantean

⁴⁰ En el libro Textos y espacios de mujeres María Milagros Rivera Garretas señala que si bien la escritura autobiográfica se asocia con el protagonismo masculino desde el siglo I surgen las primeras prácticas de escritura autobiográfica femenina. No fue un obstáculo ni el lugar subordinado ni la descalificación institucional de su escritura, ubicada en la periferia de la cultura, porque desde esa época las mujeres blandieron distintas estrategias para proyectarse. De carácter pietista en un primer momento o amparadas más tarde en la autoridad del varón, las mujeres no dejaron de incursionar en la escritura autobiográfica. Así lo señala también Laura Freixas en Literatura y mujeres al referir que era típico en cierta época que las viudas, las hijas, o las hermanas, de los “grandes hombres” escribieran panegíricos sobre ellos, temerosas aún de escribir sobre ellas. En Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica, Sylvia Molloy expone que algunas de las escritoras hispanoamericanas se atrevieron, desde el siglo XIX a escribir sobre sus vivencias como la cubana María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín. En las primeras décadas del siglo XX Victoria Ocampo y Norah Lange convierten su propia vida en materia de la obra artística. Subvierten el espacio pautado para ellas en búsqueda de autorrepresentación.

⁴¹ Deleuze y Guattari se refieren en la obra Kafka por una literatura menor, a este tipo de literatura que realiza una minoría.

otras subjetividades impugnando las figuras tradicionales al mismo tiempo que se vislumbran nuevas imágenes y perspectivas femeninas.

En cuanto a la escogencia de la novela autobiográfica, para dar inicio a las escrituras de la autorepresentación femenina en la región, obedece a diferentes razones. En Una habitación propia Virginia Woolf se refiere a la relación de las mujeres con este género porque, además de carecer de tradición y de estatus, es cercano a ellas debido a que “la génesis de la novela está en parte en formas de escritura familiares a las mujeres -diarios, cartas- por lo cual podía aparecer más accesible y asequible” (Freixas 156). Pero no es únicamente esa afinidad de las mujeres con la novela lo que lleva a las autobiógrafas a seleccionarla. Al posicionarse en la región presumen que con la ficcionalización de sus historias privadas pueden sortear el peligro que conlleva cuestionar a las tiranías entronizadas en algunos países del Istmo. El empleo de este género es estratégico porque les permite no sólo recobrar espacios materiales y simbólicos, sino salvaguardarse de acciones represivas de las dictaduras y de maniobras neutralizadoras usadas en las prácticas socializadas. Los escrúpulos que sustentan las autobiógrafas son coherentes por cuanto, durante la época reseñada, el espacio público les está vedado y corren el riesgo de ser perseguidas, expulsadas o asesinadas por los déspotas que gobiernan en sus países.

Las convenciones descalificadoras que pesan sobre las mujeres erigidas en protagonistas de sus obras, son también motivo para que en sus inicios las escritoras publiquen sus autobiografías en el género novelístico. Ser heroína no es concebible en el recinto pautado para las mujeres, espacio privado en el que, se supone, no suceden acontecimientos dignos de registrarse ni histórica ni culturalmente. A pesar de ello se representan como protagonistas de sus propias vidas e involucradas en actividades ajenas a las ocupaciones pautadas de domesticidad y maternidad. Sus “actos heroicos” deben rastrearse en la reseña que hacen de sus experiencias de infancia; en la renuncia a desempeñar las tareas hogareñas; en el empeño por profesionalizarse en disciplinas hasta ese entonces vedadas; en las transgresiones a los basamentos del sistema de dominación masculino.

La potenciación sociocultural de las mujeres implica la oposición al régimen dictatorial-patriarcal centroamericano. Ese enfrentamiento conlleva el hostigamiento por parte de los tiranos como se aprecia en algunos de los textos autobiográficos inscritos como novelas. Este acoso las conduce, más tarde o más temprano, al exilio. La persecución del tirano la

experimenta Elena, voz narrativa de la novela autobiográfica Peregrinaje de Argentina Díaz Lozano y Rosalba, personaje de la novela El angosto sendero, de Amparo Casamalhuapa. Ambas son acosadas por los dictadores de turno de Honduras y El Salvador, respectivamente. Así lo comenta Elena cuando reseña los bandos participantes en la revolución en Honduras, uno de los cuales estaba liderado por “uno de los personajes más sombríos de la política centroamericana: Tiburcio Carías” (Díaz 209). Elena sufre la pesadilla de la revolución durante el levantamiento y también la persecución porque, “desde entonces, el sombrío jefe de aquella revolución, me hizo sufrir. No me imaginaba que muchos años después sería causa de mis mayores amarguras” (Díaz 216).

El exilio es la única salida para las mujeres opuestas al régimen dictatorial, como lo confirma también Rosalba, protagonista de El angosto sendero, quien logra salvar su vida huyendo hacia México a través de una Centroamérica tomada por tiranos. Rosalba se ve forzada a dejar su puesto de maestra ante las prohibiciones de ser contratada en las escuelas oficiales y municipales como represalia del dictador salvadoreño Hernández Martínez “porque la joven se había negado sistemáticamente a trabajar en la reelección del citado dictador, desafiando repetidas presiones del Partido Oficial Pro Patria” (39). El refugio temporal en casas de amigos; el juego de disfraces para salir de su país; la fuga a México, son consecuencias que dejan al descubierto el complot del déspota contra Rosalba. Pero esos hechos no logran amedrentarla como se percibe en el posicionamiento y la potencialización que adquiere como mujer al responder la pregunta sobre la razón de su viaje al exilio: “Soy maestra salvadoreña y voy a México huyendo del dictador Hernández de mi patria. Efectivamente, voy sola” (141).⁴²

De destierros también escribe la escritora salvadoreña Consuelo Sunsín quien recurre tanto a la novela autobiográfica como a las memorias para contarse. Los exilios de Sunsín son por decisión propia al elegir, desde muy joven, abandonar El Salvador. Con escalas temporales en varios países se decide por París, ciudad en la que radica hasta su muerte. Aunque no es perseguida política en su país el asedio lo experimenta en la capital francesa, tomada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La fuga de la ciudad ocupada

⁴² En el período en que se insertan las precursoras de la escritura autobiográfica México se constituye en un ejemplo para la región centroamericana por la revolución de 1910. Además esa nación se convirtió en el refugio para muchas escritoras de territorios vecinos que vieron sus aspiraciones limitadas en su propio país,

y sus vivencias de refugiada junto con un grupo de personas en otra localidad de Francia, son relatadas por Sunsín mediante la voz narrativa de Dolores, personaje de la novela autobiográfica Memorias de Oppède. Dolores es un nombre revelador de las penurias que sufre la protagonista en Oppède debido a la escasez de alimentos y por la espera interminable para reunirse con su pareja. Predestinada al exilio parece estar la protagonista porque, según lo reconoce, desde “la infancia partir fue un deseo más fuerte que cualquier atadura” (17). Entre el aquí y el allá, entre el arraigo y el desarraigo parece debatirse Dolores. Esa incertidumbre la lleva a confesar “¡Vengo de lejos, de muy lejos, soy diez veces refugiada!” (17).

Si unas autobiógrafas recurren a la novela por ser un género ligado a los diarios y las cartas; para impedir la descalificación de su protagonismo cultural; para conjurar la amenaza, la agresión o el asesinato, por parte de los tiranos o en sus intentos por salvarse del exilio, otras descubren las memorias y las autobiografías para relatarse. Sin importarles que estas modalidades sean géneros vinculados con los varones las exploran descartando las descalificaciones canónicas. Se atreven a incursionar en estas prácticas de escrituras autobiográficas jugando con los deslindes y las imprecisiones de las fronteras genéricas. Sus escrituras son subversivas no sólo por irrumpir en géneros considerados, ortodoxamente, masculinos sino porque, en ese proceso de autorreconocimiento, las mujeres asumen una potenciación protagónica recreando relatos sobre sí mismas en los que se confunde lo público y lo privado. Emergen del borde, del silencio, del anonimato y la invisibilización, resistiéndose a ser subsumidas en el discurso de lo mismo. En ese sentido intentan la “corrección o destrucción de la imagen del “yo” concebida desde fuera” (Ciplijauskaité 18), trazando una nueva subjetividad femenina desde ellas mismas.

En sus ansias autoexploratorias para plasmar su propia subjetividad vasta e imaginativa, Sunsín recurre a las memorias, un año después de publicada su novela autobiográfica, al publicar el libro Memorias de la rosa, obra en la que perfila otras facetas suyas. Por las memorias también se decide la escritora salvadoreña Claudia Lars cuando escribe sobre su vida en Tierra de infancia. En estas memorias poéticas Lars rescata su niñez, etapa de la vida en la que se supone no suceden hechos heroicos y menos si quienes los protagonizan

por los prejuicios y estereotipos patriarcales. Allí se asiló Amparo Casamalhuapa, como también lo hicieron numerosas escritoras; entre ellas las costarricenses Yolanda Oreamuno, Eunice Odio, Carmen Lyra.

son mujeres. No se intimida por las prescripciones que pesan sobre el género renovándolo al narrarse desde niña y en hechos que, trascendentes para ella aunque no para los otros, desea divulgar en la sociedad.

La revaloración de la autobiografía también se da entre las precursoras autobiográficas centroamericanas. Esta es la modalidad por la que se decide la escritora hondureña Lucila Gamero Moncada. Con excepción de esta escritora que introduce su relato con un exordio para explicar que lo escribe por petición de otros, las demás escritoras publican sus textos sin hacer ningún preámbulo. Sacan provecho de unos géneros vinculados institucionalmente con los varones revaluándolos con sus propias experiencias. Empeñadas en contarse no se ocupan de especificar las particularidades de las terminologías con las que designan sus escritos, adscribiéndose a uno u otro género sin considerar las normas establecidas por la academia. Desde esa perspectiva sus escrituras se convierten en una praxis de experimentación porque, mientras unos textos son relatados cronológicamente en un intento por darle verosimilitud al relato, otros están escritos al ritmo de los recuerdos que refulgen y se despliegan conforme son evocados debido a que la escritura autobiográfica “no depende de los sucesos sino de la articulación de esos sucesos, almacenados en la memoria y rememorados mediante el recuerdo y su verbalización” (Molloy 16). Las escrituras de la autorrepresentación femenina emergen de ese umbral impredecible que es la memoria, en la que no hay nada fijo por ser “un centro de producción, en perenne movimiento, como los átomos, atravesada por el tiempo histórico que la va dotando de significaciones diversas” (Solá 124).

2. SOMOS MUJERES HONDUREÑAS, SALVADOREÑAS... CENTROAMERICANAS.

Unas veces por caminos de herraduras y a lomo de mulas, otras sobre rieles y espectadoras de los movimientos revolucionarios, estas autobiógrafas inician la búsqueda de una nueva subjetividad femenina mostrando las fisuras del sistema dictatorial-patriarcal, grietas que ahondarán y expandirán las escritoras de los períodos subsiguientes. Son

mujeres en movimiento como lo está la región centroamericana porque, ya recreando el paisaje propio o descubriendo el ajeno, estas escritoras develan sus propias vivencias inmersas en las transformaciones que experimenta la región, con cambios que se suceden en lo político, en la tenencia de la tierra, en los medios de transporte, en los conflictos sociales. Todo ello como consecuencia del desarrollo y consolidación del sistema capitalista y el despliegue imperialista en el área.

En su búsqueda por posicionarse en el contexto histórico de sus respectivos países estas escritoras reseñan en sus relatos los cambios ocurridos en las primeras décadas del siglo XX con la siembra del banano y la construcción de los ferrocarriles para atender las demandas de los mercados internacionales. En estos textos es posible descubrir el ingreso de Centroamérica al sistema capitalista de manera dependiente y el impacto económico, social y político, sobre las sociedades tradicionales por las concesiones de tierra que hacen los gobernantes de turno a las transnacionales productoras de banano, también propietarias de las minas y del ferrocarril.⁴³ En sus obras relatan las movilizaciones y concentraciones de mano de obra en ciertas regiones debido a las demandas en el mercado laboral por parte de las compañías foráneas, lo que origina nuevos patrones de poblamiento y urbanización en el área. Esos cambios los patentiza Argentina Díaz Lozano a través de Elena y su madre, protagonistas de Peregrinaje, quienes se desplazan hacia la costa norte hondureña porque allí se considera que está la civilización (54), y pagan en dólares (82 y 112). Pero al mismo tiempo la escritora reconoce que la costa es un destino aciago para los trabajadores hondureños. Lo señala a través de los tenderos apostados en la ruta quienes han visto el ir y venir de los viajeros e intentan disuadirlas refiriéndoles: “todos pasan para allá con sueños de mucha plata, pero los que vuelven vienen sin la plata y sin la *salú*...” (61).

De la explotación de minas hondureñas también escriben las precursoras de las escrituras autobiográficas. A estos yacimientos se refieren tanto Lucila Gamero como Argentina Díaz Lozano. Gamero se refiere a dos momentos en la explotación minera. El primero alude a la época cuando las minas están en manos de ricos hacendados cafetaleros,

⁴³ El ferrocarril irrumpió con la producción y la exportación bananera en algunos países de Centroamérica y se extendió a otros que no sembraban ese cultivo, como El Salvador. El tren marca la infancia de las autobiógrafas bajo distintas imágenes y recreando las fórmulas de los cuentos infantiles. En ese sentido unas veces es nombrado como un “portentoso pero amable monstruo” (Díaz 71), para llamarlo a continuación “gusano gigantesco” (Lars 51), o “un animalón de hierro” (Lars 51). También lo recrean como una “bestia

muchos de los cuales son parientes de la escritora, como sus abuelos, padres, tíos y esposo. El segundo período de producción minera en Honduras está marcado por la penetración del capitalismo estadounidense y el consiguiente traspaso de las minas a los foráneos porque fue durante las décadas setenta y ochenta del siglo XIX que “llegaron a Honduras mineros provenientes de los Estados Unidos y de varios países de Europa, con el fin de explorar yacimientos mineros” (Fonseca 179). Esa transición la explora Gamero al recordar el proceso mediante el cual las minas de sus familiares pasaron a ser propiedad de los estadounidenses, perspectiva que le permite parodiar el traspaso de los propietarios regionales a los extranjeros.

A las repercusiones de la penetración del capitalismo en la actividad minera se refiere también Argentina Díaz Lozano en Peregrinaje. En ese sentido señala la manera en la que el desarrollo capitalista acentuó las expropiaciones de los pequeños agricultores hondureños quienes, de la noche a la mañana, se convirtieron en obreros de las minas bajo condiciones infrahumanas. Para exponer el proceso de expropiación y de explotación sufrido por los campesinos hondureños recurre a una de las mujeres cuyo marido se vio obligado a trabajar en los yacimientos:

“le quitaron su milpa por un “pisto” que debíamos *ende* cuando se nos murió una muchachita que tuvimos, y entonces nos fuimos para San Juan, y él se metió a trabajar en las minas, a sacar oro para los “gringos”, y también plata que allí abunda. Me daba mucho miedo cuando yo lo acompañaba a la mina, cuando se metía en las *projundidades...*, porque me dijeron otras mujeres que a veces se *caiban* y se mataban así, se morían de tisis, que allí da mucho a los mineros quien sabe por qué” (184-185).

Si la explotación minera introdujo transformaciones en la región centroamericana como lo reseñan Díaz y Gamero, cambios semejantes provocó la expansión del cultivo del café. Esta actividad productiva desencadenó importantes modificaciones tanto en el mercado de tierras como en las relaciones laborales. Las demandas de los hacendados cafetaleros se acentuaron especialmente en Guatemala y El Salvador, países en los que “el paisaje agrario estuvo dominado por propiedades relativamente grandes, concentradas en pocas manos”

cansada” (Lars 92), una “enorme masa negra y humeante” o “un volcán ambulante que escupía fuego, paquetes y personas” (Sunsín, 1998, 123).

(Pérez 108). Esa concentración produjo una oferta laboral masiva de los indígenas y campesinos desposeídos, como se puede palpar en algunos relatos autobiográficos en análisis. Esta situación llevó a que grupos campesinos descontentos establecieran alianzas y se afiliaran ideológicamente con la izquierda.

De las transiciones experimentadas por la región, de las tiranías, de las persecuciones políticas, del descontento y de los levantamientos populares y las revoluciones, narran estas escritoras al mismo tiempo que comienzan a potencializarse “no fuera de la historia, sino al contrario, forjando historia y realidad” (Calvo 2004, 45). Se inscriben en el contexto histórico de la época mediante el énfasis reiterativo de un yo femenino; un sujeto desmitificador de la historia oficial reafirmado frente al sistema dictatorial-patriarcal que oculta, niega e invisibiliza a las mujeres como sujetos creadores de cultura. Aunque sólo algunas de las autobiógrafas denuncian, explícitamente, las injusticias cometidas por las tiranías, todas ellas dejan en sus obras indicios de sedición que pueden rastrearse en los silencios, en las entrelíneas o en los entornos que, pese a ser bucólicamente delineados, permiten descubrir la gestación del descontento popular en esta narrativa autobiográfica femenina que se puede plantear como escritura de preguerra.

No hay más que abrir los textos de las precursoras de la escritura autobiográfica para descubrir la conciencia que tienen estas mujeres del país y la región que habitan. Esa ubicación territorial, ese sentido de pertenencia, es el punto de partida para enrumbarse a la exploración personal. La identidad se constituye en un proceso de conciencia en el cual la propia historia “es interpretada o reconstruida dentro del horizonte de significados y conocimientos disponibles en la cultura en un momento histórico dado, un horizonte que también incluye formas de compromiso y lucha política” (Guerra 170).⁴⁴

Orgullosas de su sangre mestiza se declaran las escritoras salvadoreñas Claudia Lars y Consuelo Sunsín, ambas nacidas en la ciudad de Armenia. Lars reconoce, en Tierra de infancia, el aporte de los indígenas a la cultura salvadoreña al recordar la lucha de los pueblos aborígenes frente a la invasión de los conquistadores y la defensa que hicieron los indios pipiles de la ciudad de Sonsonate cuando “se apresuraron a formar un ejército para defender la libertad de su suelo (...) con flechas y lanzas” (82). De los cambios originados

⁴⁴ Esta cita la selecciona Guerra de la antología Feminist Studies/Critical Studies de Teresa de Lauretis (Bloomington: Indiana University Press, 1986, p.157).

por la ocupación española Lars hace un recuento donde por igual recupera las aportaciones de los vencedores como de los vencidos, esbozando la mezcla étnica que comenzó en el área “desde los primeros días de la conquista; mestizaje violento, confuso y atormentado, pero con necesarios aportes para el futuro” (83).

Claudia Lars experimenta en sí misma la mezcla de sangres cuando exclama “entre el volcán y el mar nació la niña de este libro: el volcán de sus abuelos morenos; el mar de sus abuelos blancos” (47). Ese mestizaje lo palpa en la casona del abuelo en la que coexisten distintas culturas porque allí vive el otro-chele, su padre, que llegó un día a la tierra de volcanes para quedarse varado por el amor después de múltiples andanzas. Lo comparte, además, con el otro-nica trashumante y fabulador que trae y lleva historias que agranda conforme se desplaza por el Istmo. También, con el otro-indio, caminante que bajó de las montañas para vender sus productos y se quedó con aquellos que no regresaron a sus tierras por servir al hacendado quien los relegó al traspatio de la casona “como los lavaderos, las monturas y las trojes de cereales” (119).

Bucólica y nostálgicamente recordada la tierra de su infancia Lars idealiza, por ser su abuelo un hacendado, las relaciones de los cafetaleros salvadoreños con la peonada conformada por los indígenas, etnia condenada a la explotación en las plantaciones de café.⁴⁵ No se detiene a considerar las penurias de los sectores marginados ni las condiciones sociopolíticas que atraviesa su país. Su obra es una narración de infancia, una especie de reencuentro con el paraíso perdido que se nutre con leyendas, cuentos y tradiciones de la región centroamericana; historias plurales en las que conviven la Siguanaba con fábulas cristianas y relatos del camino en tal confusión que no se sabe donde comienzan o terminan unas y otras.

A su país, rico en volcanes y leyendas, se refiere también Consuelo Sunsín al recordar la tierra en que nació. Viajera incansable y radicada en París, la autora deja constancia una y otra vez de El Salvador, país al que regresa para restablecerse, emocional y físicamente, cuando se siente abandonada. Tanto en la novela Memorias de Oppède, bajo la voz

⁴⁵ De la explotación de las poblaciones indígenas, desde las épocas de conquista, deja constancia Claudia Lars en el poema sobre el indio Cruz: “Indio Cruz ¡Que carga llevas/ por distancia interminable!/ ¡Cuando empezaste a sufrirla/ no salías de tu madre!/ Hay tanto que te doblega/ y te condena al arrastre;/ tanto que se ha vuelto vida/ de sentirlo en viva carne/ y de hallar, hasta la muerte,/ una envoltura de sales./ Los mapas se han dibujado/ con el hilo de tu sangre;/ en tus muslos y tu cuello tienen base las ciudades;/ de tu corazón el grano/ cae al suelo y se reparte:/ ¡oro patente y rendido/ que te mantiene con hambre!” (Lars 25).

narrativa de Dolores, como en Memorias de la rosa, en la que el sujeto discursivo evoca la tierra de volcanes, Sunsín se muestra complacida de ese mestizaje que le confiere una identidad particular. Ante la descalificación que le origina la mezcla de sangres, entre amigos y parientes políticos parisinos, se muestra desafiante y orgullosa al autorreconocerse de otra latitud y de diferente cultura:

“Yo tenía otro origen, otra tierra, otra tribu, hablaba una lengua distinta, comía cosas distintas, vivía de manera distinta (...) Yo tenía una buena dosis de sangre india maya (algo que estaba de moda en París) por la parte Suncín, y conocía leyendas de volcanes que podrían divertirlos... Pero algo más profundo los frenaba, algo relativo a la mezcla de sangre”
(Sunsín 2002, 90).

Otra de las escritoras que se manifiesta orgullosa de su tierra, aunque no de los regímenes dictatoriales que gobiernan en su país y en los territorios vecinos, es la también salvadoreña Amparo Casamalhuapa, como se aprecia en la novela autobiográfica El angosto sendero. Partidaria de las prédicas de bondad, equidad, y justicia de Alberto Masferrer y de las ideas socialistas que permean la juventud salvadoreña, no es de extrañar la lúcida conciencia de clase y la criticidad de Casamalhuapa sobre la sociedad. A diferencia de Sunsín y de Lars, esta autobiógrafa, desdoblada en Rosalba, se aleja de la visión idílica para censurar al tirano que gobierna en su país en un discurso que, además de escribirlo, proclama en plaza pública:

“yo como mujer salvadoreña, protesto con todas mis fuerzas de un Gobierno que en nombre del orden público ha venido callando las voces de los hombres honrados que saben estas cosas y otras de igual gravedad (...) Para los que seguimos las huellas de los grandes hombres de la historia, no hay en el presente más que detenciones, destierros, cárcel y torturas, pero no importa. En los anales de la Historia Patria están escritos los nombres de los mártires que sucumbieron a manos de la traición, de la tiranía y del miedo de los pueblos débiles” (41).

Casamalhuapa esboza otro país y otra Centroamérica de la que no comentan ni Lars ni Sunsín. Perseguida política por el gobierno de Hernández en su huída al exilio perfila a su patria y bosqueja a la región, nombrándolas y enfocándolas de distintas formas. Si en algún

momento El Salvador es una sola costa bañada por el océano, en otros lo observa como “un pedazo de costa” (44) o un “pedacito de la cintura de América” (57), para ser de seguido “el país más pequeño de América” (125) y contrastar su pequeñez con la “inmensa cárcel en que se había convertido El Salvador” (67). Una “patria desgraciada” (64) bajo la dictadura de un “infeliz dictador que quiere rivalizar con sus congéneres de Centroamérica” (115).⁴⁶ El posicionamiento en el propio país lo extiende a todo el Istmo, al que llama con afecto “patria grande” (82), “Patria centroamericana” (38), o con enojo “dormida Centroamérica” (34) por desatender las voces del maestro Alberto Masferrer. Inspirada en este humanista la escritora se lamenta que sus enseñanzas no hayan trascendido en un territorio que “está amenazado por el medioevo en pleno siglo XX” (115).

Se duele no sólo del sufrimiento de su pueblo sino del que aflige a los pueblos vecinos porque mientras huye a través de esos territorios verifica que también están “sometidos por los ¡Dictadores criollos! ¡Gentes nacidas en Centro América para amargar la vida de los ciudadanos honestos!” (135). Es sugerente observar el enfoque de Casamalhuapa respecto a la situación que experimenta la región. Por ser maestra, defensora y promotora de ideales humanistas y por inspirarse en ideas socialistas que permean la juventud salvadoreña de la época, Amparo Casamalhuapa tiene conciencia social. A diferencia de Claudia Lars y Consuelo Sunsín, esta escritora no proviene del sector acaudalado y conoce de cerca las penurias de los grupos desposeídos. Huérfana desde su infancia, trabaja desde muy joven por lo que está consciente del descontento popular tanto en su propio país como en los territorios por los que escapa del hostigamiento del tirano Hernández Martínez.

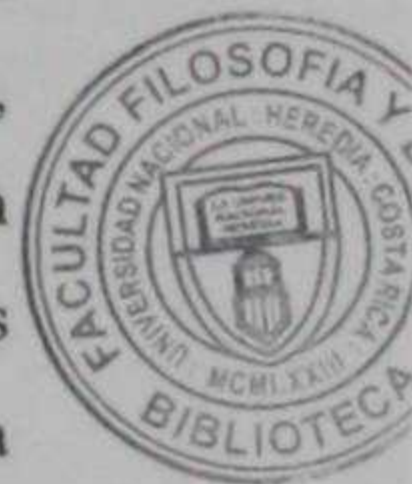
Se vuelve forzoso para las mujeres que intentan replantear una subjetividad pautada por los otros la apropiación del contexto histórico para contarse como lo hace, también, la escritora hondureña Argentina Díaz Lozano en Peregrinaje. Desdoblada en Elena la autora señala como lugar de origen “un pueblecito de Honduras, fundado por aventureros y valientes españoles” (5). Desde ese posicionamiento comienza el autodevelamiento privativo y el histórico-social que van revelándose conforme se desplaza por diferentes

⁴⁶ Durante el gobierno de este dictador, quien llegó al poder mediante un golpe de estado, se produjo una insurrección social en toda la zona cafetalera que convocó a indígenas y mestizos. En ese levantamiento se produjeron detenciones y fusilamientos de algunos dirigentes del recién fundado Partido Comunista Salvadoreño. En la represión, resultante de la revuelta, se produjo “un saldo de víctimas estimado entre 10.000 y 30.000 muertos. Tanto ese alzamiento como la represión sucesiva marcaron profundamente toda la historia contemporánea de El Salvador” (Pérez, 118).

pueblos hondureños a lomo de mulas, en trenes o en “grandes y rústicos buses (...) a los cuales la gente llamaba Baronesas” (227). Díaz es consciente de la penetración estadounidense en la región y del poder de la United Fruit Company (UFCO) en su país debido a que “la mayoría de las tierras cultivadas con el codiciado fruto, el “oro verde” costeño, pertenecía a “la Compañía” (90). Además señala la relación del ferrocarril con las extensas plantaciones del cultivo del banano al usar la onomatopeya: “Chiqui chaca..., chiqui chaca..., decía rápidamente el tren, mientras huían veloces ante nuestros ojos los verdes y al parecer interminables bananales” (83).

Sobre el mestizaje hondureño muestra una gran inconsciencia como se percibe del esbozo que hacen Elena y su madre de los indígenas y de los negros. Estos grupos étnicos trascienden, en Peregrinaje, con los prejuicios y estereotipos de los marginados y los estigmas del conquistador. Así se intuye cuando las protagonistas de la novela refieren sus intenciones de evangelizarlos y civilizarlos. Si en algunos fragmentos parecen sentir compasión respecto al indígena no sucede lo mismo con los negros como se aprecia en el comentario de Elena quien, desdoblada en un nosotros, al incluir a su madre, comenta despectivamente: “No había con quien relacionarnos. Nos dimos cuenta de que la mayoría de habitantes eran morenos o mulatos. Había muchos con “cativí” o “mal de pinto”, repugnante enfermedad de la piel que consiste en blancas y lívidas manchas” (117). Con prejuicios similares bosqueja a los campesinos hondureños describiéndolos como seres perezosos que cultivaban “una raquítica milpa, mejor dicho la veían crecer desde su hamaca de pitas, donde permanecían casi todo el día, mirando al cielo azul y espantándose las moscas (...) salen de su sopor sólo de vez en cuando, para ir a tomar aguardiente, que los acaba de embrutecer” (163).

Contextualizar la historia privativa se convierte en una necesidad como se percibe también en la Autobiografía de Lucila Gamero de Medina quien señala como el lugar de su nacimiento, y el de sus progenitores, a Danlí, pequeño pueblo ubicado en la “República de Honduras, América Central” (60). El escenario que esboza Gamero en su texto es convulso en cuanto a la tenencia de la tierra porque su familia, propietaria de minas y de grandes haciendas cafetaleras, debió “abandonar su pueblo para evitar la persecución de ciertos individuos ignorantes, que capitaneados por algunos hombres de notoria mala fe, les eran hostiles y trataban de quitarles indebidamente las propiedades rurales que, con títulos



legítimos, poseían en el municipio de Danlí” (60). Aunque la autobiógrafa minimiza el exilio de sus padres, descalificando a los gestores del levantamiento al tildarlos de ignorantes y “neocomunistas”, deja en evidencia el descontento popular contra los hacendados cafetaleros, dueños también de las minas en la zona rural hondureña. Un malestar acrecentado por la carencia de vías de comunicación como lo relata la escritora al consignar fechas y datos sobre las dificultades para desplazarse dentro del país: “el año 1890 y aún mucho tiempo después, para ir de Danlí a Tegucigalpa se ocupaban tres días. El viaje era a lomo de mulas por unas veredas en su mayor parte casi intransitables y peligrosas, mal llamadas caminos de herraduras” (72).

Con críticas atenuadas o con fuertes censuras acerca de los acontecimientos que se suceden en sus respectivos países, todas las autobiógrafas manifiestan, consciente o inconscientemente, el descontento popular que se incubaba en Centroamérica por las grandes desigualdades sociales. Así lo señala Casamalhuapa cuando expone en El angosto sendero la peligrosa estadística que marca la región: “setenta y cinco por ciento de analfabetismo (...) sobreabundancia de cantinas, indiferencia del veinticuatro por ciento de personas cultivadas, desnutrición en la mayoría del pueblo, prostitución, tuberculosis y niños pidiendo limosna, explotados por sus padres verdaderos o adoptivos” (38). Ese descontento de los pueblos centroamericanos lo personalizan las autobiógrafas desterradas por los dictadores como Casamalhuapa quien, a través de Rosalba, acusa al dictador Hernández Martínez de representar “un gobierno tiránico que hace siete años ordenó asesinar -en tres meses- a doce mil ciudadanos inermes para consolidarse en el Poder y que luego ha pisoteado la Constitución de la República y la dignidad de todo ciudadano honrado” (66). Enfrentada al gobierno represivo salvadoreño y con el señalamiento preciso de la cifra de ajusticiados, condena también las tiranías de otros países como Guatemala, territorio en el que gobierna un “dictadorzuelo, émulo de los Carrera y Estrada; personas que han sido y son como una enfermedad endémica de esta pobre y bella tierra del Quetzal” (138).

Las fuertes críticas político-sociales que hace Casamalhuapa en El angosto sendero son inusuales entre las demás escritoras. No obstante todas las obras muestran, si se leen las entrelíneas, las condiciones de pobreza y abandono en las que viven los sectores populares en Centroamérica. La miseria se evidencia en Peregrinaje cuando desde casitas diminutas niños desnutridos y con vientres hinchados dicen adiós al paso del tren; o cuando los indios

arreadores de mulas llaman “patroncitos” a quienes cabalgan en ellas. También se descubre en el ambiente insalubre en el que viven los trabajadores en las zonas bananeras, regiones a las que se desplazan los hondureños en busca de mejores condiciones salariales. Aunque Argentina Díaz Lozano no critica, a la United Fruit Company, transnacional adueñada de todo el litoral caribeño, de los ferrocarriles, las minas y los ingenios de su natal Honduras, percibe que las transformaciones provocadas por la Compañía generan el ambiente propicio para los levantamientos sociales. En ese sentido señala que, de ocurrir una revolución, la lucha tendría mayor eco en los miles de trabajadores de las fincas bananeras quienes por vivir en condiciones miserables “no le tienen apego a la vida carcomida por el paludismo, embrutecida por el alcohol y el calor y el vaho pestífero de los fangales y la amenaza de las víboras” (74).

A pesar de percatarse que Honduras sufre una revolución apadrinada por la UFCO y de reconocer las condiciones miserables en las que viven los trabajadores bananeros, Díaz Lozano parece defender la intrusión de los “*marines*” estadounidenses en su país, con el pretexto de reprimir los levantamientos populares.⁴⁷ En la novela Peregrinaje deja constancia de la fascinación despertada por los marinos de un barco anclado en Amapala quienes penetraron a Honduras para intervenir en los asuntos internos “pasando por en medio de los ejércitos rebeldes, que respetaron la bandera de las barras y las estrellas” (218).⁴⁸ La seducción que ejercen los “*marines*” sobre Elena, voz narrativa de la novela, se comprueba en el beneplácito expresado ante la intervención violatoria de la soberanía hondureña; en el reconocimiento de las “humanitarias” actuaciones de los estadounidenses; en la descripción física que hace de ellos:

“Todos eran altos, hercúleos y jóvenes; la mayoría tenían ojos azules

⁴⁷ En “Lectura de Peregrinaje de Argentina Díaz Lozano en clave de novela educativa”, Seidy Araya considera la obra de la escritora hondureña “nacionalista, interesada amorosamente en el paisaje y los problemas locales” (Araya 88). La perspectiva de Araya, visión de la que se discrepa en esta investigación, ignora u oculta la visión entreguista que tiene Díaz con los “*marines*” norteamericanos.

⁴⁸ La adhesión incondicional de Argentina Díaz Lozano con Estados Unidos se palpa en esta obra ganadora del Primer Premio del Concurso Literario Latinoamericano y editada por Farrar & Rinehart de New York. Los comentarios y elogios que despertó Peregrinaje, en los periódicos y revistas estadounidenses -y que la autora reproduce en el anexo que trae el ejemplar utilizado en esta investigación- prueban la permisividad al recrear la penetración de la potencia en el área. Es muy probable que después de haber vivido en Estados Unidos la escritora hondureño-guatemalteca conociera el tipo de literatura apetecida por ese público. De ahí las descripciones tipo turísticas que hace de Honduras como un “país tropical” con “pueblos pintorescos” y de “selvas vírgenes”. Su obra está dirigida al lector foráneo como se comprueba en las explicaciones de algunos segmentos de la novela, como los que se refieren al maíz, a su preparación y consumo (19-20).

y los cabellos claros o rubios. Una parte bien armada, custodiaba la legación de los Estados Unidos. Otros se acuartelaron en una casa vecina y no se mezclaban para nada en la tremenda lucha de que eran testigos. Salían sí, de vez en cuando, con angarillas y medicinas a recoger o curar heridos de los bombardeos o combates en los alrededores de la capital” (218).

Una imagen de benefactores es la que proyecta Díaz Lozano de los “*marines*” apostados en la costa hondureña para intervenir como apoyo del gobierno dictatorial. Por ser Honduras un país productor de banano no es raro que sea la intromisión de Estados Unidos la que trascienda en Peregrinaje. En El Salvador, país productor de café, la intrusión extranjera que reseña Amparo Casamalhuapa se diversifica. Así lo patentiza en El angosto sendero cuando culpa al tirano Hernández de ser no sólo el causante de la represión, la miseria y la corrupción sino un aliado y un entreguista con los foráneos que copan las instituciones porque, según comenta: “los puestos de Dirección de Bancos, Instituciones Armadas, de la Banda de Supremos Poderes y de la Estación de Radio, están controlados por extranjeros: alemanes, italianos y españoles fascistas, que siempre ven los intereses de sus respectivos países” (40).

Estas autobiógrafas no pueden obviar, dentro de su historia particular, el contexto histórico de su respectivo país. Los hechos sucedidos en la región las marcan, aunque desconozcan muchos de los sucesos que allí ocurren, residan fuera de Centroamérica o se proyecten apolíticas, como simula serlo Consuelo Sunsín. A diferencia de Amparo Casamalhuapa, que considera la desigualdad social y los abusos de la tiranía, como las causantes del descontento popular, Sunsín atribuye la lucha campesina salvadoreña a los terremotos, sin considerar los cataclismos político-sociales:

“Pensé con nostalgia en El Salvador, en la época en que observaba a los zahoríes escudriñar la tierra seca, buscando el agua igual que un animal olfatea el perfume de una hembra. La espera era dura, los pastos estaban secos y los animales morían porque faltaba el agua, que se había ido a causa de los terremotos; los campesinos estaban inquietos, mientras los zahoríes tenían en sus manos todas sus esperanzas. La respuesta era cuestión de vida o muerte para todo el país. El río estaba seco, se había

hundido en las entrañas de la tierra o se había ido a pasear por otro lugar, no lo sé. Vi rebaños enteros que se tendían en el suelo para morir, los oí lanzar sus mugidos de muerte al unísono. Sin embargo, el cielo era puro y un sol tropical bañaba todo el país, mofándose de hombres y animales.”
(2002, 167-168)

Si esta autobiografía recuerda a su país ajeno a las problemáticas sociales esa perspectiva se justifica por el desarraigo en el que se debate Consuelo Sunsín. Añora a su tierra de volcanes si la sabe lejana, pero es ese mismo lugar el que la asfixia obligándola a la trashumancia desde joven. Sin embargo, no puede desprenderse de su propio territorio al recordar, en Memorias de la rosa, las plantaciones de café de su padre (281) y, especialmente, por el extrañamiento al que la somete la mirada del otro quien cree que “hay algo que la ha marcado. Probablemente su país. El trasplante de América Central a Europa” (40).

Aunque en esta época de preguerra las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica exponen consciente o inconscientemente las desigualdades sociales, las exclusiones étnicas y los conatos de levantamientos populares en el área, están en una posición ventajosa frente a los sectores subalternos, tanto por pertenecer a sectores medios o acaudalados como por tener una educación universitaria. Desde esa perspectiva observan a los desplazados por el sistema en otros espacios distantes a los que ellas ocupan como las cocinas, los cuartos de servicio, las trojes y los patios, las orillas de la línea del tren, las zonas insalubres de las bananeras, los socavones de las minas o los caminos de mulas. También los observan en las estadísticas sobre analfabetismo, en los cuadros de desnutrición, en los índices de pobreza o representados en imágenes estereotipadas con las cuales el sistema los relega al tildarlos de ignorantes, ebrios, vagos e incivilizados.

Delineado, registrado y representado el contexto histórico desde sus propias vivencias las autobiógrafas se aventuran a proyectar nuevas perspectivas sobre la sociedad y el papel que juega lo femenino en la cultura. Hacen circular su propia versión sobre Centroamérica como un elemento clave en su inscripción como sujetos culturales al forjar “dentro de la textura fragmentaria de su relato, la figura de su propia diferencia como mujer” (Molloy 180). En sus obras se perciben las críticas al desalojo cultural femenino en la sociedad patriarcal a través de diversas estrategias textuales con las que cuestionan, rechazan y

desafían las imágenes femeninas tradicionales como la materna y la imagen del eterno femenino. Con estas tácticas inician el desmantelamiento de los fundamentos patriarcales quedando la familia en entredicho por el cuestionamiento de la madre como del patriarca. El desmontaje de la familia trae aparejada la impugnación de los otros fundamentos del sistema patriarcal.

3. DESMANTELAMIENTO DE LOS BASTIONES PATRIARCALES

En la travesía que inician estas escritoras para replantear la subjetividad femenina, desde sus propias experiencias, comienzan por cuestionar la ideología de género implantada por el sistema de dominación masculino a través de: la escuela, la religión, la familia y el estado. Hacia estas instituciones se dirigen las reprobaciones de las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica por ser las responsables de perpetuar los mecanismos de deshistorización y de eternización de las estructuras de la división sexual en las sociedades patriarcales.⁴⁹ Las cuestionan al descubrir que en ellas se construyen y difunden los principios de dominio masculino perpetuadores de la subordinación de las mujeres y que trascienden, prescindiendo de cualquier justificación, como invariables, convenientes, universales y naturales. Critican esa lógica de dominación impuesta e inculcada de la misma manera que las virtudes dictadas por la moral que encubren las relaciones del poder androcéntrico. Impugnan el orden social ratificador de la dominación masculina; un sistema fundamentado en la división sexual del trabajo, en la distribución irrestricta del espacio, en las actividades asignadas a cada uno de los sexos de cuyo repartición pierden las mujeres al destinárseles “todos los trabajos domésticos, es decir, privados y ocultos, prácticamente invisibles o vergonzosos (...) los más sucios, los más monótonos y los más humildes” (Bourdieu 2000, 45). De esa adjudicación tan desigual surgen, consciente o inconscientemente, los primeros intentos por desquiciar la lógica de dominación masculina.

⁴⁹ Véase el libro La dominación masculina de Pierre Bourdieu.

Desprovistas de modelos femeninos con los cuales puedan promover un cambio de mentalidad estas escritoras se erigen como precursoras de un proceso conducente a configurar una nueva subjetividad femenina en Centroamérica. Inician la rebelión desde el momento mismo en que rechazan o se niegan a practicar los juegos pautados socialmente para las niñas. El manoseado juego de muñecas, esencial en la enseñanza-aprendizaje para estimular el instinto maternal, es rechazado por algunas de las autobiógrafas.⁵⁰ Según confiesa Lars, en *Tierra de infancia*, esos “pasatiempos me parecían tontos y fastidiosos” (71) y me aburría “como pato en corral” (77). Tampoco le atrae la muñeca rubia, obsequio del cónsul estadounidense. Interesada por ver cómo funcionaba el mecanismo del lenguaje en la muñeca se armó con un gran caracol y, según confiesa, “golpeé con él la fina cara de porcelana y la hice mil pedazos. No contenta con eso, despedacé el cuerpo como pude y le arranqué brazos y piernas” (91). Ante los hechos consumados el alboroto, el castigo y otra muñeca de trapo que “vestía el refajo de las indias de Izalco, hecho a mano en telar primitivo y con los diseños y colores que manda la tradición” (93).⁵¹ De los diálogos-monólogos que entabla la niña con la muñeca indígena se vale Lars para diferenciar las labores tradicionales de las mujeres salvadoreñas en ese tiempo, porque mientras a las indias y campesinas les correspondía barrer, lavar, cocinar, las mujeres de grupos adinerados aprendían “a leer, a hablar en inglés y a recitar versos bonitos” (94).

Las autobiógrafas confiesan debatirse entre los juegos pautados para uno u otro sexo. En esa contradicción parece hallarse Gamero cuando expresa “con mis aficiones deportivas, gústanme muchos los niños y las muñecas; y de estas últimas, las que parecen bebés” (62). Lo que plantea la escritora como contrasentido desaparece cuando relata su participación en los juegos considerados masculinos. Vencedora ante sus primos en los juegos varoniles reproduce la reprimenda de su tío quien, sustentador del sistema de educación tradicional, “regañó a sus hijos, haciéndoles ver que era vergonzoso que una mujer tuviese más valor que ellos” (65). La reprensión masculina reafirma los prejuicios y los estereotipos reproductores del sistema tradicional en una época, en la que los juegos tienen claramente

⁵⁰ Ivonne Knibiehler en *Cuerpos y corazones*, señala que la “muñeca se erige en un instrumento privilegiado para la maternidad (...) los fabricantes presentan muñecas-bebés, que tienen un éxito inmediato. Estos bebés son asexuados (...) Con ellos, la pequeña juega a la mamá” (31-32).

⁵¹ Con la destrucción de la muñeca rubia, regalo del diplomático extranjero, y la aceptación de la muñeca indígena Claudia Lars rescata lo propio ante lo ajeno. Pero no contenta con ello Lars va más allá. El

delimitadas las fronteras para las niñas y los niños. Ante esos límites sexistas y arbitrarios Gamero se rebela, adjudicándose características que se suponen son atributo del varón, al exclamar: “¡Esa era yo! Sí: ¡esa era yo! Una muchacha ágil, impetuosa y fuerte” (71). Son varias las ocasiones en las que reconoce su fuerza física porque, según ella, siendo “niña hice mucho ejercicio pugilístico con los muchachos; asimismo lanzaba y sujetaba animales indómitos” (72).

Es sugerente descubrir las argucias que manejan estas mujeres para contar sus experiencias sorteando las atribuciones pautadas por el sistema tradicional o subvirtiendo el lugar asignado. Aunque todas exploran el ámbito doméstico y el de la maternidad no lo hacen a título personal sino mediante las críticas a la madre, de la que no se sienten sustitutas. La elección de distintas profesiones las catapulta al espacio público desde el que rompen con la imagen materna tradicional. Las contradicciones son comunes entre estas escritoras porque son ellas quienes realizan la ruptura con los patrones impuestos. Por ello si en un momento exaltan a la madre y atenúan las críticas, al siguiente le reprochan la sumisión o la falta de interés en actividades fuera de los reductos hogareños.

Una censura disimulada y el empleo de diminutivos para suavizarla son las estrategias elegidas por Elena, voz narrativa de *Peregrinaje*, para criticar a la madre: “¡Era muy extraña aquella madrecita que nunca he podido comprender del todo!” (38). La incertidumbre se debe a que Elena se debate entre dos posiciones antagónicas. Si por un lado resiente que su madre no sea un ama de casa, por otra parte se muestra orgullosa de que Enriqueta, que así se llama su madre, sea una profesional económicamente emancipada. Además la admira por defender su libertad al rechazar el vínculo matrimonial, hecho que se aprecia cuando la pretendida le recalca al demandante: “Creo que nunca me casaré (...) el matrimonio, realmente, no me atrae. Aprecio demasiado mi independencia” (43). La posición de madre soltera, adoptada por Enriqueta, desarticula los estereotipos que trascienden socio-culturalmente sobre las mujeres en el período reseñado por las precursoras de la escritura autobiográfica.

Temerosa del enfrentamiento con la madre Elena señala que su vida “no tiene importancia más que cuando estuvo relacionada a la de la noble y abnegada mujer que era

descubrimiento del otro foráneo la lleva al reconocimiento de la otra-india en la misma sociedad salvadoreña. Una sociedad sustentada en las diferencias de clase, étnicas, genéricas, de poder.

MAESTRA Y MADRE” (166). Sin embargo, no bastan las mayúsculas para enaltecer la figura materna porque a Elena la contradicen algunas expresiones censuradoras de la madre quien, pese a los avances realizados, no logra romper con el modelo social heredado. La ruptura con el arquetipo materno la realiza Elena cuando se rebela a seguir la profesión ejercida por su madre y simula elegir, para proyectarse de adulta, ser actriz o cantante, modelos censurados culturalmente. La crítica de Elena se extiende a la sociedad hondureña por las escasas alternativas de estudio. Según revela “las mujeres no tenemos muchas profesiones para escoger en nuestro país. Las que anhelamos preparamos e instruimos para la vida, tenemos que elegir entre el magisterio y el comercio. No quiero ser maestra, tendré que ser tenedor de libros” (234). Con la condena del sistema educativo imperante en Honduras, durante el período reseñado, Díaz Lozano es consciente de la asimetría social entre el hombre y la mujer; de la diferencia sexual; del sexismo en la educación y de los cambios que requieren las mujeres centroamericanas en una época en la que la actividad mercantil ha tomado la sociedad, como se advierte en el diálogo madre-hija:

“Quisiera quedarme en un solo lugar, tener un jardín y una gran casa,
y que tú no salieras a ninguna parte...

-A mí también me gustaría eso, pero hay que vivir, hijita..., y para
vivir hay que ganar dinero.

Dinero..., dinero... Me iba dando cuenta de que sin él era mejor
morirse. ¿Morirse? Sí (...) No, no era bueno morirse; era mejor
vivir y ganar dinero” (84).

El peregrinaje de ambas protagonistas por las diferentes regiones de Honduras en búsqueda de mejores salarios para la madre, cala hondo en la conciencia de la hija. Sin un hombre que las mantenga, costumbre arraigada en ese tiempo, ambas buscarán ser solventes económicamente. Ese avance es fundamental para la obtención de la independencia femenina y para forjar una nueva subjetividad, acorde a sus propias necesidades y deseos.

En Tierra de infancia Claudia Lars comienza por impugnar los estereotipos femeninos manipulados en la sociedad. En ese sentido censura la mojigatería, la sumisión, la ignorancia y la desidia permanente que caracteriza a las respetables matronas salvadoreñas, “dueñas de un tiempo lento y sin importancia” (115). Aunque Lars apenas menciona a su

madre cuando lo hace es para destacar el desinterés de aquella por la poesía y por cualquier otra cosa que no fuera compartir con las criadas los quehaceres de la gran casona. Se rebela ante los atributos maternos como el silencio, la humildad, la fragilidad y el deseo de servir, características que atañen al *eterno femenino*: “programación educativa que en los sistemas patriarcales enlaza las definiciones de la feminidad con los atributos de domesticidad, pasividad, renuncia y entrega incondicional a los demás” (Macaya 1999, 5). En sus memorias poéticas Lars se niega a reproducir el paradigma del *eterno femenino*, como se rehúsan las demás autobiógrafas.

El enfrentamiento de Lucila Gamero con la madre es constante como se verifica en las observaciones que hace la escritora sobre ella. Rebelde desde su niñez Gamero recrea en su autobiografía los desafíos a los que somete a su madre quien se declara impotente para sujetarla como lo expone en el diálogo sostenido con el padre: “todos los días inventa más picardías. Yo no la puedo dominar” (68). Gamero no refrena su carácter indomable ante los castigos corporales porque, según admite, no le importaba que la mataran si se salía con la suya. Ese hecho provoca la frustración de la madre como se percibe cuando confiesa “que todos sus otros siete hijos juntos no le habían proporcionado los disgustos y las preocupaciones que yo” (63). La incompetencia materna, para lidiar con los problemas que representa su hija, parece producirle un gran placer a la astuta niña en la que se desdobra la escritora hondureña.

Crítica de la madre también se declara Rosalba, voz narrativa de El angosto sendero. Si bien la perfila como una conocedora de arte y de literatura le reprocha haberse entregado a los quehaceres domésticos, incluida la costura; actividades que le absorben todo el tiempo. El enfrentamiento generacional se percibe toda vez que la madre desapruueba “en un cien por ciento la conducta de su hija” (84), o la recrimina por traspasar “los límites que corresponden a la conducta de una señorita” (45). La confrontación continúa cuando la madre, mostrando un conservadurismo caduco, expresa: “Cómo desearía que mi hija fuese hombre: así no correría tanto riesgo!” (50). Rosalba se encarga de subvertir el discurso materno que, con esos deseos y desafecta a las insurrecciones, intenta borrar la diferencia en el discurso de la mismidad. Si bien Rosalba reconoce la situación subordinada de la mujer no se deja intimidar por las reconvenciones de la madre potencializándose como sujeto en la sociedad salvadoreña de la época para censurar las acciones del tirano que

gobierna su país. Posicionada desmantela con su accionar la voz masculina que enumera las cualidades de lo que se supone, tradicionalmente, es la mujer ideal: “la piel blanca o a lo más trigueña; el maquillaje sumamente discreto; un algo elegante en el vestir; la voz dulce y el ademán escaso... Así había aprendido desde niño que debía ser lo eterno femenino para el hombre completo” (110).

Por reseñar en Memorias de Oppède y en Memorias de la rosa su vida de adulta en París, son pocas las ocasiones en las que Consuelo Sunsín se refiere a su madre. Pero ni la lejanía la libera de los regaños de ésta quien, guardiana de las convenciones sociales y de la institucionalidad, le envía una carta desde “América Central en la que (...) me preguntaba por qué estaba viviendo en Nueva York en una dirección distinta que mi esposo” (2002, 308). Trashumante desde su adolescencia a Sunsín le cuesta recordar a la madre a quien mira como a una extraña: “Una viejecita muy encorvada, muy flaca y muy amable, de cabellos blancos (...) Yo no había tenido tiempo de verle la cara y reconocerla: era mi madre” (202). Con esta caracterización se distancia de la imagen materna tradicional, defensora a ultranza de los estereotipos y los prejuicios contra las mujeres.

La rebelión de Sunsín frente al espacio pautado para las mujeres es contradictoria porque si en algún momento rechaza las labores domésticas, en otros parece disfrutarlas como cuando expresa “yo ya no cantaba, no reía, había quedado liberada de mis deberes de esposa, mi corazón de mujer parecía inútil” (165). Siendo escultora, pintora y escritora Consuelo Sunsín se debate entre la liberación y la sujeción. No puede dejar de justificarse por no reproducir lo estipulado socialmente: “ante las otras mujeres, comenzaba a disculparme de existir (...) No había hecho nada de mí ni para mí, ni siquiera un niño” (1998, 201).

Esas discordancias marcan a todas las autobiógrafas porque insurreccionarse, ante una imagen eternizada, les acarrea, como mujeres, un enfrentamiento con la cultura y consigo mismas, por lo que se espera de ellas en la sociedad patriarcal. De esa contradicción deriva el conflicto interno en el que se debaten al percibir otros senderos ajenos a la herencia, a la transmisión de las imágenes acostumbradas y al cumplimiento de los roles tradicionales. Son conscientes que no quieren reproducir un esquema anquilosado, de ahí el posicionamiento en espacios ajenos a la domesticidad y a la maternidad privativa para declararse disidentes de los estereotipos atribuidos a la feminidad.

Las críticas no se circunscriben a la madre. En su búsqueda por replantear la subjetividad femenina también las enfocan hacia la escuela como reproductora del orden instituido. La interdependencia familia-escuela se percibe en los señalamientos de Gamero y de Lars. Un sistema de educación en ciernes es el referido por Lucila Gamero en su autobiografía cuando alude a la escuela pública, costeadada por la municipalidad en la que trabajaba una maestra empírica que “sólo enseñaba lo más elemental; conforme con sus limitados conocimientos” (62) y donde la decuriona “era muy rígida e intolerante y con frecuencia daba “palmetazos” a las niñas” (62).

A la vinculación escuela-familia alude también Claudia Lars en Tierra de infancia cuando comenta que su padre ofreció a la maestra un sueldo decente, “refugio en nuestra casa y comida en nuestra mesa, a cambio de que ella se hiciera cargo de mí y de mi hermana; no sólo como maestra de primeras letras, sino también como guardiana de nuestras horas de reposo y compañera de nuestros juegos y excursiones” (98).

El plan educativo que se desarrolla en los países centroamericanos en el período narrado no llena las expectativas femeninas. Así se percibe en los tres deseos infantiles que resume Lars en Tierra de infancia cuando relata el sueño suyo y los de sus dos amigas. El anhelo de una de ellas es “conocer otros países y estudiar con la seriedad con que los hombres estudian. ¡Deseo convertirme en una mujer con alguna profesión” (194). La otra amiga asegura “voy a ser reina de un país lejano, y tendré vestidos de plata y oro, y anillos y collares con piedras maravillosas... Eso seré yo cuando crezca: una reina! (195).⁵² El deseo de Claudia Lars es transmitido a través de la confidencia a una de esas amigas: “Yo también quiero estudiar (...) pero no para ser médico, abogado o ingeniero, porque esas profesiones no me gustan... Pienso que escribiré versos lindísimos y que seré una persona famosa” (195). Con los tres deseos femeninos esbozados por Lars se evidencia la asimetría profesional, según el sexo, al mismo tiempo que critica un tipo de educación que no complace a las mujeres.

El enlace familia-escuela, se ve fortalecido con las políticas estatales mantenedoras del orden dominante, como lo enfoca Amparo Casamahuapa en su novela. Por ser maestra y

⁵² Ese es el sueño que le contó Consuelo Sunsín a Claudia Lars. Por el seguimiento que hace Lars de Sunsín en París y de sus matrimonios con los escritores Enrique Gómez Carrillo y Antoine de Saint-Exupéry, presume que el reinado de su coterránea fue “talvez más feliz y brillante, que el de la Cenicienta del cuento de

atesorar las enseñanzas del mentor Alberto Masferrer, la visión que tiene esta escritora sobre la escuela, en la que dice enseña jugando, es la de una institución despertadora de conciencias. Desde esa perspectiva el enfrentamiento de la escritora salvadoreña a través de Rosalba, protagonista de El angosto sendero, no es con el sistema educativo, sino con el gobierno representado por el tirano Hernández Martínez, quien intenta convertir a los educadores en sus cómplices para reelegirse. El exilio de Rosalba deviene, precisamente, por negarse a colaborar en la reelección del dictador. Esta acción autoritaria muestra el enlazamiento familia-escuela-estado, instituciones todas mediante las cuales se sostiene el poder patriarcal. A esa terna se adjunta la iglesia, sustentáculo indispensable para el mantenimiento del sistema de dominación masculino como lo exponen las autobiógrafas.

La vinculación entre la familia, la escuela y la iglesia la despliega Argentina Díaz Lozano en Peregrinaje. Desdoblada en Elena, cuestiona la educación que reciben las niñas en los internados dirigidos por religiosas. Se resiste a ser seducida por los “goces del paraíso, de que tanto nos hablaban las buenas hermanitas. Yo quería gozar en esta vida, estaba ávida de vivir y de ver “ese mundo peligroso y traidor” que trataban de hacernos temer” (167). Además de rechazar el discurso cansino y monótono de las religiosas, Elena censura, por inconveniente, la educación impartida a las jóvenes en los internados debido a que asegura desconfiar

“que tales sistemas educativos sean apropiados para infundir valor y fe a unas muchachitas que comienzan a vivir; no creo que hablarles continuamente de la “otra vida”, el infierno o el purgatorio sea acertado pues matan así la alegría natural de esa edad. No creo, en fin, que la religión esté reñida con la alegría de vivir, y comprendo y amo a Dios todo amor y bondad (...) no en el Dios terrible que castiga menudencias y manda pestes o terremotos para demostrarnos su poder o castigar nuestras faltas (...) Soy amiga sincera de la educación cristiana, (ya sea ésta católica, evangelista, protestante o mormona), (...) pero sugiero que cambien sus sistemas y hagan alegre y *más real* la vida en sus internados”(167-168).

Perrault” (Lars 196). No sospecha Lars que Sunsín al lado de Saint-Exupéry se “sentía reina de las desgracias” (Sunsín 2002, 225).

Además de mostrar tolerancia hacia otras religiones, en una época en la que el catolicismo es el credo dominante en Centroamérica, Elena se rebela ante la atmósfera falsa y mítica de la educación femenina impartida por las religiosas y frente a sus actuaciones violatorias de la correspondencia y de las conversaciones, demostrando “poco respeto a la vida íntima de cada uno” (171). El enfado con la vigilancia que ejercen las religiosas llega a tal grado que en algunos pasajes la escritora relega la voz narrativa para emplear una narración totalmente pedagógica en la que parece olvidar que escribe una novela.⁵³ Empecinada en cambiar las circunstancias en las que se desenvuelve la educación privada de las niñas, sugiere modificaciones en esas instituciones para que “cambien sus sistemas y hagan más alegre y más real la vida en sus internados, más de acuerdo con lo que las educandas tienen que llevar cuando salgan de allí” (167-168). Su preocupación es tan genuina que se pronuncia por un sistema educativo actualizado y liberador del pensamiento de las estudiantes.

La crítica realizada por Argentina Díaz Lozano en lo referente a la mancuerna religión-escuela la ahondan otras de las autobiógrafas quienes se enfrentan a las prácticas religiosas transmitidas por abuelas y madres. Conocedoras de la conexión social religión-mujeres las escritoras, a través de los personajes en los que se desdoblaron, se niegan a cumplir con los preceptos y los dogmas religiosos. La osadía y la potenciación adquirida por Lucila Gamero en su autobiografía, con apenas cinco años y pese a las dificultades para hablar, se comprueba cuando reta a los adultos, que intentan asustarla para que mejore su conducta, convocando una y otra vez al demonio para conocerlo: “¡No hay Diarbo! ¡No hay Diarbo! Lo estuve llamando y no vino. ¡No hay Diarbo!” (61). La resistencia contra la religión, acción que la enfrenta con la abuela encargada de catequizarla, es obstinadamente reiterada y realizada con signos exclamativos para que no quede duda de su convicción. Es tanta su aversión religiosa que la expresa una y otra vez: “Un día me sublevé y resueltamente le previné: -Mamama, algún día he de ser grande y me he de mandar yo sola para no rezar ni ir a la iglesia a oír misa, porque eso no me gusta. ¡No me gusta! ¡No me gusta!” (61). La experiencia con la comunión también la enfrenta a la abuela a quien le espeta: “La hostia no sabe a nada (...) no me vuelvo a confesar ni a comulgar” (64). Orgullosa de repudiar la

⁵³ Las novelas de formación o de aprendizaje, como ha sido calificada *Peregrinaje*, tienen entre sus características el didactismo, por eso no es raro la diatriba contra las enseñanzas de las monjas.

religión se muestra Gamero muchos años después cuando declara haber mantenido su palabra porque “hasta la fecha lo he cumplido y seguiré cumpliéndolo hasta el fin de mis días. Libre pensadora nací y libre pensadora moriré” (64).⁵⁴

Los cuestionamientos a la doctrina cristiana son usuales entre las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica como se aprecia, también, en El angosto sendero. Rosalba, protagonista de la novela, expresa sus dudas acerca del *Catecismo de Ripalda*, manuscrito con el que la aleccionan desde niña para realizar su primera comunión. Las dudas surgidas del manual nunca son satisfechas por el temor de preguntar a la catequista “no fuera a enojarse por interrumpir la memorización del librito (...) en él se decían cosas que ella no entendía en absoluto. Además había que callar frente a las grandes preguntas” (20). Amparo Casamalhuapa arremete contra los ritos iglesieros, como llama Rosalba a los preceptos religiosos, por ser convencionalismos impuestos donde lo que importa es “la cantidad de limosna que se colocaba en el plato del monaguillo” (29). La crítica de Casamalhuapa va más allá cuando enfrenta a Rosalba con el cura en el confesionario para mostrar la alianza iglesia-estado y el irrespeto sacerdotal a la investidura porque, mientras aquella le confiesa sus pecados, desvergonzadamente

“la interrumpió el santo varón, que a pesar de sus virtudes tenía que obedecer órdenes de sus superiores: -dime, qué sabes de política?

-No se nada padre, y aunque supiera algo de eso, no se lo diría a usted, porque eso no serían mis pecados... contestó Rosalba con las mejillas encendidas de cólera y se levantó rápidamente del confesionario (...)

Al llegar a su casa Rosalba dijo a su madre: “He ido a confesarme con el Padre Francisco. Y este señor en vez de oír mis pecados y absolverme o condenarme, me interrumpió para decir: “Hijita, qué sabes de política?” ... ¡Es tremendo, mamá, pero siento que esta será mi última confesión! (...)

Nunca volveré a confesarme. Empiezo a comprender que nadie se preocupa por el alma. Todo el mundo va tras del dinero, la posición social o la

⁵⁴ Véase Historia de mujeres, tomo 8. En esta obra aparece el artículo “Mujeres Rebeldes”, en el que María del Carmen Simón denomina de librepensadoras: “a las mujeres que desde la masonería, el espiritismo o los ideales republicanos unen sus esfuerzos para expresar lo que piensan, fuera de la ortodoxia (...) persiguen el cambio social sin el apoyo de ningún partido político, con lo que demuestran una especial valentía al iniciar en solitario una lucha que les ocasionará graves problemas. Son las precursoras de las que (...) militarán de forma activa junto a colegas masculinos en las filas socialistas y anarquistas” (326).

posición política (...) No trate de obligarme a ir a misa todos los domingos porque ya no creo que la liturgia de esta iglesia o de otra sea lo más importante en la vida de los seres humanos” (30).

De la reflexión de Casamalhuapa se deduce la unión de los basamentos patriarcales en sus intenciones por perpetuar el sistema de dominación masculino. Estas mujeres emprenden, atrevidamente, no sólo el proyecto de posicionarse y potencializarse como sujetos sino el desenmascaramiento del sistema al percatarse del dominio que tienen los varones en los diferentes ámbitos de la sociedad centroamericana. Así lo señala Casamalhuapa al referirse a su padrastro:

“Ricardo era el jefe de familia y sus órdenes no se discutían. Lo que él hablaba estaba siempre bien dicho, así, porque sí... Nadie debía interrumpirlo cuando tomaba la palabra, porque eso lo “sacaba de quicio”. Durante muchos años nadie se atrevió a enjuiciar ninguna de sus disposiciones” (24-25).

Unas más osadas que otras, todas intentan desquiciar el poder masculino. Algunas como Lars, Casamalhuapa y Gamero lo hacen mediante el juego de disfraces, estrategia con la que develan las fisuras que presenta tal sistema. Por los juegos infantiles se decide Claudia Lars, en Tierra de infancia, para iniciar el desmantelamiento del sistema mediante la figura emblemática del patriarca. Con esa experiencia transgresora pone en escena su propia inventiva literaria a la vez que se potencializa para liderar la pandilla de amigos a quienes convence, astutamente, de guardar su secreto a cambio de narrárselo:

“Yo no soy una niña como ustedes creen. Soy un niño varón... Me llamo Rodrigo, porque ese nombre me puso el Padre Lemus el día que me bautizó. El abuelo quería que me llamara Carmen por darle gusto a la abuelita, y como él manda en esta casa y hace siempre lo que le da la gana, dispuso que me pusiera ropa de mujer y que me cambiaran el nombre (...) Debido a eso me convertí para mis amiguitos en varón disfrazado de niña, en víctima de una desgraciada circunstancia, en algo que se compadecía en silencio, pero que se admiraba y envidiaba al mismo tiempo. Y el pobre abuelo (...) se fue transformando en ogro execrable, en hombre maligno y peligroso, que algún valiente tendría

que castigar” (75-76).

Con el juego de máscaras y la oscilación de niña a varón y viceversa, Lars desmonta el poder masculino que ostenta el abuelo porque si bien recalca que aquél hace lo que le da la gana no puede, por ignorarlo, desmentir el relato propagado por la nieta que lo representa como uno de los tantos monstruos de los relatos infantiles. Además, el intercambio de sexos deja visible lo que se supone deberían ser las preocupaciones normales de las mujeres porque, según señala Lars, con los cambios físicos, operados por el paso del tiempo, “aparecí ante mis compañeros como una niña normal y corriente, que vestía trajecitos de telas almidonadas y que empezaba a preocuparse por sus ojos y por su cabello” (77).

Por el juego y el simulacro apuesta también Amparo Casamalhuapa con Rosalba, protagonista de El angosto sendero, quien se ve obligada a huir de su país hacia México. Embozada con las vestimentas indígenas logra pasar inadvertida ante los soldados del tirano-patriarca, quienes no se fijan en ella porque simula ser una de las tantas indias con un atado de ropa, camino a los lavaderos. Si el uso del vestido de criada la salva de caer en manos del aparato represivo en su propio país, la indumentaria de varón le sirve para evadir la persecución en las fronteras y cabalgar como varón, por no saber “montar como mujer” (73), en una época en que estaba estipulado el modo de hacerlo para uno u otro sexo. La osadía al cambiar de vestimentas y el hecho de cabalgar como hombre induce a equívocos siendo censurada como una mujer de dudosa reputación.

Esa opinión le sirve a Casamalhuapa para endosar “a la cuenta del tirano de su patria la vergüenza de ser juzgada (...) como una persona que comercia con su cuerpo” (80). Además se vale de esos juicios para desenmascarar el conservadurismo de la sociedad centroamericana como se aprecia cuando, camino al exilio, encuentra personas que la miran “con hostilidad y censura por montar como varón. En uno de esos encuentros un hombre ya maduro, con visos de patrón, dijo a sus trabajadores: -El día que yo llegara a ser Presidente de Honduras, dictaría una ley prohibiendo a las mujeres usar pantalones y montar a caballo como hombre...” (90). Ese comentario, en boca de un hombre con poder económico y con autoridad sobre sus empleados, le permite a Casamalhuapa reflexionar sobre el papel del patriarca que, preocupado en nimiedades, descuida la educación de las hijas al no permitirles cultivarse intelectualmente. De ahí la exclamación: “Pobres hombres seguía pensando, y pobres también las mujeres que nacieran de tales padres!” (91).

Es sugerente observar la forma en la que las autobiógrafas comentan sobre el estilo de montar demostrando que su puesta en práctica implica cambios en la sociedad tanto por emplear indumentaria masculina como por romper con la usanza femenina de la época para cabalgar. Así lo reconoce Lars en sus memorias poéticas cuando señala: "Iba yo en el caballito Medias Negras, con pantalones de dril y montaba como muchacho" (49). Esa innovación se traduce en la dislocación de las posiciones y de los papeles sociales porque implica el desmantelamiento de una norma de conducta obediente a las reglas y estructuras convencionales. Con esa nueva postura las mujeres cuestionan "los valores de quienes detentan el poder" (Riviere 116).

Si Lars y Casamalhuapa desconstruyen al patriarca jugando el juego de disfraces otro tanto hace Lucila Gamero quien recurre en su autobiografía a la representación del travestismo para socavar el poder masculino. Son constantes las acciones en las que interviene que riñen con lo que se espera socio-culturalmente de una niña; de una señorita, como le reconvienen los mayores. De las reprimendas pasan a los castigos corporales cuando su tío la golpea por salir "a la calle, montada como hombre, en uno de los velocípedos de mis primos, corriendo rápidamente y sin atender a los llamados de él" (63). Las actividades de pugilato, de puntería, de acrobacia; los desafíos a los fantasmas con los que los adultos la intentan intimidar para que modifique su comportamiento, le confiere poder sobre los otros niños. Por ello sin ninguna modestia reconoce su carácter de líder al comentar: ante los compañeros de juegos "yo era una heroína, y por eso, tal vez y por el aliciente que tienen los juegos prohibidos y aventurados, me secundaban gustosos, aún corriendo el riesgo de sufrir reprimendas o castigos por ello" (64). Si la niña en la Autobiografía de Lucila Gamero de Medina es desafiante lo es más conforme crece porque, según comenta, "uno de mis mayores placeres era montar en las bestias más briosas y más indómitas" (66).⁵⁵

La transgresión llega a su más alto nivel cuando Gamero recurre a la estrategia del travestismo. Con este simulacro logra parodiar no sólo el poder masculino, sino el dominio extranjero sobre Honduras. La elección que hace para autorrepresentarse como varón proveniente de Estados Unidos, deja al descubierto tanto la relación asimétrica del género

⁵⁵ En "Invisibilidad y memoria: mecanismos de exclusión de lo femenino en el arte y la cultura hondureña", Rocío Tábor comenta la lectura sexista que hiciera Juan Ramón Martínez sobre la escritora hondureña en Lucila Gamero de Medina. Una mujer ante el espejo (Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1994).

sexual en la sociedad hondureña como la fuerza impuesta por sistemas de dominación foránea sobre la región. No es inocente que Gamero se haga pasar por un comprador de minas estadounidense, en un período en que penetra el capitalismo en el área. Mediante esa simulación sus palabras adquieren autoridad, poder y credibilidad, entre los poseedores de minas, incluidos los parientes de la escritora. En el proceso de suplantación la autobiógrafa urde toda la trama sin dejar ningún hilo suelto porque es quien inventa, escribe el guión, estructura el montaje, convoca a los actores y escoge la retórica con la que seduce a ambos sexos porque “el lenguaje del travestismo es el lenguaje de la seducción” (Sifuentes 247). Estratégicamente Gamero selecciona el vestuario con el que construye una subjetividad, un género, una identidad con poder

“dispuse, en complicidad con las sirvientas de mi casa y las de mi tío don Leopoldo Gamero Medina, hacerle una broma a éste. Con tal fin, tomé ropa de mi hermano Manuel y me vestí de hombre; me puse unos bigotes bien confeccionados; me subí y sujeté el pelo, ocultándolo bajo un sombrero de mi mencionado hermano. Las muchachas declararon que no era posible que nadie me reconociera con esa indumentaria” (69).

Elige no sólo un atuendo masculino sino una apariencia extranjera para poder alardear como un estadounidense con lo que gana mayor prestigio porque Estados Unidos en esa época ya posee autoridad en el Istmo. Ese hecho le confiere un posicionamiento privilegiado al poder hablar como oriundo del imperio económico. No contenta con la impostura satiriza, de manera irreverente, el habla de los extranjeros porque actuando el papel dice imitar “la pronunciación de los norteamericanos que medio chapurrean el español: -Mi nombre James Davis. Vengo Chicago. Comprá minas quero. ¿Osté tener?” (69). Con el simulacro la autora se burla no sólo del habla chapucera de los norteamericanos, a quienes sarcásticamente llama gringuitos, sino de la ambición de los hondureños poseedores de los yacimientos, serviles ante los compradores de minas. Además satiriza a las mujeres que, sin conocer a los foráneos, son seducidas por ellos:

“No sé de qué manera una prima mía tuvo noticia del gringuito que había visitado a Polo; pero no le dieron detalles de lo sucedido. Un día en casa de unos parientes de ambas, expresó, delante de mí, deseos de conocerlo. -Eso es fácil- le aseguré yo. Anda esta noche a mi casa, a las ocho, hora



en que él ha quedado de llegar a visitarnos.

-Llegaré antes que él- me dijo.

(...) Yo estaba sentada en una silla mecedora con la varita de junco en las manos, cuando ella llegó.

Principié a conversarle de minas: que si sabía ella quienes tenían y si deseaban venderlas. Pero de pronto, sin poder contenerme, lancé una carcajada y me acerqué a ella para desengañarla” (Gamero 70).

Con el travestismo, Lucila Gamero teatraliza el género al interrumpir “las categorizaciones normativas de la sexualidad” (Sifuentes 243).⁵⁶ En ese mismo sentido cuestiona el discurso que controla la subjetividad al desconstruir las jerarquías de sexo-género porque con el acto travestí la escritora censura la asimetría de los géneros y los roles de mujeres y hombres en la sociedad. Esa suplantación promueve un espacio liberador en el que se remedan “las polaridades de la matriz heterosexual, esos extremos hombre/masculinidad y mujer/feminidad idealizados” (Sifuentes 247). En ese sentido desconstruye al varón a través de su tío, que se deshace en halagos ante el poderoso extranjero, a la vez que subvierte el eterno femenino burlándose de su prima embobada con aquel.

El travestismo actuado por Gamero se convierte en un cambio práctico y liberador del género porque la vestimenta masculina otorga nuevos espacios de movilidad social y la posibilidad de incursionar en actividades y prácticas prohibidas para las mujeres como el negocio de minas en Honduras. Además con este simulacro la escritora desestabiliza los signos esencialistas al jugar con ellos a la vez que usurpa la palabra del otro; palabra que nombra, confiere y autoriza en la sociedad de esa época. Con la representación del sujeto por excelencia y el acceso a otra subjetividad la autobiógrafa comprueba el privilegio del que goza, socioculturalmente, el varón, en un sistema de dominación masculino tanto local, como foráneo.

El juego del travestismo jugado por Lucila Gamero es un acto lúdico, paródico, liberatorio, representado desde los bordes y subvertidor de los espacios y los comportamientos heterodesignados porque “el travestismo no es sólo cuestión de hacerse

⁵⁶ Ben Sifuentes recoge en esta cita la teoría que expusiera sobre el travestismo Judith Butler en (1990), *Gender Trouble: Feminism and the Subversión of Identity*. New York: Routledge.

otro, sino también de (des)figurar el yo” (Sifuentes 254). Con ello se posibilita el proyecto para replantear una nueva subjetividad femenina debido a que la máscara “parece ser necesaria para poder desempeñar ciertos actos dentro de un sistema de dominación” (Sifuentes 254-255). Del travestismo hecha mano Lucila Gamero Moncada para criticar tanto la relación asimétrica del género, mediante la violencia impuesta por el sistema de dominación masculino, como la dependencia de su país ante la penetración y dominio de Estados Unidos en Centroamérica. De esta manera cuestiona y desmantela las relaciones de poder de esa época cuando, atrevida y deliberadamente representa, a través del travestismo, una parodia de/con los cuerpos que importan en la sociedad centroamericana reseñada.

Estas escritoras comienzan a revelar, aunque de manera incipiente y muchas veces inconscientemente, las máscaras, los simulacros y las imposturas del discurso rector que las invisibilizó como sujetos culturales. Son los primeros intentos por descubrir las fisuras del sistema dictatorial-patriarcal al mismo tiempo que se resisten al desposeimiento histórico-cultural, producto de la vinculación entre sexo y política en la sociedad.⁵⁷ Pero la desconstrucción del patriarca que empiezan estas escritoras no implica el ocaso de éste porque, simultáneamente al desmantelamiento, esta figura es renovada a través de los mentores. No es inocente la regeneración de la imagen poseedora del poder y de la palabra porque, convenientemente, las escritoras la recrean cuando los mentores validan las experiencias femeninas en su búsqueda por plantear una nueva subjetividad. En ese sentido Lucila Gamero reconoce a su padre como erudito, ilustre maestro y mentor (74), cuando éste concede valor a su escritura y la aconseja publicar sus escritos. Por su parte Claudia Lars impugna al patriarca en la figura del abuelo materno que gobierna la gran casona, pero deja incólume a su padre; poeta que la inicia en el arte de la poesía.

El maestro por antonomasia es Alberto Masferrer al que Amparo Casamalhuapa le dedica su novela El angosto sendero. Inspirada en este humanista no se cansa de propagar las ideas de ese promotor de la bondad y la justicia que “anhelaba estrechar a todos los hombres en un abrazo universal” (82). La admiración de la escritora salvadoreña por Masferrer se debe, especialmente, a que este intelectual intentó poner en práctica sus

⁵⁷ Ni en París, ciudad cultural de la época, se ha superado, según lo resume Consuelo Sunsín en Memorias de Oppède, la descalificación de la mujer respecto a lo político. Así lo expresa un médico revolucionario holandés al comentarle a Dolores, la protagonista de la novela, “Eres una mujer. Estás al margen de la actividad política” (54).

ideales en El Salvador y en los demás países centroamericanos porque, según cuenta, el maestro “fue a Chile y regresó. Estuvo en Estados Unidos, en México, en Europa, siempre recogiendo buena semilla para la Patria Chica y para la Patria Grande” (82).⁵⁸

Curiosamente Consuelo Sunsín no hace ninguna referencia en sus libros sobre algún mentor. Si bien mantuvo relaciones con José de Vasconcelos y estuvo casada con Enrique Gómez Carrillo y Antoine de Saint-Exupéry, no les reconoce influencia o inspiración, aunque todos escribieron sus propias memorias.⁵⁹ A pesar de citar en Memorias de la rosa a numerosos pintores y escritores con los que alterna en París como Picasso, Max Ernst, Duchamp y Gide (181), no les concede mayor atención, excepto a André Gide a quien enfrenta por menospreciarla, una y otra vez, no sólo a viva voz sino mediante la escritura.⁶⁰ Según comenta la escritora, “Gide en su aversión hacia mí, escribió en su diario esta frase, que aún es posible leer: “Saint-Exupéry se ha traído de Argentina un nuevo libro y una novia. He leído el libro, y he visto a la otra. Lo he felicitado, pero sobre todo por el libro...” (91). Ese hecho la lleva a caricaturizarlo cuando comenta que Gide “tenía una voz de hembra debilitada por el dolor y los amores no consumados (89), agregando que “prefería la compañía de jovencitos y de viejas solteras” (101). Con tales comentarios Sunsín reproduce, estratégicamente, estereotipos propios de la sociedad patriarcal feminizando al varón para rebajarlo y descalificar el discurso del escritor sobre ella.

Desmantelados los bastiones culturales y el patriarca mismo, las escritoras trascienden a nuevos espacios y a la búsqueda de nuevas estrategias para replantear la subjetividad femenina. En el siguiente apartado las autobiógrafas legitiman su propia autoría. Sus textos se convierten en un espacio de potenciación porque en estas prácticas de escrituras las

⁵⁸ Alberto Masferrer ensayista y poeta salvadoreño vivió entre 1867 y 1932. Además de dedicarle la obra Casamalhuapa cita las ideas de este humanista en varias ocasiones y no contenta con esto resume la biografía de este intelectual en las páginas 81-82 y 83 de su novela El angosto sendero.

⁵⁹ Cuatro tomos recogen las memorias de José Vasconcelos a las que tituló Ulises criollo. La vida del autor escrita por él mismo. El tomo I es Ulises criollo, el II La tormenta, el III El desastre y el IV El preconsulado. El escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo escribió tres tomos de memorias a las que tituló Treinta años de mi vida: el despertar de un alma, Treinta años de mi vida: En plena bohemia, Treinta años de vida: La miseria de Madrid. Véanse los demás datos en la bibliografía que, sobre autobiografías hispanoamericanas, tiene el libro de Sylvia Molloy Acto de presencia: La escritura autobiográfica en Hispanoamérica.

⁶⁰ A André Gide se le considera no sólo el continuador de Rousseau, sino que “es el referente obligado de todo proyecto autobiográfico” (Fernández 81). Sus memorias se titulan: Si le grain ne meurt, Journal, Et nunc manet in te (81). Para otros datos véase “La autobiografía en la literatura francesa, un género de nuestro tiempo” de Francisco Javier Fernández en Escritura autobiográfica y géneros literarios, editado por Manuela Ledesma Pedraz.

mujeres revelan la forma en que se gesta la escritura en ellas mismas. La osadía lleva a una de las escritoras a emplear su autobiografía como una especie de antología, para recrear parte de sus publicaciones, mientras otra procura autenticarla al incorporar algunas páginas del manuscrito original.⁶¹ Todas ellas develan las descalificaciones sociales que pesan sobre las escritoras y los sacrificios que han debido hacer algunas ante sus maridos, también escritores.

4. ESCRIBO, ESCRIBES, ESCRIBIMOS: SOY ESCRITORA, SOMOS...

Las autobiógrafas en análisis son quienes inician el rescate y la valoración de la autoría femenina en Centroamérica. En su empeño por replantear la subjetividad femenina estas mujeres reivindican la propia autoría. Esta perspectiva la van a continuar todas y cada una de las escritoras estudiadas en esta investigación porque tanto las testimoniantes, de las décadas setenta y ochenta, como las escritoras de posguerra de la década de los noventa y los primeros años del siglo XXI, se posicionan y potencializan como creadoras literarias en la región. En ese sentido, unas y otras desafían con sus textos la institucionalidad canónica porque es sabido que en “la historia de occidente la escritura de la mujer no ha gozado de privilegios iguales a los de los hombres ni en la jerarquía de producción o publicación, ni en los mecanismos de circulación y recensión de los textos” (Díaz-Diocaretz 1993, 77).⁶² En especial los géneros del yo femenino, textos en donde las mujeres se representan no sólo como personajes literarios, sino como autoras.

La recreación de la propia autoría promovida por estas autobiógrafas refuta la noción patriarcal del escritor como engendrador del texto del mismo modo que Dios engendró el

⁶¹ Lucila Gamero resume en su autobiografía parte de sus publicaciones, mientras Consuelo Sunsín incluye, en *Memorias de la rosa*, la página manuscrita y emborronada con la que inicia el relato.

⁶² La disparidad escritores/escritoras en las antologías es común. Un ejemplo revelador: de las cinco escritoras que se estudian en este capítulo sólo Argentina Díaz Lozano y Claudia Lars aparecen en el *Diccionario de escritores centroamericanos* de J. Eduardo Arellano. Este autor deja por fuera a Lucila Gamero, a Amparo Casamalhuapa y a Consuelo Sunsín.

mundo.⁶³ Desde esa perspectiva las escritoras del corpus analizado desmontan ese precepto patriarcal al impugnar no sólo el derecho de fundadores que se arrogan los escritores sino la ocultación a que se las ha sometido. Se niegan a ser personajes o representaciones límites de ángel/demonio en la literatura escrita por los varones sin que les reconozcan “otros posibles matices o posiciones intermedias, otros conceptos de sexualidad, que no sean los de la virginidad o el pecado” (Arriaga 42). Por eso no es raro que alguna de las autobiógrafas se rebele ante esos designios exclamando: “Yo no soy ni una santa ni una curandera” (Sunsín, 2002, 192). Con sus textos autobiográficos estas mujeres cuestionan las imágenes femeninas con las que, desde las expectativas y designaciones masculinas, han trascendido en la literatura.

Sin importarles si su escritura es catalogada de intrascendente se atreven a publicarla porque, consciente o inconscientemente, descubren que la devaluación de sus escritos es “resultado directo de la progresiva autoridad patriarcal de la cultura” (Díaz-Diocaretz 1993, 103).⁶⁴ Inician la búsqueda de las mujeres por sus propias historias y su autodefinición; por una nueva subjetividad desde ellas mismas, porque la escrituras autobiográficas les permite “replantear el problema del sujeto de la escritura y proyectar evaluaciones desde el acontecimiento en su calidad de sujeto Otro que toma la palabra” (Díaz-Diocaretz 1993, 73).

En estas obras en las que se cruzan oralidad y escritura emergen, numerosos intertextos que sin aparente jerarquía, aunque claramente identificados, fragmentan el relato con géneros considerados de menor valía como cartas, segmentos de diarios, canciones, fotos, poemas, confesiones, páginas emborronadas de los escritos originales, discursos femeninos

⁶³ Este pensamiento ha imperado en la civilización literaria occidental, porque la misma palabra autor identifica no sólo a la deidad sino al pater familias. Según lo plantean Gilbert y Gubar en *La loca del desván*, “en la cultura patriarcal occidental, el autor del texto es un padre, un progenitor, un procreador, un patriarca estético cuya pluma es un instrumento de poder generativo igual que su pene. Más aún, el poder de su pluma, como el poder de su pene, no es sólo para generar vida, sino el poder de crear una posteridad a la cual reclama su derecho” (Gilbert y Gubar, 21). Las mismas autoras citan en la página 18 de *La loca del desván* un párrafo tomado de la página 83 del libro *Beginnings: Intention and Method*, de Edward Said, en el que el estudioso se extiende sobre la palabra autoridad relacionándola con términos como fundador, engendrador, iniciador, antecesor, cubriendo lo masculino todo el espectro creador en la cultura.

⁶⁴ Miguel de Unamuno rector de la Universidad de Salamanca ante una alumna que le expone su deseo de ser escritora responde: la lengua literaria es “un instrumento hecho por hombres y para hombres (...) A la mujer está encomendada principalmente la perpetuación del linaje humano, su persistencia natural, y al hombre la civilización” (Freixas 123). Tomado por Freixas de Unamuno, Miguel de: “A una aspirante a escritora”, Soliloquios y conversaciones, Obras completas, tomo III, Escélicer, Madrid, 1968.

y leyendas tradicionales.⁶⁵ Todos los intertextos recreados por las autobiógrafas adquieren nuevas cualidades de legitimación, afirmación y autenticidad como la logra la polifonía porque, si bien las distintas escritoras recurren a la primera persona para enunciarse, continuamente ceden el espacio a otras voces que se intercalan en el entramado textual. De esta manera “buscan diseminar la voz personal tras los ecos de voces muchas veces anónimas y plurales, las que otorgan carácter colectivo a la enunciación” (Scarano 85). Esa pluralidad socava la imagen de autosuficiencia, con la que ha trascendido la voz monológica tradicional porque estas escritoras admiten la circulación textual de voces antes no escuchadas que, desde los bordes, cuentan las otras historias; las silenciadas por la oficial.

La travesía que emprenden las autobiógrafas para llegar a la escritura son diversas. La escritora hondureña Argentina Díaz Lozano traza la ruta hacia la escritura a través del gozo que le proporciona la lectura. Antes de que se teorizara sobre el placer textual esta autora, desdoblada en Elena, confiesa en *Peregrinaje*, obra publicada en 1942, que uno de sus “placeres fue la lectura, afición que comenzó esas vacaciones y que cultivaría después con toda constancia” (51).⁶⁶ Reconoce que el descubrimiento en la biblioteca ambulante de autores como Emilio Salgari y Emilia Pardo Bazán, le fueron “revelando los misterios de las frases, la fuerza de las palabras escritas, la magia de inspiradas descripciones de exóticos mundos y la complicación del corazón humano” (139).

En esa estancia ambulante, propiedad de uno de sus tíos, Argentina Díaz Lozano encuentra la inspiración al mismo tiempo que descubre novelas de autoras como “Carlota Bramé, o las pasionales de Carolina Invernizzio (...) y “Blanca Olmedo” de Gamero de Medina” (201). De esa manera Díaz Lozano se las ingenia para rescatar la autoría femenina al nombrar y valorar los triunfos de estas escritoras en una época en que las antologías no las considera, a menos que las masculinizara. La masculinización fue una práctica común

⁶⁵ A través de los siglos la forma personal parece ser una característica en las prácticas de escritura femenina aunque su utilidad y destino cambian considerablemente porque en “sus principios, la prosa femenina se limitaba a *Cartas y Memorias*” (Ciplijauskaité 13). En lo que respecta a los diarios, estos fueron decisivos para el autoanálisis y la autorrevelación al situar en primer plano cuestiones esenciales de la identidad y la experiencia femenina, según lo expone Pilar Hidalgo en *Tiempo de mujeres*. Esto por cuanto el diario es “un acto lingüístico que, al hablar de una misma, sostiene nuestro sentido de ser personas, con una identidad autónoma y significativa” (Hidalgo 150).

⁶⁶ En *El placer del texto*, publicado en 1973, Barthes teoriza sobre el placer textual señalando que “es el propio ritmo de lo que se lee y de lo que no se lee lo que crea el placer de las grandes narraciones”. En Raman Selden *Teoría literaria contemporánea* (93).

entre los escritores para quienes “la mujer genial no existe, pero cuando existe es un hombre” (Freixas 131).⁶⁷ En *Peregrinaje* Díaz recupera tanto a escritoras locales como foráneas, rebelándose al “proyecto secular de cancelación de autoridad femenina y de genealogía materna que es inherente al orden patriarcal” (Rivera 1997, 145).⁶⁸ Actuando con una perspectiva arqueológica, rescata una autoría femenina anulada, fraudulentamente, a la vez que repudia las prohibiciones que pesan sobre algunas obras experimentando diferentes artimañas para leerlas, como insertar las novelas en libros de aritmética y contabilidad o escondiéndolas debajo de la almohada.

La lectura se convierte en un proceso de enseñanza-aprendizaje para Elena al mismo tiempo que la encamina a la escritura; una destreza que ejercita desde niña cuando subida en un árbol y escondida entre las hojas decide “escribir algo bello. Escribí, borré, volví a escribir, leí y me encantó (...) no pude contenerme y le di a Enriqueta “mi producción” (246). Tan entusiasmada está con las seis líneas iniciáticas que las incluye en la novela. Con el comentario respecto a la rama en la que escribe y el tiempo dedicado a pulir el párrafo, presagia las dificultades que tienen las escritoras para poseer un “cuarto propio” a la vez que considera la escritura un arte de difícil ejecución. El hecho de nombrar el texto escrito “mi producción” indica tanto el rescate de la propia autoría como el proceso que implica la escritura. No se desanima con la carcajada y los comentarios de su madre, actitud reproductora de los prejuicios sociales sobre las escritoras, porque en las acotaciones maternas también encuentra un aliciente para continuar produciendo:

“Está lindo hijita; basta que sea producto de esa cabecita loca que tanto adoro para que lo encuentre lindo. Cultiva esa afición, y no olvides que la claridad y la realidad son los atributos de toda obra buena de esta época. Las cartas que me escribirás en el futuro te servirán de ensayo, pues me contarás toda tu vida y me describirás el nuevo ambiente”

⁶⁷ De esta manera se expresa Laura Freixas en *literatura y mujeres* citando a Carolyn Heilbrun en *Escribir la vida de una mujer* (42). Heilbrun cita a su vez las palabras que dijera un escritor del siglo XIX para referirse a las escritoras. Durante mucho tiempo fue una práctica común la masculinización de éstas. Freixas además de reflexionar sobre el rechazo que sufren las escritoras debido a su sexo, por parte de las Academias de la Lengua, resume lo dicho por algunos escritores sobre algunas de ellas. Según Freixas Clarín dijo en su momento que Emilia Pardo Bazán “escribe a lo hombre” y Turgueniev declaró: “Qué hombre valiente fue y qué buena mujer” para referirse a George Sand (131).

⁶⁸ Aunque la estirpe es incipiente, Argentina Díaz Lozano nombra a escritoras extranjeras, junto con la hondureña Lucila Gamero a la que cita dos veces (160 y 201), develándolas y legitimándolas en una época en la que son ignoradas por el canon.

La deslegitimación de la autoría femenina mediante prejuicios y estereotipos tiene una prolongada trayectoria. Son múltiples los términos esgrimidos en diferentes tiempos, sin que pasen de moda, para bloquearles a las autoras el acceso a la cultura mediante un imaginario negativo. Entre los estigmas designarlas brujas, locas, lesbianas, marujas, marisabidillas. Aún recientemente, asegura la escritora uruguaya Cristina Peri-Rossi, en Latinoamérica se le llamaba atea, prostituta, feminista o comunista a “toda mujer que se atrevía a defender su posición como escritora” (Ciplijauskaité 16).⁶⁹ A una de esas descalificaciones recurre la madre de Elena cuando la llama “cabecita loca”. También al emplear la expresión “lindo” para valorar la escritura femenina, oponiéndola a una “obra buena”, y al considerar la práctica de escritura de su hija una afición y no una profesión. Con estas expresiones descalifican a las mujeres que se atreven a incursionar en los espacios vedados, a proclamar sus puntos de vista, o a desafiar la historia oficial con una versión sobre ellas mismas que, pese a ser escrita desde el margen institucional, pugna por ser registrada en la memoria cultural.

Estas escritoras no interrumpen su escritura porque les llamen “literatas locas” o “cabecitas locas”. Continúan escribiendo sin permitir que las desaprobaciones interrumpen el sortilegio de la escritura. Por eso no es extraño que Rosalba, “*alter ego*” de Amparo Casamalhuapa, rechace pretendientes que la querían obligar a escribir únicamente “sobre la belleza y la bondad en *abstracto* (...) que no escribiera sobre temas que ellos llamaban *peligrosos*” (81). Con esas indicaciones intentan coartar no sólo la creación literaria femenina, sino la injerencia de la mujer en el espacio público-político. De ahí la oposición de Rosalba a las pretensiones silencieras de sus enamorados debido a que “era conocida ya como escritora y colaboraba en casi toda la prensa” (39). Su rebeldía la lleva a escribir el discurso contra el dictador; a emitirlo en plaza pública y a reproducirlo en El angosto sendero.⁷⁰ Este es un fragmento de la arenga:

“Todos sabemos, que hoy más que en ningún tiempo, estamos pasando

⁶⁹ Así lo resume Biruté Ciplijauskaité retomando a “Cristina Peri-Rossi: Asociaciones”, Montserrat Ordóñez, escribiendo Eco (Bogotá), 248 (junio 1982), p. 504.

⁷⁰ El discurso, parte del cual revela en El angosto sendero, lo expone Amparo Casamalhuapa en el Parque Bolívar “el veintinueve de agosto de mil novecientos treinta y nueve” (39), en el homenaje al general Gerardo Barrios, héroe salvadoreño del que exalta sus virtudes para contrastarlas con las maldades del genocida Maximiliano Hernández Martínez.

por un período de verdadera tiranía y corrupción social, en el que decir la verdad y defender la ley es un crimen que se paga con la cárcel y el destierro. Estamos en un instante en que por fin se ha tenido que admitir la verdad de que altos funcionarios del Gobierno se han venido dedicando impunemente desde hace tiempo a envilecer al pueblo con drogas heroicas, recibiendo mientras tanto los ditirambos de los salvadoreños irresponsables, ignorantes y perversos, en tanto al infeliz “chichero” lo traen amarrado desde su rancho a la ciudad” (39-40).

Son inoperantes las descalificaciones contra Rosalba e ineficaces las peticiones para que desista de escribir como lo confirma su madre quien, impotente ante sus actuaciones, expresa: “no voy a pedir que dejes tu carrera de Maestra y Escritora por la que demuestras una vehemente afición... No. Sólo quiero señalar que estás traspasando los límites que corresponden a la conducta de una señorita” (45). Es sugerente comprobar el valor otorgado por Casamalhuapa a la profesión de maestra y a la de escritora al resaltarlas por medio de mayúsculas y poniendo en palabras de otros a la escritura como afición y no una profesión, modo en que la vislumbra Rosalba, voz narrativa de El angosto sendero. El rescate de la autoría esquivaba los prejuicios porque cuando Rosalba escucha el consabido estribillo “las literatas son locas”, hace no sólo caso omiso del descalificativo sino que lo encomilla para indicar que con ese refrán se ha tachado socialmente a las mujeres como creadoras culturales cuando incursionan en el espacio público. La reiteración “las literatas son locas” pierde significado conforme se manosea en diferentes párrafos. El pensamiento reflexivo, insurrecto e irónico, de la maestra y escritora, desconstruye el estereotipo condenatorio de la autoría femenina.⁷¹

Si la lectura y la rebelión, son motivos para iniciarse como escritoras como sucede con Argentina Díaz Lozano y Amparo Casamalhuapa, la magia de la poesía le llega a la escritora salvadoreña Claudia Lars desde distintos rumbos. La presiente en los temblores en esa tierra de volcanes donde unas veces el Izalco y en otras el Quezaltepec obligan a los moradores, que habitan al pie de sus faldas, a emigrar a otras ciudades salvadoreñas. La vislumbra en el paisaje que disfruta en los paseos con su abuelo a lomo de mulas. La

⁷¹ La sentencia “las literatas son locas” aparece en las páginas 119, 124, 125 y 129 de la novela autobiográfica El angosto sendero. La expresa, irónicamente, una escritora guatemalteca que ayuda a Rosalba cuando ésta va camino al destierro por criticar al tirano salvadoreño.

percibe en los cuentos del manco Anselmo y en el regalo de luciérnagas que le hiciera el indio Cruz; obsequio que la convirtió en un farol ambulante de esmeraldas vivas. La adivina en las palabras incomprensibles de aquellos indios “de hablar conejo” que bajaban de las sierras; lenguaje indescifrable para la niña poeta. La imagina cuando las indias-cocineras de la gran casona recrean las leyendas tradicionales, en tardes de lluvia y relámpagos. Y la experimenta urdiendo las mentiras con las que vence al embustero del pueblo Pedro Urdenales o cuando inventa historias creíbles entre sus amigos de infancia porque desde niña “yo misma tenía –sin saberlo ni sospecharlo- un exaltado corazón de poeta verdadero” (Lars 143).

La travesía iniciática de Lars para arribar a la poesía es apremiante como lo confiesa la niña en la que se desdobra, en Tierra de infancia. El estímulo viene del padre con el cual se identifica plenamente porque es en el refugio de éste -la casa-chica del fondo del patio; especie de recinto uterino y rebosante de libros, pinturas y música- donde se gesta como poeta, según lo rememora: “Éramos tan parecidos –no sólo en el aspecto físico, sino también en el carácter y la expresión verbal- que no se necesitaba mucha inteligencia para saber que su sangre y sus anhelos me habían formado, dentro del misterio del amor.” (183). Él es quien le augura que ella será poeta por haber visto el espíritu del fuego representado en la salamandra, aquella lagartija mítica que “guarda el fuego divino. Salva y regala belleza.” (184). Si el padre la estimula y le augura un mundo pleno de magia con la escritura, el abuelo, que encarna al patriarca, la descalifica en cuanto le confiesa su deseo de ser poeta: “-¡Puras babosadas!... –dijo con disgusto el anciano en cuanto terminé mi cuento- Tu papá te va a volver loca” (184).

Inútiles son las admoniciones del abuelo quien recurre a la consabida sentencia de la locura para que su nieta desista de escribir sin lograrlo porque, según confirma Lars en sus memorias

“Yo me dediqué, desde muy joven, y con verdadero fervor, a la poesía. A través de mi larga experiencia en ese campo del arte he llegado a convencerme de lo siguiente: no soy aún la famosa escritora que deseaba llegar a ser cuando era niña (...) Sin embargo, tengo que confesar que debo a la poesía lo mejor de mi vida y la gracia de comprender –con alma y con sangre- que la belleza eterna es al mismo tiempo justicia y

bondad. Creo que sin la merced de su acercamiento jamás hubiera podido realizar, dentro de mí misma, ni el más pequeño esfuerzo de superación "(197).

La escritura como una práctica femenina vital es la perspectiva de Lars cuando reconoce el autoconocimiento adquirido a través de la poesía. Ese hecho la potencializa culturalmente como creadora literaria, de la misma manera en la que se posicionan las otras autobiógrafas.

Inmersa en el movimiento surrealista francés, la ruta de Consuelo Sunsín hacia la escritura la inicia con Memorias de Oppède obra en la que Dolores, voz narrativa de la novela, se atreve "a improvisar un descabellado relato de aventuras" (136). Desde su niñez ya se adivina la inspiración creadora de la escritora salvadoreña, como lo manifiesta Lars en sus memorias al indicar que aquella amiga de infancia:

"sabía conversar como persona mayor y usaba con gracia muy suya palabras que no eran comunes en el lenguaje de la gente pueblerina. Además, ponía en cada frase una gorjeante emoción cargada de hechizos que me cautivó totalmente desde que empecé a escuchar sus historias (...) era extraordinaria. Parece que ese raro atributo, que pertenecía a su lenguaje como el calor al fuego, se le fue perfeccionado a través de los años, hasta alcanzar un grado de verdadero magnetismo" (Lars 195).

Análogo reconocimiento al de Lars hace Cardoza y Aragón al referirse a Consuelo Sunsín llamándola "Scheherezada tropical" seducido por sus historias, como embelesados quedan otros intelectuales con los que alterna la salvadoreña.⁷² La urdimbre telarañosa con la que teje sus relatos cautiva también al conde Antoine de Saint-Exupéry, escritor que reconoce el poder de fabulación de la salvadoreña, según lo reproduce Sunsín en Memorias de la rosa: "eres una gran poeta, Consuelo. Si quisieras, llegarías a ser mejor escritora que tu marido" (314). En su experimentación con la escritura y el lenguaje, Sunsín no sigue las reglas institucionalizadas porque se sumerge en la dimensión del collage o ensamblaje de distintos elementos. La fragmentación discursiva en Memorias de Oppède da cabida a los

⁷² Sobre Scherezada véase La mujer fragmentada: Historias de un signo, de Lucía Guerra, págs. 182-183. Guerra sugiere un paralelismo entre Scherezada y la escritora latinoamericana al retomar los planteamientos hechos por Helena Araujo en La Scherezada criolla: Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1989.

mitos, a pequeñas historias, a segmentos de novelas de caballería. Es un texto polifónico atravesado por breves historias contadas por personajes, protagónicos o anónimos, quienes pululan por la obra fecundizándola con murmullos y voces discordantes al compartir, momentáneamente, el vagón de un tren parisino en el que escapan de la ocupación alemana. Además de estos relatores tráfugas que se instalan con el consentimiento de la escritora el texto es invadido por numerosos intertextos: cartas propias y ajenas, segmentos de diarios y breves relatos de los ocupantes de Oppède que permiten escuchar una pluralidad de voces.

La diversidad de textos y voces se adivinan también en los silencios, en los espacios en blanco, en los puntos suspensivos; todos indicios de ocultos secretos que, lúdicamente, Sunsín intenta escamotear al lector que interviene en el juego y desciframiento de la escritura. Tanto Memorias de Oppède como Memorias de la rosa, las escribe en francés pero intercala algunas palabras en su lengua materna como demostrando la impotencia de una sola lengua para la significación productiva. Subversiva, escribe ambas obras en el exilio, en una lengua que no es la nativa, y mezclando los géneros literarios. En la novela Memorias de Oppède Sunsín no sólo explora la representación teatral sino otros tantos géneros porque, según relata la escritora, su novela emana de

“una larga carta para mi caballero volante (...) Las esperanzas de que la recibiera eran mínimas. Mi único consuelo era aumentar esas páginas, que devenían una especie de diario. “Comencé a escribirla en la sala del castillo (...) Cuando Platón ocupó la sala donde yo celebraba esa misa privada de mis recuerdos y mis esperanzas, fui a refugiarme en la cantera. Era una secuencia de cuevas gigantescas, excavadas en la roca (...) Dejaba mis papeles en un escondrijo. Tuve el cuidado de escribir en el sobre: “Si alguien encuentra esto, le ruego que lo vuelva a poner en su lugar, y sobre todo que no lo mencione nunca” (235).

Es sugerente observar la forma en que Consuelo Sunsín liga la carta con el diario, géneros de los que deviene la novela autobiográfica y cómo vincula todos estos géneros, situados en la periferia de la cultura, con la escritura del yo y con la introspección cuando se refiere a la “misa privada”.⁷³ Además, es tentador advertir el develamiento realizado por

⁷³ En la nota 1 del capítulo XXXIX de Memorias de Oppède se aclara que “en lenguaje coloquial, en francés, “mece basse” quiere decir hablar en voz baja (235).

Sunsín en lo referente al rechazo de la escritura por parte de la metafísica tradicional, encarnada en Platón, a partir de la oposición realidad/signo de la que surge un sistema jerarquizado de oposiciones que el pensamiento occidental ha asumido y utilizado desde siempre. En esa perspectiva el logos (pensamiento y habla) se opondría a la escritura (representación del pensamiento y del habla), siendo el primer término superior por pertenecer “a la presencia y al logos mientras que el segundo denota invariablemente una caída, una pérdida de presencia y de racionalidad” (De Peretti 31).⁷⁴ Esa es la posición establecida por Platón en el Fedro “entre la escritura-fármaco entendida como juego y dispendio peligroso y el habla noble, seria y productiva” (De Peretti 41).

El rescate y la valoración de la autoría femenina por parte de Sunsín, interesada en reivindicar la escritura, se percibe al desconstruir el mito platónico. Es factible sospechar que la escritora desmonta la racionalidad platónica si se exploran los indicios dejados en la novela a partir del desalojo que hace Platón de Dolores, voz narrativa de la novela, quien expulsada de la sala donde escribe se refugia en la caverna-cantera.⁷⁵ Una cantera-útero en la que adquiere el autoconocimiento para darse a luz como autoría porque en ese recinto nace la carta, que deviene diario, que deviene novela, con lo cual Sunsín recrea el proceso de la productividad textual.⁷⁶ Retoma el hilo de Ariadna para tejer-explorar el laberinto generador de la escritura porque según reconoce “Yo conocía bien el dédalo” (235). Con ese autoconocimiento Sunsín elabora un texto-tejido en el que otras mujeres se aquilatan

⁷⁴ Véase *De la Gramatología*, de Jacques Derrida, para comprobar el desprecio, la devaluación y relegación de la escritura frente al habla en diferentes tiempos, pero siempre desde la metafísica tradicional o metafísica de la presencia.

⁷⁵ Las huellas que hacen sospechar que Sunsín, en algunos pasajes de su novela autobiográfica *Memorias de Oppède*, desmantela la racionalidad platónica son los siguientes: La escritora vive el caos de la Segunda Guerra Mundial, suceso ajeno a la razón encarnada en Platón. Personaje de *Memorias de Oppède* Platón llega a esa localidad francesa buscando refugio después de fugarse de un campo de concentración. Carga con él “una valija con ambos brazos, como si fuera muy pesada o muy valiosa para llevarla con una sola mano” (219). Para evadir a los perseguidores pide que lo escondan en la comunidad: “ayúdenme, o estoy perdido (...) Me llamaré Platón si les parece...” (219). En la comunidad se despierta “una especie de locura del conocimiento” (220). Platón imparte lecciones y uno de sus alumnos comenta: “sólo de ciencia habla y no le puedo dar nada por sus lecciones. ¡Ni siquiera mujeres, no quiere saber de eso! (220). Dolores, voz narrativa de la novela, que escribía en la sala debió refugiarse en la caverna-cantera para hacerlo porque “Platón ocupó la sala”. Abierta la valija que cargaba Platón por uno de los discípulos “un espantoso olor nos envolvió desde la puerta (...) En ese momento vimos a Platón. Estaba sentado al fondo de la sala (...) volvió a su maleta, la tomó en sus brazos y salió a pasos lentos. Desde el pie de la escalinata nos gritó con voz de loco: -¡Es eso! ¡es mi hijo! Corrió hasta el precipicio y arrojó la maleta a las cisternas” (Sunsín 1998, 221). ¿Es el hijo putrefacto de Platón su discurso racionalista?

⁷⁶ El juego con la palabra cantera, en relación con la productividad textual femenina, es muy fructífero por cuanto se pluraliza en: extracción, veta, mina, filón, origen...

como lo hace Héléne, personaje de la novela Memorias de Oppède, a quien “llamábamos siempre la pequeña griega” (234). Héléne deja entre los manuscritos que Sunsín esconde en la gruta su propia carta en la que expresa: “he leído tu diario (...) gracias a tu diario, he aceptado vivir sola (...) Me siento valerosa de nuevo (...) esa carta me ha curado y me ha dado la fuerza de conocerme” (236-237).⁷⁷ Desde esa perspectiva Sunsín le da a la escritura la cualidad de autoconocimiento individual y colectivo. Vislumbra la escritura como tejido restaurador de sí misma a la vez que acoge los injertos textuales provenientes de otras mujeres, como Héléne, que fertilizan el texto plural.

Es común el ansia de las autobiógrafas por revalidar y rescatar la propia autoría. Esta es una de las razones para que Lucila Gamero Moncada publique su autobiografía, percepción que se sustenta en la apropiación, en esta obra, de su producción literaria. Es por la lectura y el disfrute de la naturaleza que llega a la escritura porque la pasión por lo campestre la indujo

“al llegar a los trece años de edad, a escribir el artículo “Impresiones del Campo”, con el que inicié mi carrera literaria. Fue publicado en Choluteca, en un periodiquito editado por mi hermano paterno Juan Ramón Valladares. Tenía yo la costumbre de leer, casi todas las tardes, a mi tía y a sus hermanas mientras ellas cosían, novelas y también los periódicos que llegaban al pueblo. Todavía no he olvidado la satisfacción que experimenté cuando, al leerles lo escrito por mí, exclamó Chita, la hermana mayor de mi tía:

-Eso está bonito; lo que dice es muy cierto.

-De veras, ¿Le gusta?

-Sí, está escrito con naturalidad y sencillez.

-¡Pues yo lo hice! –exclamé muy ufana.

-¡Qué va a ser hecho tuyo! –intervino mi tía.

-¿Por qué no? Vea que está firmado: “Lucila”.

-Lucilas puede haber muchas.

⁷⁷ Nótese el juego que establece Consuelo Sunsín en Memorias de Oppède con la mitología griega. Así se evidencia no sólo en la desconstrucción del mito platónico para desmontar la racionalidad y revalidar la escritura sino en la recreación que hace de Helena la pequeña griega que llega de París a Oppède. Remite a Helena la griega raptada por París y supuesta causante de las penalidades que sufrieron griegos y troyanos. Además Sunsín reanuda el mito de Ariadna quien escapa del laberinto, del desamor y del abandono de Teseo, valiéndose de hilos, como intenta Sunsín restaurarse a través de la escritura-tejido.

Entonces corrí a mi casa a traer el original para que, al reconocer mi letra, viera que era yo la autora (73).

Este diálogo que mantiene Gamero con una de sus tías, revela algunas de las dificultades que las escritoras han afrontado cuando deciden escribir, firmar o publicar sus obras. La incredulidad es una de las tácticas para devaluar a las mujeres y sus prácticas de escrituras porque, según lo reconoce Gamero en su autobiografía, en esa época era sorprendente que una joven “se atreviese a escribir y a publicar lo que pensaba” (73). La descalificación de las escritoras es común en la sociedad de finales del siglo XIX como rememora la hondureña al exponer que algunos atribuían a su padre, un intelectual reconocido, la corrección de “mis primeras producciones literarias, sin tomar en cuenta, sin duda, el escaso valor de éstas” (73). Con ese señalamiento Gamero reafirma su talento artístico, al mismo tiempo que reivindica su autoría y su autenticidad, hechos que respalda también con el original firmado por ella, ante quienes dudan que sea la autora. No recurre al seudónimo masculino para firmar sus obras, una práctica usual entre muchas de las escritoras, de esa y anteriores épocas, quienes se valieron de múltiples tretas para eludir los estigmas acostumbrados. En ese sentido se ve a sí misma como escritora y defiende su autoría.

La carencia de condiciones propicias para escribir es confirmada por Lucila Gamero al recrear las penurias sufridas por las escritoras, a través del tiempo, por no poseer un cuarto propio. Así se aprecia en la revelación: “Yo escribía a escondidas, sin permitir que nadie de mi casa se diese cuenta de ello” (73). Conocedora de las descalificaciones de la autoría femenina y de la exclusión de las escritoras de las antologías, se encarga de hacer un inventario de algunas de sus obras y de los premios obtenidos con ellas al citar algunos títulos de sus cuentos y el de su novela “Páginas del Corazón”, escrita “cuando tenía veinte años, y que obtuvo Mención Honorífica y Medalla de Plata, en un Certamen Literario celebrado en la ciudad de Guatemala” (74). Además comenta de su abundante producción literaria que, según ella, es imposible resumirla “por el trabajo que requiere acordarse de los nombres de historietas y artículos sobre diferentes temas escritos en distintas fechas” (74). Aunque dice no recordar los títulos de las obras publicadas, sí reconoce que su carrera como escritora es vasta y su escritura variada por referirse a distintas temáticas.

De obstáculos a la autoría femenina también escribe Consuelo Sunsín en Memorias de la rosa. Como lo hiciera Casamalhuapa y Gamero, la autora salvadoreña se refiere a las

dificultades sorteadas por las mujeres para convertirse en escritoras, pero Sunsín va más allá porque recrea las experiencias de aquellas que debieron renunciar a su propia creación en beneficio de su pareja al convertirse no sólo en asistentes y animadoras de los maridos, sino por limitarse a rodearlos de una atmósfera atrayente para su desarrollo literario. Ya antes de casarse, época en la cual Antoine de Saint-Exupéry aún era un desconocido, la escritora salvadoreña se inhibió, artísticamente, para apoyar la producción literaria del escritor francés. Aunque seducida por la escritura, la escultura y la pintura, Sunsín debió privarse de todo proyecto personal para no importunarlo.

Por tener que permanecer en silencio y en la misma estancia en la que escribe su marido, tejer se convierte en la única actividad con la que no lo perturba. De ahí el abandono del dibujo porque, según relata, “si eso le ponía nervioso, me dedicaba a bordar. Y los almohadones bordados se amontonaban encima del sofá” (126-127). Dedicada a facilitar la creación del otro, a no estorbarle ni a competir con él, y consciente de ser conocida únicamente como “la mujer del gran escritor” (303), no es raro que Sunsín rememore, a su manera, el mito de Penélope. Si aquella soltó el tejido para comenzarlo una y mil veces Sunsín no lo deshace, más bien lo amontona como prueba de su frustración artística. Delata con esa acción al sistema que adjudica asimétricamente las labores para uno u otro sexo. Los cojines amontonados pierden operatividad doméstica porque no otorgan comodidad ni son decorativos del hogar. Tal parece que con la acumulación de almohadones Sunsín teje-esculpe su propia escultura-resistencia con la que se niega a ser subsumida por los quehaceres hogareños y se rebela ante una subjetividad condicionada por el género.

De la misma manera se intuye la recreación del mito de Aracné en Memorias de Oppède, mujer que se rebela ante la diosa Atenea. Una mujer tejedora de historias e inspiradora de la *aracnología*, término que se define como

“una toma de posición crítica que busca leer *a contrapelo* de la trama (tejido) de indiferenciación para descubrir en la escritura la encarnación de una subjetividad sexuada (genérica) para recuperar dentro de la representación los emblemas de su propia construcción. (...). Las aracnologías comprenden, entonces, (...) la interpretación y reapropiación de una historia, como muchas de las historias de la literatura occidental, que desplegaría las estructuras entretejidas

del poder, género e identidad inherentes a la producción del arte mimético” (Olivares 23).⁷⁸

Esa es la perspectiva de Sunsín al denunciar, una y otra vez, la forma en la que pospuso su propia creación, su propio talento, para favorecer la ajena acondicionando escenarios acogedores en los que el marido pudiera crear. Una misión-condena por las pesadillas que experimenta la escritora para incitarlo a “que se sentara a la mesa de trabajo, a escribir su guión” (157). Según comenta, en ese papel actuó hasta de carcelera al aislarlo “en su estudio y, previa entrega de cinco o seis páginas de trabajo le concedí el derecho de entrar en la habitación de los futuros esposos. No antes. A él le gustaba mi juego” (75). Los caprichos cada vez más infantiles y fantasiosos de Saint-Exupéry llegan al paroxismo cuando habitan en la casa del Principito; como llama Sunsín la vivienda que ella buscó, para que él escribiera la obra que lo hizo famoso. El compromiso de cumplir con todas las fantasías del escritor sale a la luz cuando éste le pide que le acondicione una habitación como la que le había preparado en Buenos Aires. Ante esa petición Sunsín le promete: “encontraré un tonelete con un grifo dorado y pondremos oportito dentro; y llenaré muchos termos de té caliente, y colocaré cerca de ti bombones, pastillas de menta, muchos lápices de todos los colores, papeles también multicolores y una gran mesa” (323).

Las peticiones de Saint-Exupéry son fatigosas porque no se trata únicamente de rodearlo de un ambiente propicio para la creación sino de ser su modelo para las ilustraciones de sus libros. Además Sunsín debía permanecer a su lado porque le “gustaba que estuviera en la misma habitación que él cuando escribía; y cuando se quedaba sin ideas, me pedía que lo escuchara, y me leía una, dos, tres veces sus páginas y esperaba mis respuestas...” (127). Con el repaso que hace Consuelo Sunsín de las veces que el escritor la obliga a escuchar el relato se descubre el cansancio que la invade toda vez que, leído el escrito, el autor entraba en una especie de inseguridad de la que ella debía salvaguardarlo:

“¿No te sugiere nada? ¿No es interesante? Voy a romperlas. Es una idiotez, ¡no quieren decir nada!

Entonces yo inventaba Dios sabe qué, rebuscaba en mis recuerdos

⁷⁸ Cita tomada por Cecilia Olivares, en *Glosario de términos de crítica literaria feminista*, de Miller, Nancy (1986a), “Arachnologies: The Woman, the Text and the Critic” en Miller Nancy K. (ed.), *The Poetics of Gender*, Columbia University Press, Nueva York, pp. 270-295 (publicado también en Miller, *Subject to Change*).

Y hablaba durante una hora de una página que el acababa de escribir”

(127).

Todos los caprichos que van a comenzar como un juego devienen en una especie de cautiverio para Sunsín porque, además de creerse la única mujer con el poder de ayudarlo a encontrar el camino a la escritura, se lamenta del ostracismo y las privaciones que conlleva esa ocupación.⁷⁹

“¡Ay! ¡Ser la compañera de un gran creador es un oficio, un sacerdocio!

Y sólo se domina ese oficio después de largos años de aprendizaje...

Porque se aprende. Yo era tonta. Creía que yo también tenía derecho a la admiración por su obra. Creía que era de los dos...

¡Que error! Para un artista, no hay nada más personal que su creación:

aunque le entregues tu juventud, tu dinero, tu amor, tu valor, nada de ella te pertenece.

Es infantil argumentar: “Ah, yo he ayudado a mi marido!” (101-102).

Es evidente la impotencia y el desaliento de Sunsín quien, privada de un cuarto propio, debe acondicionar no una sino varias habitaciones para el escritor. Confirma desencantada que sus sacrificios económicos, físicos y emocionales son correspondidos con abandono e indiferencia, por parte de Saint-Exupéry.⁸⁰ La privación de Sunsín se palpa en las sugerencias que le hace el marido al regalarle una máquina de escribir silenciosa y un dictáfono: “De ese modo, cuando estés sola podrás contar tus preciosos cuentos a este aparato, y si me vienen ganas de escucharte, pondré uno de tus discos y te escucharé” (313-314). Resulta irónica la disimetría que se constata en el ambiente recreado para que escriban ambos escritores. Mientras para Saint Exupéry todas las comodidades y los caprichos son pocos, Sunsín debe conformarse con el entorno que el escritor le estipula.

Los hechos comentados demuestran las dificultades para recuperar y valorar la propia autoría en una época en la que rigen invalidaciones de todo tipo contra las escritoras. Sin embargo todas ellas rescatan, estratégicamente, la autoría femenina en su búsqueda por

⁷⁹ Sobre la sujeción de las mujeres véase el libro Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, de Marcela Lagarde; especialmente el V capítulo titulado “Los cautiverios”.

⁸⁰ Para Consuelo Sunsín fue un sacrificio económico casarse con Saint-Exupéry porque, según comenta en Memorias de la rosa, como “viuda de Gómez Carrillo disponía de una renta considerable y si me casaba la perdería” (81). “Si renunciaba a casarme con Tonio, conservaría mi fortuna, porque Gómez Carrillo era rico, había publicado libros en España y en París: si mantenía su nombre, todo sería muy fácil para mí” (84).

replantear la subjetividad desde sus propias experiencias. Subvierten las leyes dictadas y sustentadas por el canon, autodescubriéndose como creadoras culturales. En ese autodescubrimiento comienzan, también, a apropiarse de su corporalidad mediante la focalización transversal de sus cuerpos que son enfocados tanto externa como internamente.

5. ENTRE LA TRANSGRESIÓN Y LA CENSURA: EL CUERPO FEMENINO.

La focalización del cuerpo experimentada por las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica, es descentrada. La alternancia del enfoque corporal mediante el entrecruzamiento de la perspectiva propia con la ajena, configuran el cuerpo femenino en partes y contrapartes sin que lo puedan visualizar o representar, salvo alguna excepción, de manera completa. En la visión escindida de la corporalidad femenina repercute el puritanismo y la mojigatería, usanzas de la época narrada en las obras autobiográficas que transcurren en las últimas décadas del siglo XIX y las cuatro primeras del siglo XX.⁸¹ En esa época la moral, la religión y los valores tienen mucho peso en la sociedad centroamericana.

La resonancia de los principios axiológicos se aprecia en el comentario de la madre de Elena, voz narrativa de Peregrinaje, quien como maestra previene: “el cuerpo, hijita, es la morada del alma; procura tenerlo siempre limpio y digno de ser lo que es, así serás grata a todos los que te miren” (103). Esa perspectiva materna es coherente si se considera que, durante la época reseñada por las autobiógrafas, a las mujeres les corresponde ser las perpetuadoras del sistema que las enajena. En ese tiempo operan muchas prohibiciones sobre el cuerpo femenino porque, excluidas las mujeres como participantes en la vida social, la imagen corporal que trasciende queda circunscrita a la maternidad por naturaleza y por vocación. El cuerpo femenino se configura como un cuerpo para los otros. Esto por cuanto los cuerpos, como alega Lagarde en Género y feminismo. Desarrollo humano y

⁸¹ Recuérdese que Lucila Gamero nace en 1873 y su autobiografía se refiere especialmente a su infancia. Aunque Casamalhupa nace en 1920 en El angosto sendero la escritora retrocede hasta la infancia de su madre por lo que recrea la última década del siglo XIX y las primeras del XX.

democracia, no son sólo productos biológicos, sino que las sociedades ponen en ellos los esfuerzos por convertirlos en cuerpos eficaces para sus objetivos (56). Las formas de vivir y sentir lo corporal son aprendidas y reproducidas mediante los preceptos impuestos por el sistema de dominación masculino. En el caso de las mujeres lo que trasciende es un cuerpo alienado, sujetado y penetrado por el deseo y la normativa impuesta por el otro mediante fuerzas filosóficas, religiosas, médicas, ideológicas, políticas, que responden, históricamente, a intereses androcéntricos.⁸²

Resulta sugerente observar la manera en que estas mujeres, en su búsqueda por configurar una nueva subjetividad femenina, traman desvíos generacionales respecto a sus madres rebelándose ante la sentencia la anatomía es el destino por cuanto ninguna de ellas se refiere a la maternidad privativa. Con esa perspectiva quebrantan la imagen corporal acostumbrada porque, aunque no logran visualizar el cuerpo de manera completa, ni aún juntando la percepción propia con la ajena, se niegan a reproducir el modelo predestinado por el sistema patriarcal: ser un cuerpo-naturaleza; un cuerpo para los otros. Si bien aluden a la maternidad lo hacen a través de sus madres y poniendo en tela de juicio el papel que éstas cumplen socialmente. De esta manera evitan remedar la representación materna a la vez que subvierten el espacio pautado culturalmente para las mujeres porque, pese a que no

⁸² Explorar el cuerpo implica introducirse en su borronamiento desde tiempos antiguos cuando con la filosofía socrática se abandona el cuerpo y se le invisibiliza en favor de la razón. Un destino similar, o más drástico discurre con la moral judeocristiana que presenta al cuerpo como un obstáculo en el camino de la salvación y el enemigo por vencer. En su empeño por salvar el alma desdeñaron, castigaron y renegaron del cuerpo; de sus apetencias y deseos. Ávida por deshacerse del cuerpo la religión judeocristiana impuso no sólo el castigo corporal sino el cubrimiento con atuendos lo que implicó el desconocimiento, el ocultamiento y el olvido de éste. Con el imaginario social mariano se acentuó la invisibilización del cuerpo femenino al ubicar a las mujeres en una posición virtuosa cuya función esencial era la reproducción y la educación de los hijos. María, como reina del cielo, acaparó la simbolización de todos los valores femeninos. En la regulación y descalificación del cuerpo femenino pesaron los embarazos, el parto y el amamantamiento actividades que encarnan “la alienación de las mujeres al servicio de la especie” (Knibiehler 15). Se configura así un cuerpo femenino totalmente negado a las mujeres mismas, producto de la alianza entre las creencias religiosas, las posiciones victorianas marcadas por el puritanismo y las prácticas médicas. Acaparada la medicina por los varones la mujer pasó a ser una eterna “enferma”. Su “equilibrio mental” se volvió frágil siendo la histeria un malestar inherente a la “naturaleza femenina”. Así lo declaran y difunden las voces autorizadas de la época, que además la situaron como emotiva, sexualmente pasiva y “en un “eterno femenino” cuyas variaciones dependen de la historia y de las representaciones de los hombres” (Marini 341). Esa reducción del cuerpo femenino a la maternidad se afianzó al descubrirse que el goce femenino no era necesario para la fecundación lo que, supuestamente, confirmaba la vocación maternal. De esa manera el sistema “justifica el egoísmo masculino y fundamenta la hostilidad contra el inútil clítoris” (Knibiehler 30), al mismo tiempo que descalifica la menstruación considerada como el recordatorio mensual del “verdadero destino” de las mujeres.

pueden desprenderse del sujeto ideológico, plantean cambios significativos y abren nuevas posibilidades al erigirse protagonistas en el espacio público.

Todas las escritoras estudiadas recurren a las gafas del sujeto ideológico al escudriñar los acontecimientos desde afuera. Esa estrategia les permite recrear el sistema, los modelos y los códigos identitarios que intentan socavar, al mismo tiempo que simulan amoldarse a la época, porque “dada la identificación entre autora/escritora/protagonista, resultaría demasiado inmodesto colocar los elogios en la voz del yo” (Arriaga 100). Insertas en la falsa modestia acuden al discurso ajeno mediante el diálogo o la citación, para que le sean reconocidos sus actos heroicos, sus cualidades artísticas o sus atributos corporales. Pero esa mirada ajena se ve obligada a inhibirse al emerger la focalización interna que deviene con la introspección. Esa introversión sucede cuando, tanto la voz narrativa como el sujeto de enunciación, intentan apropiarse de sus experiencias particulares para posicionarse y potencializarse como sujetos. Del enfoque divergente entre la mirada propia y la ajena deriva la complejidad de la narrativa autobiográfica que se debate entre reproducir en sus enunciados al sujeto ideológico o romper, aunque sea momentáneamente, con la perspectiva enajenante para replantear una nueva subjetividad desde las mujeres mismas. En la focalización que hacen de sus cuerpos influyen también las etapas de la vida reseñadas por las autobiógrafas porque mientras unas se narran de niña y adolescente, otras se refieren a su vida de adulta. En ese sentido las perspectivas son discordantes debido a que la visión de una niña es totalmente distinta a la de una mujer.

Los textos autobiográficos analizados permiten observar un proceso en el cual conforme las mujeres van desmontando los bastiones patriarcales empiezan a reapropiarse tanto de su imagen como de su cuerpo. Es un develamiento corporal incipiente pero en estos textos de las autobiógrafas fundacionales ya se descubren los gérmenes de las exploraciones que realizarán, décadas más tarde, otras escritoras centroamericanas. Aunque el trayecto es lento desde estas primeras experiencias escriturales comienzan a desenmascarar la manera en que operan las relaciones de poder en la sociedad para que, como lo expone Judith Butler al problematizar sobre la materialidad de los cuerpos, unos cuerpos importen más que otros o importen de otro modo.⁸³ En su empeño por plantear una nueva subjetividad femenina estas escritoras inician la reapropiación de sus cuerpos desde el momento mismo

⁸³ Véase el libro de Judith Butler Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”.

en que evaden focalizarse en el espacio privado, sitio pautado por el sistema de dominación masculino.⁸⁴

La elección de la palabra masculina para que enuncie las cualidades físicas e intelectuales femeninas se debe a que deben simular la falsa modestia para referirse a sí mismas y porque están conscientes del poder de la palabra masculina en la producción de verdad. Pero si bien emplean la palabra del otro para que otorgue el veredicto vigilan para que esa representación no sea tergiversada. Desde esa perspectiva recrean la palabra masculina que las legitima socialmente pero la inhabilitan, convenientemente, cuando la misma se empeña en eternizar el sistema, los modelos, o los códigos identitarios, que las autobiógrafas se empeñan en dismantelar. El diálogo y la citación son las tácticas seleccionadas por las escritoras para que la palabra masculina las habilite en los espacios prohibidos socio-culturalmente. Es una intrusión textual condicionada porque son las escritoras quienes la posibilitan. De esa manera las interrupciones que se suscitan en los diálogos establecidos con el otro se convierten en artimañas para demostrar las reprimendas del discurso rector, la inoperancia de éstas o para legitimar las cualidades que trascienden sobre ellas.

Asociada la corporalidad y la sexualidad femenina en la sociedad occidental con lo angélico y lo monstruoso, el cuerpo y los placeres sexuales se convierten en una experiencia innombrable en los textos autobiográficos de las precursoras. Desde esa perspectiva las voces narrativas silencian muchas de sus necesidades y deseos, temerosas de ser condenadas por el sistema de dominación masculino. Sus cuerpos permanecen, la mayoría de las veces, ocultos por largas faldas y excesivas abotonaduras. Otras veces los enmascaran bajo ropajes masculinos debido a las largas cabalgatas que hacen por sus propios países o por los ajenos, acción que suscita la desaprobación inmediata del varón por la contravención femenina a las reglas y a las estructuras del poder. Se vuelve imposible para las autobiógrafas delinear el cuerpo femenino de manera total. La descentralización de éste se convierte en una estrategia; una especie de rompecabezas que permite ir configurándolo por partes y contrapartes. Unas veces aparece expuesto en una nalga enrojecida por el castigo corporal, en una trenza que se suelta y que enmarca un rostro o en

⁸⁴ Más que el mal llamado espacio privado considérese al ámbito en el que se les confinó a las mujeres un sitio, término que en su amplia acepción se refiere a encierro, asedio, acorralamiento, hostigamiento, rincón, cerco, aislamiento.

el cabello recogido bajo un sombrero masculino. En otras ocasiones se distingue en los rubores ante un piropo, en unos labios que no conocen el lápiz labial, o en nuevo modo de caminar.

Algunas autobiógrafas omiten referirse al cuerpo como es el caso de Amparo Casamahuapa quien, comprometida política y socialmente con el pueblo salvadoreño, esquiva develarse corporalmente, salvo cuando alude a los disfraces empleados para sortear la persecución del tirano. Similar actitud tienen Claudia Lars y Lucila Gamero quienes visualizan el cuerpo femenino cubierto con atuendos varoniles para desestabilizar y parodiar el poder de dominación masculino. Si en algunos momentos cubren el cuerpo con etamines y encajes, son más las veces que éste desaparece cubierto con ropas masculinas para cabalgar, tramar una huída o urdir el travestismo: metáfora deconstructora del sistema falocéntrico.

En la cartografía corporal que comienzan a esbozar las precursoras de las escrituras autobiográficas en Centroamérica la sexualidad y el erotismo parecen inexistentes. Sin embargo, se vislumbran algunos destellos de sensualidad en Elena, voz narrativa de Peregrinaje, novela autobiográfica de la escritora hondureña Argentina Díaz Lozano. Los sueños de libertad y de independencia llevan a Elena a apropiarse de sus deseos refutando lo establecido. Esa rebelión se palpa en el diálogo que entabla con su madre quien intenta convencerla de que “la ceguera espiritual debe ser mil veces peor que la ceguera material” (121). Ante la pregunta materna de si elegirá la misma carrera profesional, si será maestra como ella, se rebela respondiéndole de manera cortante: “-No. Yo seré artista, bailarina o actriz de cine como Nita Naldi, Bárbara La Marr o Gloria Swanson. Tendré una elegante casa, iré a Nueva York, vestiré trajes de cola y batas de encaje” (121).⁸⁵

Las profesiones y los modelos femeninos bajo los que desea configurarse Elena, decidida también a ser “cantante de opereta en cuanto tuviera la edad suficiente” (151), muestran el desacato a las pautas corporales establecidas por la sociedad centroamericana de las primeras décadas del siglo XX. Podría pensarse que esos deseos revelados por una niña no tienen la repercusión que tendrían si los planteara una mujer. La actitud desafiante en una etapa irreflexiva de la vida, como se concibe socialmente la niñez, deja de ser censurable si

⁸⁵ Todas las actrices citadas por Elena están de moda en la época reseñada por Argentina Díaz Lozano y actúan en películas de alto contenido erótico.

se contextualiza como una rabieta frente a la madre. Pero esa rebelión, a tan temprana edad para visualizarse de adulta tomando como modelos a mujeres sensuales y de reputación dudosa, desmonta el arquetipo materno. Convenientemente la madre-maestra, sin autocriticarse, imputa a causas foráneas los nuevos valores adoptados por su hija al replicar: “veo que tienes esa cabeza llena de fantasías; la culpa la tienen esas revistas” (121). Con el desmantelamiento arquetípico Díaz Lozano muestra en Peregrinaje el desgaste de modelos femeninos tradicionales posibilitándose el replanteamiento de una nueva subjetividad femenina.

El desarrollo del cuerpo femenino, entendido en esa época como el crecimiento de los senos, se percibe en Peregrinaje cuando Elena alude a los comentarios, que sobre ese particular, realizan amistades y familiares. La citación permite recrear la palabra del focalizador externo porque la falsa modestia, característica de la época, impide calificar los atributos físicos como se aprecia cuando la protagonista aduce: “me habían dicho “jovencita linda” y sentía que el mundo era mío” (234). Junto a la focalización externa, que representa “los registros verbales autorizados por el poder” (Masiello 183), se da la introspección, estrategia a la que recurre Elena para autoafirmarse. En posesión del autoconocimiento y con intenciones de apropiarse de su cuerpo, sitiado en el claustro en el que está interna, Elena desafía al sistema representado por las monjas. En ese sentido se niega a invisibilizarlo y a ignorarlo, al mismo tiempo que lo resalta con el adorno y el maquillaje.⁸⁶ La representación de un mundo “peligroso y traidor” con el cual las religiosas intentan asustar a las estudiantes no logra amedrentar a Elena como lo prueban los constantes retos a las reglas impuestas. No contenta con impugnar los preceptos se solaza narrando la apropiación de su corporalidad soltándose parte de sus cabellos trenzados, maquillándose y, especialmente, cambiando la forma de caminar. La experimentación con una nueva cadencia al andar le devela el cuerpo completo y no en fragmentos. Al mismo tiempo la incita a nuevas sensaciones corporales como se intuye en sus revelaciones:

“comencé también a preocuparme seriamente por el arreglo de mi persona.

⁸⁶ Yadira Calvo en Éxtasis y ortigas: Las mujeres entre el goce y la censura, expresa que los censores se han ocupado de la vestimenta de las mujeres dejando, siglo tras siglo, “todo un inventario donde se condena en el traje y arreglo femenino lo escandaloso, lo vistoso, lo ostentoso, lo fino, lo bordado, lo perfumado, lo ceñido...” (141). En “la mujer custodiada” Carla Casagrande se refiere a la tenaz atención minuciosa, por parte del orden dominante, a la vestimenta y al maquillaje porque por medio de estos elementos se privilegia la vil exterioridad del “cuerpo por encima de la preciosa interioridad del alma” (117).

Las dos severas trenzas, el peinado de ordenanza, ya no me satisfacían. A hurtadillas corté unos mechoncitos a cada lado de las sienes, para hacerme unos caracolillos que disgustaban mucho a las hermanas. Me mandaban que me los quitara o me los pegara con vaselina, pero al día siguiente volvía yo a aparecer con mis “patillas” sedosas y rizadas, que yo creía me hacían aparecer mejor. Con una externa mandé a traer una caja de polvos (...) me valía de mil estratagemas para que no me hallaran mi tesoro, pues era prohibido a las internas el usar polvos, porque eran “vanidades” que a nada bueno conducían. Pero yo no quería lucir una nariz relumbrosa, especialmente las tardes de paseo, porque algunos muchachos (estudiantes casi todos) se apostaban en las esquinas para vernos pasar. Entonces me sentía avergonzada de nuestro feísimo uniforme, de anchos paletones y severo cuello redondo. Me mordía los labios furiosamente para hacerlos más rojos, y adopté un modo de caminar que me valió varias reprimendas de las buenas religiosas, que alarmadas notaron mi cambio” (196-197).

Ni las correcciones ni los sermones la hacen desistir de los intentos por apropiarse de su cuerpo. La osadía de Elena es tan persistente como constantes las intimidaciones de las monjas, de la madre y del tío “si seguía con esa ansia de vivir, y de investigar, y de gozar” (202). Las reprensiones contra Elena aumentan conforme despierta a la sensualidad, pasión observable en “la tolerancia que observaba con “muchachos descarados” que pasaban a “cada rato” por la acera de la casa o se apostaban en la esquina para verme pasar...”(202). La narración de las sensaciones corporales descubiertas por Elena en la que se reiteran los puntos suspensivos hace sospechar la irrupción de la sexualidad femenina. La elipsis de los placeres corporales permite recrearlos en la imaginación, espacio donde no opera la censura. Aunque el cuerpo femenino descrito tiene la mayor parte de las veces una imagen difusa Elena empieza a vislumbrar otras imágenes corporales cuando “ensayaba ante el espejo poses de “mujer fatal” (201).

Si Argentina Díaz Lozano comienza a desplegar la visión unidimensional de la mujer Consuelo Sunsín desmantela la concepción de la mujer como esencia. Aunque Dolores, voz narrativa de Memorias de Oppède, simula seguir el juego de recrear una única imagen sobre ella al definirse en algunos segmentos como “la que espera”, dando la idea de

inmovilidad y pasividad, en otros pasajes de la novela se recrea en un juego de espejos en los que se percibe cambiante. Desde esa perspectiva Dolores se disemina en múltiples imágenes femeninas en las que unas veces es “una niña buena” (102), “la Dama de las piedras” (121), o “la Dama de los volcanes de Izalco” (121), para ser de seguido la “refugiada” (309), “una fugitiva” (110), “la extranjera” (87) o “la indocumentada” (2002, 193). Se vuelve imposible la aprehensión de una imagen estable porque, según confiesa en Memorias de la rosa: “yo sabía transformarme según la hora” (31).

Es sugerente observar la manera en la que Sunsín se despliega en una pluralidad de imágenes, la mayoría de las veces en escenarios desfavorables o acosada por el sistema. La marginalidad de las mujeres, la condición de inferioridad sociocultural, la persecución de las disidentes, conlleva la desculturación de éstas. Por eso no es de extrañar la sensación de desterritorializada y de perseguida que registra Sunsín en sus textos como se aprecia en los términos: la refugiada, la fugitiva, la indocumentada, la extranjera. Esa sensación de expulsión, estigma y persecución deriva de Eva la exiliada.⁸⁷

La metamorfosis femenina en las obras de Sunsín trasciende especialmente a través de la focalización interna. La introspección es la fuente de autoconocimiento a la que recurren continuamente las mujeres en las que se desdobra la autobiógrafa en Memorias de Oppède o en Memorias de la rosa. Si en un momento dado alguna de ellas se siente indignada ante la reducción cultural que pesa sobre la mujer, ese malestar la lleva a comprender que “era de mi interior que debían surgir el rayo, la fuente de lo maravilloso, el milagro” (1998, 102). En la búsqueda de una nueva subjetividad femenina, Sunsín va más allá en el apropiamiento del cuerpo femenino que las otras precursoras de la escritura autobiográfica en Centroamérica porque, además de asumir el enfoque corporal desde la perspectiva de género, se atreve a develarlo en su etapa de adulta y mientras convive con su pareja.

Si bien son escasas las ocasiones en las que Sunsín describe las sensaciones corporales cuando lo hace revela a una mujer que escribe con el cuerpo como se aprecia, en Memorias de Oppède, cuando Dolores exclama: “era imposible cerrar los ojos, callar el grito de mis entrañas (...) La angustia de la carne viviente, que no puede comunicarse con el mineral, me ahogaba (...) mi cuerpo rechazaba aún ese reposo en una tumba” (102) En Oppède, una

⁸⁷ Sobre el destierro véase el artículo “Elogio del exilio” de Czeslaw Milosz. Este escritor polaco, premio nobel de literatura, cierra la reflexión comentando que la “Tierra, con todos sus encantos y toda su belleza, es al fin y al cabo la Tierra de todas las “Evas exiliadas” (3).

comarca en ruinas, en la que Dolores se convierte en la dama que espera y en la dama de piedra, contradictoriamente, emerge también como un cuerpo deseante. Recurre al sueño, artilugio que permite la liberación de tabúes y prejuicios, para vociferar una sexualidad activa capaz de animar a las rocas que despiertan como lo hace el cuerpo femenino, ebrio de insomnio y delirio por el cuerpo ausente (102). En este caso el sueño no significa la evasión sino el camino al autoconocimiento.

En otros momentos la moral y la fe cristiana operan como censuradores ante el vislumbre del deseo de la carne porque ni aún en el lecho nupcial, que hasta mediados del siglo XX era el “único lugar lícito y decente en que las mujeres podían ejercer la sexualidad” (Calvo 68), Sunsín se atreve a develar sus experiencias eróticas. Del erotismo, del deseo carnal comenta en un espacio ajeno a la intimidad cuando reconoce al despedirse de su pareja: “me separé de él con los ojos cerrados, para guardar mejor en mi memoria el recuerdo de su rostro, de su aroma, de su carne” (2002, 259). El dogma cristiano también la obliga a guardar las apariencias sociales porque, según relata, mientras formaliza la relación matrimonial con Saint-Exupéry: “como temía por mi reputación, le deje mi apartamento y pedí otra habitación” (2002, 63).

Elástica, múltiple e inenarrable es la moral que despliega Sunsín cuando, abandonada o rechazada por el marido, se involucra con parejas momentáneas. Sobre esas vivencias extramaritales guarda silencio como oculta también en sus obras autobiográficas las experiencias sexuales con los enamorados que tuvo antes de casarse con Saint-Exupéry. De esas prácticas eróticas quedan las murmuraciones que llenan las historias que otros han contado sobre ella.⁸⁸ Se resiste a contar esas historias omitiéndolas o dejándolas

⁸⁸ La perversión del otro es lo que ha trascendido socialmente de la salvadoreña Consuelo Sunsín. Esta escritora abandonó su país “donde las mujeres se ponen gordas, viejas y feas antes de tiempo”, con la intención de conocer el mundo, según lo relata Abigail Suncín en La rosa que cautivó al principito (21). Antes de radicarse en París conoce a Vasconcelos, en ese entonces ministro de Educación y rector de la Universidad Nacional de México, institución en la que estudia la salvadoreña. Enamorado de Consuelo y ante el inminente abandono, la describe como una persona perturbada porque, según él, “había en sus ojos esa flama turbia que promete voluptuosidades diabólicas”, en Obras completas El desastre, 1957. Véase nota al pie N. 26 del capítulo IV del libro La rosa que cautivó al principito (36). Un insulto similar le lanza el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo quien, herido en su amor propio y antes de contraer matrimonio con ella, recurre al insulto deshonoroso, ofensa que comparte con su rival Vasconcelos, llamándola “nuestra zorra” o “la zorra de Consuelo”. Así lo consigna Fabienne Bradu, en Damas del corazón. Véase nota al pie n. 36, capítulo IV del libro del libro La rosa que cautivó al principito (38).

inconclusas. Con ese fin emplea estrategias como los puntos suspensivos o el punto y aparte, suspendiendo la narración de hechos inconfesables ante los que no queda más que rendirse o especular. Sujeta a las convenciones de la época se reserva las intimidades de las aventuras extramatrimoniales como la relación con el comandante que la consuela mientras su marido la repudia, relato que cierra contando: “me llevó más lejos, al bosque” (2002, 274). Con ese desenlace pone en práctica el doble juego al entreabrir la visión erótica al mismo tiempo que la oculta, salvaguardando su reputación.

Tanto en Memorias de Oppède como en Memorias de la rosa Sunsín se debate entre cumplir con el papel socio-culturalmente asignado a las mujeres o lo que le sugiere su conciencia de género. La discordancia ocurre por el entrecruzamiento de la focalización externa con la interna porque mientras Sunsín se acomoda al papel pasivo de domesticidad o de musa tiene la impresión de ser observada

“como se examina un objeto indefinible. Yo me sentía molesta, ridícula, una especie de muñeca que emitía ruidos cuando intentaba hablar. Me parecía que las palabras que pronunciaba carecían de sentido (...) Me sentía una víctima, inmovilizada en aquel sillón de terciopelo, sin posibilidad de escape (...) me sentía estúpida, pero algo en mi interior me impedía marcharme. Empecé a sentirme indignada con la naturaleza femenina” (2002, 39).

Pese a la conciencia de género que tiene la mujer que así se describe, pesan más los estereotipos manipulados por el orden institucional sobre lo que se supone debe ser su conducta. Por ello la pregunta: “¿Cuál era, de verdad, mi papel?” (166) y el enojo resultante con la presunta peculiaridad femenina y no contra el sistema que la sujeta a cumplir con el papel de ama de casa, musa y colaboradora. Consciente o inconscientemente Sunsín evidencia en sus obras autobiográficas la enajenación de la mujer en la sociedad androcéntrica. Ese hecho la lleva no sólo a reclamar al marido, para quien su mujer “no era más que un objeto que se deja en un hotel” (144), sino a aclararle: “debes saber que yo no soy un objeto ni una muñeca” (64). Ese sentimiento de ser expropiada de su corporalidad se ahonda cuando comenta “yo tenía que hacerme pequeña, tenía que vivir en sus bolsillos” (126-127). Esa entrega no satisface al otro quien, acostumbrado a la vida noctámbula y a los viajes, protesta “me atas con tus cintas al hogar me siento castrado” (157).

Observada como un objeto, una muñeca o una mujer empequeñecida que cabe en el bolsillo de la chaqueta de su marido no es de extrañar que Consuelo Sunsín reproduzca en sus obras autobiográficas una corporalidad femenina muy frágil. La delgadez, la palidez, los desmayos, las fiebres y la “lepra”, que aquejan a la mujer en la que se desdobra Sunsín en Memorias de la rosa, son síntomas de la inapetencia por realizar labores que la obligan a abandonar su propia vida artística: la pintura, la escultura, la escritura. Aunado al sacrificio de todo proyecto personal el malestar aumenta por el desamor de su marido quien la hace sentir su criada; sujeción similar a la esclavitud una “vez se ha aceptado la humillación de no ser uno mismo, de no ser libre” (236). La degradación a que la somete se acompaña con la burla, como se aprecia en el juicio expresado, al saber que Sunsín busca trabajo: “-¿Tú trabajar? ¡Pero si eres demasiado frágil! Apenas pesas cuarenta kilos. Ni siquiera puedes cargar con una botella llena” (238).

El sentimiento de pérdida, de desafecto y de abandono es progresivo como creciente es la somatización de esas emociones. En ese sentido Sunsín confiesa: “un amor así era una grave enfermedad, una enfermedad que nunca se cura por completo” (173). Inmersa en el malestar que la agobia su cuerpo aparece ajado y enfermo al reflejarse en los cristales que le devuelven una imagen deslucida: “Estaba flaca, muy flaca: cuarenta y cinco kilos vestida. Me avergonzaba mi ropa de lana de cabra” (289). En otros pasajes confiesa “no sentía mi cuerpo. No podía controlar mis miembros” (293). “Mi cuerpo estaba roto” (305). Esas son las sensaciones que tiene Sunsín de su cuerpo, un cuerpo expropiado que comienza a recuperar y al que debe poner a convalecer después de tanto tiempo de no poseerlo.

En búsqueda de una nueva subjetividad femenina las autobiógrafas recrean imágenes femeninas descentradas, múltiples e indefinibles. Inician la travesía explorando, desde el margen, distintas modalidades de escrituras autobiográficas que les permite posicionarse en un proceso histórico para comenzar a dismantelar el sistema que las niega como sujetos culturales. Se recrean mediante unas prácticas de escrituras híbridas que evaden las delimitaciones impuestas por la institución canónica, en una praxis que conecta escrituras y vidas, enrumbándose por parajes en los que no operan las fronteras genéricas. Unas más, otras menos, todas las precursoras de las escrituras autobiográficas empiezan a rescatar y a revalidar la autoría femenina, al mismo tiempo que emprenden la recuperación de sus

cuerpos. De esa manera se potencializan en espacios materiales y simbólicos dentro de la sociedad centroamericana.

Todas ellas recrean sus historias a partir de los significados y conocimientos disponibles en la cultura. Sus expectativas son crecientes porque la conciencia femenina "lejos de estar atada de una vez y para siempre, se mantiene en un constante desplazamiento a medida que las fronteras discursivas cambian con las condiciones históricas" (Guerra 170). Escriben sobre sí mismas otorgándose la voz para nombrar sus necesidades y deseos, buceando dentro de sí para alumbrarse y dar luz a un nuevo orden desmantelador de aquel que tachó la versión femenina de la memoria colectiva y de la historia regional.

Impugnan los sitios pautados por la sociedad y refutan la vigencia de prejuicios y estereotipos encasilladores. En su pretensión por eludir el sistema que las enajena se inscriben-escriben desde sus propias experiencias; desde sus circunstancias individuales. Se nombran y se otorgan la voz en un gesto de recuperación y revisión de sus vivencias que son registradas e historizadas bajo identidades plurales, insumisas, descolonizadoras, porque rastrean y recuperan las palabras no dichas, enmudecidas y silenciadas. Inauguran las escrituras autobiográficas en Centroamérica con obras inacabadas que las conducen a travesías potenciadoras, a una poética en devenir. Con sus textos se sumergen en el juego textual sin posibilidades de clausura. Inconclusas quedan sus propias historias, como abierto dejan el Texto-Istmo Centroamericano a un contingente de escritoras quienes, canonizadas o no, heredan el deseo de contarse en otras variaciones de escrituras autobiográficas en épocas de guerra, como los testimonios de las guerrilleras, obras que serán analizadas en el siguiente capítulo.

II CAPÍTULO

LOS TESTIMONIOS FEMENINOS: ENTRE SER CONTADAS O CONTARSE DESDE LA DIFERENCIA SEXUAL

Durante las décadas setenta y ochenta emerge en Centroamérica la literatura testimonial o literatura de guerra, como también ha sido llamada esa narrativa. Sobreviene una especie de deriva de las escrituras de las precursoras quienes, en su búsqueda por replantear una nueva subjetividad, ya mostraban el descontento popular, malestar que explota en este período. Mientras algunos países centroamericanos están envueltos en la lucha revolucionaria irrumpen las autoescrituras de la rebelión cuando las mujeres se enrolan en los movimientos rebeldes blandiendo no sólo las armas sino la escritura, como estrategia de combate. Unas veces transcritas por intelectuales partidarios de la causa revolucionaria, otras incursionando en la escritura por primera vez, y desde espacios antes insospechados; todas ellas denuncian las atrocidades cometidas por los déspotas contra los pueblos centroamericanos que, apoyados por Estados Unidos en lo económico, en lo logístico y con armamentismo, se mantienen en el poder pese al descontento social general. Son nuevas formas de contarse de aquellas que toman el relevo de las predecesoras quienes se ven obligadas a exiliarse por la persecución que, contra sus personas, promueven las tiranías de sus propios países.

En este capítulo se analizan las estrategias textuales empleadas por las escritoras emergentes en el testimonio, variante autobiográfica femenina en tiempos de guerra. Comprometidas con los sectores populares estas mujeres se posicionan en el contexto histórico de sus respectivos países al mismo tiempo que se incorporan a los movimientos revolucionarios para demandar gobiernos democráticos. Inmersas en las transformaciones que requiere la sociedad centroamericana, cuestionan los bastiones del sistema de dominación masculino. Esta acción les permite desmontar una serie de prejuicios y realizar cambios en la institución familiar, en la religiosa, en las relaciones intersubjetivas. De esa manera rompen con el espacio privado para acceder al espacio público ocupando puestos en la dirigencia insurgente y ejerciendo su derecho a dialogar en los procesos de concertación nacional. Con sus testimonios se posicionan como sujetos hablantes en una nueva

articulación discursiva que inculpa a los gobiernos dictatoriales del hambre, la persecución, la represión, la tortura, el genocidio, acusándolos también, de la expropiación de sus cuerpos, vejados y violados por miembros de tales regímenes. En ese sentido, estas guerrilleras tratan de recobrar su cuerpo cuando más sometido está en las cárceles oficiales o clandestinas. Así se corrobora en sus testimonios; textos con los que intentan replantear su propia subjetividad.

Entre los testimonios de esta época destacan Las cárceles clandestinas, libro escrito por la salvadoreña Ana Guadalupe Martínez y Nunca estuve sola, de la salvadoreña Nidia Díaz. También Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, de la guatemalteca Rigoberta Menchú y transcrito por Elizabeth Burgos y No me agarran viva, obra escrita por Claribel Alegría y D. J. Flakoll.⁸⁹ Estos textos se constituyen en el corpus por analizar en este capítulo en el que la dimensión histórica está ligada a la construcción de la subjetividad femenina porque estas mujeres son conscientes del papel político que juegan y de la diferencia sexual en un período en el que la guerra, que sufren sus propios países, las compromete en un aquí y un ahora, involucrándolas en decisiones impostergables. En este período no aparece ninguna autobiografía en Honduras pese a que fueron las escritoras hondureñas las precursoras de las prácticas de escrituras autobiográficas en Centroamérica. No obstante que ese país sufre la ocupación de bases militares estadounidenses y la repercusión de los conflictos vecinos, no se ve envuelto en la guerra interna como El Salvador y Guatemala. Es probable que esa aparente tranquilidad provocara la interrupción del proyecto autobiográfico femenino en Honduras.

En estas prácticas escriturales que enlazan literatura y experiencia vital emergen las voces silenciadas y las historias reprimidas de las mujeres para reivindicar lo personal como político por haber estado excluidas, históricamente, de los centros de poder.⁹⁰ Empeñadas en plantear una nueva subjetividad femenina estas guerrilleras-escritoras exploran distintas tácticas que responden a los tiempos que les corresponde vivir. Entre las estrategias destacan:

⁸⁹ En adelante cuando se haga referencia a la obra de Alegría y Flakoll se citará únicamente a la escritora para facilitar la citación en el análisis.

⁹⁰ *Lo personal es político* es uno de los axiomas fundamentales del feminismo como lo señala Beatriz Suárez en "La segunda ola feminista: teorías y críticas literarias feministas", (2000, 36).



1- El empleo del testimonio como una nueva variación de las escrituras autobiográficas femeninas, acorde a los tiempos de guerra que vive Centroamérica. Recurren a los testimonios relegando las prácticas desplegadas por las escritoras de décadas anteriores quienes emplearon la novela, las memorias y las autobiografías, para contarse. Se apropian de esa nueva modalidad autobiográfica para testimoniar las experiencias vividas como mujeres revolucionarias.

2- Comprometidas con su pueblo y con su época registran en sus testimonios la sociedad conflictiva de la que surgen los grupos revolucionarios con propósitos democratizadores. En esas décadas en las que la vida se pone en juego día a día se vuelve urgente testimoniar los cambios en una sociedad que se transforma al ritmo de los movimientos insurgentes y las réplicas de los gobiernos represores. Durante este período, las mujeres exploran una nueva subjetividad al ser partícipes, como sujetos activos, en la guerrilla y al ejercer puestos claves en la dirigencia de los movimientos rebeldes. Saben que están haciendo historia porque como reconoce una de las compañeras a Nidia Díaz “ vos fuiste no sólo en nombre de nuestra vanguardia; sino que evidenciaste el nivel de participación de todas nosotras, nos representaste” (Díaz 175-176).

3- Estas mujeres subvierten el espacio privado. Su actuación y representación la ejercen en el espacio público desmoronándose el lugar puertas adentro de la domesticidad, confinamiento histórico femenino considerado socialmente inferior. Con esa acción desmantelan el patriarcado, poder que adjudica los “espacios prácticos y simbólicos a los géneros, este topo-poder (...) que constituye el espacio público y el espacio privado como espacios jerarquizados” (Molina 1994, 16). Las testimoniantes rompen cultural y corporalmente, con muchos de los prejuicios y estereotipos asignados por el orden dominante. En ese sentido proyectan cambios en la sociedad palpables desde el momento en que adquieren su propia independencia al abandonar el hogar para incorporarse a las guerrillas. Con ese hecho se liberan sexualmente al mismo tiempo que desmontan la estructura familiar convencional. Simultáneamente adoptan otro tipo de relación, entre ellas mismas, caracterizada por la solidaridad, la hermandad y la lealtad, recreando una conexión similar a la sororidad o al *affidamento*; términos acuñados por algunas feministas para

interpretar la alianza femenina.⁹¹ De esa manera las guerrilleras unifican los esfuerzos a la vez que promueven un cambio en lo referente a la maternidad que pasa a ser una práctica compartida en las casas de los colectivos; viviendas en las que conviven los hijos de las clandestinas.

4- El rastreo de una voz-lenguaje-escritura propia es otra de las estrategias usadas por las testimoniadas. Conscientes de la sujeción que ejerce la palabra masculina que nombra, asigna y ubica dentro de la sociedad, debido a la valoración cultural, la utilizan para legitimar sus acciones heroicas. Al mismo tiempo la reproducen, reiteradamente, como una táctica probatoria de la degeneración de los calificativos usados en la sociedad patriarcal contra las mujeres, para ningunearlas mezquinamente. A pesar de las dificultades para escribir estas mujeres encuentran en los testimonios su estética particular; una escritura-*collage* que mezcla canciones, poemas, dibujos, fotos, cartas, mapas, con la que intentan replantear la subjetividad femenina.

5- El dolor del cuerpo expropiado, sitiado y torturado, mientras están cautivas en las cárceles públicas o clandestinas, detona en las guerrilleras-escritoras la conciencia de su cuerpo sexuado. Es en ese cautiverio en el que las mujeres, estratégicamente, intentan reapropiarse de sus propios cuerpos cuando más difíciles son las circunstancias en las que sobreviven, sometidas como están a los insultos, la desnudez, las torturas, las violaciones.

Conocedoras de los sucesos que conmueven sus respectivos países y de su propia exclusión de la esfera pública, estas mujeres se involucran activamente en los movimientos guerrilleros, seducidas por los cambios sociopolíticos promovidos por los grupos insurrectos. Acostumbradas al anonimato histórico-cultural en la memoria colectiva quizás sean quienes mejor entendieron el seudónimo que debían llevar, una vez incorporadas en los movimientos clandestinos. Ese distintivo de combate lo conservan algunas de ellas para publicar sus testimonios, como lo mantiene Nidia Díaz en Nunca estuve sola. Las testimoniadas surgen y destacan con sus actuaciones, como seres potencialmente políticos, desde la clandestinidad en su lucha por “cambiar las estructuras corruptas de la sociedad, y

⁹¹ Véase una reflexión sobre tales términos en el artículo “Género, cultura y filosofía” (19), de Rubí Gómez, publicado en Filosofía, cultura y diferencia sexual, libro del que Gómez es coordinadora. Los conceptos sororidad y *affidamento*, desarrollados por teóricas feministas, permiten reorientar las relaciones que se dan en este período de guerra entre las mujeres centroamericanas. En esta nueva forma de relación las mujeres comparten la solidaridad y la hermandad.

en particular de los organismos de poder” (López-Cabrales 69). Esas transformaciones son fundamentales para impulsar el proyecto democratizador en sus países tomados por las dictaduras.

1. LOS TESTIMONIOS: NUEVAS PRÁCTICAS DE ESCRITURAS AUTOBIOGRÁFICAS FEMENINAS EN TIEMPOS DE GUERRA.

En una época de sujeción, persecución y genocidios, las testimoniantes se atreven a cuestionar y a desafiar las esencias culturales, creadas y mantenidas por el sistema androcéntrico, para plantear una nueva subjetividad femenina. Simultáneamente desafían el canon al escribir textos que evaden la autoridad institucional porque la narrativa testimonial suscitó “cambios notables en la noción de literatura y en la orientación de los estudios literarios” (Mignolo 25). Esas mudanzas se perciben en la inclusión de elementos innovadores como las marcas de oralidad, el carácter colectivizante, una naturaleza intencional y contestataria, la presencia de hechos socio-históricos y otras tantas características que los teóricos especifican en sus estudios.⁹²

Por considerarse que los textos en análisis se inscriben en una nueva variación de las escrituras de la auto-representación femenina se vuelve imprescindible una reflexión teórica sobre esta modalidad de autoescritura femenina. El testimonio emerge en Centroamérica, en tiempos de guerra, respondiendo a nuevas demandas por parte de las mujeres, posicionadas y potencializadas en el espacio público-político. Sus testimonios se convierten no sólo en un arma para denunciar los atropellos contra el pueblo y condenar a los regímenes represivos de los ultrajes que sufren las guerrilleras, sino en una nueva estética para replantear la subjetividad femenina desde sus propias necesidades y perspectivas. Los relatos testimoniales comparten muchas similitudes con la autobiografía. Así se constata al analizar ambas escrituras puesto que las características adjudicadas a la literatura testimonial sobrevienen de las distinciones que se establecen con el género autobiográfico.

⁹² Dos de los estudiosos que resumen las características de las obras testimoniales son Carmen Ochando en La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial, y Francisco Theodosiadis en Literatura testimonial. Análisis de un discurso periférico.

Un género al que los distintos teóricos recurren para delimitar las cualidades del testimonio pese a que, como lo indica Paul de Man en “La autobiografía como desfiguración”, “empírica y teóricamente, la autobiografía no se presta fácilmente a definiciones teóricas pues cada ejemplo específico parece ser una excepción a la norma, y, además, las obras mismas parecen solaparse con géneros vecinos o incluso incompatibles” (113).

Si bien las categorías del “género testimonial” no se pueden estabilizar, el discurso teórico sobre éste es muy productivo en tanto aporta, a la lectura de los textos autobiográficos femeninos de esta época específica, una orientación y una epistemología apropiadas a esas especificidades. Además establece la vinculación entre la agenda política y la personal al mismo tiempo que introduce la relación con la historia colectiva e incorpora nuevas estrategias de potenciación femenina. Mediante los testimonios, las mujeres logran denunciar, desde sus propias perspectivas, no sólo los hechos que se dan en sus respectivos países, sino los vejámenes a los que las somete el sistema represor. De esta manera experimentan “nuevos modos de decir una realidad y una subjetividad también nuevas” (Suárez 2000, 13) al intentar configurarse sujetos, en la lucha que sostienen por derechos que son objeto de transacciones cotidianas.

Las guerrilleras-autobiógrafas recurren a las prácticas de escritura testimoniales sin preocuparse de las características que, en un intento institucional por uniformar criterios, impone la academia a este tipo de literatura. Enteradas o no de las particularidades las subvierten con textos en los que, además de delatar la situación de exclusión y represión popular, se refieren a su historia personal porque, al mismo tiempo que las acomete la urgencia por denunciar los hechos que se suceden contra el pueblo centroamericano, incriminan a los torturadores del dolor corporal que sufren en las cárceles. Un apremio semejante se da entre algunos estudiosos latinoamericanos que se adhieren a la lucha insurreccional durante ese período. Actúan de escribas de las subalternas a través del testimonio mediado “símbolo de la unión y solidaridad de los letrados intelectuales y las masas trabajadoras, urbanas y rurales” (Molina 2000, 234).

La vinculación entre el testimonio y la autobiografía ha sido una constante en el campo de los estudios literarios por ser el género autobiográfico el punto de partida para teorizar acerca de éste. Así se evidencia toda vez que los estudiosos distinguen sus particularidades porque si bien el testimonio se apropia de recursos provenientes tanto de la literatura como

de las ciencias sociales y cinematográficas, según lo han expresado los especialistas, nace ligado a “las autobiografías, memorias, biografías, crónicas, diarios, relatos de viajes” (Ochando 34).⁹³ Todos considerados subgéneros o literatura menor, especialmente si quienes los practican son mujeres. El ligamen testimonio-autobiografía, nexo que justifica que se analicen los textos citados como escrituras autobiográficas, se produce desde el momento en que los estudiosos comienzan por delimitar las fronteras de uno u otro. La hibridación incorpora el juego en que lo único que ha quedado claro es la relación intergenérica pues, como reconoce Hugo Achugar en “La historia y la voz del otro”, “aunque la autobiografía y el testimonio presentan algunas diferencias, podría aventurarse la hipótesis de que el testimonio es, en una de sus formas, la autobiografía del iletrado o de aquel que no controla los espacios de la historiografía y de la comunicación” (68-69).

Aunque los esfuerzos por separar estos géneros son continuos, incesantes son los vínculos que se establecen entre ellos.⁹⁴ De nada sirve que se les impongan características separatistas como la metáfora del yo particularidad de la autobiografía que, según los expertos, se transforma con el testimonio en metáfora del nosotros. Los propios textos testimoniales evaden estos encasillamientos cuando quienes los escriben se proyectan desde un yo particular; en especial los escritos por mujeres.⁹⁵ No basta con expresar que la “situación personal engloba toda la realidad de un pueblo” (Burgos 21), como lo hace Menchú al tomar la palabra.⁹⁶ Los testimonios son también autoexploraciones en las que se relatan las propias vivencias sin ser por ello ajenas a las circunstancias que las rodean, a los contextos socioculturales en los que se inscriben las narradoras, especialmente si esos

⁹³ En *Literatura testimonial: análisis de un discurso periférico*, Francisco Theodosiadis indica que este género de carácter híbrido emplea elementos, técnicas e informaciones de otras formas discursivas como los utilizados por el periodismo, los estudios etnográficos, antropológicos, etc, (22-23).

⁹⁴ B. Mackenbach en “Realidad y ficción en el testimonio centroamericano”, recoge las propuestas que hiciera el hispanoamericanista alemán Karlheinrich Biermann al dividir el testimonio en tres categorías: 1- El relato autobiográfico, 2-la documentación sociológica-etnográfica y 3- el relato auctorial, sin que con esas categorías se termine con la problemática hibridez que caracteriza a esta literatura.

⁹⁵ En los testimonios femeninos el yo invade el texto mientras el nosotros apenas si aparece unas pocas veces. Doris Sommer en *Sin Secretos*, señala que el “yo” en los textos testimoniales no invita a identificarnos con él, consideración de la que se discrepa porque en las autobiografías tampoco se experimenta esa identificación al leerlas, a menos que rocen algunas de nuestras vulnerabilidades y esa adhesión se puede percibir en todo tipo de literatura.

⁹⁶ Se disiente de lo expresado por Ochando en *La memoria en el espejo*, cuando afirma que “la metáfora del “yo”, característica de la autobiografía, se transforma en metáfora de un “nosotros” colectivo, que se quiere representante de clase, raza o grupo marginados” (Ochando 183). Tal parece que Ochando se dejó llevar por lo que dijera Menchú.

entornos están en contra suya y si la opresión y el sufrimiento, como en el caso de Menchú, son compartidos por su etnia.

Difíciles de precisar las peculiaridades testimoniales, el enmarañamiento persiste entre los mismos teóricos de la literatura testimonial. Así lo reconoce John Beverley cuando indica lo problemático que resulta definir el testimonio porque “cualquier intento por especificar una definición genérica de él (...) debe considerarse provisional en el mejor de los casos, represivo en el peor” (Cortez 3).⁹⁷ Sin embargo, ello no ha sido obstáculo para que los investigadores ensayen diversas definiciones del testimonio aunque lo único evidente es que ninguna de ellas se puede aplicar a un corpus tan amplio como el testimonial.⁹⁸ Los mismos teóricos, según pasa el tiempo, se dicen y se desdicen acerca de lo considerado testimonio con juicios cada vez más flexibles por cuanto lo cierto es que “gran parte de los encuentros y desencuentros en la discusión crítica sobre el testimonio parten del hecho de que nunca se ha llegado a un acuerdo respecto de la definición del testimonio” (Cortez 4).

Esa dificultad para deslindar al testimonio de otros géneros literarios y de otra índole ha hecho que algunos lo nombren: textos bastardos, excéntricos, mestizos, polivalentes, multidisciplinarios y heterogéneos (Ballesteros 52).⁹⁹ O califiquen su naturaleza discursiva con una serie de aporías porque se considera que “es y no es voz; es y no es una forma “auténtica” de cultura subalterna; es y no es “narrativa oral”; es y no es documental; es y no es literatura” (Beverley 1995, 388). Estas aporías no conducen a ninguna definición estable. Son disyuntivas insolubles, irreductibles y no sintetizables por ser una experiencia inacabable donde “no hay frontera que se pueda pasar, ni oposición entre dos bordes: el límite es demasiado poroso, permeable, indeterminado; ya no hay ni en-casa propio ni en-

⁹⁷ En “La verdad y otras ficciones: visiones críticas sobre el testimonio centroamericano”, Beatriz Cortez cita la posición de Beverley respecto al testimonio del libro *The margin at the center* (1989).

⁹⁸ Nory Molina reúne en “La autobiografía y el testimonio” la reflexión realizada por John Beverley en *Anatomía del testimonio. Del Lazarillo al sandinismo: el espacio ideológico de la literatura española e hispanoamericana*, para explicar las causas de la proliferación del testimonio en América Latina. Según este teórico las razones son las siguientes: la importancia tradicional en la cultura latinoamericana para valorizar textos que no se pueden catalogar como memorias, crónicas, libros de viajes, etc, la popularidad de la historia etnográfica a partir de 1950, la recepción política y literaria de las memorias del Ché Guevara y la importancia que adquiere, con las contraculturas de los años sesenta, el testimonio oral como catarsis o liberación personal (Molina 228-229).

⁹⁹ Estos calificativos empleados por Jorge Narváez en *El estatuto de los textos documentales en América Latina*, los retoma Isolina Ballesteros en su artículo “Don’t be afraid gringo: A honduran woman speaks from the heart”, (52).

casa del otro” (Derrida 1998, 42-43). Todas estas vacilaciones acerca de la literatura testimonial y el hecho de que algunos teóricos la consideren una especie de paraliteratura o literatura menor la encadenan con las prácticas de escritura femenina; experiencias anuladas durante siglos por el canon con nominaciones descalificadoras, tachaduras u olvidos.

Si es problemático para los teóricos establecer una definición del testimonio con mucho más razón se muestran desconcertadas para clasificar sus textos las mujeres que eligen este género para relatarse. Ignoran o no les interesa conocer, salvo algunas excepciones, las particularidades de las que habla Margaret Randall en “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?”.¹⁰⁰ Además no están obligadas ni tienen porqué dominar la historización que, sobre los géneros literarios, se viene haciendo a partir de la división clásica en la que se establecen las delimitaciones en un intento por evitar el hibridismo. De esa hibridez, presente desde el mismo surgimiento genérico, no escapa el género autobiográfico, híbrido permeable a “nuevas” formas de narrarse como el testimonio que pone en juego la seguridad de los géneros y las certezas que los contienen.¹⁰¹

Asociado a ese desconocimiento sobre el género en que se inscriben-esciben, el desorden aumenta con las observaciones que hacen los editores de los libros en las portadas y contraportadas. Atentos a las festividades, las modas, o los premios literarios, y con fines exclusivamente comerciales, los editores emplean cualquier término sin establecer diferenciaciones. Este desconcierto se puede apreciar en el texto Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, libro al que indiferentemente se le distingue como historia de vida, testimonio o “autobiografía de la ganadora del Premio Nobel de la Paz”, como se destaca en la portada de la quinta edición de Seix Barral, Barcelona, 1994, pese a que según los versados: “el texto de Rigoberta no cabe exactamente dentro del género autobiográfico” (Sommer 152). Otro tanto sucede con los presentadores quienes, al calificar las obras bajo distintas denominaciones, obedecen más a la amistad o a la ideología

¹⁰⁰ No son muchos los escritores que contaron con el manual de Randall, documento con indicaciones sobre las etapas que se debían seguir para hacer un testimonio. Entre los pasos: el cuestionario, el arte de la pregunta, la libreta de apuntes, el conocimiento de los aparatos técnicos, el material de apoyo, el material gráfico, el montaje y otras tantas fases para llevar a buen término el relato testimonial. Este fascículo se empleó en un taller que sobre historia oral impartiera el Ministerio de Cultura Sandinista (1979). En el se indicaba que la voz testimonial debía representar a las masas.

¹⁰¹ Véase el análisis planteado por Arturo Arias en “La controversia en torno a Rigoberta Menchú”.

compartida con el escritor sin que les preocupe identificar las exclusividades de uno u otro apelativo otorgado. No es raro por ello que se contradigan, la mayoría de las veces, tanto con los editores como con la autoría misma para nombrar la obra y que se refieran a un mismo texto desde tres subgéneros diferentes, haciendo caso omiso de las definiciones académicas.

Similar dificultad se tiene cuando, ya establecidas las categorías genéricas, surge de nuevo la discusión debido a que la literatura testimonial configura un corpus gigantesco con más de “dos mil quinientos títulos bajo la rúbrica testimonio, y más de quinientos bajo el adjetivo testimonial” (Lara-Martínez 18). Pese a la abultada estadística, ésta conlleva la exclusión de múltiples textos no contemplados por los teóricos.¹⁰² No es este el caso de los testimonios que se analizan en este capítulo, textos canonizados por la academia como lo prueban los estudios, las traducciones que se han hecho de ellos, lo mismo que las sucesivas reimpresiones realizadas por las distintas casas editoriales; actos que corroboran la recepción de estas obras.

Con fronteras muy porosas y con bordes que se entremezclan con la escritura autobiográfica, como lo reconocen los estudiosos del campo literario, el testimonio congenia con las mujeres y sus prácticas de escritura; unas escrituras devaluadas en relación con la masculina. Ese vínculo es evidente si se reproducen los distintos apelativos dados, por los teóricos, a la narrativa testimonial a la que nombran “letras de urgencia”,¹⁰³ “letras de emergencia”,¹⁰⁴ “prosa de contrainsurgencia”¹⁰⁵, “escritura a la inversa”¹⁰⁶, “escritura interpeladora”, “escritura desmontadora de una historia hegemónica”,¹⁰⁷ “historia

¹⁰² Francisco Theodosiadis señala en *Literatura testimonial. Análisis de un discurso periférico* unas de las tantas sustantivaciones y adjetivaciones para llamar al testimonio. Entre ellas relato testimonial, novela testimonial, texto-testimonio, documento testimonial, escritura testimonial, relatos de vida, llegándose “a generalizar toda esta producción discursiva como Literatura Testimonial, y aún cuando no ha sido considerada en los manuscritos literarios como tal, encontramos las aseveraciones de “Género Testimonial” (Theodosiadis 21).

¹⁰³ En “Instancias tradicionales y ampliación de espacios privados en un testimonio salvadoreño”, María del Mar López-Cabrales señala que Claribel Alegría denomina al testimonio letras de urgencia (López 73).

¹⁰⁴ Es Claribel Alegría la que llama con ese término al testimonio, según lo indica George Yúdice en “Testimonio y concientización”, en el libro *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa* (239).

¹⁰⁵ John Beverley, en el prólogo del libro *La voz del otro...*, retoma esta denominación de Ranajit Guha, historiador bengalí, uno de los autores de los estudios de la subalternidad, cuando se refiere a la respuesta o versión de los rebeldes (rebeliones campesinas de la India) ante las representaciones que hacen de ellos los grupos dominantes, adversarios suyos.

¹⁰⁶ Según Beverley este término, expresado por Ranajit Guha, puede ser otra definición de testimonio.

¹⁰⁷ Así nombra al testimonio Hugo Achugar, en “La historia y la voz del otro” (62).

de los sin voz”, “historia otra”, “historia alternativa”, “discurso de los silenciados”, “escritura erosionadora”,¹⁰⁸ o “literatura de anhelos” que, según Frederic Jameson, correspondería al relato no realizado “bajo la égida de grandes hombres, grandes nombres, héroes de talla mundial” (Jameson 2002, 144). También se le ha llamado “autoescritura”, “historia de los marginados”, “escritura descentralizadora”, “rescate de voces acalladas”,¹⁰⁹ “escritura nómada o sin hogar”¹¹⁰... Todos distintivos que podrían adjudicarse, de igual manera, a las escrituras practicadas por las mujeres a través del tiempo. Manuscritos intrusos que deben recrearse en/desde los márgenes por tener que lidiar contra el canon; estructura simbólica de poder y hegemonía, ente creador, defensor y perpetuador de los esencialismos, como lo califica Ana Pizarro, lo reiteran Ángel Rama y Jean Franco y lo ratifica Walter Mignolo, cuando establecen la relación entre la letra y lo masculino y describen las luchas que deben efectuar las mujeres para ser reconocidas por la institución canónica.¹¹¹

De lo expuesto sobre la relación autobiografía-testimonio se evidencia que la escritura femenina que emerge en las décadas setenta y ochenta, para denunciar las atrocidades cometidas por las tiranías que gobiernan en algunos países de la región centroamericana contra el pueblo y las escritoras mismas, aunque denominada literatura testimonial varía poco de las autobiografías, memorias o novelas autobiográficas, escritas en las décadas anteriores. Sin embargo se da una modificación porque, al mismo tiempo que afloran nuevas estrategias de potenciación femenina, entran a jugar otros componentes al converger la relación entre la agenda política y la personal. Esta perspectiva implica cuestionamientos a “la omnipresencia del poder y la continuidad entre el poder del hombre en el Estado y en

¹⁰⁸ Con esta nominación parafrasea Hugo Achugar, en el texto “La historia y la voz del otro” y en la cita 13 a Iris Zavala cuando esta teórica se refiere al discurso de los silenciados frente “al monólogo autoritario del discurso en el poder que posee una verdad previamente establecida”, en *Hispanic Issues* 4. Minneapolis: The Prisma Institute, 1989, pp. 323-348.

¹⁰⁹ Este término lo emplea Rafael Lara-Martínez en el “Manifiesto testimonial”, en el Primer coloquio internacional sobre literatura y testimonio en América Central, p. 20

¹¹⁰ En el “Manifiesto testimonial”, Rafael Lara-Martínez recoge, sin señalar la fuente bibliográfica, las definiciones dadas por Georg M. Gugelberger que caracteriza al testimonio como una escritura nómada y sin hogar.

¹¹¹ Walter Mignolo en Entre el canon y el corpus: alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina, hace un recorrido, al repensar el corpus y el canon, por las propuestas que defienden Pizarro, Rama, Franco y otros estudiosos quienes develan las transformaciones dadas en la noción de literatura. Una noción que ha cambiado al ampliarse el campo literario con la incorporación de prácticas discursivas relegadas en otros tiempos.

otros terrenos” (Pringle y Watson 69).¹¹² En esta época el horizonte para las mujeres se amplifica porque mientras las precursoras autobiográficas están “encarceladas” por la episteme y la doxa; praxis que les impide muchas acciones en la sociedad tradicionalmente opuesta a cederle espacios de participación activa, las escritoras emergentes se involucran activamente, como sujetos potencialmente políticos, en las “Comunidades Eclesiales de Base, en la guerrilla, en los comités de defensa de los derechos humanos” (López-Cabrales 68). Esa nueva actuación suscita la persecución y la vejación de estas mujeres quienes muestran la inscripción del poder sobre sus propios cuerpos al ser encarceladas, torturadas, violadas o desaparecidas, mientras combaten o son sobrevivientes en las cárceles institucionalizadas o clandestinas, de sus respectivos países.

No aplica la distinción hecha por Hugo Achugar cuando expresa que el testimonio es la escritura de una vida pública o escritura despersonalizada. Estos relatos femeninos, narrados en primera persona, son muy personales; en ellos las escritoras recrean sus propias historias.¹¹³ Tampoco opera la particularidad de la inmediatez de los acontecimientos narrados con la que se califica al testimonio porque, pese a que “está intrínsecamente vinculado a sus referentes históricos inmediatos, no es condición sine qua non” (Ochando 146), como se puede apreciar en el relato de Menchú, narración que se remonta en algunos pasajes hasta el tiempo de la conquista, o a las dictaduras de otras épocas a las que también se refieren las obras de Martínez, Díaz y Alegría.

Vinculada a la gesta política la literatura testimonial va más allá de las conquistas revolucionarias. Estas prácticas de escritura no se agotan una vez que la lucha se valida internacionalmente o se termina el conflicto. Existen otras razones y otras vivencias recreadoras de esta narrativa por cuanto “el testimonio como acto dirigido perdura porque tiene la posibilidad de ser el palpitar personal de cualquier sujeto” (Lavrin 32). No importa si los conflictos bélicos han cesado o si la academia, atendiendo a sus prioridades de estudio, los demanda o los rechaza; los testimonios en Centroamérica continúan

¹¹² Véase el artículo “los intereses de las mujeres y el Estado postestructuralista” de Rosemary Pringle y Sophie Watson, en *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos*, texto compilado por Michele Barret y Anne Phillips.

¹¹³ En “La historia y la voz del otro”, Hugo Achugar expresa que mientras la autobiografía es un discurso de la vida íntima el testimonio es de la vida pública o acerca del yo en la esfera pública (69). Sin embargo el análisis de las autobiografías y de los testimonios femeninos desmienten esa aseveración porque lo personal permea lo público y lo político y viceversa.

produciéndose y publicándose pese al evidente viraje dado por los teóricos. En los últimos tiempos los especialistas han convocado a estudiosos de la región, como el escritor guatemalteco Arturo Arias, a introducirse en los debates académicos antes concentrados en/por la academia estadounidense. Falta de interés en ese tipo de literatura que se supone ya pasó de moda, o signos de apertura al “introducir la silenciada voz centroamericana al debate monopolizado hasta ese entonces por las voces gringas” (Arias 2003, 187). Lo cierto es que a petición de Marc Zimmerman, de reconocida trayectoria como experto en literatura centroamericana, Arias se sumerge en la controversia Menchú-Stoll en la que hace referencia a la relación del académico hegemónico sobre el sujeto subalterno. En esta analogía puede interpretarse tanto la defensa de Menchú sobre Stoll como de Arias sobre Zimmerman al señalar la desconstrucción de los referentes occidentales que hace la guatemalteca.¹¹⁴ Según la lectura hecha por Arias, “el texto de Menchú significa el surgimiento de una discursividad no sólo periférica sino también antagónica a los centros hegemónicos de decisión cultural, ubicados todos dentro de la verdad occidentalista. De allí que el texto sea una interrupción sostenida de ese sistema de sentido” (Arias 2003, 191-192).

No se pueden encasillar los distintos testimonios femeninos en las particularidades asignadas a esta literatura porque cada uno de los textos analizados se tejen con reflexiones sobre la propia existencia y experiencia particular aportando “un conocimiento polivalente de una realidad compleja, que nos lleva a reflexionar sobre la pluralidad femenina” (Lavrin 31). Por ello la dificultad para catalogarlos bajo las definiciones facilitadas por uno u otro teórico empeñados en delimitar lo que ha probado ser un híbrido esquivo de las fronteras. Además son textos escritos bajo diferentes configuraciones porque mientras unas de las autoras incursionan en la escritura para contarse, como lo hacen Ana Guadalupe Martínez y Nidia Díaz, otras son contadas. Tal es lo que sucede con Eugenia, guerrillera salvadoreña asesinada por el aparato represor gubernamental y recreada, en No me agarran viva, por Claribel Alegría a través de los relatos de numerosas narradoras y de cartas personales. También es contada Rigoberta Menchú, en la obra Me llamo Rigoberto Menchú y así me nació la conciencia, testimonio transcrito por la antropóloga Elizabeth Burgos.

¹¹⁴ Nótese el empleo del término “voces gringas” en el artículo de Arias para referirse a los teóricos del testimonio. La reflexión que se deriva de esa frase, junto con la posición que, según Arias, asume Menchú frente al discurso metropolitano, sugiere que este escritor también desmonta ese mismo discurso.

En ese entonces Rigoberta Menchú requería de la transcripción de su historia.¹¹⁵ Perteneciente a una etnia descalificada socio-culturalmente, Menchú no tenía ninguna posibilidad de escribir ni difundir su relato. Esa oportunidad se la brinda Burgos lo que conlleva el beneficio para ambas partícipes. Una porque obtuvo capital simbólico debido a que como editora pudo “hacerse un nombre, un nombre conocido y reconocido, capital de consagración que implica un poder de consagrar (...) personas (mediante la publicación, la exposición, etc.), por lo tanto de otorgar un valor y de sacar los beneficios correspondientes de esta operación” (Bourdieu 1995, 224). La otra porque logró “situar la constitución de sujetos etnificados y afirmar este punto de origen para su respectiva zona identitaria” (Arias 2003, 190). Además Menchú pudo denunciar las atrocidades cometidas contra las aldeas y su propia familia por el gobierno guatemalteco, garante de los intereses de los terratenientes en su afán por apropiarse de las tierras indígenas. Ambas se beneficiaron, simultáneamente, del acontecimiento que significó la publicación porque, en esa conjunción transcriptor e informante, se negociaron espacios de potenciación tanto en la academia, como en la sociedad, mediante los debates que rebasaron los claustros académicos.

El provecho mutuo que puede deparar el vínculo transcriptor-informante no impide que se genere la tensión de la mediación, “producto de resistencias y acomodaciones” (Skłodowska 117). A pesar del compromiso existente entre transcriptor e informante la relación no es un lugar apacible. Las posiciones desiguales entre narradores y narrados conlleva un estado de tirantez desde el que se negocia el relato debido a las huellas que deja en la narración el gestor testimonial en “la organización narrativa del relato, la configuración de la trama, la creación de suspenso, así como el trabajo de la lengua que se lleva a cabo en la redacción del relato” (Vera 196).¹¹⁶ Esta tensión se puede advertir en la obra Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia cuando la gestora

¹¹⁵ La condición de Rigoberta Menchú ha variado asombrosamente. Si en algún momento fue contada, le escamotearon el Premio Casa de las Américas y la desmintieron (Stoll), hoy ostenta un espacio de renombre porque además de tener voz en los distintos ámbitos culturales como escritora y ganadora del Premio Nóbel de la Paz, los teóricos salen en su defensa. De ese respaldo habla Arturo Arias quien escribió el libro La controversia en torno a Rigoberta Menchú, a pedido de Marc Zimmerman, estudioso del testimonio centroamericano quien deseaba que fuera un guatemalteco el defensor que dijera la ¿última? palabra y no una voz de la academia estadounidense, entidad que monopolizó, por años, el debate Menchú-Stoll.

¹¹⁶ Es problemática la tensa relación que se establece entre el transcriptor y el informante. De ahí los prólogos y presentaciones aclaratorias de los intelectuales para convencer al lector de su papel secundario y de su ostracismo respecto al informante. Véase el estudio “Hacer hablar: la transcripción testimonial”, de Antonio Vera León dedicado a esta temática.

testimonial, como también ha sido llamada la transcriptor, aduce la fidelidad a la voz sobre la escritura en un intento por aparecer ajena a intrusiones profesionales. Sin embargo no bastan sus palabras para aceptar esa impostura por cuanto los estudiosos han señalado que

“en la transcripción la vida es reinventada, pensada como una figura cultural en la que el transcriptor lee la resolución de fracturas sociales e históricas, mirada que entra en conflicto con el relato de lo particular ofrecido por el narrador-informante. De ahí que el texto testimonial puede leerse como el lugar de tensiones irresueltas entre los relatos que lo integran, y como el lugar donde se negocia un relato que documenta la vida del “otro” así como las formas de contarla, que también son formas de imaginarla y de apropiarla para la escritura” (Vera 209-210).

La tendencia de la mediadora a “borrarse hasta donde sea posible de modo que el sujeto testimonial pueda desenvolverse con mayor libertad dentro de un territorio intelectual que es suyo propio y recobrar autoría de su memoria y experiencia” (Lavrin 33), no deja de ser más que un simulacro por más pretextos probatorios de la transcriptor.¹¹⁷ Estos alegatos se pueden apreciar en el libro Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia cuando Burgos, previendo ser señalada como tergiversadora del relato de Menchú o de apropiarse de la voz de la indígena, se representa en el prólogo como ratificadora de la verdadera historia de la indígena y en un papel secundario. Afirma no haber desechado nada, ni cambiado una sola “palabra, aunque estuviese mal empleada. No toqué ni el estilo, ni la construcción de las frases” (17). Según manifiesta, se convirtió “en una especie de doble suyo” (18), aunque revela algunos procedimientos justificativos que, “desde la perspectiva del lector no dejan de parecer arbitrarios, manipulativos o inclusive coyunturales” (Skłodowska 143). Así se percibe en el orden cronológico que establece la mediadora el cual confirma la mano de la antropóloga, especialmente al inicio del relato testimonial cuando concede a la familia Menchú el acto fundacional de su mundo, de su historia, de su aldea:

Así es cuando mi padre encontró a mi mamá y se casaron (...)

¹¹⁷ Para ahondar más sobre este tema véase a Elzbieta Skłodowska en Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética, donde dedica el capítulo 3 al análisis de la (po)ética de la mediación en la obras Biografía de un cimarrón y Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia.

“Así fue como se fueron a la montaña.

No había pueblo. No había nadie.

Fueron a fundar una aldea en ese lugar. Es larga la historia de mi aldea y es muy dolorosa muchas veces. (...)

Se quedaron allí. Lo lindo que veía mi madre eran los árboles, Las montañas increíbles. Mi mamá decía que había veces que se perdían, pues, al salir de la montaña no se ubicaban porque las montañas son bastante grandes y casi no cae rayo de sol debajo de las plantas. Es muy tupido. Entonces allí nosotros prácticamente crecimos. Poco a poco mis papás llamaron más gente para que hubiera más cultivo y que no sólo eran ellos” (25).

Tampoco explica el reacomodo que hizo del relato ni de la selección de los epígrafes que abren cada capítulo donde comparten extractos del Popol Vuh y el Chilam Balam, textos fundacionales indígenas, con frases destacadas de la relatora. En la misma posición segmentos de la novela Hombres de maíz del escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias y de La Biblia; libro sagrado del cristianismo al que constantemente alude Menchú en su narración. Todos estos hechos desdican el ostracismo aludido porque los fragmentos introductorios impuestos por Burgos, en cada apartado del testimonio, programan “el texto hacia varias lecturas: la simbólica, la mítica, la intertextual. Asimismo, contribuyen a crear una disyuntiva entre la narración “original” de Rigoberta y la variante final del discurso” (Skłodowska 143). En el proceso recreativo también se intuye la conducción y orientación de la informante a través de las preguntas realizadas por la antropóloga, pese a que las interpelaciones no se incorporan en el relato.

Otro tanto se puede argüir sobre el testimonio No me agarran viva, texto polifónico en el que Alegría experimenta, para recrear la vida de Eugenia, “con una imagen de espejos múltiples” (Sommer 154) al recurrir a una comunidad de narradoras. Esta guerrillera, muerta en combate, se convierte en el pretexto para reconocer el papel que jugaron las mujeres salvadoreñas en la lucha revolucionaria. La escritora-transcriptora adopta estrategias novelísticas para despertar el interés en la trama reproduciendo, imaginariamente, los últimos momentos vividos por la guerrillera, mientras ejecuta una misión del grupo insurgente al que pertenece. Pero al mismo tiempo, utiliza características

testimoniales como las referencias a los hechos socio-históricos que acontecen en la región y las entrevistas que aplica, especialmente, a quienes conocieron a Eugenia. Este hecho repercute en los cuestionarios donde se evidencia el énfasis de la escritora en las experiencias femeninas desde una perspectiva de género.

Del bosquejo realizado respecto al testimonio, como una nueva variante en las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica, se puede derivar que las mujeres exploran distintas modalidades de escrituras dependiendo de sus propias vivencias. Estas experiencias están inmersas en un contexto histórico que, en este caso, muestra la consolidación del capitalismo; un sistema que coliga al gobierno estadounidense con los tiranías centroamericanas y los sectores hegemónicos, en desmedro de los sectores populares. Conocedoras de lo que acontece a su alrededor, estas mujeres se inscriben con sus testimonios en una nueva articulación discursiva que señala, denuncia y enfrenta, a los culpables de los conflictos en los que está inmersa la región. En el siguiente apartado se hará referencia al enfoque y la apropiación que hacen las testimoniantes de las condiciones histórico-políticas de sus respectivos países.

2. MUJERES-ESCRITURAS COMPROMETIDAS CON SU PUEBLO Y CON SU ÉPOCA

“Rubio, barbudo, contextura atlética, anteojos Ray Ban “¡Un yanqui!”
¡Putá! El yanqui me retorció con más fuerza el brazo izquierdo hacia atrás. Me resistía a aceptar que estuviera capturada, menos aún por un yanqui. Ahí estaba el símbolo de Reagan. Este era uno de los 300 asesores que hay en El Salvador. Vinieron directamente a Centroamérica cuando lucharon contra Sandino y ahora, después del triunfo nicaragüense, han invadido tranquilamente Honduras y desde allí agreden a los “nicas” y a nosotros” (Díaz 15 y 16).

Escrituras que germinan en una Centroamérica convulsionada por las luchas entre los grupos insurgentes y los regímenes dictatoriales, los testimonios de estas mujeres van a estar marcados por los hechos que acontecen durante los años setenta y ochenta en la región. Simultáneamente a la exploración de su historia personal, estas mujeres se

comprometen con su tiempo y con su pueblo. Se posicionan en el contexto histórico denunciando a quienes se empeñan en hacer del territorio una prolongación de Estados Unidos; potencia que penetra militarmente en el área cuando presume que sus intereses económicos, ideológicos y geopolíticos son afectados. Ese enfoque del dominio de Estados Unidos en el área se percibe a través de las referencias hechas por Nidia Díaz sobre su captura por parte de un estadounidense, suceso transcrito en el epígrafe de este apartado. Simultáneamente recrea la situación que, desde décadas anteriores, venía sufriendo la región, respecto a la penetración estadounidense; una invasión a la que aludieron las precursoras de la autoescritura en sus textos, como se analizó en el primer capítulo de esta investigación.

Durante los años sesenta, el gobierno norteamericano al mismo tiempo que apoya a los regímenes despóticos y simula ayudar a los países centroamericanos con proyectos como el de La Alianza para el Progreso, establece operativos de contrainsurgencia en el área. Lo anima el propósito de anular a los grupos revolucionarios por lo que invierte en logística, armas y capital en algunos países centroamericanos. Así lo muestra Nidia Díaz, en Nunca estuve sola, cuando recuerda que, en uno de los diálogos sostenido entre el gobierno de Duarte, Monseñor Rivera y Damas y los dirigentes del FMLN, una de las autoridades gubernamentales reconoció “que era verdad que los yanquis les daban hasta un millón y medio de dólares diarios para hacer la guerra (163). Con estas políticas el gobierno estadounidense intentaba no sólo derrotar a la Revolución Cubana sino “a los movimientos guerrilleros que amenazaban multiplicarse donde hubiera terreno propicio para ello” (Pérez 149), como abonada estaba la tierra centroamericana. En este período hay varios detonantes que inducen a los pueblos, abatidos por la pobreza, a las rebeliones. La alternativa del Mercomún, que había levantado tantas expectativas, estaba agotada. Igual suerte corrió la industrialización, actividad que no logró superar “un proceso de sustitución de importaciones apenas embrionario” (Pérez 146). Además las migraciones campo-ciudad y el aumento de la población marginal repercutieron en la escasez de viviendas, de servicios y de trabajo por lo que aumentó el desempleo y el descontento de la población en general.

En este contexto de agitación general aparece la guerrilla desde los años sesenta en algunos países centroamericanos como “una verdadera alternativa de poder” (Fonseca 268). Las universidades, ya autónomas por los cambios reformistas, se convierten en una tribuna

de oposición a los déspotas contribuyendo con el “desarrollo de una conciencia crítica de los problemas nacionales en diversos cuadros dirigentes” (Pérez 151). Los movimientos estudiantiles cubrieron el mapa centroamericano con marchas y protestas ante la ausencia de democracia en la mayoría de los estados gobernados por regímenes autoritarios. Más tarde o más temprano esas sociedades excluyentes generaron focos guerrilleros en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, país este último que, además de tener una guerrilla de base popular, análoga a la de los otros países, incluyó a la población indígena.

Tres de las testimoniantes, cuyos textos se analizan en este capítulo, son estudiantes universitarias por lo que, se supone, tienen conocimiento y conciencia crítica de los conflictos que aquejan a la región centroamericana. Durante esa época las universidades se convirtieron en centros de discusión y difusión del marxismo, doctrina que les va a otorgar a estas mujeres una visión más amplia de los problemas que sufren sus respectivos países tanto en lo económico como en lo sociopolítico. De ahí el compromiso de las guerrilleras-escritoras con los obreros y los campesinos que reclaman sus derechos. La adhesión estudiantil con el pueblo implicó la ocupación militar de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), acusada de “estar vinculada al FMLN y de ser un nido de terroristas” (Díaz 178). El compromiso de las autoridades universitarias y de los estudiantes con la lucha revolucionaria condujo a la clausura de la UCA. Tal acción implicó no sólo la penetración de las universidades privadas, instituciones que mercantilizaron la educación en el área, sino que obligó a las autoridades universitarias a salir del país hacia el exilio. Algunos sacerdotes fueron asesinados como Ignacio Ellacuría, jesuita que apoyó a la guerrillera Nidia Díaz para que publicara su testimonio bajo el sello de la UCA.

De todos estos sucesos narran las guerrilleras que se enrolan no sólo en los grupos revolucionarios sino en el proyecto autobiográfico en tiempos de guerra en Centroamérica. En sus escritos develan el presente histórico a la vez que retoman muchos de los problemas que afectaban a la sociedad centroamericana por la introducción, la consolidación y la modernización capitalista impulsada por los estados autoritarios que se negaron “a ampliar la inserción de nuevos actores sociales al proceso político, preparando así las condiciones que desembocaron en una guerra civil en tres de sus países” (Arias 1998, 24).

Si bien los movimientos insurreccionales en la región coinciden en cuestionar el sistema y hacen demandas inclusivas a los gobiernos represores las diferencias, entre unos y otros,

son evidentes por las diversas circunstancias que los originan. En El Salvador el factor que inició el movimiento insurgente fue la guerra con Honduras en 1969, ofensiva que clausuró “la tradicional válvula de escape para los numerosos trabajadores rurales sin tierra y sin empleo” (Pérez 155); población que migraba a Honduras buscando mejoras económico-sociales.¹¹⁸ En No me agarran viva, Alegría se refiere a esos sucesos con un estudio del contexto socio-histórico en el que comenta que la guerra del fútbol, pese a ser vista desde fuera como un acontecimiento tragicómico, “tenía sus razones por descabelladas que parecieran, profundamente enraizadas en las economías de ambos países” (27).

Desde principios de 1970 surgen en El Salvador diversos “frentes populares de lucha y organizaciones armadas, como las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL). Asimismo, sectores progresistas de la Iglesia Católica crearon conciencia de la marginación en que vivían los campesinos y los grupos pobres urbanos” (Fonseca 258). De los acontecimientos de los grupos insurgentes; de otros movimientos revolucionarios que se fundan más tarde como el FMLN que nace en octubre de 1980; de los objetivos que se proponían con los alzamientos en contra de los gobiernos represivos, comentan las obras testimoniales que se analizan en este capítulo. Todos estos sucesos no pueden ser entendidos sin la presencia de las mujeres que participan en el proceso de democratización involucrándose, activamente, en las acciones guerrilleras. En sus testimonios estas mujeres denuncian los hechos conflictivos que se desencadenan en la región. Rompen el silencio al comprometerse, sin importar las consecuencias, con su época y con los sectores populares.

No hay más que abrir Las cárceles clandestinas para encontrar en la dedicatoria el homenaje que hace Ana Guadalupe Martínez al pueblo salvadoreño representado por todos los muertos “que han caído combatiendo contra los cuarenta y seis años de dictadura que lleva nuestra patria” (14). Unos con nombres y apellidos, otros desde el anonimato, a ellos ofrenda esta narración en la que denuncia lo que ha venido sucediendo en su país con el desarrollo de la dictadura fascista como

“resultado de la necesidad de un pequeño grupo de familias oligárquicas,

¹¹⁸ En Centroamérica: su historia, Elizabeth Fonseca reseña lo expresado por el periódico costarricense La Nación, el 15 de julio de 1969 en la página 6, respecto a “la guerra del fútbol”. Este diario reconoció que el verdadero origen del conflicto debía buscarse: “en el desarrollo diferente que ambos países habían alcanzado en el Mercomún. El Salvador había logrado un importante desarrollo industrial y era autosuficiente en granos básicos (...) Honduras, por su parte, era uno de los principales compradores de bienes industriales producidos

que están llevando a cabo un plan de modernización del capitalismo en el país. Este sector descubrió que ni la venta del café, ni el desarrollo industrial a través del mercado común centroamericano tenían ya posibilidades de sostener una economía capitalista en El Salvador. Así fue como decidieron impulsar el desarrollo del capital financiero, a través del turismo y las zonas francas. Este plan traía como consecuencia tener un Estado que les garantizara el manejo absoluto de la política económica del país” (175).

Con un tono claramente identificado con la ideología socialista, de boga en Centroamérica en el período en estudio, la escritora salvadoreña logra identificar el problema que aqueja a El Salvador, país del que siempre se ha dicho está en poder de catorce familias. Según Ana Guadalupe Martínez la producción de monocultivos; la dependencia económica; el fracaso del modelo de sustitución de importaciones; la sujeción a modelos foráneos sin considerar las propias necesidades; la distancia abismal entre la oligarquía y la masa empobrecida, formada por miles de jornaleros y campesinos pobres, se constituyeron en el detonante socioeconómico del que surgieron los grupos guerrilleros. A ese malestar se sumaron los continuos “fraudes electorales ya tradicionales pero que se acrecentaron en 1972, en 1974 y en 1976, año en que sólo el partido oficial fue a elecciones” (175). Todos esos hechos son denunciados por esta escritora quien se encarga de identificar a las familias salvadoreñas que, en esa época, acaparan el poder económico-financiero y el político. Entre éstas las apellidadas Poma, Regalado, De Sola, Hill, García Prieto, Wright, Sánchez Hernández (176). Es el secuestro de un miembro de la poderosa familia Poma, plagiado por la guerrilla, lo que le permite a la guerrillera-escritora salir de la cárcel hacia la expatriación en Argelia, después de siete meses de estar encarcelada.

El malestar general que experimenta el pueblo salvadoreño, descontento que lo lleva a la formación de grupos guerrilleros, es recreado en el relato de Martínez quien, conocedora de la situación conflictiva que vive su país, se encarga no sólo de revelarla, sino de aventurar una salida a ésta mediante el socialismo, ideología a la que visualiza como una nueva alternativa económica. Así lo manifiesta cuando indica:

en El Salvador y refugio de inmigrantes desposeídos de tierra. La guerra estalló cuando tropas hondureñas expulsaron a cientos de campesinos salvadoreños y los obligaron a volver a su país de origen” (Fonseca 251)

“uno de los problemas más agudos de la economía capitalista de El Salvador es la existencia de miles de jornaleros y campesinos pobres que viven del trabajo de cosechas de café, algodón y caña de azúcar, que duran cuatro meses al año. La existencia de esa masa empobrecida es necesaria para la estructura del capitalismo salvadoreño, ya que el café y la producción agrícola siguen siendo el principal sostén de la economía. Este problema es imposible de ser solucionado a no ser por una economía socialista, que reoriente todo el desarrollo de las fuerzas productivas y busque el bienestar de las clases populares”

(175-176).

Basta con dar un vistazo a la cita anterior para percibir que Martínez reproduce la ideología de los grupos guerrilleros de la época; colectivos acusados de comunistas por aquellos a quienes afectan en sus intereses como los cafetaleros, terratenientes y financieros. Estos grupos poseen el poder económico, social y político y no permiten que el gobierno salvadoreño implemente ningún tipo de programa para el bienestar del pueblo porque lo sabotean, como entorpecieron el tímido plan de reforma agraria propuesto en el mandato de Molina, que no pasó del papel. La conciencia revolucionaria sobre la situación que vive El Salvador se evidencia en Martínez no sólo a través de sus experiencias personales sino de las observaciones que hacen algunos compañeros de lucha y que la guerrillera incorpora en el relato.

Los testimonios estudiados muestran tanto la alianza entre el gobierno y el sector económico financiero como con el gobierno norteamericano. La intromisión extranjera en la región se evidencia en la obra Nunca estuve sola cuando Nidia Díaz señala: “Centroamérica se ha convertido en los últimos años, según Reagan, en el reto más importante para Estados Unidos después de Vietnam. Y en nuestro “pulgarcito” se impulsa la guerra contrainsurgente más grande de los últimos años, en donde ellos están más comprometidos” (27). Se palpa la conciencia que tiene la narradora de la ocupación estadounidense y del país que obtiene ventaja de la lucha pues, según denuncia “los costos de esta guerra impuesta los paga nuestra población. Ella pone los muertos, el gobierno de Reagan pone las armas” (39). Pero no sólo armas aporta el gobernante estadounidense al aparato represor salvadoreño sino todo tipo de ayuda logística-militar a las acciones

contrainsurgentes pues, según reconoce Díaz, durante la época de guerra deambulan en El Salvador “decenas de asesores, expertos torturadores, agentes de la CIA y funcionarios norteamericanos (...) gente vinculada a las desapariciones, torturas, capturas, interrogatorios. Manejan y controlan la inteligencia.” (128).

Memoria histórica, potenciación y conocimiento de lo que acontece en ese momento en su país, demuestra Nidia Díaz en su testimonio. Reconoce que si bien el descontento salvadoreño se remonta a décadas pasadas, en las que la violencia fue adoptada por las “dictaduras militares de Martínez, Aguirre, de Lemus, Sánchez Hernández, Molina, Romero” (96), es con Duarte que los norteamericanos legalizan el terror. Tan intensa es su posición antiimperialista que, estando presa, vibra con las embestidas célebres de sus compañeros. Con las acciones de la guerrilla, la cautiva sobrelleva los vejámenes y las torturas contra su cuerpo. Así se aprecia cuando Díaz comenta la ofensiva en la que “los comandos “Mardoqueo Cruz” se atribuyeron la operación político-militar “Yanqui agresor, en El Salvador otro Vietnam te espera” la cual consistió en un ataque de aniquilamiento a asesores militares norteamericanos y a agentes de los organismos de inteligencia quienes se encontraban en un restaurante de la Zona Rosa” (128).

Otro de los golpes asestado a la clase gobernante fue el secuestro de Inés Duarte, hija del presidente salvadoreño, retención con la que Nidia Díaz conquista la ansiada libertad. Gerente de radio Libertad, emisora propiedad de la familia Duarte y financiada con capital norteamericano, la hija de Duarte fue canjeada, según lo rememora la guerrillera, por “34 compañeros presos, algunos de los cuales figuraban como desaparecidos desde hacía cinco años, y entre los cuales estaba yo” (202). De la cárcel sale a Cuba donde escribe su testimonio. Su compromiso con el movimiento revolucionario no se detiene con la expatriación como lo patentiza en su grito de batalla; grito universal con el que se han identificado los revolucionarios en diferentes tiempos y en diversas regiones: “¡El pueblo unido jamás será vencido!” (241-242). Un lema que identifica a Nidia Díaz con la ideología socialista.

A los conflictos que viven los países bajo regímenes dictatoriales en Centroamérica también hacen referencia los testimonios mediados No me agarran viva y Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia. El libro No me agarran viva, escrito por Claribel Alegría es, de los textos analizados, el que tiene un contexto histórico más amplio

porque la autora se encarga no sólo de demostrar los problemas que padece El Salvador sino otros países de la región. En esta obra bosqueja parte de la historia centroamericana plagada de dictaduras causantes de la pobreza y las injusticias que agobian a los pueblos, justificando el surgimiento de los grupos insurgentes a los que describe uno por uno. Tal parece que este libro, publicado en 1983, fue escrito para un público foráneo al que le reclaman solidaridad con el pueblo centroamericano.¹¹⁹ Con esa intención lo informa de la situación generadora del conflicto bélico en el área, al mismo tiempo que condena al gobierno de Estados Unidos por proteger y ayudar a los regímenes dictatoriales centroamericanos. Alegría cierra su obra demandando la colaboración con el pueblo centroamericano, salvajemente ultrajado por las tiranías que detienen, desaparecen y masacran a poblaciones enteras.

Para realizar el recuento de ese contexto histórico en el que se inscribe la lucha insurgente, la escritora salvadoreña se vale de múltiples narradoras permitiendo que las mujeres sin voz puedan articular su propia historia. Una de las tantas cronistas de No me agarran viva es Tulita, quien recrea su relato personal desde la matanza ocurrida en 1932 para denunciar las penurias vividas por el pueblo salvadoreño. Obligada a salir de su país se asila en Guatemala donde gobierna Jacobo Arbenz pero con la caída de este mandatario huye hacia México. De este relato se deriva la crítica que hace Claribel Alegría a la CIA, agencia estadounidense causante de la caída de Arbenz quien, apoyado por obreros y campesinos, “trataba de imponer una reforma agraria que puso en peligro las grandes extensiones bananeras de la United Fruit Company” (21). Este suceso que implicó la participación de otros gobiernos monigotes centroamericanos como el de Anastasio Somoza fue, según la autora, otro zarpazo más “en la larguísima lista que Estados Unidos asestó en un intento reformista, en su traspatio de Centroamérica y el Caribe” (22).

Además de hacer estas acusaciones hacia el gobierno norteamericano, Alegría se encarga de señalar, mediante cifras y estadísticas, la campaña antisalvadoreña que se dio en Honduras. Esa campaña implicó el despojo de sus tierras a trescientos mil salvadoreños para entregarlas a los campesinos hondureños. La situación de pobreza del pueblo salvadoreño, el desempleo, el fracaso del Mercado Común, Centroamericano, los fraudes

¹¹⁹ Hacer esta aseveración es viable porque la escritora salvadoreña Claribel Alegría está casada con el estadounidense D. J. Flakoll y ha residido ¿reside? en Estados Unidos.

electorales, la lucha armada, son unos de los tantos hechos a los que hace referencia. Al mismo tiempo delata las maniobras gubernamentales estadounidenses en contra de los revolucionarios y las actividades desplegadas por El Consejo de Defensa Centroamericana (CONDECA), organismo que, “dirigido por Estados Unidos no permitiría ningún cambio del status quo centroamericano” (34).

Si ese es el escenario que recrean estas escritoras sobre El Salvador, la situación de Guatemala no es mejor porque este país también está gobernado por tiranos. Nación de fuertes contrastes étnicos y regionales, el impacto capitalista en Guatemala excluyó a los sectores populares, algunos de los cuales se van a incorporar a los grupos insurgentes. A éstos también se integran las etnias indígenas, sectores flotantes por los procesos de desmembración económica y cultural de sus comunidades, población que se va a constituir en una de las bases sociales de la insurrección. Desde los años sesenta el gobierno guatemalteco tuvo que hacer frente a los distintos grupos revolucionarios que surgieron en diversas regiones del país. Con esa finalidad establece figuras represoras como el estado de sitio y la creación de un gabinete de guerra, entes que serán activados toda vez que irrumpa el descontento de la población. Entre las organizaciones guerrilleras que se fundan en Guatemala durante ese período sobresalen

“el Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR-13), formado por un grupo de militares, (...) las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), fruto de un convenio entre el MR-13, el Movimiento 12 de abril (estudiantes de secundaria y universitaria) y miembros del Movimiento 20 de Octubre, fundado por oficiales arbencistas” (Fonseca 257).

Pese a que en 1970 las guerrillas fueron derrotadas resurgen con nuevo vigor en 1975 especialmente en el altiplano central y oriental pero van a ser nuevamente desarticuladas por el terrorismo de Estado aplicado por los dictadores de turno.

A los sucesos que ocurren en Guatemala, durante ese mismo período, se va a referir el testimonio Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, texto en el que la informante tiene una clara perspectiva no sólo de la historia de su cultura, visualizada a través de retrospectivas a las épocas de la conquista y la colonización, sino de su propio presente en el que las condiciones estructurales de su aldea apenas si han cambiado. De ahí

la búsqueda constante por identificar que la raíz del problema padecido por los indígenas, proviene de la tenencia de la tierra, del despojo de ésta por parte de los terratenientes lo que obliga a los indios, desde niños, a trabajar en las fincas de los cafetaleros, cañeros y algodonereros por sueldos exigüos. Los mismos salarios retenidos en las tiendas de raya, comisariatos, pulperías o cantinas; todos inmuebles en manos de los finqueros explotadores de la masa campesina, en complicidad con los tiranos de turno que se ensañan con los indígenas asesinándolos. Conocedora de las masacres perpetradas por los genocidas que gobiernan Guatemala, Rigoberta Menchú las condena al señalar la fecha del suceso, las etnias exterminadas y al culpable de tal ignominia:

“antes de que Kjell se despidiera del poder, fue cuando masacraron a 106 campesinos de Panzós, una región de Cobán. Fue el 29 de mayo de 1978. Panzós es un pueblo donde descubrieron petróleo en la tierra, entonces empezaron a despojar a los campesinos. Y como los campesinos no sabían dónde irse, bajaron organizada-mente con los líderes de su comunidad. Eran indígenas Keckchis y el ejército los masacró como matar a cualquier pájaro. Entre ellos murieron hombres, mujeres y niños. Se vio correr la sangre en el parque de Panzós” (186).¹²⁰

De estos asesinatos surge la resistencia porque los indígenas comienzan a organizarse y a luchar por sus derechos desde el Comité Unidad Campesina (CUC). Esta organización logró asociar a varios sectores marginales porque hay conciencia, según expresa Menchú, “que no sólo somos los indígenas los explotados en Guatemala, sino que también los compañeros ladinos pobres” (186). Éstos sufren del abuso del poder por lo que se incorporan a la lucha, a las manifestaciones y a las huelgas dirigidas por ese comité, entidad de la que Menchú es líder. Afiliada al CUC comprende que es el régimen el que “ha puesto esa gran barrera entre indios y ladinos y (...) ha tratado de dividirnos” (191-192). De esa concientización nace el compromiso de luchar, sin hacer distinciones, por el pueblo guatemalteco porque “los ladinos también viven las peores situaciones como nosotros” (192).

¹²⁰ Kjell Eugenio Laugerud, quien llegó al poder en 1974 en elecciones fraudulentas, “tuvo que hacerle frente al ascenso de las luchas populares, al inicio de las operaciones del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), fundado en 1972, y a la continuación de las acciones por parte del FAR” (Fonseca 258).

A pesar de la incorporación de los sectores urbanos y de los indígenas a la lucha armada ésta va a ser desarticulada por el general Efraín Ríos Montt quien llega al poder mediante un golpe de Estado en 1982. De este genocida, que ejecutó, masacró y arrasó, a numerosas aldeas indígenas, por sospechar que colaboraban con la insurgencia, Menchú no deja constancia testimonial.¹²¹ Sin embargo señala a otro genocida, a Lucas García uno de los déspotas que llegó al poder en 1978

“con tantas ganas de matar que empieza a reprimir la zona del Quiché como si fuera un trapo en la mano. Puso bases militares en muchos lugares de las aldeas y empiezan las violaciones, las torturas, los secuestros. Empiezan las masacres. Eso lo sufrieron las aldeas de Chajul, Cotzal, Nebaj. Otra vez la represión encima de ellos. Más que todo a los indígenas. Todos los días aparecían varios cementerios clandestinos, como ellos lo llaman, en diferentes lugares del país” (187).

Esta es la Centroamérica que recrean las escritoras, las informantes y las transcriptoras a través de los testimonios; una región donde el pueblo es violentado y aniquilado por las tiranías que se turnan en el poder apoyadas por el gobierno norteamericano que sólo atiende a sus propios intereses, mientras la población es castigada por luchar y exigir sus derechos.

La participación activa en los grupos revolucionarios despiertan los anhelos de estas mujeres por configurar su propia subjetividad, proyecto mediante el cual desarticulan la heredada para incorporar mentalidades y acciones novedosas. La potenciación es palpable en la arena política por cuanto estas guerrilleras, a pesar de ser llamadas “revolucionarias vaginales” caracterización con la que los compañeros de armas las descalifican, llegan a ocupar puestos claves en la dirección de la insurgencia.¹²²

Se valen de los carceleros para que sean ellos quienes aquilaten no sólo la trayectoria femenina dentro de la dirigencia revolucionaria sino la trascendencia de las guerrilleras en la sociedad. La estrategia de ser focalizada por el otro, para valorar los propios méritos, la emplea Nidia Díaz en la obra Nunca estuve sola cuando los carceleros la someten a una

¹²¹ De las masacres de las aldeas realizadas bajo el mandato del general Efraín Ríos Montt hace referencia Yolanda Colom en Mujeres en la alborada, testimonio que se analizará en el tercer capítulo de esta indagación.

¹²² Véase “La puesta en escena del cuerpo erótico del poder”, de Ileana Rodríguez, en Feminismos, cuerpos, escrituras, libro editado por Iris M. Zavala, (221).



serie de interrogatorios en los que se intuye la admiración y el reconocimiento hacia la combatiente: “- ¿Con que Nidia Díaz, ah?- dice mirándome fijamente uno de ellos. Vaya, vaya, ¿La Nidia Díaz?” (22). Los signos de interrogación no hacen sino reafirmar que esta mujer existe, es real y no una leyenda o un cuento. Tan potenciada está la autora que reafirma su destacado papel en la lucha revolucionaria cuando sin ninguna modestia comenta “ahora soy prisionera de guerra y la guerra continúa, porque nuestros ideales siguen. Exista o no exista Nidia Díaz, el pueblo va a triunfar” (Díaz 63). Con esa aseveración la guerrillera se potencia recalcando el poder político alcanzado como dirigente en el colectivo al que pertenece, desmontando a su vez las jerarquías al visualizarse, momentáneamente, centro de las aspiraciones sociopolíticas.

Legitimadas las actuaciones de los movimientos insurgentes y sus propias acciones, en una región tomada por las tiranías amparadas por el gobierno estadounidense, las testimoniantes avalan otros modelos político-ideológicos, alternativos al sistema capitalista. Desde esa perspectiva promueven el sistema socialista, ideología adoptada por las guerrillas centroamericanas para combatir las desiguales y excluyentes políticas capitalistas. En esa época en la cual las universidades, los movimientos estudiantiles y la Teología de la Liberación, crearon conciencia crítica de los conflictos sociales derivados de las marginaciones de los campesinos y de algunos sectores urbanos, no es raro ver el involucramiento de las testimoniantes con los grupos desplazados a los que consideran víctimas del sistema capitalista. Pero la conciencia de clase, la solidaridad y el compromiso con los otros subalternos, no impiden que las testimoniantes los observen desde una posición ventajosa por ser universitarias, provenir de sectores medios o altos y por desempeñarse como comandantes o subcomandantes en la dirigencia de los grupos revolucionarios. Aún la misma Rigoberta Menchú, perteneciente a una de las etnias indígenas tradicionalmente excluidas en su país, destaca entre su comunidad porque su padre goza de prestigio social como dirigente político y predicador cristiano. Además, ella misma es catequista y promotora de la revolución, un movimiento social en el que se involucran todos los miembros de la familia Menchú.

3. LA RESISTENCIA FEMENINA O LA SUBVERSIÓN DEL SISTEMA PATRIARCAL

Opuestas a los regímenes de terror imperantes en sus países, estas mujeres impugnan la exclusión sociopolítica a que las ha sometido el sistema por lo que la lucha entre el poder hegemónico y los grupos guerrilleros se convierte en una especie de apertura para actuar activamente en la sociedad. La transgresión de los bastiones tradicionales comienza a gestarse desde las trincheras porque es en la clandestinidad que estas mujeres adquieren una voz y una escritura propia, desafiante del dominio masculino. La rebelión contra los prejuicios y estereotipos socioculturales por parte de las mujeres involucradas en los frentes revolucionarios se realiza de manera consciente. Saben el papel activo que les corresponde jugar en la cultura para, en igualdad de derechos, obtener los cambios estructurales que requiere la sociedad. De ahí la preocupación por superar, mediante el diálogo y la enseñanza-aprendizaje, todo tipo de intolerancias y de resabios tradicionales. Así lo expresa una de las narradoras del texto No me agarran viva cuando comenta que entre las distintas tareas, desempeñadas en el período de guerra, estaba la concienciación de la población desde una perspectiva de género pues:

“A nivel de compañeros, en el campo, tanto Eugenia como yo, teníamos a nuestro cargo el forjamiento de grupos campesinos. Ella forjó a un montón de militantes (...) siempre les hablaba que tenían que quitarse ese machismo y tratar a sus mujeres como iguales (...) ella hacía labor por conseguir la igualdad de la mujer con los compañeros.

Otra cosa que hizo fue desarrollar un grupo de mujeres en el campo. Se daban charlas sobre el machismo, se promovía la participación de la mujer. Los compañeros decían que nosotros estábamos “sublevando” a las compañeras.

(76-77).

Las testimoniantes confirman la marginalidad femenina en la sociedad y las presiones culturales para que el papel de la mujer, como reproductora de los hábitos tradicionales, permanezca inalterable en sus propios hogares. Por eso no es raro que las guerrilleras entren en contradicción con la perspectiva materna pues no obstante que sus madres son

comienza desde que se integran a los diferentes grupos revolucionarios porque abandonan el hogar y con ello obtienen la libertad, para desplazarse de un lugar a otro sin la vigilancia paterna y la independencia para decidir sobre su sexualidad y su propio cuerpo. Además descubren que pueden ser gestoras de las decisiones políticas y del proceso de democratización en sus respectivos países porque la potenciación femenina, adquirida durante esa época, no cesará como lo patentizan las sucesoras.

Los cambios ocurridos en la institución familiar durante la época de guerra motiva a las guerrilleras a considerar otros tipos de familia, como la que ensayada en las casas clandestinas donde las mujeres se turnan para cuidar de los niños. La ampliación del espectro familiar implica cambios en lo concerniente a la maternidad como se palpa en la educación que reciben los infantes para aceptar como parientes a las mujeres que integran el colectivo. Una de las narradoras del texto No me agarran viva ilustra la enseñanza-aprendizaje impartida a los pequeños cuando expresa que Eugenia tomó a su hija “en los brazos y le dijo: “tengo que ir a otro lugar, usted se queda aquí con su mamá, porque ella es su mamá, porque ella es su mamá. Aquí tu tía”, señalando a otra, le va a cambiar los pañalitos. Usted se queda tranquila con mamá y con sus tías” (111).¹²³ De esta manera se estructura otro tipo de familia al integrar a la niña, emocional y físicamente, al grupo insurgente. Simultáneamente estas mujeres experimentan la sororidad o *affidamento* al fortalecerse la alianza femenina caracterizada por el desprendimiento de las mujeres que dejan a sus hijos en manos extrañas, para incorporarse a la guerrilla, como de aquellas que se comprometen a cuidarlos como suyos. La unión las hace más fuertes por la solidaridad que experimentan teniendo en cuenta que, como lo confirma una de las comandantes-narradoras del testimonio, “el 51 por ciento del pueblo salvadoreño somos mujeres” (84).

La incorporación a los grupos revolucionarios provoca, a su vez, cambios respecto a la maternidad porque las guerrilleras tienen prohibido embarazarse y aquellas que son madres o deciden serlo en esos tiempos de guerra experimentan numerosas dificultades. Los hijos dejan de concebirse como propiedad privada para ser considerados parte del proceso transformador en el que el pueblo se hermana y lucha por anhelos colectivos. Además la

¹²³ Es una generación (Eugenia) enseñando a la siguiente (hija) la nueva configuración familiar plural, instrucción con la que se intenta terminar con la estructura familiar burguesa. Por ser la niña muy pequeña y estar en proceso de aprendizaje, la repetición que hace Eugenia es necesaria para educar en las nuevas condiciones de convivencia, en una sociedad que se transforma a un ritmo acelerado.

maternidad se convierte en un espacio conflictivo por la crisis de la estructura familiar debido tanto a la guerra como al desplazamiento de la mujer del recinto privado a la arena pública. Esas modificaciones las testimonia Nidia Díaz en Nunca estuve sola:

“No me fue fácil decidir tener a mi hijo en la guerra, más con las responsabilidades que una tiene. Una desea tener un hijo, varios, que nazcan y se desarrollen en la lucha. Verlos crecer en el proceso. Casi nunca se gozan, pero sabés que están ahí, que viven y que son semillas que fructificarán y se desarrollarán en el ejemplo de sus padres. No es fácil saber que quizá lo dejarás huérfano, que te separarás de él o de ellos por tiempo indefinido; o que quizá te lo destrocen frente a ti o te lo desaparezcan. (...) Sabes que tu hijo es parte del pueblo y que, aunque te le hagan daño y te causen un dolor sin precedentes, no delatarás ni entregarás a nadie” (126).

Esa nueva actitud femenina surgida en tiempos de guerra involucra a todos los sectores sociales porque Rigoberta Menchú, perteneciente a una de las etnias más discriminadas en la sociedad guatemalteca, rompe con la estructura familiar y con su propia comunidad como se evidencia en su testimonio. Consciente de los cambios en el núcleo familiar, en algunos pasajes de Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia se lamenta porque su mamá “andaba en todas partes, aunque a veces nosotros no queríamos que mi madre siguiera caminando porque nos hacía falta en casa” (240). La fisura en la familia Menchú comienza cuando sus miembros se dispersan, motivados por la lucha guerrillera, para incorporarse a los distintos frentes revolucionarios. Esta situación la precisa la informante cuando expresa:

“me decidí y dije: tengo que irme. Así es cuando yo partí ya con más ganas al trabajo. Sabía que mi mamá también tenía que salir de casa. Casi ya no hubo comunicación, ni para dónde nos vamos, ni qué vamos a hacer. A mis hermanos no pude despedirlos y tampoco supe que iban a hacer ellos. Cada quien tomó su decisión por su lado. Y me fui” (207).

En el caso de los indígenas, la ruptura implicó no sólo la disgregación familiar sino la dispersión en las aldeas porque muchos indígenas se movilizaron e incorporaron a otras

poblaciones para llevar el mensaje insurgente. Así lo corrobora Rigoberta Menchú cuando confiesa “yo me decidí a salir de la comunidad, ir a otra comunidad a enseñar; a poner en práctica las trampas que mi aldea había descubierto y que mis mismos vecinos han puesto en práctica. Así es cuando yo paso a otra aldea a enseñarle a la gente” (166). Ese desplazamiento resquebraja las bases patriarcales a la vez que permite la potenciación femenina cuando las mujeres asumen acciones y ocupaciones que, generalmente, habían estado en manos masculinas.

La inserción femenina en espacios antes no explorados es perentoria porque los grupos insurgentes requieren el apoyo masivo. No podían estas agrupaciones darse el lujo de excluir a las mujeres quienes aprovechan esa coyuntura para incorporarse a trabajar en tareas, hasta ese momento, inaccesibles. Por eso no es extraño que ejecuten funciones destacadas en la dirección de la insurgencia con el cargo de comandantes, grado que ostentan tres de las cuatro testimoniantes o en la dirigencia del CUT en el caso de Menchú. A pesar de los avances realizados para incorporar a la mujeres en todo tipo de actividades, estas escritoras están conscientes “que ser mujer significa no ser hombre” (Hierro 218), que lo heroico está asociado, históricamente, con lo masculino y que las tareas de unos y otros están enfrentadas aunque, en esa época, ocupen puestos similares. Saben que las condiciones variarían de no ser por el contexto de guerra que obliga a hacer concesiones provisionales. Sin embargo, muchos de los beneficios alcanzados trascienden una vez finalizado el conflicto debido a que las mujeres disponen de nuevos derechos en el escenario público por lo que pueden cuestionar, cuantas veces sean necesarias, el espacio privado, sitio pautado exclusivamente para ellas por el sistema patriarcal.

En las etnias indígenas la construcción de la masculinidad y la feminidad es semejante a los otros grupos sociales como se aprecia en las labores que desempeñan uno u otro sexo y en el reconocimiento de la heroicidad con lo masculino. Esa perspectiva se evidencia en los señalamientos hechos por Menchú en su testimonio cuando explica las ceremonias con las cuales se festeja el nacimiento del varón. No queriendo aparecer como reproductora de estereotipos se parapeta en un discurso contradictorio porque si bien reconoce que el hombre en su cultura es el universo mismo y que cuando nace un varón se le celebra de una manera especial, añade que:

“no es porque sea hombre, sino por lo duro que es su trabajo, por

toda la responsabilidad que el hombre tiene que tener como hombre. No es tanto que el machismo no exista, pero no es un elemento dificultoso en la comunidad (...) No es tampoco despreciar la mujercita. También tiene duros trabajos, pero hay otros detallitos que también se le dan a la mujercita como madre” (35).

La ideología de género se evidencia en el lenguaje empleado por Menchú cuando contrasta la palabra trabajo, que realizan los hombres, con los “detallitos” a cargo de las “mujercitas”. Estos diminutivos aunque parecen ser mimos, de(s)precian lo femenino empequeñecido y desmejorado ante lo masculino. Al mismo tiempo valoriza el modelo varonil cuando reconoce sus propios méritos y lo fuerte que fue de niña afirmando: “desde los nueve años yo empecé a trabajar con azadón en el campo, con mi papá. Yo era casi un hombrecito” (65).¹²⁴

En los cambios operados en la sociedad centroamericana, durante las décadas setenta y ochenta, jugó un papel destacado un sector de la Iglesia Católica que, desde principios de los años sesenta, se había desviado de la línea conservadora y comenzó su adoctrinamiento en el área. La división ocurrida en la institución, tradicionalmente ligada al poder estatal, implicó un cambio en la transmisión de la religión por parte de los curas y laicos que adoptaron la Teología de la Liberación, como fue llamada esa nueva alternativa católica.¹²⁵ Consagrada a la reivindicación de los marginados y por tanto combativa de las injusticias que sufrían en lo económico, lo político y lo social, los pueblos de la región, es de su seno del que emergen Las Comunidades Eclesiales de Base, entidades en las que se inscribieron activamente las mujeres y desde las cuales comienzan a considerar el discurso religioso con una perspectiva más crítica e inclusiva.

La participación femenina en las organizaciones religiosas se palpa en el testimonio No me agarran viva porque Eugenia, guerrillera contada por numerosas narradoras con las que Claribel Alegría teje su relato, se comprometió desde muy joven con la nueva pastoral de la iglesia. Una vez incorporada a la Juventud de Estudiantes Cristianos, asociación con la que

¹²⁴ El empleo del diminutivo *hombrecito* por parte de Menchú no se hace con intenciones de(s)preciativas, sino para asociarlo con ella siendo niña; una niña que trabaja como varón.

¹²⁵ Pablo Richard en La Iglesia y la Teología de la Liberación en América Latina y El Caribe: 1962-2002, reseña los inicios, el desarrollo, los avances de la Teología de la Liberación y su aplastamiento por parte de la ortodoxia católica. Además expone la opción preferencial por los pobres bajo un espíritu profético liberador y la lectura popular del libro sagrado lo que implicó devolver la Biblia al pueblo.

viaja como misionera a diferentes regiones, se sensibilizó ante las injusticias y miserias que padecían las aldeas indígenas y campesinas. Esa sensibilidad, ante el sufrimiento de los desposeídos, la cultivó con su familia; especialmente con su padre dirigente cristiano preocupado por la marginalidad y la pobreza que padecía tanto su pueblo de adopción como Nicaragua, su país natal. Es él quien la pone en contacto, desde niña, con la población salvadoreña al llevarla a escuchar las ceremonias religiosas en las zonas marginales como se percibe cuando les explica a sus hijas: “Hoy no vamos a ir a la iglesia de la colonia, vamos a ir a los tugurios a oír misa, para que ustedes vean cómo viven los niños, para que no desperdicien la comida” (24).

Una de las innovaciones que promueve la Teología de Liberación es la devolución de la Biblia al pueblo. De esa nueva perspectiva religiosa se beneficia Rigoberta Menchú quien la emplaza al servicio práctico de los grupos marginales. La lectura que realiza Menchú de este texto, encadenado a las interpretaciones de las autoridades eclesiásticas, se distancia de las visiones ortodoxas de la institucionalidad religiosa. En Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, atestigua la subversión del discurso religioso impuesto por los curas convencionales quienes “enseñaron a acomodarnos, a adormecernos como pueblo (...) Y nos decían que Dios está allá arriba y que Dios tenía un reino para sus pobres” (147). El estudio del discurso religioso, las interpretaciones privativas, las dudas que asaltan a Menchú, respecto a las respuestas adecuadas a su propia realidad, la llevan al convencimiento de que “incluso las religiones están manipuladas por el mismo sistema” (158-159). Que mientras “no nazca del mismo pueblo, lo que es la concepción de cada religión, es para mí un arma principal del sistema” (159).¹²⁶

Consciente Menchú que la religión y el Estado han sido aliados, a través de la historia, se enfrenta a esa confabulación desenmascarándola y ofreciendo otras alternativas imaginarias, en abierta resistencia a la única lectura-verdad. Aduce en su argumentación que la Biblia puede ser leída en otro sentido del que ha sido estudiada y que “el deber de un cristiano es pensar cómo hacer que exista el reino de Dios en la tierra, con nuestros hermanos. Sólo existirá el reino cuando todos tengamos que comer” (160). De esta manera Menchú desacraliza el libro sagrado de los cristianos al negarse a reproducir y perpetuar un

¹²⁶ Recuérdese que Menchú es la informante y que Burgos como transcriptora es la mediadora que puede manipular el discurso no sólo con las preguntas del interrogatorio sino con su propia visión de mundo, por lo que no se sabe donde termina una perspectiva y empieza la otra.

discurso que ofrece un reino en abstracto para exigir ese reino en este mundo; en su mundo, en su propia realidad. En el estudio personal de la Biblia se resiste a memorizarla para optar por recrearla porque, según confiesa, ella es “una catequista que sabe caminar por la tierra y no una catequista que piensa en el reino de Dios sólo para después de la muerte” (269). Con sus pasos en esa vía sigue la senda-búsqueda de su padre Vicente Menchú, muerto en la toma a la Embajada de España, predicador que llevó el discurso religioso a las diferentes aldeas. Inspirada en él, la catequista motiva a un grupo de seguidores a fundar la Organización Cristianos Revolucionarios Vicente Menchú, institución que trabaja por las masas guatemaltecas.

Si bien algunas de estas escritoras-guerrilleras se involucran en diversas organizaciones religiosas, otras no hacen ninguna referencia al factor religioso ni si están afiliadas a las bases eclesiales que hacen causa común con las poblaciones marginales y con los grupos revolucionarios. Es el caso de Ana Guadalupe Martínez quien omite todo lo concerniente a lo religioso en su libro Cárceles clandestinas. La excepción la hace en el epílogo, apartado escrito para las ediciones posteriores a la firma del Acuerdo de Paz, en el que expone “la brutalidad del régimen, plasmada en el asesinato de Monseñor Romero, nuestro obispo mártir” (453). Ni aún en las circunstancias más trágicas, padecidas en la cárcel, menciona el discurso religioso porque el énfasis de su libro se centra en denunciar a los regímenes dictatoriales que se ensañan con el pueblo salvadoreño y con su propio cuerpo.

El silenciamiento respecto a lo religioso podría ser leído como una crítica a la institución eclesiástica, negada a renovar sus dogmas perpetuados en una atemporalidad a la que no se le ve culminación. También podría ser interpretado como una censura a la incondicionalidad de la jerarquía religiosa con el poder hegemónico sin detenerse a analizar si los gobernantes han sido elegidos democráticamente o son tiranos ascendidos al poder mediante golpes de estado. Igualmente podría pensarse que, estudiosas del marxismo, cuestionan y renuncian a la religión aunque la ideología marxista no está reñida con la fe. O que no son creyentes y por tanto no consideran relevante una doctrina considerada por Marx, el más importante de los ideólogos de los movimientos de izquierda, como el opio del pueblo. No es incongruente deducir que, como universitarias y estudiosas del marxismo, repudien lo religioso por la enajenación que promueve en las masas, en una época en la que se anhela el despertar de éstas.

Las alusiones al discurso religioso en Nunca estuve sola ocurren cuando Nidia Díaz menciona a algún prelado religioso con la intención de recalcar las masacres sobre el pueblo salvadoreño como la ocurrida “durante el entierro de Monseñor Romero” (173) o cuando los grupos rebeldes planean salidas negociadas con el gobierno. Conocedora del papel de las autoridades eclesiásticas en la sociedad y de la cercanía que tienen con el poder estatal es a ellas a quienes demanda interponer sus acciones para mejorar las condiciones carcelarias. Esas mediaciones las solicita por cartas que incorpora en su propio testimonio como las enviadas, el 25 de junio y el 9 de julio de 1985, a Monseñor Arturo Rivera y Damas, arzobispo de San Salvador, para que gestione su traslado a otra cárcel (145). Estas misivas rubricadas con su nombre oficial Marta Valladares de Lemus, según consta en su testimonio y de las que no deja constancia de respuesta en la narración, dan pie para pensar en la desatención de la institución religiosa al llamado de otros sectores que no sean el hegemónico. En uno de los interrogatorios reproducidos en su testimonio a la pregunta qué opinión tiene sobre la iglesia responde, empleando el nosotros y no el yo como ocurre en casi todo el relato, “con la jerarquía de la Iglesia nos relacionamos por un intermediario. Ustedes mismos lo han visto en La Palma y en Ayagualo, a Monseñor Rivera y Damas. Como representante de la Iglesia, le entregamos los prisioneros que les hacemos a ustedes” (83).

Las escritoras-guerrilleras, como antes lo hicieron las precursoras de la escritura autobiográfica, se niegan a representar y reproducir la religiosidad de aquellas mujeres que, incondicional y tradicionalmente, guardan respeto y sumisión a los dogmas cristianos. Están conscientes de la impotencia para plantear cambios desde la iglesia, especialmente en este período en que afloran en la región, junto con la Teología de la Liberación y su doctrina a favor de los oprimidos, una serie de religiones provenientes de Estados Unidos. El temor del gobierno estadounidense de que apareciera una segunda Cuba en Centroamérica lo convirtió en animador de nuevos credos con evidentes intenciones ideológicas. Estas nuevas sectas fundamentalistas, promotoras de tácticas despolitizadoras y desmovilizadoras de las masas insurrectas, penetraron en el territorio centroamericano cuando estallan las protestas populares contra los regímenes de fuerza. Estas doctrinas van a ocultar la lucha ideológica tras el fraude espiritual porque se dedicaron a amortiguar la

lucha revolucionaria al mismo tiempo que satanizaron los procesos liberadores centroamericanos tildándolos de comunistas.¹²⁷

En este contexto, se consolida en Guatemala la religión protestante o evangélica que pasó a ser una de las preponderantes.¹²⁸ Junto a ese fundamentalismo religioso la religión de los indígenas, devaluada desde el mismo tiempo de la conquista, no es trascendente aunque Rigoberta Menchú manifiesta que en su etnia desde pequeños se les educa en contacto con el politeísmo; una creencia ancestral en la que consideran sacro al sol por ser el corazón del cielo, sagrada a la tierra por ser la madre y al agua a la que “tenemos como algo sagrado y eso está en la mente desde niños y nunca se le quita a uno de pensar que el agua es algo puro” (80). Infiltrada la práctica politeísta por el cristianismo, lo que trasciende es un sincretismo religioso. La misma Menchú parece haber descartado la religión de las etnias mayas cuando relata ser una catequista cristiana, seguidora de los evangelios pregonados por su padre, también cristiano. Por su afiliación a la doctrina cristiana las prácticas de la religión aborígen, preservada por sus ancestros, quedan desdibujadas en un exotismo y folklorismo, inoperante para los cambios que promueve la insurrección.

Por sufrir el pueblo centroamericano conflictos insolubles desde la perspectiva religiosa, muchas de las guerrilleras se ven impelidas a abandonar estas congregaciones para incorporarse a los grupos rebeldes desde los que luchan por los cambios políticos, económicos y sociales. Esa transición se puede palpar en la obra No me agarran viva cuando Eugenia abandona la organización Acción Católica, promovida por la Teología de la Liberación, para afiliarse al Movimiento Universitario Socialista. Es consciente “que las desastrosas contradicciones sociales y económicas de El Salvador precisaban una solución política y no caritativa” (23). Su sensibilidad social; su deseo de ayudar a los marginales, la lleva a percibir que la aplastante miseria y explotación padecida por el pueblo “tenía su explicación política y que rebasaba el marco religioso” (26).

¹²⁷ Sobre la invasión de sectas en Centroamérica, durante ese período, véase la investigación realizada por los periodistas Miriam Alvarado, Marco Sibaja y William Vargas en El Semanario Universidad. En ese medio periodístico realizaron cuatro reportajes de marzo a mayo de 1988 en los que estudian los antecedentes, la penetración y la lucha ideológica de las sectas en el territorio centroamericano.

¹²⁸ A esta religión pertenece el dictador guatemalteco Efraín Ríos Montt quien quemó y arrasó las aldeas de indios. Este tirano acrecentó el terrorismo de Estado una vez que “llegó al poder mediante un golpe de Estado, en marzo de 1982” (Fonseca 270).

Las universidades jugaron un papel muy importante para despertar en la juventud una actitud reflexiva y crítica de lo que sucedía en Centroamérica. Convertidas en “un potencial semillero de oposición (...) las Universidades no escaparon a la intervención directa (El Salvador, 1972) o a la intervención selectiva y sanguinaria (Guatemala desde 1970)” (Pérez 151). Del compromiso universitario con las poblaciones marginales derivan los ataques del aparato represor contra las autoridades académicas que son expulsadas o asesinadas como lo hicieron con los jesuitas. Tres de las testimoniantes se involucran con los grupos estudiantiles socialistas impulsores de la agitación social en sus respectivos países. Una vez comprometidas con las organizaciones revolucionarias estas mujeres se volvieron peligrosas para el sistema por lo que no es de extrañar las desapariciones, los asesinatos y las expulsiones de las guerrilleras encarceladas o canjeadas, por personajes políticos retenidos por los rebeldes para obligar a los gobiernos a negociar. Si bien es un canje mediante el cual algunas insurgentes salvaron su vida, en esas transacciones se recrean reminiscencias de otros momentos históricos cuando las mujeres fueron cosificadas como pieza de intercambio.¹²⁹

Si algunas de las precursoras de la escritura autobiográfica salieron al exilio obligadas por las persecuciones de los gobiernos dictatoriales, las guerrilleras van a ser expulsadas por los tiranos de turno tras los golpes asestados por los grupos insurgentes. La criticidad de estas mujeres, su resistencia ante el poder, les deparó el destierro. Es en Argelia y Cuba, países que acogieron a Martínez y a Díaz, donde estas expatriadas comienzan a tejer su relato testimonial. De exilios también sabe Rigoberta Menchú quien tuvo que huir a México perseguida por el aparato represor. Es probable que Eugenia, la protagonista del testimonio No me agarran viva, hubiera padecido el exilio de haber sobrevivido a la cacería desplegada por el ejército salvadoreño mientras cumplía una misión guerrillera.

A pesar de que los horizontes percibidos por las escritoras-guerrilleras son más amplios que los vislumbrados por las pioneras de las escrituras autobiográficas, aún se ven sometidas a un ordenamiento instaurado únicamente para ellas. Esa sujeción se percibe en la norma emanada de la dirigencia insurreccional respecto a la prohibición de embarazarse;

¹²⁹ Claude Lévi-Strauss en Las estructuras elementales del parentesco plantea que la constitución de la cultura estuvo determinada por el intercambio de mujeres entre los diversos grupos humanos” (Gómez 83). Pero no hay que ir tan atrás en el tiempo porque Yolanda Colom, en Mujeres en la alborada, se refiere a los trueques

disposición que debe acatarse, según lo manifiestan algunas testimoniadas de este período y del siguiente. En el caso de Ana Guadalupe Martínez sabemos de la existencia de esa prohibición a través del diálogo que entablan sus torturadores al regodearse con la apariencia física de la guerrillera, obligada a desnudarse como parte del suplicio a que la someten:

- “- Tocále las piernas qué duras, como sólo pasan haciendo ejercicio las putas.
- Esta ha de ser karateca. De seguro estuvo en Corea sacando un curso.
- Nada de arruinadas del cuerpo, como no tienen hijos.
- No las dejan tener hijos” (Martínez 37).

Las expresiones de los guardianes evidencian el papel reproductivo que tienen asignado las mujeres en la sociedad. La incorporación femenina a las guerrillas, a sabiendas de las directrices respecto a la procreación, revela la ruptura que hacen las militantes con los roles sexistas, a pesar de seguir sujetas a la normativa impuesta por la dirigencia guerrillera. El desmantelamiento del sexismo no es una preocupación que desvele a las combatientes en un período en que lo que interesa es la solidaridad en la lucha, sin desgastes separatistas de otros tipos.

Con sus testimonios estas mujeres subvierten los modelos femeninos heredados en un período en que los replanteamientos paradigmáticos se vuelven imprescindibles para lograr cambios estructurales en una sociedad que se muestra reacia a ejecutarlos. Hay una clara conciencia del papel que juegan las mujeres en la sociedad de sus respectivos países. Así lo demuestra Rigoberta Menchú quien, además de plantear la construcción de una etnicidad maya en continua productividad y por tanto en constante negociación, se inscribe tanto individual como colectivamente dentro de la cultura cuando expresa, en Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, “yo soy humana y soy una mujer y no puedo decir que yo rechazo al matrimonio, pero mi tarea principal, pienso que es primero mi pueblo y después mi alegría” (249).¹³⁰ Menchú renuncia en ese momento al matrimonio, perspectiva inadmisibles en su comunidad pero no en su hogar donde el padre y la madre

de niñas que realizan algunos indígenas en los mercados guatemaltecos, durante los años setenta y ochenta. Esta acción se analizará en el tercer capítulo de la investigación cuando se indague el testimonio de Colom.

¹³⁰ En ese período Menchú renuncia al matrimonio pero años después Georg M. Gugelberger en Introduction: Institutionalization of Transgression reproduce las declaraciones dadas por la testimoniada al diario chileno La Época (29 de marzo de 1995), respecto a lo feliz que se encuentra por “haberse casado con alguien de su

han roto con los estereotipos para afiliarse, de manera activa y comprometida, a organizaciones religiosas, sindicales y a grupos combatientes clandestinos.

Aunque la identificación con el padre sigue siendo una constante, lo paterno no es el referente obligado para las testimoniantes. Tal es lo que sucede con Díaz quien deja patente el desmoronamiento del padre al que describe, en Nunca estuve sola, como un irresponsable cuando comenta:

“siempre deseé que fuera mejor. A los siete años me rebelé contra él después de una paliza que le dio a mi madre. La hizo sufrir mucho. La pobre trabajaba en el día como secretaria y, en la noche, cosía en su taller de costura, pues el sueldo no alcanzaba. Mi padre se lo bebía y jugaba. Mi madre lo dejó hace 16 años. Fue toda una proeza y mi conquista” (76).

Algunas testimoniantes cuestionan el poder que ostenta el padre en la sociedad. Aún Rigoberta Menchú quien considera a su padre un aliado porque la defiende, le resuelve las dudas y la escucha, se rebela ante él y sus reglas al estudiar el idioma español; una experiencia a la que se había negado su progenitor. El aprendizaje de esta lengua se vuelve apremiante para Menchú empeñada en prescindir de los intermediarios en la comprensión del idioma hegemónico. Rompe, de esta forma, con la perspectiva paterna al apropiarse de esa y de otras lenguas mayas para concluir que “el español era una lengua que nos une a todos, porque aprender veintidós lenguas en Guatemala no es posible ni tampoco era el momento de hacerlo (...) La necesidad me obligaba a aprender el castellano” (Burgos 188).

Rigoberta Menchú es consciente de la actuación que le corresponde jugar en una sociedad que está en constante negociación y donde las variables sociopolíticas pueden desactualizarse en cualquier momento. Percibe la importancia de dominar la lengua del explotador para revertir el hecho de que los otros usurpen su palabra porque, según expone en su testimonio: “hemos tenido la experiencia en Guatemala, que siempre nos han dicho, pobres los indios, no pueden hablar. Entonces muchos dicen yo hablo por ellos. Eso nos duele mucho. Es parte de la discriminación” (Burgos 253). De ahí la urgencia por apropiarse de una lengua que le permita hablar sin mediadores que tergiversen sus palabras

mismo grupo étnico (...) un gordito encantador, cariñoso y simpático” con el que espera procrear dos hijos (Gugelberger 1).

y hacerse oír.¹³¹ Se descubre como transgresora de los paradigmas adquiridos en su comunidad por las numerosas actividades contestatarias que emprende, entre ellas: enseñar estrategias defensivas a otras comunidades indígenas; adoctrinar con una religión desafecta a la ortodoxia cristiana; organizar grupos de resistencia; luchar por los derechos de los grupos marginales.

Adjudicarse el testimonio Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia de la que es informante, llamándolo “mi narración”, es parte de la potenciación de Menchú en la sociedad como lo es su negativa a autodescubrirse totalmente. Es sugerente observar la manera en la que Menchú se apodera de su historia y de sus propios secretos al mismo tiempo que desafía a la transcriptor: “sigo ocultando mi identidad como indígena. Sigo ocultando lo que yo considero que nadie sabe, ni siquiera un antropólogo, ni un intelectual, por más que tenga muchos libros, no saben distinguir todos nuestros secretos” (271).¹³² Sin importar si estos supuestos “secretos” son más literarios que reales con el perfil textual inconcluso Menchú se sustrae de la antropóloga Elizabeth Burgos quien no logra privarle de ellos. No la deslegitima, porque eso implicaría descalificar su propia historia, pero convoca a los lectores a rastrearla en una nueva aventura literaria. Una autoexploración que rehará en Rigoberta: la nieta de los mayas, con la colaboración del escritor italiano Gianni Miná y del guatemalteco Dante Liano.

Socavado el sistema de dominación masculina, valiéndose de distintas tretas, las guerrilleras generan otros espacios para posicionarse y replantear la subjetividad femenina. Asumidos nuevos roles en la sociedad, saben que son relevantes en la lucha revolucionaria y que su perspectiva no tiene ni debe disolverse en el discurso de lo mismo. Por ello la incursión de las guerrilleras en la escritura para que no se pierda ni se diluya, en el discurso,

¹³¹ De la prepotencia empleada por aquellas personas que se creen representativas y “hacen profesión de hablar por los otros” ha disertado Gilles Deleuze en una entrevista que le hiciera Foucault en el libro Microfísica del poder. Según Deleuze, corresponde a Foucault ser “el primero en enseñarnos algo fundamental (...) La indignidad de hablar por los otros” (1995, 80). Sobre esa misma temática se pronuncia Nelly Richard cuando se refiere, en “Latinoamérica y la Postmodernidad”, a la actitud de la teoría poscolonial de tomar la palabra en representación de la alteridad en lugar de renunciar a creerse delegada “dejando que la alteridad se hable a sí misma y quiebre la auto-referencialidad del debate metropolitano con sus voces de otras partes”, (221-222). Este es el mismo reclamo que hace Menchú a la cultura del “pobrecito indio” que lleva a que se le suprima su voz. De ahí el aprendizaje de la lengua del dominador para hablar desde ellos mismos, atendiendo a sus necesidades particulares y defendiendo sus propios intereses.

¹³² Con esas palabras cierra Menchú-Burgos el texto y es esa observación hecha por la informante, en diferentes fragmentos del relato respecto a mantener en el misterio parte de su cultura, lo que lleva a la crítica

supuestamente, neutral y universal, el propio mural histórico que esbozan sobre sí mismas y la sociedad en la que se potencializan desde su diferencia sexual. De esa percepción deriva el llamado que hace Rigoberta Menchú en su testimonio al reclamar otras épocas por venir. Un tiempo en el que las mujeres “tendremos tiempo de narrar, de explicar nuestra historia” (Burgos 258).

4. RASTREO DE UNA VOZ-LENGUAJE-ESCRITURA PROPIA.

Letras de emergencia, escritura de urgencia, prosa de insurgencia. De estas y otras tantas maneras ha sido llamada la escritura testimonial que surge en América Latina al mismo tiempo que destacan los escritores del Boom.¹³³ En Centroamérica se volvió ineludible denunciar los desmanes de los estados autoritarios regionales, a través de textos que “se construyeron como una metáfora donde el drama histórico tomó las formas del drama de la escritura” (Arias 1998, 54). En el caso de las mujeres es su cuerpo ultrajado el que se constituye en el dispositivo de las escrituras testimoniales femeninas. Aunque descubren su propia voz recurren a la palabra de los varones para que sean éstos quienes les reconozcan el coraje demostrado como guerrilleras, a sabiendas de que el “lenguaje es uno de los medios que los hombres utilizan para asegurar su supremacía, y consecuentemente el sometimiento de las mujeres” (Moi 164).¹³⁴ Si bien en este período de guerra no tienen tiempo de reflexionar sobre el poder que tiene el lenguaje “para colonizar, para someter y para naturalizar lo que es una creación cultural” (Suárez 2000, 13), están conscientes que es la palabra masculina la valorizada socioculturalmente, pues existe “toda una tradición clásica -y misógina- que niega a la mujer el uso correcto de la palabra” (Molina 1994, 259).

Doris Sommer a escribir el artículo “Sin secretos”, donde especula que esos secretos son “más literarios que reales” (Sommer 151). Esa perspectiva de Sommer se comparte en esta investigación.

¹³³ Simultáneamente al fenómeno del Boom aparece la literatura testimonial pero, mientras las obras del Boom acapararon una atención y difusión que no tenía precedentes en las letras hispanoamericanas, las manifestaciones discursivas testimoniales se constituyeron en producciones marginales (Theodosiadis 11).

¹³⁴ Es parte de una cita que emplea Toril Moi en *Teoría literaria feminista*, del libro *Man Made Language*, (1980), de Spender, Dale, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Estas mujeres saben que el léxico referente al sexo femenino está invadido de connotaciones negativas y de intencionalidad peyorativa. Confirman en prisión que la mujer no es sujeto del lenguaje en la medida en que su discurso ha estado ausente en la cultura. Esta es la razón para que se imposibilite dar cuenta de la propia especificidad porque en el sistema androcéntrico la mujer está “excluida del lenguaje en cuanto subjetividad concreta; y queda excluida del lenguaje en cuanto subjetividad distinta” (Ramírez 135) debido a la situación asimétrica entre lo masculino y lo femenino. Esa disimetría se proyecta en todos los niveles de la estructura lingüística como se palpa en los nombres de las ocupaciones en las que “no existen más que las formas masculinas, y faltan los derivados morfológicos para designar a la mujer que realiza la misma actividad” (Violi 70). Es el caso de la palabra guerrillera.¹³⁵

Se dificulta poder contar la experiencia personal; “una experiencia vital, corporal, afectiva que es, en cuanto tal, la fuente inagotable de la capacidad del lenguaje de producir sentido” (Ramírez 136). Esta facultad se ve restringida al no reconocérseles a las mujeres la categoría de sujeto hablante por cuanto es el varón el poseedor de la verdad en la sociedad y quien ostenta el poder de nombrar y de asignar el sitio que deben ocupar las cosas, entre éstas las mujeres. Por eso no es raro que utilicen la palabra del otro, aunque ésta las agravie, como se puede comprobar en Las cárceles clandestinas donde Ana Guadalupe Martínez consiente que los carceleros la injurien, a través de cientos de páginas, para que se reconozcan sus méritos. De manera similar actúa Nidia Díaz quien emplea palabras que, por lo general, las expresa el varón.

Podría pensarse que, pese a las sublevaciones y las rebeldías ante sus propios padres y ante los gobiernos represores, estas mujeres aprueban el lenguaje colonizador sin inmutarse al reproducir enunciados despectivos. No obstante esta actitud puede ser también una estrategia discursiva con la que pueden demostrar lo gastado que está el discurso sexista en la sociedad. Tal sería la intención de Martínez al reproducir la palabra “puta” una y otra vez, lo que induce a pensar que el uso reiterado es un ardid de la autora para que la expresión pierda el sentido, tradicionalmente connotado, en la cultura. La repetición puede ser un arma de doble filo; por un lado puede reafirmar el sistema cuestionado con la

¹³⁵ Mientras se digita esta investigación se constata que el diccionario incorporado en la computadora señala como incorrecta la palabra guerrillera, mientras la versión en masculino no es corregida.

perpetuación de los prejuicios y estereotipos, pero también puede significar la subversión de ese orden debido a que “repetir hasta el exceso es entrar en la pérdida, en el cero del significado” (Barthes 1974, 55).

De manera análoga procede Nidia Díaz, en *Nunca estuve sola*, al permitir que sea la voz del verdugo la que se escuche, monótonamente, en su testimonio. Delimitadas, definidas y determinadas por el varón no es de extrañar que sea la palabra del torturador la empleada por las escritoras para que verifique su valor como guerrilleras, su desafío al sistema, su resistencia ante las torturas. Así lo hacen aunque el reconocimiento sea enfocado a través de los órganos sexuales masculinos, como se aprecia cuando Díaz comenta: “Allí están los interrogadores, los detectives. Cada vez que me aplican un impulso eléctrico, observan. Pero mi orgullo es mayor que el dolor y no doy muestras de ello. Uno de ellos, al ver que no me quejé, me dijo: -Vos si tenés huevos, Nidia” (119). Díaz emplea una perspectiva viril que le hurta “su individualidad y la capacidad de nombrarse a sí misma” (Molina 1994, 272). Reitera ese enfoque cuando emplea el término “vergonas” (155), como si la valentía solo enalteciera al identificarse con lo masculino debido a que la masculinización, en el sistema androcéntrico, no significa otra cosa que humanización.¹³⁶

La relación de lo heroico con la sexualidad masculina la ratifica Díaz en el comportamiento que asume con sus mismos compañeros cuando reproduce el discurso dominante en un diálogo con un camarada suyo, también encarcelado, al que alienta con las siguientes frases para que no se rinda “Te vas a ir de aquí. Hay que “hacerle huevo” –le digo. –Le estamos “haciendo huevo”, compañera” (191). Devaluadas socio-culturalmente las actividades femeninas frente a las acciones de los varones estas mujeres, pese a que han abandonado las actuaciones tradicionales para enrolarse como guerrilleras, no se atreven a nombrar sus propios órganos. Tanto Ana Guadalupe Martínez como Nidia Díaz recrean una perspectiva asociada con los órganos sexuales del varón para envalentonarse

“-Con que vos sos guerrillera, ¿no?

-Para ser guerrillera se necesitan huevos –respondí yo.

¹³⁶ El término “vergonas” recuerda la palabra “varona” como definió Adán a Eva, a quien no le reconoce existencia independiente porque supuestamente es creación suya. En *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Cristina Molina expresa que en “su primer despertar, Adán encuentra su sueño hecho realidad en la persona-objeto de Eva, a la que no reconoce una existencia autónoma: “esto es carne de mi carne”. Definiéndola en relación a sí misma, la nombra “varona” (Gen 2, 3), hurtándole su individualidad y la capacidad de nombrarse a sí misma” (Molina 272).

Y el otro me contestó:

-Vos tenés huevos. ¿Y todos los guardias que has matado entonces?"

(Martínez 29).

A pesar de la sujeción a la palabra del hombre para que confirme su propia valía en otras circunstancias, estratégicamente, hacen uso de la misma para exhibir la mezquindad y el ninguneo de los varones respecto a las mujeres, como la ocasión en la cual los guardianes le niegan a Nidia Díaz la categoría heroica con la expresión: "No te querrás llevar de héroe" (Díaz 55). Esa singularidad estaría supuestamente reñida con ella por la exclusión del vocablo en femenino. En esa negación del papel heroico de las mujeres no sólo destacan los torturadores. También concurren los mismos compañeros de lucha, según lo confiesa Díaz en Nunca estuve sola, al señalar: "los partes de guerra del frente urbano siempre los calzaba con nombres de hombres; no quería que se detectara que uno de sus principales jefes era una mujer" (69). Con esta aseveración se comprueba el ligamen entre el discurso y el poder político sin que se establezca ninguna distinción entre la autoridad tradicional y los grupos revolucionarios. Al firmar los informes de guerra con nombre masculino para que las directrices sean obedecidas, Díaz demuestra que en todos los sectores de la sociedad salvadoreña "el modelo de relaciones entre hombres y mujeres, la política sexual, sigue siendo parte de un contrato implícito que se nos impone sobre todo a las mujeres" (Fries 237). En ese sentido los revolucionarios no logran transgredir los paradigmas convencionales actuando de manera tradicional respecto a las mujeres.

Sujetadas aún por la palabra que nombra, ubica y anula, es sorprendente vislumbrar como estas escritoras-guerrilleras llegan a descubrir una escritura que "renuncia a la formulación abstracta, neutra y pretendidamente universal (...) para decir su diferencia y singularidad" (Ramírez 136-137). El dolor de su cuerpo se convierte en el disparador de estas escrituras que recurren a la memoria para recrearse porque, como sostiene Nietzsche, el "dolor tiene su sede en el cuerpo, es en él donde se inscribe el recuerdo, donde se graba la promesa, la deuda que el propio cuerpo deberá satisfacer. Estas inscripciones sobre el cuerpo grabadas a base de dolor, son vistas también como origen de la conciencia" (Azpeitia 267). Es precisamente esa conciencia la que las lleva a revelar y a denunciar las atrocidades de los regímenes dictatoriales contra el pueblo y simultáneamente a subvertir las narrativas tradicionales. La escritura de sus propias historias, en paralelismo con la

historia de su país, recrea una estética particular. Sus textos son una especie de collage que amplifica el campo de los estudios literarios al concentrar “un corpus heterogéneo de prácticas discursivas y de artefactos culturales” (Mignolo 25). Con las escrituras testimoniales ponen en discusión la institucionalidad, proclive a descalificar lo híbrido aunque sea una época de narrativas fragmentadas. Son relatos que no descartan las grafías femeninas albergando distintas formas de expresión literaria consideradas “géneros menores” como cartas, dibujos, canciones, poemas, mapas, fotografías...

En el libro Nunca estuve sola, Nidia Díaz injerta poemas suyos y ajenos que injerta en cualquier página sin importar si rompe con la coherencia del relato. De igual manera incorpora canciones o himnos de la insurgencia que canta, aunque le hayan prohibido hacerlo los carceleros, cuando quiere evadirse del dolor que padece en la cárcel o para alentar a algún compañero que han apresado. Los dibujos creados en cautiverio son incorporados en el relato, lo mismo que unas fotografías suyas en las que aparece armada y vestida de fatiga en campamentos en la selva; en algún mitín hablándole al pueblo; en las escalinatas del avión que la llevó al exilio en Cuba. En No me agarran viva Claribel Alegría también reproduce algunas cartas y fotos de Eugenia, guerrillera asesinada mientras realiza una misión de la insurgencia. Todos estos injertos-imágenes funcionan como textos dentro de la escritura testimonial otorgándole un carácter fragmentado y de incompletud.¹³⁷

Ante las dificultades que encuentran las escritoras-guerrilleras cuando deciden escribir, urden todo tipo de artimañas. Es de los mismos contratiempos sufridos en el proceso de escritura de donde nace, según confiesa Ana Guadalupe Martínez, el interés del público lector por su testimonio Las cárceles clandestinas, debido a la forma cómo se escribió, se publicó y se distribuyó la primera edición. La producción del libro fue furtiva, incluida su posesión y lectura porque “adquirirlo y leerlo estaba lleno de riesgos y peligros. No había otra alternativa que la clandestinidad. Fue un libro que pasó clandestinamente de mano en mano” (454). Esos inconvenientes para publicarlo reproducen y desenmascaran la mezquindad que ha imperado, a través del tiempo, para reconocer la creación femenina. Las mujeres han debido valerse de diversos artilugios para poder proyectarse culturalmente y no permanecer en esa especie de limbo que oscila entre el ocultamiento o el “olvido”,

¹³⁷ El dibujo que incorpora Díaz en el testimonio Nunca estuve sola donde se bosqueja vendada, enyesada, con heridas por todo el cuerpo y con vampiros de forma diabólica (rabo con tridente) y amenazantes (89), permite leerlo como un texto dentro de otro texto.

pero los obstáculos no siempre son nocivos pues algunas escritoras han visto en ellos retos por superar; una manera de experimentar nuevas estrategias para reclamar nuevos espacios en la sociedad.

Un espacio dentro de la historia literaria centroamericana demanda Ana Guadalupe Martínez, como escritora fundacional del testimonio en Centroamérica, por su libro Las cárceles clandestinas. De este relato que nació como un texto furtivo, para convertirse en una de las modalidades de escrituras autobiográficas femeninas, derivan numerosas obras testimoniales. Según Martínez, hasta ese entonces “no había ningún testimonio que denunciara los procedimientos ilegales y violatorios que usaban los cuerpos represivos cuando capturaban a los opositores al gobierno, ya fuesen estos del movimiento revolucionario o popular” (305). En Argelia, país remoto al que la guerrillera fue desterrada, decide escribir este texto en el que reconoce los objetivos que tuvo para publicarlo, pretensiones que coinciden con la utilidad dada por los insurgentes:

“mi testimonio tiene mucho de autocrítica sobre mi comportamiento frente al enemigo, pues considero que no supe responder como deben hacerlo los verdaderos revolucionarios. Espero que este libro sea útil en ese sentido, especialmente para que una sólida formación ideológica ayude a las nuevas generaciones de revolucionarios a ser mejores. Mi experiencia es una contribución a esa tarea formativa” (350).

El testimonio de Martínez se va a convertir en una especie de manual de resistencia para los guerrilleros. Así lo reconoce Nidia Díaz en Nunca estuve sola, narración en la que indica haber estudiado diferentes obras, entre ellas Las cárceles clandestinas que se convirtió en el texto de estudio de la guerrilla por su carácter pedagógico y su capacidad denunciadora (46). La escritura es visualizada por las guerrilleras que incursionan en la narrativa como arma de combate. Esa es la perspectiva de Nidia Díaz a quien le preocupa su brazo herido porque, según confiesa, “añoraba volver a escribir y utilizar las armas” (Díaz 195). Con esta imagen la testimoniante reconoce la doble actuación que desempeña como guerrillera y escritora. Ambas ocupaciones productivas tanto para defenderse como para atacar. Con este enfoque se adscribe a la denominación prosa de insurgencia; uno de los múltiples nombres dados al testimonio.

Las guerrilleras se percatan del poder de humanización que tiene la literatura por lo que, intencionalmente, hacen partícipes de ésta a los mismos carceleros. Así lo manifiesta Díaz en Nunca estuve sola al comentar que no reclamó a uno de los guardianes el libro prestado. “Era *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes. Había pensado pedírselo. Es más, se lo había mandado a pedir en una nota, pero lo pensé mejor, el libro le daría una lección sobre valores humanos, o al menos lo haría reflexionar: -Quédese con él, enséñeselo a los otros oficiales” (231).

Con la escritura de los testimonios las guerrilleras-escritoras sufren obstáculos análogos a los experimentados por distintas escritoras en otros tiempos. Así se palpa en el prólogo del libro Nunca estuve sola, en el que Nidia Díaz confiesa: “fue difícil escribirlo. La Cruz Roja Internacional me regaló una agenda y en ella escribía por medio de símbolos, para que no los leyera mi enemigo (...) cuando pretendí sacar la agenda de la cárcel intentaron quitármela; para prevenirme decidí quemarla, pero logré escamotear los jeroglíficos” (6-7). Por ello no es de extrañar que Díaz catalogue la escritura de su testimonio como un parto difícil y doloroso.¹³⁸ Adecuarse a cualquier espacio cuando se carece de un cuarto propio; recurrir a signos secretos; esconder los apuntes del enemigo; quemar los manuscritos, no son sino unas de las tantas estrategias utilizadas por las mujeres para traspasar los muros interpuestos a la creación literaria femenina. En especial esta escritura que germina intramuros y emana del deseo de gritar las penurias que sufre el pueblo centroamericano y el propio dolor corporal. De nada les sirve a los represores las múltiples prohibiciones y censuras hacia quien, como Díaz, está decidida a denunciar el régimen de terror que el ejército y los llamados cuerpos de seguridad emplearon en su contra durante ciento noventa días; tiempo durante el cual vivió y experimentó, corporalmente, las torturas mientras estuvo cautiva.

Son los mismos oficiales que la ultrajan quienes descalifican el libro de Díaz, aún sin haberlo escrito. Lo hacen mediante la difamación de Ana Guadalupe Martínez, autora de Cárceles clandestinas a la que denigran acusándola de haber mantenido amoríos con un guardia aunque “después se puso a escribir paja en su libro (...) y vos seguro que también vas a escribir mierdas” (Díaz 55). Paja y mierda son los términos empleados por los

¹³⁸ Ver la contraportada del testimonio Nunca estuve sola; edición consignada en la bibliografía respectiva.

torturadores para calificar la escritura testimonial de las guerrilleras, apelativos que no difieren mucho de los aplicados por el canon, durante siglos, contra la escritura femenina.

Los obstáculos persisten cuando Díaz decide escribir y le solicita a un poeta que le ayude a redactar, o cuando requiere conocer el concepto de lo que se supone es un testimonio; noción que le resume un periodista en una frase. Similar incertidumbre la aqueja cuando el Consejo Editorial de la UCA, le pidió un perfil más humano en su texto. Todas estas vacilaciones para escribir y publicar son motivadas por la inseguridad que tiene como escritora. Estas dudas se agudizan porque, según reconoce Díaz, algunos “de los escritores que me lo corrigieron me decían que yo no era buena para la pluma, que para otras cosas sí pero para escribir no” (Díaz 8).¹³⁹ Esa es la razón del titubeo y la premura por acudir a distintos referentes, masculinos todos, para respaldarse; se vuelve una necesidad que la palabra del otro la confirme como escritora.

Enjuiciadora de los regímenes represivos, la escritura testimonial despierta temores no sólo entre los tiranos sino entre los traidores infiltrados en los grupos insurgentes. Los testimonios de Martínez y Díaz acusan y desenmascaran a los delatores del propio grupo guerrillero citándolos en varias ocasiones con nombres y apellidos y señalándolos como los culpables de su detención y encarcelamiento. Similar denuncia hace Menchú en su testimonio contra los terratenientes que se apropian de las tierras indígenas revelando tanto los datos patronímicos de los usurpadores como las regiones que están bajo el dominio latifundista. Por su parte, Alegría revela las arbitrariedades contra el pueblo centroamericano al mismo tiempo que destaca el papel de la mujer salvadoreña en la lucha armada contra las tiranías nacionales y los intereses de gobiernos foráneos.

Esa misma escritura conduce a estas mujeres a la búsqueda de una nueva subjetividad femenina a través de la exploración cartográfica de sus cuerpos. Expropiadas culturalmente de su corporalidad, empiezan a recuperarla cuando están más subyugadas porque es intramuros que adquieren conciencia de su cuerpo sexuado al ser violentadas por el aparato represor. Es una travesía en la que descubren la diferencia sexual a través del dolor del cuerpo ultrajado por los carceleros, mientras están cautivas. Los testimonios analizados son

¹³⁹ Díaz no sólo reconoce en el prólogo de su testimonio que no es escritora sino que la presentadora de libro María López Vigil comenta a su vez que la salvadoreña le contó que reconocía no tener madera de escritora.

textos-cuerpos que, por derivarse del dolor, no conocen del erotismo; del goce sexual femenino.

5. CUERPO EXPROPIADO, CUERPO TOMADO, CUERPO DE DOLOR

La corporalidad femenina que emerge en los testimonios está encarcelada literalmente o se mueve en la clandestinidad. Al comprometerse con los proyectos políticos de los grupos revolucionarios y denunciar y combatir a los gobiernos dictatoriales de sus respectivos países, las guerrilleras-escritoras se convierten en perseguidas políticas o en mujeres cautivas. Si bien los regímenes las van a hostigar, como lo hiciera con algunas de las precursoras autobiográficas, las guerrilleras los enfrentan desde los grupos insurgentes. Sin embargo algunas de ellas sufren la expatriación como secuela de sus actividades revolucionarias o se acogen al exilio como último recurso para sobrevivir. Es en el destierro donde Martínez y Díaz encuentran la palabra con la que rompen el silencio y tejen sus relatos testimoniales.

No todos los textos exploran y articulan el cuerpo de igual manera. Las circunstancias varían de unas a otras debido a que quienes se ven sometidas a las mayores vejaciones son las guerrilleras que caen prisioneras en las cárceles legales o clandestinas. La experiencia carcelaria les otorga mayor conciencia de su corporalidad, sometidos como están sus cuerpos a torturas inimaginables. Sólo el desconocimiento de la trama de la diferencia sexual y del carácter diverso de la subjetividad humana puede soslayar la evidencia de que “no se puede tener experiencia del cuerpo que no sea una experiencia de un cuerpo sexuado” (Ramírez 136).¹⁴⁰ Esa situación recrudece especialmente en la prisión donde se deja sentir “toda esa tecnología del poder sobre el cuerpo” (Foucault 1997, 37). Esto por cuanto la “prisión es el único lugar en el que el poder puede manifestarse de forma desnuda, en sus dimensiones más excesivas (...) el poder no se oculta, no se enmascara, se muestra como tiranía llevada hasta los más ínfimos detalles, poder cínico y al mismo

¹⁴⁰ En “El sujeto diverso. Feminismo, lenguaje y cultura”, Mario T. Ramírez reseña la obra El infinito singular, de Patricia Violi. La cita que se realiza en esta investigación es un fragmento de esa obra (138).

tiempo puro, enteramente “justificado” ” (Foucault 1995, 81). Así lo reconoce y experimenta en carne propia Ana Guadalupe Martínez al afirmar en Las cárceles clandestinas:

“en el caso de la mujer, el abuso sexual, la constante referencia a la violación, los manoseos, etc, son algunos de los elementos de presión más fuertes para desmoralizar que los cuerpos represivos tienen en su arsenal. El sólo hecho de sentir un par de manos asesinas que tocan el cuerpo causa repulsión y angustia a la vez ” (54).

Es en cautiverio donde las guerrilleras van a experimentar el drama del cuerpo, tomado por los verdugos como señal de triunfo. Pero es también en ese reducto, y como cautivas, que visibilizan un proceso de subjetividad desde sus propias especificidades a través de los intentos de reapropiación que hacen del cuerpo femenino; en un sitio donde no es posible pensar en su derecho de pertenencia. Es precisamente por la apropiación de su cuerpo que estas mujeres luchan desde el primer momento de su captura por cuanto los guardianes se creen con derechos de propiedad sobre la sexualidad femenina. Así lo señala Martínez cuando revela que uno de los carceleros “me agarró las piernas y quiso abrírmelas. A pesar de que tenía una de ellas muy golpeada, hice esfuerzos porque no consiguieran hacerlo. Cuando vio que no podía, se me tiró encima y empezó a manosearme, y entonces, empecé a forcejear y gritar” (54).

La expropiación del propio cuerpo la patentizan las testimoniadas mediante diferentes estrategias. Entre ellas mostrar la insuficiencia del lenguaje heredado, instrumento monopolizado por lo masculino, para nombrar su mundo. De esa manera destacan la sexuación del cuerpo femenino como “lugar privilegiado de lucha y de manipulación patriarcal” (Carrera 82). Ese enfoque se percibe en los testimonios que usan el lenguaje trillado del varón para insultar a la mujer; palabra con el que el sistema de dominación masculino escamotea el cuerpo femenino que pasa a ser un objeto descalificado, sometido y ultrajado. El testimonio de Ana Guadalupe Martínez es una práctica discursiva que se construye “desde la corporalidad, desde el dolor de un cuerpo como un texto de la cultura de la violencia y como trofeo de guerra” (Molina 2000, 235). El término “puta” repetido, una y otra vez, por los soldados es sólo una de las tantas frases para confiscar y deslegitimar el cuerpo de la guerrillera. El texto Las cárceles clandestinas tiene cientos de

páginas llenas de insultos al cuerpo y a la sexualidad femenina, como el que reproduce la autora cuando uno de sus captores le espeta al apresarla “vos te llamás Norma Guadalupe Martínez y te dicen “Tiburcia”. Ya te vamos a pisar. Mírenla, tiene buen culo esta puta” (30). Estas expresiones de los captores, con las cuales la guerrillera recrea su captura y reproduce los interrogatorios y las torturas que sufrió durante siete meses de cautiverio, muestran que “las relaciones entre la mujer y su cuerpo están inscritas culturalmente” (Migliónico 1).

Martínez constata en su testimonio que si bien la relación entre el cuerpo femenino y la cultura que lo rodea ha significado la marginalidad de las mujeres ella es capaz de elaborar su propia narración escrita con el dolor de su cuerpo. En su relato muestra la relación entre el poder y el cuerpo femenino en el que se materializa la exclusión social. La guerrillera salvadoreña construye una escritura-memoria de resistencia que otras mujeres podrán recrear en otros tiempos. Su historia no parte de un “cuerpo monolítico y unidimensional que ha regido las letras por muchos años” (Migliónico 6), durante los cuales las mujeres fueron contadas por los varones, sino de un cuerpo descentralizado que acoge en el suyo los de otras mujeres ultrajadas. Su obra se convierte en un referente para todas las mujeres que se involucran en las luchas populares y se aventuran en la recuperación y reivindicación de sus propios cuerpos. Este hecho se puede comprobar cuando Nidia Díaz cita Las cárceles clandestinas como texto de estudio o sale en su defensa ante los carceleros quienes intentan descalificarlo valiéndose de calumnias sobre la sexualidad de la autora (46 y 55). El eco de este libro también se escucha cuando Martínez es entrevistada por Claribel Alegría en la obra No me agarran viva. La proyección del relato se comprueba en períodos subsiguientes cuando otras mujeres se inscriben en esa forma narrativa para relatar sus propias experiencias privadas.

No obstante que las mujeres arrastran una subjetividad negada, alienada o definida por el otro, estando en la cárcel Martínez y Díaz son conscientes del “carácter sexualmente diferenciado de la subjetividad (...) que imposibilita reducirla a una realidad unitaria y a una forma general” (Ramírez 136), en la que lo masculino es lo humano universal. Las torturas, dirigidas específicamente hacia la mujer, son palpables en el siguiente segmento del testimonio Las cárceles clandestinas: “lo mejor era que yo misma me quitara la ropa para que no tuvieran la oportunidad de manosearme. Lo hice y se las di. Pensé quedarme con el

calzón pero “La Perica” ordenó: ¡Quitáte el calzón también! (...) Estarás sin ropa todo el mes que viene” (105).

En los diálogos que entablan los carceleros, comentarios que incorpora Martínez en su testimonio, se percibe la vejación del cuerpo femenino. El ultraje se evidencia cuando la testimoniante comenta la forma en la que los torturadores aprovechaban cualquier ocasión “para manosearme, para tocarme los pechos, los genitales, las piernas y hacían bromas alrededor de esto” (36). Además su cuerpo está expuesto a las burlas y al abuso de los torturadores, desde el mismo momento de su captura, al ser exhibido desnudo durante varios meses por cuanto una de las tantas torturas a que la someten es la prohibición de cubrir su cuerpo con algún tipo de vestimenta. La desnudez deja al descubierto un cuerpo vulnerable e indefenso porque “el cuerpo femenino codificado como desnudo es entendido como sexualmente agredible” (Rivera 1996, 42). Esa experiencia provoca en la guerrillera-escritora la sensación de absoluta indefensión, desamparo, desprotección, humillación y carencia de intimidad pues:

“el vestido no cumple una única función, sino múltiples y ambiguas: protege, oculta y exhibe (...) Todos aquellos símbolos exteriores de nuestra identidad (...) sucumben a la humillación, si somos despojados de ellos de manera involuntaria. Porque las ropas que nos cubren son un lenguaje a través del cual informamos a los demás acerca de nosotros mismos; los vestidos, en el ser humano, tienen la función de cubrir la animalidad (el cuerpo), de representar los valores culturales en los que creemos. Diríamos que también en los que no creemos pero que la cultura impone” (Fariña 245).¹⁴¹

En un régimen en el que impera todo tipo de torturas el despojo de las prendas se va a constituir en una de las mayores afrentas humanas. Estudios antropológicos han demostrado el desgaste que sufre una persona desnuda y en condiciones adversas pues sólo puede tolerar sin comer y sin beber, martirios a los que también se las somete a estas guerrilleras, “un período muy breve, por razón de la rápida dispersión de energías sobre toda la

¹⁴¹ Ma. Jesús Fariña en “Condición de mujer. Las políticas del género en la obra poética de Cristina Peri Rossi”, inserta en la nota al pie No. 15, pág. 245, esa reflexión que hace Peri Rossi en *Fantasías eróticas*, (179).

superficie del cuerpo descubierto” (Mc Luhan 158).¹⁴² Esto por cuanto el vestido también puede ser un instrumento destinado a combatir condiciones hostiles como la carcelaria donde las mujeres están a expensas de los vigilantes que se erigen en potenciales violadores “puesto que, en principio, sólo el género masculino detenta la titularidad sobre los cuerpos de éstas y sólo ellos podrían abusar de él” (Fries 241). Esto por cuanto desde la creación del patriarcado, los hombres se apropiaron del control de la sexualidad femenina antes de reglamentar otro tipo de instituciones como la propiedad privada y las clases sociales, según lo expone Gerda Lerner.¹⁴³ La violación, que se entiende siempre “como violación de un cuerpo femenino, es un mecanismo de las sociedades patriarcales que recuerda a las mujeres que su cuerpo no les pertenece plenamente; que su cuerpo puede ser siempre inseminado, que su cuerpo puede verse siempre forzado a la maternidad no deseada” (Rivera 1996, 44).

En esa expropiación del cuerpo femenino juega un papel preferente el pacto fundamental, llamado por Carole Pateman contrato sexual que “sería el pacto entre hombres sobre el cuerpo de las mujeres. Este pacto es esencial para entender el parentesco, el género y la subordinación social de las mujeres a los hombres en cualquier época histórica de predominio patriarcal” (Rivera 1996, 39).¹⁴⁴ Según Pateman, el contrato social original fue en realidad “un contrato sexual-social, en el que los hombres derrocaron el dominio de los padres pero sólo para instituir un acuerdo fraterno que garantizaba el acceso del hombre al cuerpo de la mujer” (Pringle y Watson 70). Hoy igual que ayer quien sale beneficiado es el varón por cuanto las mujeres son tratadas como objetos o receptáculos de las decisiones político-sociales sin que se las considere participantes de éstas. De ahí la importancia de “reconstruir la historia para que figuren ambos sexos” (Phillips 27).

¹⁴² En Los cuerpos dóciles: Hacia un tratado sobre la moda, Paula Croci y Alejandra Vitale compilan una serie de estudios sobre la moda. Entre ellos el que expusiera Marshall McLuhan en Guerra y paz en la aldea global, Planeta-Agostini, 1985, Barcelona, cuando se refiere al vestido como una arma en el apartado “Vestido: arma y tecnología”. Aunque el autor, basado en estudios antropológicos, se refiere a condiciones extremas como el calor, bien puede aplicarse a las cárceles donde las condiciones de los cautivos son totalmente adversas.

¹⁴³ Véase Gerda Lerner. La creación del patriarcado. Barcelona: Crítica, 1990.

¹⁴⁴ María-Milagros Rivera Garretas se refiere en El cuerpo indispensable: significados del cuerpo de mujer, al contrato sexual (39), término acuñado por Carole Pateman en su libro The sexual contract, Stanford, CA, Stanford University Press, 1988 (Barcelona, Anthropos, 1995). Otros artículos que se refieren al libro de Pateman son “Las pretensiones universales del pensamiento político” de Anne Phillips y “Los intereses de las mujeres y el Estado postestructuralista” de Rosemary Pringle y Sophie Watson. Ambos estudios publicados en Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos, obra editada por Michele Barrett y Anne Phillips.

Las guerrilleras-escritoras están conscientes del desposeimiento del propio cuerpo dominado por el otro y de la relación entre lo sexual y el poder. Este hecho se puede constatar, en Las cárceles clandestinas, cuando Ana Guadalupe Martínez comenta que desde el mismo momento de su detención “la amenaza sexual fue el primer mecanismo de presión que usaron para desmovilizarme y atemorizarme. Obviamente, esto es uno de los principales métodos de tortura y presión contra las mujeres” (30). De esta perspectiva se desprende la conciencia que adquiere Martínez de la diferencia sexo-género en la sociedad en la que, tradicionalmente, el cuerpo femenino es propiedad del hombre. En su caso una posesión aún más penetrante por ser cautiva.

Entre las torturas corporales padecidas por la testimoniante está la prohibición de asearse o bañarse con regularidad y soportar el hambre durante períodos de tres semanas. Esas condiciones le provocaron que, a “medida que pasaba el tiempo, los codos, la espalda y algunas otras partes del cuerpo donde los huesos son más prominentes, se fueron poniendo negruzcos. Cada mañana se sentía más adolorido el cuerpo (...) ya que el colchón de músculos que envolvía los huesos había disminuido” (302). Otra de las torturas es mantenerla con una venda que le tapa e infecta sus ojos. Este vendaje se lo quitan, únicamente, cuando los torturadores le muestran los simulacros de ejecución o la obligan a observar las vejaciones y las humillaciones infligidas a ella y a los otros guerrilleros encarcelados. Esta venda, cuya remoción le arranca partes del cabello acarreando mayor malestar al ya existente, es utilizada por el verdugo no sólo como instrumento para amedrentar, desorientar y desubicar sino como un “símbolo para la creación del horror, preámbulo al castigo corporal por medio de la utilización de la electricidad” (Berenguer 197), de los manoseos, los golpes, las patadas y las violaciones.

Las descargas eléctricas se las aplican en los pezones y la vagina partes que, externa e internamente, identifican su cuerpo sexuado. Esta acción inhumana, en la que participan dos de los interrogadores, la describe Martínez en su testimonio:

“uno me desabrochó el pantalón y me lo bajó; el otro me puso otra cosa la cual no puedo describir por no haberla visto, sólo siento lo frío del metal o algo parecido. Me subieron un poco el pantalón y acto seguido vino una nueva descarga. Me hizo retorcerme del dolor, era un ardor, como una brasa que quemaba, una sacudida general hasta en la última

identifica la guatemalteca Yolanda Colom su texto Mujeres en la alborada, obra publicada en 1998. Memorias de amor y guerra es el subtítulo dado por Gioconda Belli a su libro El país bajo mi piel, texto publicado en 2001. En tanto Aura Marina Arriola denomina autoetnografía de una mujer guatemalteca su obra Ese obstinado sobrevivir, libro publicado en el 2000. Las tres obras citadas constituyen el corpus que se analiza en este capítulo. Si bien durante este período se publican diversas obras autobiográficas femeninas, se eligen las citadas no sólo por el replanteamiento que hacen las autobiógrafas sobre la subjetividad femenina sino por la relación que establecen con el contexto histórico político al registrar la transición de la época de guerra a la de paz, aunque sea una paz relativa.¹⁵¹ Por enfocar el tiempo de guerra en Centroamérica de manera retrospectiva, estas escritoras pueden reconocerse tanto como gestoras y militantes de la revolución, como autocríticas del poder sin distinciones ideológicas al mostrar el desencanto político derivado de las actuaciones de la dirigencia de los movimientos insurgentes o de los gobiernos revolucionarios. Valiéndose del conocimiento disponible, y empeñadas en replantear la subjetividad desde

¹⁵¹ Las obras autobiográficas femeninas centroamericanas, escritas en la última década de los noventa y principios del siglo XXI, son numerosas. Sin embargo no enfocan, como lo hacen las seleccionadas en el corpus, el elemento histórico-político ni la perspectiva de género. Algunos de estos textos son colectivos o están dirigidos a un público foráneo y por tanto escritos en inglés. Entre los textos publicados en este período está Soledad: Tú eres el enlace, (1995) en la que la escritora nicaragüense Rosario Aguilar se convierte en la biógrafa de su madre-abuela. Es un viaje por la genealogía materna; por el pasado de su propia historia. Este es mi testimonio: María Teresa Tula, luchadora pro-derechos humanos del Salvador (1995), es un testimonio transcrito por Lynn Stephen sobre la vida de María Teresa Tula, mujer que se involucra en la vida política de su país para luchar por los derechos humanos. Sueños del corazón es la obra de la ex mandataria nicaragüense Violeta Chamorro publicada en inglés en 1996. En un plano colectivo y subtítulo: testimonios de guerrilleras y colaboradoras del FMLN, se publica el libro Y la montaña habló, (1997), bajo el auspicio de Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas). Es un estudio realizado por investigadoras salvadoreñas "sobre el impacto de la guerra en las vivencias sexuales y maternas de las guerrilleras y colaboradoras del FMLN" (5). Otro libro que reúne las historias de numerosas mujeres es la obra Nuestras utopías Mujeres guatemaltecas del siglo XX (1998), donde Norma Stoltz "rescata la memoria histórica de la participación femenina en hechos sociales que fueron determinantes para la configuración de la Guatemala de los últimos 50 años" (9). En este texto, y entre muchos otros fragmentos de vida, se reproducen relatos de Aura Marina Arriola y de Yolanda Colom, autobiógrafas analizadas en este capítulo. Otro texto publicado en este período es Canto a mi tiempo (1998), de la escritora costarricense Virginia Grütter, en el que la autora relata su infancia y adolescencia. También se publica el relato testimonial KAL B'OP (2001), de Engracia Reyna Caba, ixil guatemalteca, quien además de narrar su vida de guerrillera, describe la violación sufrida por ella y otras mujeres cuando las aldeas indígenas fueron arrasadas por el ejército de su país. De sanación y catarsis habla la obra testimonial Al desnudo (2001), de la nicaragüense Mayra Cristina López en la que, junto con la denuncia por la violencia doméstica padecida, cuenta sus problemas mentales producto de la mal praxis médica. Los textos autobiográficos publicados en los últimos años en Centroamérica comprueban que "la apertura y la expresión de la intimidad, tanto en su dimensión individual como en su dimensión colectiva, pueden tener tantas formas y seguir tantos caminos como individuos y colectividades existen. No son manifestaciones únicas y uniformes" (Martínez 1999, 98).

fibra muscular” (112).

Son dos también los carceleros que se alían para violar a la guerrillera, experiencia en la que el cuerpo se convierte en receptáculo del dolor. Esta pesadilla la recrea al narrar las circunstancias en las que uno de los torturadores se abalanzó sobre ella lanzándola al suelo a la vez que la intimidaba diciéndole:

-De nada te sirve gritar, porque hoy estoy yo de turno. Yo soy el que manda esta semana aquí y nadie va a venir si yo no los mando llamar. Mis gritos fueron ahogados por las paredes de la celda. Rápido me agoté. El sargento aprovechó para llamar a uno de los agentes para que me detuvieran y así pudo violarme. Andaban ebrios, el olor a guaro que se sentía en la celda era asqueroso” (118-119).

La pesadilla vivida con la violación se prolonga en la preocupación que experimenta la guerrillera de estar embarazada; especialmente cuando no le bajó la menstruación. La angustia se extendió por varios meses debido a que el período menstrual se interrumpió por el estrés sufrido desde que cayó en manos del aparato represor. Estando prisionera en las cárceles clandestinas salvadoreñas, Martínez adquiere la conciencia sobre su propia corporalidad porque es únicamente el cuerpo femenino el que se ve sometido a violencias que acarrearán otras consecuencias posteriores, como quedar preñada por el enemigo. Desmoralizada ante la posibilidad de estar encinta piensa “en una sola idea: abortar si era un embarazo. Sólo pensarlo me provocaba una desesperación indescriptible” (119).

El desposeimiento del cuerpo lo sufre también Nidia Díaz mientras estuvo encarcelada. Baleada al momento de su captura una vez cautiva le niegan las curaciones de las heridas causadas por quienes la hacen prisionera. Esta situación se palpa a través del diagnóstico médico que Díaz reproduce en el testimonio Nunca estuve sola al indicar las múltiples heridas de balas que tiene “en su escápula derecha, muslo izquierdo, pie izquierdo, el brazo y el antebrazo derecho y una quemadura de segundo grado en su brazo derecho” (30-31).¹⁴⁵ Es como si con esta descripción especializada y aséptica quisiera apartarse del sufrimiento y del dolor de su cuerpo vejado mediante múltiples torturas físicas y psicológicas. Según

¹⁴⁵ El interés de Nidia Díaz por incorporar en su testimonio el diagnóstico que le realizó el médico de la cárcel, podría deberse a sus estudios de medicina. Esta carrera la abandonó para ingresar a la carrera de psicología debido a que esta disciplina demandaba menos tiempo. De esa manera pudo entregarse con más continuidad a sus actividades clandestinas.

relata, los interrogadores le aplicaron cuarenta distintos tipos de torturas. Entre ellas golpes a toda hora, impedirle dormir hasta por dos semanas seguidas, pasarle una sierra varias veces seguidas y muy cercana a su cuerpo. También prohibirle cantar, no permitirle asearse mientras los piojos la invadían y la aplicación de electricidad en distintas partes del cuerpo. Además le mantienen los ojos vendados y le imponen capuchas que apenas le permiten respirar; experiencias que la llevan a desarrollar el olfato, el oído y el tacto.

De los tormentos padecidos en cautiverio deja evidencia visual a través de dibujos en los cuales materializa el dolor de su propio cuerpo seccionado y cubierto por escayolas y vendajes. Sin importarle la estética dictada por la academia Nidia Díaz dibuja su silueta-cuerpo para mostrar un dolor que va más allá de lo verbal. Sus esbozos son un registro histórico donde nos hace partícipes de la desolación del cuerpo fragmentado tras/por las rejas en el que somatiza su dolor y malestar.

Otra de las testimoniantes que habla del cuerpo femenino es Rigoberta Menchú cuando se refiere al secuestro y asesinato de su madre, por parte del aparato represivo del estado guatemalteco. En Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia la informante denuncia el calvario que sufrió su madre mientras estuvo en poder de los militares quienes se ensañaron en ella, violándola una y otra vez y sometiéndola a vejaciones inimaginables hasta terminar pulverizándola. Pero antes le cortaron las orejas y la desfiguraron con cortaduras por todo el cuerpo para arrojarla de seguido en un descampado:

“La llevaron debajo de un árbol y la dejaron allí viva, casi en agonía. No dejaban que mi madre se diera vuelta y como toda su cara estaba desfigurada, estaba cortada, estaba infectada, casi no podía hacer ningún movimiento por sí sola. La dejaron allí más de cuatro o cinco días en agonía; donde tenía que soportar el sol, tenía que soportar la lluvia y la noche. De modo que mi madre tenía ya gusanos, pues en el monte, hay una mosca que se para encima de cualquier herida e inmediatamente, si no se cuida el herido, en dos días ya hay gusanos por donde ha pasado el animal. Y como todas las heridas de mi madre estaban abiertas, entonces tenía gusanos y estaba viva todavía. Después en plena agonía, se murió mi madre. Cuando se murió mi madre, los militares todavía se pararon encima de ella, se orinaron en la boca de mi madre cuando

ya estaba muerta. Después dejaron allí tropa permanente para cuidar su cadáver y para que nadie recogiera parte del cuerpo, ni siquiera sus restos. Allí estaban los soldados cerca del cadáver y sentían el olor cuando mi madre empezó a tener bastante olor. Estaban allí cerca, comían cerca de mi madre y con el perdón de los animales, yo creo que ni los animales actúan así como actúan esos salvajes del ejército. Después mi madre fue comida por los animales, por perros, por zopilotes que abundan mucho en esa región, y otros animales que contribuyeron. Durante cuatro meses, hasta que vieron que no había ninguna parte de los restos de mi madre, ni sus huesos, abandonaron el lugar” (224-225).

Los militares ejecutan la desaparición corporal de la madre de Menchú, una mujer que, según cuenta la hija, se rebeló ante las arbitrariedades del gobierno y no se exilió, como le proponían algunos curas y monjas, porque “ella decía: no es posible, mi pueblo me necesita y aquí tengo que estar (...) una evolución, un cambio, sin la participación de las mujeres no sería un cambio” (220-221). Con la convicción expuesta por la disidente no es raro el salvajismo demostrado por los soldados en su cuerpo. Un cuerpo al que exterminan sin dejar ningún rastro en un intento por borrar la rebeldía femenina; en este caso tres veces marginal por ser mujer, indígena e insurrecta.

De Eugenia, guerrillera recreada por Claribel Alegría en el testimonio No me agarran viva, se sabe que fue acorralada, ametrallada y muerta por los soldados que le pusieron una trampa. De igual manera mataron años después a su hermana Marta, una de las narradoras del testimonio sobre su hermana, quien mientras relata parte de la historia de Eugenia revela que estando ella encarcelada y a punto de dar a luz fue ultrajada por algunos soldados que

“me levantaron el vestido. Me empezaron a tocar, panzona y todo. Decían: Ya vamos a traer la gilette, no te preocupés, aquí va a nacer éste, aquí tiene un montón de papás y va a tener otros papás y amenazaban con violación y había uno de ellos que quería ganarme para que hablara (...) me pegaron en la espalda, con la culata, pero yo no dije nada” (70).

Las torturas al cuerpo femenino las recrea Alegría por medio de las narradoras que cuentan retazos de la biografía de Eugenia en los que intercalan sus relatos personales como el de Tulita a la que torturan durante los once meses que estuvo encarcelada. Sin embargo, lo que trasciende en el testimonio es la historia de las mujeres caídas en combate, mientras realizan las misiones encomendadas por el grupo insurgente. Más que de cuerpos ultrajados en el testimonio No me agarran viva se consigna el papel jugado por las guerrilleras, antes de ser asesinadas por los diferentes regímenes dictatoriales salvadoreños.

El cuerpo de la madre, el de la hermana, el de la amiga, el propio cuerpo, todos están marcados por la agresión a que las somete el aparato represor estatal. Sus cuerpos se hallan en la más absoluta indefensión pese a la fortaleza y la resistencia que demuestran estas mujeres en su afán por reapropiarse de ellos. Tomados sus cuerpos por el poder la escritura testimonial germina del dolor o de la desaparición de éstos.¹⁴⁶ Los testimonios femeninos, escritos durante las décadas setenta y ochenta, son textos que no hablan del goce del cuerpo; ese gran desconocido para esas mujeres cuya sexualidad es ultrajada de maneras inimaginables pese a que, en esa misma época, se desencadena la liberación sexual femenina.

La exploración del goce y del erotismo la harán otras escritoras que emergen, simultáneamente, con las testimoniantes. Durante esta época irrumpe en Centroamérica una poesía femenina en la que las mujeres descubren su propio lenguaje. Con él nombran su mundo y su propio cuerpo transgrediendo las reglas fijadas por el sistema patriarcal.¹⁴⁷ Es una poesía de la que se ha dicho tiene una referencialidad autobiográfica, pero las poetisas pueden actuar en un doble juego debido al desdoblamiento del sujeto lírico que está vuelto no sólo sobre sí mismo sino sobre el mundo en una tensión desplazada, irresuelta y por tanto en una génesis inasible, constantemente renovada. Ese vaivén les permite a las poetisas evadir prejuicios y estereotipos apresurados y reduccionistas al moverse, pendularmente,

¹⁴⁶ En Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo", Judith Butler hace referencia a lo que escribiera Freud en The Ego and the Id, (1923), libro en el que comenta que "el dolor corporal es la condición previa del autodescubrimiento corporal". En una nota al pie Butler precisa sobre esa misma reflexión: "el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente de aquellas que surgen de la superficie del cuerpo" (Butler 97-98).

¹⁴⁷ Véase "Poetas centroamericanas de la rebelión erótica" de Magda Zavala. En Afrodita en el trópico, libro editado por Oralia Preble-Niemi.

entre lo referencial y lo ficticio, sin que puedan establecerse categorías estáticas o fijistas.¹⁴⁸ Estas poetas centroamericanas, entre las que sobresalen Ana María Rodas, Gioconda Belli, Luz Méndez de la Vega y Ana Istarú, conquistan un lenguaje acorde a sus deseos con el que poetizan su cuerpo al rehacer

“la palabra poética, una conexión -cuerpo/palabra/poder- que desarrollan explícitamente en sus versos y que oponen a la violencia y la opresión que las rodea. Reafirman el poder de la poesía y de la mujer-poeta al recrear a la mujer, no como el símbolo de un pasivo pueblo o un territorio sujeto al mando del varón dominante, sino como la forjadora de un espacio-amoroso que suplante el campo de batalla” (Robbins 153).

Las censuras a esta poesía, por parte de la sociedad puritana, no logran silenciarla. Los desafíos que promueven las poetas con sus versos subvierten ideologías y religiones, como lo ratifica el poemario de Ana María Rodas Poemas de la izquierda erótica (1973), o Eva sin Dios (1979), de Luz Méndez de la Vega.¹⁴⁹ Estas poetas y otras que las seguirán, como Dina Posada, celebran con sus versos el descubrimiento de la sexualidad femenina cantándole al clítoris como lo hace Ana Istarú, y a otras cavidades o relieves de la cartografía deseante del cuerpo femenino.¹⁵⁰ De esta celebración no participan las escritoras testimoniales porque su cuerpo está traspasado por el dolor y el sufrimiento.

No son las rutas del goce las que exploran los testimonios femeninos estudiados porque la travesía que realizan estas mujeres es por un cuerpo torturado, herido y marcado por el dolor. Realizan la búsqueda de una nueva subjetividad femenina a través de un cuerpo-escenario en el que el poder de la dictadura-patriarcado cercena cualquier vislumbre del

¹⁴⁸ Sobre la dualidad del sujeto lírico y la imposibilidad de verificar los hechos referenciales o ficcionales véase el artículo de Dominique Combe La referencia desdoblada: el sujeto lírico entre la ficción y la autobiografía, publicado originalmente como “La référence dédoublée: Le sujet lyrique entre fiction et autobiographie”, en Dominique Rabaté (ed.), *Figures du sujet lyrique*, París, Presses Universitaires de France, 1996, (37-63). Traducción de Ángel Abuín González.

¹⁴⁹ Según los planteamientos hechos por Jill Robbins, en “La poesía erótica femenina y la inscripción de la mujer en la cultura guatemalteca”, con el poemario Poemas de la izquierda erótica, Rodas les responde “a las metanarrativas dominantes y masculinas, o sea a la tiranía y a la guerrilla. Este es un paso transgresivo hasta dentro de la revolución, ya que toda la sociedad, incluso el hombre deseado, el rebelde, le condenaría por su deseo” (Robbins 154).

¹⁵⁰ En Afrodita en el trópico: erotismo y construcción del sujeto femenino en obras de autoras centroamericanas, especialistas literarias de la región analizan la obra poética de las poetas más destacadas. Algunos de los artículos se refieren al carácter autobiográfico que tienen algunas de estas escritoras. Sin embargo esta poesía no será analizada en esta investigación porque ese corpus demanda una indagación exclusiva.



placer corporal femenino. En ese período de liberación sexual en el que las mujeres comienzan una nueva era respecto a la sexualidad, la guerra parece haberles mutilado el goce sexual que permanece invisibilizado en sus textos. Sin embargo, exploran y disfrutan el placer de la escritura a través de la cual se convierten en (d)enunciaciones de lo que sucede en Centroamérica. Una región tomada por los tiranos como lo está también la corporalidad de algunas testimoniantes.

La escritura testimonial es revolucionaria como lo son estas guerrilleras-escritoras que combaten a los gobiernos dictatoriales. Es una escritura de resistencia porque estas mujeres toman la palabra en las situaciones más adversas para recrear la subjetividad femenina desde su diferencia sexual. De esa manera subvierten el sistema de dominación masculino para desplegar una práctica discursiva anclada a su experiencia personal con la que intentan configurarse sujetos en un tiempo conflictivo y en un contexto sociopolítico específico. Con sus escrituras, caracterizadas por la hibridez y por tanto desafiantes de lo canónico, transmiten el anhelo de una nueva sociedad por la que luchan como partícipes activas y gestantes de ella. Producidos en tiempos de guerra, los testimonios analizados se inscriben en una travesía liberadora, están en proceso, son grafías en tránsito, como en devenir se proyectan las prácticas autobiográficas de las sucesoras, en tiempos de posguerra y desencanto político.

III CAPÍTULO

ENTRE EXCULPACIONES, AUTOCRÍTICAS Y DESENCANTOS POLÍTICOS: LA PERSPECTIVA DE GÉNERO Y LA IRRUPCIÓN DEL EROTISMO.

“Esta forma intensiva, zigzagueante, cíclica y desordenada de recordar ni siquiera apunta a recuperar información de una manera lineal. Sólo se limita a perdurar intuitivamente. Antes bien, funciona como una agencia desterritorializadora que disloca al sujeto de su localización unificada y centralizada. Desestabiliza la identidad abriendo espacios donde las posibilidades virtuales pueden actualizarse, concretarse. Se trata en suma de una suerte de empoderamiento de todo lo que no fue programado en la memoria dominante. Recordar de este modo requiere composición, selección y dosificación, esto es, la cuidadosa disposición de condiciones potenciadoras que permitan la actualización de fuerzas afirmativas (...) Operan como una constante búsqueda de momentos temporarios en que es posible sostener un equilibrio, antes de que las fuerzas lo disuelvan una y otra vez. Y de ese modo el sujeto continúa, nunca igual a sí mismo, pero lo bastante fiel a sí mismo para perdurar y seguir adelante.”

Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada (Braidotti 171).

En la década de los noventa y los primeros años del siglo XXI, junto con las modalidades exploradas en períodos anteriores como la memoria y el testimonio, irrumpe la autoetnografía, una nueva variación en las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas en Centroamérica. Firmados los tratados de paz, los textos autobiográficos femeninos de posguerra toman nuevos rumbos. Sin importar la variante empleada por las escritoras la denuncia y la condena contra los regímenes dictatoriales dejan de ser la trama dominante para dar paso a las exculpaciones, a las auto-críticas y al desencanto político. Son otras formas de relatarse desde la perspectiva de género. Militantes de la guerrilla y de la liberación femenina, e inscritas en la diferencia sexual, en este capítulo se analizan los textos autobiográficos femeninos de las autobiógrafas que intentan configurarse sujetos al mismo tiempo que se reapropian del cuerpo a través del placer textual-corporal.

Ubicadas en géneros consagrados como la memoria, el testimonio, o en los emergentes como la autoetnografía, las diferentes obras autobiográficas dan cuenta del ansia femenina por dejar huellas, rastros, e inscripciones individuales y colectivas. Como testimonio

sus propias circunstancias, las escritoras exploran en estos textos estrategias comunes como las perfiladas a continuación:

1- La revaloración de prácticas de escrituras autobiográficas ya reconocidas y el uso de variantes inexploradas para contarse. Inmersas en las autoescrituras de la representación femenina las escritoras de este período recurren a las memorias, un género empleado por algunas de las precursoras, o al testimonio, narrativa explorada por las guerrilleras-escritoras. Junto a estas modalidades se filtra la autoetnografía; una innovación autobiográfica.

2- La apropiación del contexto histórico desde una perspectiva autocrítica y de género. A diferencia de los testimonios escritos en los años setenta y ochenta, época de guerra en Centroamérica durante la cual la escritura se convierte en arma de combate y se publica o circula, en algunos casos, de manera clandestina, las obras publicadas en la década del noventa y primeros años del siglo XXI, pese a que hacen referencia al mismo período revolucionario, han perdido ese carácter belicista para inscribirse como literatura de posguerra. Por recrear la sociedad de las décadas pasadas las escritoras toman distancia de los hechos acaecidos en la región. Ese proceso de alejamiento les permite reapropiarse de esa época histórica que enfocan desde una perspectiva autocrítica, de clase, genérica y sexual. El enemigo, antes fácil de distinguir, pierde los contornos conocidos debido a que puede actuar dentro de las mismas filas insurgentes lo que, asociado a las escasas conquistas revolucionarias, provoca el desencanto político entre las autobiógrafas por las utopías truncadas, los anhelos rotos y los sueños irrecuperables.

3- Si bien las inculpaciones a los regímenes dictatoriales se asoman ocasionalmente en la escritura del período estudiado, son las exculpaciones las que proliferan aquí y allá en los manuscritos autobiográficos. Las exculpaciones se evidencian en las explicaciones a los hijos ya crecidos quienes arrastran fantasmas del pasado que deben ser ahuyentados; en los alegatos defensivos por las actuaciones en contra de compañeros delatores ajusticiados por el contingente al que pertenecían; en las aclaraciones de acciones personales que nunca fueron despejadas para limpiar el nombre; en las justificaciones de manejos políticos inadecuados que no fueron señalados a tiempo para enderezar el rumbo. También en los descargos de conciencia ante la injusticia social que se quería desterrar y se profundizó en el Istmo; en la impotencia para obtener los cambios que la sociedad requería; en el

desencanto político producto del arribo de regímenes democráticos que no produjeron las transformaciones esperadas...

4- Estas autobiógrafas se reconocen pioneras del movimiento feminista en Centroamérica. Con la perspectiva dada por el paso del tiempo estas escritoras se visualizan no sólo como militantes de la guerrilla sino de la liberación femenina. Por tanto se perciben como gestoras de las transformaciones que demanda la sociedad de la época y transgresoras del sistema androcéntrico. Entre las tácticas empleadas para desmitificar el sistema de dominación masculino usan la autocrítica, la reiteración de estereotipos para desgastarlos, la recreación de las mitologías femeninas, el ardid de destacar como rarezas hechos habituales que suceden en sus países sin que trasciendan en la historia oficial.

5- La exploración de otras nociones del sujeto es otra de las estrategias de las autobiógrafas quienes en sus ansias por plantear transformaciones en las sociedades de sus respectivos países, y conocedoras de teorías feministas, postestructuralistas y postcoloniales, se valen de esas teorizaciones para subvertir la concepción tradicional del sujeto. Simultáneamente sacan provecho de éstas para replantear, desde sus propias experiencias, una nueva subjetividad femenina, ajena a las abstracciones y a las esencias.

6- El abordaje de la escritura desde una perspectiva de género es una de las estrategias empleadas por estas mujeres. En contraste con las autobiógrafas de las décadas anteriores las escritoras de posguerra experimentan la escritura desde la perspectiva de género. Son conscientes que los gobiernos, revolucionarios o no, dejan por fuera a la mujer y la quieren mantener en los sitios adjudicados tradicionalmente. De ahí el cuestionamiento al desalojo cultural milenario de las mujeres y las reivindicaciones planteadas en sus obras en sus intentos por configurarse sujetos históricos. La percepción de desalojo y ocultamiento de lo femenino las conduce a la ratificación de intereses y aspiraciones libertarias individuales y colectivas. Esa validación la materializan en sus textos autobiográficos.

7- La apropiación del cuerpo y la irrupción del erotismo. Las autobiógrafas de este período al narrar sus experiencias corporales oscilan entre reapropiarse de sus cuerpos o revelar sus experiencias eróticas. Pese a que estas escritoras aún conservan las huellas del malestar derivado de la clandestinidad o los estragos de la selva enfocan su cuerpo desde una perspectiva de pertenencia. La recuperación del cuerpo, común a todas las autobiógrafas de este período, la experimenta explícita y gozosamente Gioconda Belli. Es esta escritora

nicaragüense la que descubre, cuenta y celebra su sexualidad en la escritura de la autorrepresentación femenina, revelando el placer que retorna sin ningún tapujo, desafiando lo establecido, las falsas modestias y los pudores trasnochados.

1. OTRAS/LAS MISMAS AUTOESCRITURAS FEMENINAS: LA AUTOETNOGRAFÍA, LAS MEMORIAS, LOS TESTIMONIOS...

En sus ansias autoexploratorias las escritoras del período estudiado vuelven sobre las memorias y los testimonios, modalidades empleadas por las precursoras y por las testimoniadas, a la vez que experimentan con la autoetnografía, nueva variante autobiográfica.¹⁵² Si hay dificultades para establecer las diferencias entre las memorias y la autobiografía análogo inconveniente se tiene al identificar las categorías específicas de la autoetnografía, novedad a la que se adscribe la antropóloga guatemalteca Aura Marina Arriola con el libro Ese obstinado sobrevivir.

La referencia a este neologismo, por parte de Arriola, se inscribe en el proceso de transformación experimentado por la llamada antropología interpretativa, a partir del surgimiento de la antropología posmoderna a la que las feministas han aportado sus teorizaciones y Derrida ha legado “el propio concepto de desconstrucción, su oposición militante a los grandes sistemas de pensamiento consagrados en Occidente, a la metafísica, a la ciencia, y sobre todo a *la razón*” (Reynoso 21).¹⁵³ Desde la perspectiva adoptada por la antropología posmoderna se instaura una especie de “licencia para quebrar las lecturas canónicas” (Tyler y Marcus).¹⁵⁴ En ese sentido, se convoca a la incredulidad respecto a los metarrelatos (Tedlock 278), se desafían algunos de los supuestos esenciales de la disciplina

¹⁵² Sobre la autobiografía y las memorias como géneros literarios se reflexionó en el primer capítulo y respecto al testimonio en el segundo, por lo que, en este capítulo, no se hará referencia a esas categorías genéricas.

¹⁵³ En “Critical Ethnography: The Reflexive Turn”, Douglas Foley se refiere a las feministas que han dado sus aportes respecto a la autoría etnográfica: Krieger 1991; Abu-Lughod 1991; Behar 1993, 1996, (11 y 12).

¹⁵⁴ En “Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología”, Marilyn Strathern incorpora las críticas hechas por varios estudiosos a su artículo entre los que están Stephen Tyler y George Marcus (265-270).

y se infiltra la desconfianza en la autoridad etnográfica.¹⁵⁵ De esa manera, la etnografía se empieza a percibir como una negociación porque el “desarrollo de la ciencia etnográfica no puede entenderse en último análisis prescindiendo de los debates políticos y epistemológicos más generales sobre la escritura y la representación de la alteridad” (Clifford 143).

Inscrita en ese giro posmoderno y en la tendencia actual de producir escritos de manera personal y novedosa, Arriola escribe la autoetnografía Ese obstinado sobrevivir.¹⁵⁶ En esta nueva modalidad autobiográfica femenina en Centroamérica la etnóloga experimenta con un relato de sus propias experiencias en una vuelta hacia sí misma, hacia la autorreflexividad, desmitificando “el proceso del trabajo de campo antropológico, cuyo velo de secreto público ha sido cada vez más embarazoso para una disciplina que se precia de “científica” ” (Marcus y Cushman 172). De esa manera la antropóloga guatemalteca impugna los objetivos de la disciplina etnográfica aventurándose en una travesía por sus vivencias, experimentación con la que socava la autoridad etnográfica que se representa como una voz racional, objetiva, universal (Foley 12).

El término autoetnografía no es nuevo por cuanto lo acuña la feminista francesa Françoise Lionnet, en 1989, para calificar la obra *Dust Tracks on a Road*, de Zora Neale.¹⁵⁷ Bajo éste vocablo se han clasificado las obras que tienen como tema principal la recreación y reinterpretación del ambiente en el que se gesta el yo. La autoetnografía vincula la autobiografía y la antropología enlazando lo personal con lo cultural y mezclando mecanismos etnográficos con elementos literarios.¹⁵⁸

El desconocimiento de esta modalidad de escritura femenina, que irrumpe en la época de posguerra en Centroamérica, impide que los prologuistas, presentadores y editores, se pongan de acuerdo para denominar la obra Ese obstinado sobrevivir, calificándola como

¹⁵⁵ Si bien no se puede asegurar que el término antropología posmoderna fue acuñado por Stephen Tyler fue él quien utilizó el concepto posmoderno en la disciplina antropológica, según lo expone Carlos Reynoso en la presentación del libro, El surgimiento de la antropología posmoderna, del que es editor.

¹⁵⁶ Sobre el estímulo editorial y crítico para aquellos textos expresados en formas personales discuten George Marcus y Dick Cushman en “Las etnografías como textos” (172-173).

¹⁵⁷ Así lo expone Isabel Durán en “El género autobiográfico en la literatura inglesa: Gran Bretaña y Estados Unidos” (100). Véase Lionnet, Françoise (1989). *Autobiographical Voices: Race, Gender, Self-Portraiture*. Ithaca: Cornell University Press.

¹⁵⁸ Véase el artículo “La infancia como pretexto: autobiografía, etnografía y autoetnografía”, de Pilar Bellver en el que resume lo expuesto por Lionnet, acerca de este término en www.ucm.es/BUCEM/revistas/fl/11330392/articulos/EIOCO1110253A.PDF

memoria o testimonio, variedades autobiográficas examinadas en páginas anteriores. No reflexionan sobre las características que conlleva esa modalidad como tampoco lo hace la misma escritora quien soslaya especificarla, bastándole indicar que su libro es un “intento de autobiografía como etnógrafa que se observa a sí misma” (13).

El hijo de arriola muestra su intención por validar la autoetnografía materna como una investigación etnográfica cuando comenta que en esa obra se logra escuchar la diversidad del complejo mosaico de la sociedad guatemalteca “especialmente de las mujeres indígenas, ladinas y garífunas (...) jóvenes y ancianas; de cosmovisión maya, católicas, ateas, evangélicas y protestantes” (12). Tal enfoque abarca más de lo expuesto por la guatemalteca en Ese obstinado sobrevivir pues, a través de la lectura, no se comprueban las aseveraciones realizadas por el prologuista. Lo que si se percibe en esta autoetnografía es el doble papel que asume la autora como etnógrafa y autobiógrafa en determinado contexto histórico, actuando tanto de observadora como partícipe, para mostrar no sólo las contradicciones sociopolíticas, sino para relatar su propia vida. Pero semejantes peculiaridades las registran las memorias de Gioconda Belli y el testimonio de Yolanda Colom, sin que esas obras se adscriban a la disciplina etnográfica.

De la complejidad que supone la terminología referente a las escrituras autobiográficas se ha hecho referencia en diversos apartados de esta investigación cuando las escritoras incursionan en las escrituras de la autorrepresentación empujando los límites impuestos por los géneros literarios o los exclusivos de su profesión, como en el caso de Arriola, para trazar la subjetividad desde las mujeres mismas.

Si bien no se distinguen singularidades específicas entre el testimonio Mujeres en la alborada de Yolanda Colom, las memorias de Belli tituladas El país bajo mi piel y la obra de Arriola Ese obstinado sobrevivir, catalogada como autoetnografía, lo sugerente es observar la manera en que las mujeres, acorde a la época en la que se inscriben, rastrean otras variaciones autobiográficas, sin descartar las recorridas por otras escritoras en otros tiempos. Es una autoexploración reinventada en la cual las mujeres despliegan diversas prácticas de escrituras autobiográficas marcadas por la hibridación, en su búsqueda por plantear una nueva subjetividad femenina desde sus propias circunstancias. Con el rescate de la hibridez en los géneros, las escritoras cuestionan no sólo el canon sino el proceso de

canonización porque al funcionar éste bajo el sistema de exclusión/inclusión, como producto del sistema de dominación masculino, las deja por fuera.¹⁵⁹

En lo que atañe a la obra de Belli, si se validan las conjeturas ungidas de autoridad y poder sobre la autobiografía y las memorias, expuestas por Bernd Neumann en el libro La identidad personal: autonomía y sumisión y reseñadas en el primer capítulo de esta investigación, la nicaragüense se convierte en una escritora subversiva al titular *Memorias de amor y guerra* su obra El país bajo mi piel. Por estar restringidas las memorias a “hombres de acción”, Belli estaría transgrediendo esa advertencia al escribir en un género masculino; en un estilo que parece haber sido históricamente superado, y porque concibe la acción heroica como un atributo femenino pese a que la heroicidad no se vincula con las mujeres. Desde esa perspectiva, es también una irreverente porque escribe sobre una “banalidad” detallando sus amores y los secretos de alcoba al mismo tiempo que comenta sobre la guerra: un asunto épico, público y por tanto ligado al varón.¹⁶⁰

La exigencia de presentar pruebas documentales, requisito de este género por el temor a que se mezclen realidad y ficción, no le preocupa a Belli porque, si bien respalda sus memorias con el referente histórico, no se intimida ante la posible mistificación. Así lo confiesa en alguna entrevista al afirmar que le gustaría que sus memorias sean leídas como una novela.¹⁶¹ Con esa apreciación parece restar importancia a la incertidumbre o confusión que pueda originarse tanto entre los géneros literarios como entre ficción y realidad.¹⁶² No obstante se circunscribe a lo pautado institucionalmente para esta modalidad de escritura, al insertar en sus memorias apéndices en los que reproduce algunos datos sobre la historia nicaragüense y referencias de algunas de las personas a las que alude en el texto. Mediante los anexos Belli intenta reafirmar la veracidad de lo acontecido, vivido y publicado, en sus memorias sin que por ello se sustraiga a lo que de invención pueda existir en ellas. El juego

¹⁵⁹ El canon merece no sólo releerse sino rescribirse como plantea Iris Zavala en “Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico” (67).

¹⁶⁰ Franz Galich en “El país bajo mi piel ¿novela de caballería?” señala la forma en que Gioconda Belli teje la historia contemporánea nicaragüense junto con su propia historia relatando sus intimidades; sus secretos de alcoba.

¹⁶¹ Esa perspectiva de Belli sobre sus memorias ha hecho que algunos críticos cataloguen de novela El país bajo mi piel, como la nombra Mónica Zalaquett en el artículo “La pasión de una vida”. O que escritores como Franz Galich, en el artículo “El país bajo mi piel ¿novela de caballería?”, se cuestione: “¿Cómo debe leerse este libro, como autobiografía, memorias, testimonio o novela?” (1).

¹⁶² Como lo consigna María- Milagros Rivera Garretas en Textos y espacios de mujeres, autores como Michel Foucault y Roland Barthes “han hecho tambalear la representatividad que se solía atribuir a los autobiógrafos y la confianza con que leíamos sus textos” (Rivera 1995, 166).

con la ficción se puede vislumbrar en el empleo de subtítulos similares a los utilizados por Cervantes en El Quijote o cuando se denomina Quijota en algunos pasajes y en un subtítulo del libro El país bajo mi piel.¹⁶³ Una inventiva similar desencadena con el cierre-apertura de la rememoración de su encuentro con Fidel Castro en el que las interrogantes, las dudas y las conjeturas, resultantes del comentario con las que termina el capítulo sobre el caudillo cubano, dejan a la imaginación el desenlace sin interesarse en desentrañarlo: “¿Quería seducirme? No lo sé. Supongo que nunca lo sabré. A mí me quedó este recuerdo. Literatura” (296). Con la palabra literatura, utilizada para concluir esa evocación, Belli experimenta la recreación continua de la remembranza sin perspectivas de clausura invitando, a quienes la lean, a seguir reproduciendo ese encuentro del revolucionario y la guerrillera de mil y una maneras, incluso para desmentirla.¹⁶⁴

Unas más, otras menos, las diferentes escritoras, desde una perspectiva de género, sitúan los relatos autobiográficos en el período de guerra en Centroamérica. En sus obras recrean los momentos epopéyicos de la revolución; un proceso en el que lograron posicionarse y potencializarse, socio-políticamente, en el contexto histórico de sus respectivos países y en el que lograron configurar una nueva subjetividad femenina, en una época de lucha revolucionaria en la que mujeres y hombres, de distintas clases y etnias, soñaron conjuntamente con cambiar el mundo, en especial el centroamericano.

¹⁶³ Como con la palabra guerrillera y mentora, el vocablo quijota aparece escrita como incorrecta en el programa en que digito la investigación. No acepta el género femenino para ciertos enunciados; especialmente si son subversivos, pedagógicos o protagónicos; todos relacionados, tradicionalmente, con lo masculino.

¹⁶⁴ Comentarios escuchados aquí y allá acusan a Belli de ficcionalizar su historia personal y de alardear o mentir sobre sus encuentros con Fidel Castro y Omar Torrijos. No conciben “los críticos” que estos caudillos de Nuestra América, considerados héroes por sus seguidores, cultivaran acciones tan pedestres como la seducción. No opinan lo mismo ante el pasaje que recrea Sergio Ramírez, en Adiós muchachos: Una memoria de la revolución sandinista, muy similar al relatado por Belli cuando se refiere al encuentro que tuvo con Torrijos en la alcoba del panameño, con el “que había ya bastante “química” de por medio”, cuando el general lo llamó a las cuatro de la madrugada a su dormitorio. “Lo encontré leyendo papeles en la cama vestida con sábanas de seda, como las camas de las estrellas de Hollywood, y su pijama, de mangas demasiado largas, también era de seda (...) Me miró por encima de los anteojos de media caña, y con afecto paternal me pidió que me sentara a su lado” (Ramírez 133). No hay duda que todo depende del cristal con el que se mire porque en el sistema de dominación masculino lo que Ramírez intuye como paternalidad, Belli lo visualiza acertadamente como acoso sexual.

2. RECUPERACIÓN DEL CONTEXTO HISTÓRICO DE GUERRA DESDE UNA PERSPECTIVA DE POSGUERRA

Publicadas las obras analizadas décadas después de haber participado en la acción insurgente y a varios años de haberse firmado el tratado de paz en Centroamérica, la apropiación del contexto histórico que hacen las escritoras en este período difiere de las autoras de los años setenta y ochenta quienes escribieron sus testimonios al calor del combate e insertas en el socialismo; ideología de moda en la región y a la que estaban afiliados los grupos revolucionarios. Con la perspectiva que otorga el tiempo, las obras producidas en los noventa y en los primeros años del siglo XXI aunque retoman el tono antiimperialista lo hacen de manera atenuada y diseminada. Las críticas las enfocan no sólo contra la penetración extranjera sino contra aquellos dirigentes revolucionarios quienes, estancados en rencillas partidistas, relegaron los cambios estructurales que reclamaba la sociedad de los países en conflicto. Las censuras de las guatemaltecas Yolanda Colom y Aura Marina Arriola al respecto son similares a las que hace Belli al grupo revolucionario que, tomado el poder en Nicaragua, fue incompetente para realizar las transformaciones que demandaba el pueblo tanto por la presión externa de la contra-grupo contrainsurgente subvencionado por el gobierno estadounidense a través de la CIA- como por la corrupción interna que desgastó al régimen sandinista.

Todas estas escritoras se reconocen vinculadas a una generación revolucionaria forjada en un período de terrorismo de Estado y de crisis del sistema político. Con un lenguaje signado por la ideología socialista se pronuncia Yolanda Colom, en Mujeres en la alborada, desilusionada de los partidos políticos guatemaltecos nacidos de la intervención yanqui de 1954 y del fanatismo anticomunista de la guerra fría por ser instrumentos “politiqueros y electoreros; corruptos y cómplices por su silencio, cuando no directamente responsables, de la represión contra el pueblo. Ninguno representaba los intereses de obreros, campesinos y capas medias trabajadoras” (1). Aunque todavía los estadounidenses aparecen en estos textos autobiográficos como invasores e interventores, se les menciona ocasionalmente a diferencia de la literatura testimonial femenina que los inculpa, unas veces y otras también, de los males que padece la región centroamericana.

Solidarias con obreros, campesinos y capas medias trabajadoras, todas las autobiógrafas de este período reconocen en sus textos su pertenencia al sector acaudalado, posición desde la que miran a los grupos subalternos. La diferencia social se palpa en sus textos cada vez que recrean los espacios que ocupan ellas frente a los desplazados. Tanto las guatemaltecas como la nicaragüense constatan la impotencia de las poblaciones empobrecidas ante la indiferencia de los tiranos en el poder quienes favorecen, únicamente, al sector acaudalado y a los terratenientes. Vinculadas ellas mismas a la clase adinerada tienen conciencia desde niñas de la pobreza que sufre la población de sus respectivos países, como lo confiesan en sus relatos. Yolanda Colom por el contacto que establece con la peonada de las fincas algodoneras de su padre; Aura M. Arriola por la distancia abismal entre ella, hija de diplomático, y los niños de su patria. La separación de clases también la vive Gioconda Belli quien atribuye a la sinrazón haber entrado “al mundo por la puerta grande, en lugar de ser una de las niñas flaquitas y harapientas que corrían a golpear las ventanas del auto pidiendo limosna (Belli 29). La perspectiva de la diferenciación socioeconómica la experimentan ellas mismas en los grupos guerrilleros, cuando se duelen porque sus compañeros les reprochan su origen de clase.

La constatación de las grandes desigualdades que sufren las sociedades respectivas, hecho que perfilan en los distintos textos autobiográficos, es una experiencia que más tarde o más temprano la comprueban estas mujeres en sí mismas. En el caso de Yolanda Colom es mientras realiza un trabajo voluntario como maestra, en un paraje remoto perteneciente al municipio de Huehuetenango, que se percató de las condiciones miserables en las que viven las poblaciones guatemaltecas. En ese mismo lugar observa la persecución de los jóvenes por parte del ejército para incorporarlos al aparato represor estatal:

“Fue en Cuilco donde palpé la extrema pobreza y aislamiento en que viven la mayoría de los guatemaltecos. Allí conocí los límites que para los campesinos tiene el sistema de cooperativismo, cuando se emprende en los marcos del sistema capitalista (...) Fue en Cuilco donde, por primera vez, observé atónita el drama humano, la arbitrariedad y la violencia del reclutamiento militar forzoso (...) Sorpresivamente, en días de fiesta o de mercado, agarraban por la fuerza a los jóvenes desprevenidos, o que no lograban esconderse mientras duraba la cacería humana”.

(Stoltz 243-244).

En este corto párrafo Colom bosqueja las condiciones deplorables en las que vive el pueblo guatemalteco en lo concerniente a servicios de educación, salud, caminos y alimentación, como consecuencia de la adopción, por parte de las dictaduras, del sistema capitalista. Desde ese momento comienza su tránsito hacia una conciencia política porque, como comenta, “fue a partir de allí que tomé la decisión personal y secreta de dedicar mi vida a la lucha por la transformación profunda de la sociedad guatemalteca. Es decir, dedicar a ello mis mejores esfuerzos, trabajo y capacidades; hacer de ello la actividad rectora de mi vida” (Stoltz 248). Entusiasta con la decisión tomada recorre la geografía de su país visitando lugares que no difieren de Cuilco. La condición miserable en la que viven los diferentes poblados campesinos en esos años no es ajena a la ciudad como lo corrobora la escritora mientras trabaja como orientadora en un centro de detención de menores. Con los niños de la calle Colom conoce el submundo citadino, ámbito “en el que se entrelazan sin distinguir dónde comienzan o terminan, los cuerpos policiales, los funcionarios corruptos, la delincuencia común, la prostitución, la drogadicción y los niños y jóvenes que viven en él sin alternativa” (Stoltz 251).

En sus relatos las escritoras de este período reescriben la historia silenciada institucionalmente, conscientes que “la historia oficial no la escribe la memoria sino el olvido” (Galeano 207). Además de reconocer los problemas que aquejan a Guatemala, Arriola y Colom se refieren a los acontecimientos que, en otro tiempo, describiera Rigoberta Menchú en Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia. En ese sentido reiteran los señalamientos contra dictaduras como la “de Ubico, el feroz tirano que se creía Napoleón (...); que simpatizaba con Hitler y que proscribió en Guatemala el uso de la palabra obrero para que no nos contamináramos de comunismo” (Arriola 15). De igual manera denuncian a dictadores como Ponce Vaides que sucedió a Ubico y reconocen que los únicos gobiernos democráticos que tuvo Guatemala en la vida republicana duraron, en palabras de Luis Cardoza y Aragón, “diez años de primavera en el país de la eterna dictadura” (Arriola 18). De ahí la adhesión a la lucha armada y a la violencia frente a regímenes genocidas porque confiesan anhelar una sociedad libre de jerarquizaciones, odios y privilegios.

La crítica la amplían hasta los gobernantes actuales porque Yolanda Colom, con familiares políticos perseguidos y asesinados por los regímenes represores, confirma la impunidad que ya ostentaba en los años setenta la familia Berger, hoy con uno de sus miembros, (Oscar Berger), como presidente del país. De la iniquidad de esa familia terrateniente deja constancia en la rememoración de su viaje al Petén, en febrero de 1972, en el que, además de observar el desamparo de los campesinos, es espectadora del soborno que hace uno de los Berger al oficial de mando en un puesto marítimo quien, por una botella de whisky, permitió el transporte de armas de alto poder:

“Para entonces, Roberto Berger ya era dueño de enormes extensiones peteneras, adquiridas gracias a la corrupción de autoridades civiles y militares. Volaba con frecuencia al Petén en avioneta particular, para practicar la caza y la pesca deportivas. Mientras tanto, miles de campesinos, provenientes de los cuatro puntos cardinales del país, sobrevivían sin perspectiva en las márgenes de los grandes ríos. No tenían títulos de propiedad ni apoyo de autoridad alguna. Antes de aceptar su traslado a esa región, habían recorrido el país en busca de trabajo o de tierras. En el Petén se apagaba su última esperanza de vivir dignamente” (Stoltz 257).

Sin saciarse con las denuncias hechas por las testimoniantes de las tiranías genocidas, estas escritoras reproducen las acusaciones contra los gobernantes sanguinarios al señalar fechas como el 31 de enero de 1980, día en que el general Romeo Lucas García mandó a incendiar la embajada de España asesinando a estudiantes y campesinos que la ocupaban; asalto en el que “murió don Vicente Menchú, padre de Rigoberta” (Arriola 112). Interesadas en delatar a los tiranos recalcan las masacres cometidas “contra la población indígena del occidente del país, que produjeron tanto dolor, muerte, éxodo, a la población guatemalteca” (Arriola 109). Es como si con el recuento buscaran el enjuiciamiento de los dictadores que arrasaron entre otras a

“las aldeas de Chacalté, Juil, Joncab, Xemal, Tziajá, Pal, Chel, Juá, Xeputul, Cabá, Amacchel, Xejuyeu, Xaxboc, Bisich, Xolchichén (...) En ellas, centenares de seres humanos fueron quemados vivos; decenas de niños fueron destrozados contra los árboles y las rocas;

muchísimas mujeres fueron violadas, obligadas a abortar y asesinadas con saña; centenares de personas fueron torturadas y ametralladas. Ello ha sido parte del precio que cobra el sistema capitalista por el despertar de la conciencia de un pueblo explotado y oprimido por él” (Colom 180-181).

Con el registro de las aldeas masacradas y de los crímenes cometidos en éstas, las escritoras parecen querer impedir que los asesinatos queden impunes o que la memoria colectiva olvide esos episodios, nefastos para las etnias y vergonzantes para la historia guatemalteca. Con la reproducción de ese cruel recuerdo intentan que el pueblo despierte y frustré las aspiraciones presidenciales a los genocidas cuando éstos pretendan gobernar de nuevo como el asesino Efraín Ríos Montt; criminal repudiado por los votantes en las últimas elecciones realizadas en Guatemala. Insatisfechas con las estadísticas parciales, rastrean otros genocidios como el ejecutado en la aldea de Panzós en el que “más de cien indígenas kekchíes fueron asesinados por el ejército en la plaza del poblado, cuando pacíficamente demandaban justicia ante las autoridades” (Colom 298). Estos indígenas se sublevaron por la usurpación de sus tierras por parte de los terratenientes, amparados por el aparato represor gubernamental en una especie de mancomunidad garantizadora del poder de unos y otros.

En contraste con las autoras de décadas anteriores la criticidad de Colom y particularmente la de Arriola, incrimina a los grupos insurgentes. El distanciamiento de los sucesos bélicos les permite tener una imagen menos distorsionada de la realidad lo que las lleva a revelar las arbitrariedades cometidas por los cuadros dirigentes, comprobadas mientras militan en la insurgencia. Tales hechos hacen que ambas guerrilleras renuncien a los grupos colectivos porque, si bien priorizan su militancia revolucionaria frente a la familia y la clase social, se decepcionan de las luchas intestinas de la guerrilla. Si Colom no relata en Mujeres en la alborada su separación del grupo revolucionario, acción consumada después de combatir durante varios años dentro de él, Arriola se extiende en relatar la ruptura, evidenciando un férreo rencor contra los compañeros que la expulsaron del grupo. Especialmente contra quienes la denigraron esparciendo el rumor de su culpabilidad en la caída de la casa donde guardaban parte de los archivos del PGT y se reunía la dirección del partido. Los mismos que inventaron un montaje calumnioso que perjudicó su futuro

político y la llevó a desengañarse de los sistemas político-ideológicos. Además de desenmascarar a los compañeros que la difamaron, Arriola manifiesta su malestar frente a las ortodoxas censuras socialistas por la serie de prohibiciones que impuso sobre los militantes. Esa crítica no le impide reconocer que, por algún tiempo, creyó “plenamente en el comunismo y pensaba que la izquierda era realmente la vanguardia en todos los sentidos” (Arriola 40). Inmersa en la censura del poder amplía el espectro al impugnar, en Ese obstinado sobrevivir, todo tipo de sectarismo, dogmatismo, autoritarismo e intolerancia, para radicalizar su enfoque condenando la “pasión por el poder que tiene tanto la derecha como la izquierda” (45).

Una perspectiva similar a la de Colom y Arriola tiene Belli respecto al régimen de poder y sus repercusiones sobre los sectores populares nicaragüenses. En el bosquejo del contexto histórico-social hecho por Gioconda Belli en El país bajo mi piel comienza por censurar a los mandatarios que, desde el siglo XIX, empeñaron al país al permitir las continuas invasiones de los estadounidenses. Pese a que la crítica hecha por la escritora se intensifica a partir de los años setenta del siglo XX en algunos segmentos se remonta hasta los primeros proyectos del canal interoceánico, afanes que singularizan la historia de ese país marcado, igualmente, por las invasiones de Estados Unidos. En sus memorias Belli condena a los empresarios que, con pretensiones canaleras, se aliaron con el filibustero William Walker quien “quería no sólo la concesión del canal, sino el país entero para cumplir su sueño de añadir una estrella más a la bandera norteamericana” (23). Además da cuenta de las rebeliones políticas sufridas por Nicaragua desde el siglo XIX y de las sucesivas intervenciones norteamericanas toda vez que los grupos liberales y conservadores se disputan el poder. No esconde, en el esbozo histórico nicaragüense, su parentesco con el general conservador Emiliano Chamorro, autoridad que se ganó el favor de los estadounidenses por la concesión, a perpetuidad, de los derechos exclusivos para la construcción del canal interoceánico.

La apropiación que hace la escritora del período histórico le sirve para denunciar cómo Estados Unidos, desde que se convirtió en Protectorado de Nicaragua en las primeras décadas del siglo XX, se constituyó en un estado interventor en todos los espacios socioeconómicos y políticos de la sociedad nicaragüense controlando, como también lo han expuesto los historiadores, “las rentas de aduanas, los ferrocarriles y el Banco Nacional,

mientras que los *marines* garantizaban la tranquilidad interna” (Pérez 120). En el repaso que hace la escritora en El país bajo mi piel sobre esa época se refiere a las constantes invasiones de los infantes de marina, sucesos que llevan a Augusto César Sandino a conformar una legión de campesinos para enfrentarlos. Según Belli, esa fuerza rebelde comandada por Sandino se constituyó en la primera guerra de guerrillas del continente americano y motivó la creación de La Guardia Nacional Nicaragüense, aparato represor capacitado por instructores norteamericanos para sustituir a los “*marines*”. Asimismo señala a Somoza, jefe del ejército nicaragüense recién fundado, como el homicida de Sandino, guerrillero asesinado cuando salía de la casa presidencial “tras asistir al banquete que ofreció el presidente Sacasa para celebrar los acuerdos de paz” (23).

En sus memorias la escritora nicaragüense se encarga de recapitular los diferentes acontecimientos que marcaron la historia de su país y generaron el movimiento revolucionado inspirado en Sandino. Con ese propósito desenmascara y condena la dictadura de la familia Somoza por la incondicionalidad al gobierno estadounidense. Igualmente la acusa por subyugar al país durante cuarenta y cinco años; por hacer de Nicaragua su feudo al acaparar todo tipo de negocios en las diferentes esferas productivas; por desangrar, metafórica y literalmente, a los sectores nicaragüenses más empobrecidos al crear la compañía Plasmaféresis: una comercializadora del plasma sanguíneo en la que todos “los días la gente más pobre, la que no tenía otro recurso que vender su sangre para comer, hacía cola frente a la empresa” (233). Fiscaliza, además, el acaparamiento que hace el tirano de la ayuda extranjera destinada a los damnificados del terremoto que destruyó a Managua en 1972,

“robando a la vista y paciencia de todo el mundo. El dictador (...) había impuesto el estado de sitio y la ley marcial y tenía centralizada bajo su mando toda la ayuda (...) eran demasiados los testigos de aquel atropello, y éste fue un abuso que nadie perdonó al dictador. Fue la gota que llenó casi a rebosar la copa de la iniquidad. “no hay mal que por bien no venga”, reza un dicho. El terremoto abonó generosamente las semillas de la rebelión” (80-81).

Son estas injusticias de la tiranía somocista, de un gran acumulado de infamias, las que van a provocar la emergencia del movimiento sandinista desde los años sesenta. En ese

tiempo de efervescencia popular se conspiraba desde distintos frentes y cualquier protesta, por tímida que fuera, cuestionaba al sistema. De ahí que Belli reconozca, en El país bajo mi piel, el protagonismo que tuvieron en la concienciación popular diferentes grupos artísticos como el Grupo Gradadas conformado por poetas, pintores y cantautores. Este grupo, del que ella fue integrante, se proyectó en la población nicaragüense organizando recitales con música protesta de Carlos Mejía Godoy y presentando conciertos en las iglesias en las que había “curas progresistas animados por la Teología de la Liberación” (99). La referencia a esta derivación de la iglesia católica, identificada con los pobres es escasa si se compara con las observaciones sobre las Organizaciones Eclesiales de Base realizadas por las escritoras testimoniantes de los años setenta y ochenta. Lo mismo puede decirse respecto al movimiento estudiantil al que apenas evoca la autobiógrafa cuando expone sobre algunas manifestaciones estudiantiles y paros de obreros oponiéndose a incidentes como el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro.

De la formación y consolidación de la insurgencia nicaragüense Belli va infiltrando datos en una y otra página de sus memorias. A través de relatos de otros guerrilleros reconoce a Carlos Fonseca como el fundador del FSLN, líder del que destaca una anécdota con la que la escritora recuerda al dirigente. Aunque ella no la escuchó directamente se advierte que sacó provecho de la reflexión en la que Fonseca “aconsejaba insistentemente a las compañeras que habitaban las casas de seguridad de que no se pusieran a lavar la ropa de los varones sin que nadie se lo pidiera; que en vez de eso leyeran, se prepararan, escribieran” (75). En algunas ocasiones Belli le cede la narración a algunos guerrilleros veteranos para que sean ellos quienes relaten los inicios del movimiento y comenten algunos objetivos del grupo rebelde como la redistribución de la tierra, la alfabetización, la aprobación de préstamos a los sectores más necesitados. Hace también un recorrido por los principales hechos que marcaron al movimiento sandinista, dejando constancia de las divisiones internas del FSLN y de las confabulaciones de los hermanos Ortega en quienes recae la mayor parte de sus diatribas por acaparar el poder. Además, comenta el planeamiento de las embestidas, los fracasos de algunas avanzadas, el asesinato de miles de

compañeros, el gobierno de los sandinistas y la “piñata” que hubo con las posesiones de la clase adinerada nicaragüense.¹⁶⁵

En la delineación del contexto histórico de Nicaragua, Belli perfila a los países que apoyaron al movimiento sandinista. Por desempeñarse dentro de la insurgencia como correo o relacionista internacional la escritora deja constancia del apoyo de diferentes países latinoamericanos a la Revolución Nicaragüense. Entre éstos, México, Cuba, Venezuela, Panamá y Costa Rica. Unos por influyentes, otros por estar estratégicamente ubicados, lo cierto es que los gobernantes de estos países se aliaron contra la dinastía decadente y agonizante de los Somoza. Las alusiones a Torrijos y a Fidel, por parte de Belli, son constantes lo mismo que a otros personajes de menor rango jerárquico, como Chuchú Martínez, quienes se involucraron con la guerrilla nicaragüense suministrándole armas, dinero y asesoramiento militar. La imagen que esboza de Fidel Castro es ambivalente. Si por un lado dice admirarlo por la posición ineludible frente a Estados Unidos, también lo recuerda como un caudillo que quería conducir la guerra sandinista a su manera y no escuchaba ideas divergentes a las suyas. El reconocimiento a los países que respaldaron a los sandinistas se da simultáneamente a la condena que hace del gobierno estadounidense porque, aunque los Somoza habían perdido hasta el favor de Estados Unidos, la CIA, “agencia de inteligencia norteamericana dirigía la guerra encubierta contra Nicaragua” (118). Washington, eterno cómplice de los tiranos latinoamericanos, no podía dejar de apoyar, sin ningún escrúpulo, a dictaduras nefastas como las de “Papa Doc, Strossner, Batista, Somoza, Ubico, los militares brasileños” (273).

A diferencia de las escritoras de los años setenta y ochenta, las autobiógrafas de este período trazan un contexto histórico más amplio. Aunque unas y otras se reconocen de ideología socialista, la perspectiva que da el tiempo les permite hacerlo autocríticamente. En su búsqueda por replantear la subjetividad femenina las autobiógrafas de este período recrean el papel jugado en los movimientos insurgentes al mismo tiempo que reconocen

¹⁶⁵ Resulta extraño que *Al desnudo*, testimonio de la nicaragüense Mayra Cristina López y publicado el mismo año que *El país bajo mi piel* (2001), no dedica ni una página a la historia de Nicaragua pese a ser una narración del mismo período. Esta actitud de López se explica por cuanto la testificante tiene como propósito al publicar el libro la sanación y la catarsis después de ser víctima de violencia doméstica y de un erróneo diagnóstico médico. Experimentando esa revolución interna es comprensible que las únicas referencias de los hechos bélicos hechas por esta autora en *Al desnudo*, sean dos párrafos en las páginas 91-92. En uno comenta sobre la campaña de alfabetización como la mayor conquista de la revolución y en el otro condena a la insurgencia basándose en los criterios expuestos por un compañero de estudios.



culpabilidades propias como ajenas. En ese sentido señalan los errores en los que incurrió la guerrilla y los materializados por ellas mismas, como gestoras y partícipes de la revolución.

3. DE EXCULPACIONES Y DESENCANTOS POLÍTICOS.

Publicadas las obras de Colom, Arriola y Belli, en tiempos de posguerra no es de extrañar el lente autocrítico con el que observan estas escritoras la época de lucha revolucionaria. Esa perspectiva explica el tono que adquieren para reflexionar sobre los acontecimientos vividos, mientras militaron en el movimiento insurgente de sus respectivos países. El desencanto, como derivación de las escasas conquistas revolucionarias, las conduce a exculpaciones que se evidencian en las alegaciones hechas por unas y otras. Entre éstas sobresalen las esgrimidas ante sus hijos por la separación, el distanciamiento y la renuncia a ellos, en algunos casos transitoriamente y en otros de manera permanente, por el compromiso adquirido con la causa revolucionaria. Es palpable el sufrimiento motivado por la separación especialmente en aquellas circunstancias en las que, una vez cedidos a sus familiares, no pudieron o no quisieron recuperarlos para no agravar las heridas de unos y otros. La pesadumbre se manifiesta en el tradicional sentimiento de culpa que agobia a estas mujeres porque, pese a que asumen la perspectiva de género en sus relatos, se autodescubren con culpabilidades maternas difíciles de extirpar. Ese hecho no impide que se autovaloren históricamente y se enfoquen como un ejemplo para sus descendientes por ser gestoras de la subversión femenina en Centroamérica.

Si bien en algunos momentos las justificaciones parecen claras, por el empeño que esgrimen las escritoras para explicar sus acciones revolucionarias, en otros pasajes se tiñen con reclamos debido a la incomprensión de los hijos quienes no parecen disculparlas, décadas después de lo acontecido. Así lo confiesa Aura Marina Arriola en Ese obstinado sobrevivir cuando señala que su hijo mayor no le perdonó su incorporación al colectivo. Ese desacuerdo no pudo subsanarse pues, criado éste por los padres de la guerrillera desde que tenía ocho meses de edad, nunca “entendió por qué lo dejé, ni por qué soy como soy.

Lamentablemente su muerte prematura –en 1991, cuando tenía 31 años- impidió toda posibilidad de diálogo, de conocimiento mutuo” (52).¹⁶⁶ Tampoco parece comprenderla, ni perdonarla, el hijo que mandó a vivir con una amiga a Venezuela debido a una dolencia, con diagnóstico letal, padecida por la escritora. Sin importar el tiempo transcurrido Arriola todavía se inculpa por esa actuación al considerar que “fue la más seria equivocación de mi vida, porque mi hijo nunca me lo perdonó” (96).

De manera parecida se expresa Yolanda Colom en Mujeres en la alborada cuando analiza como pruebas de fuego para su corazón lo vivido con su hijo. Por la militancia revolucionaria debió separarse del infante cuando apenas tenía un año y medio de vida y dieciocho años después perdura ese distanciamiento, aunque asegura se mantienen en contacto. La separación se produce en distintas etapas. La primera ocurre mientras recibe adiestramiento en México, época en que deja a su hijo en manos de gente apenas conocida que colabora con los guerrilleros centroamericanos. Más tarde lo entregará a sus padres a quienes

“les expliqué mi compromiso revolucionario (...) y les pedí que se hicieran cargo de mi hijo por dos años (...) El plazo de dos años lo establecí a partir de mi idealismo de entonces. Si bien me parecía una eternidad en el plano de la relación con el niño, también me parecía una pequeñez en comparación con las necesidades de la lucha y del pueblo trabajador de mi país” (74).

Es recurrente en las escritoras expresar en sus escritos el dolor por la separación. Ese malestar se acrecienta en aquellas que se internaron en la selva y dejaron a sus hijos muy pequeños cuando aún no se les “conocía su voz, ni su modo de ser. No sabía como corría y reía” (229). El distanciamiento se profundiza por no poder conservar recuerdos de ellos como fotos o dibujos debido a que tenían que desprenderse de éstos enterrándolos para que el colectivo no fuera descubierto por el ejército. Ese acto debían ejecutarlo aunque nunca pudieran recuperar lo escondido porque, movilizadas las guerrillas de aquí para allá, no había ningún lugar seguro ni de posible retorno. De ahí que mientras combaten en la selva,

¹⁶⁶ Aunque es notorio el dolor de Arriola por la muerte del hijo, hecho que impidió la reconciliación entre ellos, se nota un gran orgullo cuando relata, en Ese obstinado sobrevivir, que éste murió después de ejecutar “una victoriosa batalla para impedir que una zona arqueológica de Petén fuera destruida por las perforaciones de pozos petroleros que querían realizar compañías francesas” (119).

las guerrilleras se deban conformar con la evocación de sus hijos y la recolección de potenciales regalos para ellos como “plumas coloridas, colmillos, pieles o algún juguete rústico” (230).

Si Yolanda Colom se viste de madre con el recuerdo de su hijo, mientras llega el día del reencuentro, Gioconda Belli se muestra desafiante e investida de poder en su papel de madre cuando el padre de sus hijas se las quiere quitar acusándola de abandonar el hogar por su compromiso con los sandinistas. La potenciación de Belli, en El país bajo mi piel, se aprecia cuando describe la actitud adoptada no más enterarse de las intenciones plagarias del marido: “Salí a la calle más alta, más fuerte, poderosa, como una diosa antigua, torva, vengativa, que defiende a sus hijos con las armas que sean” (195). Obligada al exilio por la persecución del ejército somocista y por cumplir con su papel de comisionada internacional del movimiento rebelde, la relación de Belli con sus hijas se desarrolló en un ambiente distinto al reseñado por otras guerrilleras. El hecho de no tener que internarse en la montaña le depara a la escritora nicaragüense otra experiencia materna porque hace a sus hijas partícipes y confidentes de las difíciles realidades que vivían:

“supieron que estábamos en el exilio, que su mamá era perseguida, que yo y muchos como yo trabajábamos para que ellas crecieran en un país donde todos los niños pudieran comer, vestirse, ir a la escuela. Un país sin dictadura, sin Somoza” (197).

Las conversaciones con sus hijas y la concienciación sobre la causa revolucionaria que les transmitió desde muy pequeñas, parece haberle granjeado la solidaridad de las niñas como lo demuestra al relacionar su lucha familiar con las hazañas revolucionarias. Ese respaldo lo tendrá de los hijos nacidos tiempo más tarde quienes se comprometen, una vez ganada la revolución, con las poblaciones marginales.

Tal se diría que el sentimiento de culpa no existe en la relación que esboza Belli con sus hijos. En sus memorias se presenta como una madre muy dedicada a pesar del tiempo que le demandan su trabajo revolucionario y los diversos romances en los que se involucra durante los años de lucha y triunfo de la revolución nicaragüense. Calidad antes que cantidad, parece ser la consigna de esta escritora respecto a los momentos dedicados a sus hijos a quienes convierte en cómplices de su errancia. Pero pese a que la relación madre-hijos no se trunca con la militancia, se intuye la pesadumbre de la guerrillera por no estar

con la hija cuando aquella la extraña desde el mismo instante en que observa que el cepillo de dientes de su progenitora no está en el lavabo. También se advierte la aflicción por el desafecto momentáneo en uno de los encuentros cuando alguna de ellas la inquiere “¿Sos mi mamá del avión?” (176). O cuando otra de las hijas le ahonda la culpa con el envío de una carta en que le reprocha los motivos de su ausencia aduciendo “que si bien era cierto que había niños pobres en el mundo, los niños pobres tenían a sus mamás” (176).

Es común entre las escritoras el señalamiento de las dificultades de tener hijos en situaciones de guerra por los traumas y el sufrimiento que arrastran, tanto las madres como los hijos, debido a la separación. Sin embargo ninguna se arrepiente del compromiso adquirido con el destacamento guerrillero, según se desprende de sus acciones y reflexiones, porque la búsqueda del bienestar de sus respectivos pueblos se impone sobre la satisfacción personal. De los inconvenientes hablan especialmente las guerrilleras guatemaltecas y salvadoreñas sobre las que pesaba una directriz del colectivo que les prohibía embarazarse, como se demostró en el capítulo anterior. Ese problema lo retoma Yolanda Colom en Mujeres en la alborada al comentar el empleo de anticonceptivos porque entre “las mujeres que nos integrábamos al destacamento era requerimiento no resultar embarazadas. Pues de ser así debíamos salir del grupo y del frente para tener al hijo y criarlo causando complicaciones a nuestra precaria situación operativa” (134). Ese impedimento no parecen haberlo experimentado las insurgentes nicaragüenses como Gioconda Belli quien confiesa la urgencia de engendrar que la acometió, mientras se desarrollaba la revolución sandinista. Esa conciliación de la maternidad y la política la recalca en varios segmentos.¹⁶⁷ Sus afanes maternos son descritos, en El país bajo mi piel, con un lenguaje bélico y los emprende con la misma tenacidad con la que combate a la tiranía somocista, como lo trasluce en las estrategias que describe para quedar preñada:

“Sergio y yo nos dimos a la tarea de fecundar algún óvulo descuidado que acertara a pasar por la línea de fuego que le montamos con denodada persistencia. (...) Aprovechamos un período de relativa calma en diciembre, para hacerle al óvulo un ataque certero y sostenido. Yo me tomaba la temperatura mañana, tarde y noche. Si me ponía acalorada

¹⁶⁷ “De cómo concilié la maternidad con la política...”, es un segmento del subtítulo del capítulo 26 de la segunda parte de El país bajo mi piel.

en la oficina y pensaba que podía estar ovulando, llamaba a Sergio por teléfono. Inventando alguna diligencia urgente, salíamos del trabajo para irnos a la casa a hacer el amor, no fuera que el momento se nos pasara. Así se debía planificar la guerra, pensaba, con ciencia, con previsión. Los ataques rindieron su fruto.” (230).

Combatiente desde otras trincheras no se puede generalizar la perspectiva que, sobre la maternidad, tiene Belli con aquellas mujeres que lucharon en las montañas nicaragüenses. La maternidad en el contexto selvático resultaba una incomodidad no sólo por las condiciones imperantes en los campamentos guerrilleros sino porque implicaba perder por algún tiempo a una militante. De ahí que el señalamiento de las dificultades para criar a los hijos sea común entre las guerrilleras de los distintos grupos insurgentes centroamericanos pues todas sufren por la separación. Ese sentimiento lo exteriorizan algunas nicaragüenses en el libro Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy..., editado por Margaret Randall. En este testimonio colectivo Nora Astorga, una de las combatientes sandinistas, cuenta los reclamos de sus hijas por no avisarles que se iba al exilio, después de dar un golpe al enemigo (177-178). Hay indicios para suponer que los dirigentes de la insurgencia nicaragüense fueron más permisivos por cuanto las guerrilleras podían comprometerse y casarse; ritual que se legitimaba ante los compañeros “caminando entre dos filas de armas cruzadas” (273). Sin embargo, los inconvenientes experimentados para engendrar, durante la lucha insurgente, se manifiestan en la proliferación de gestantes al triunfar la revolución porque, según declara otra de las testimoniadas a Randall, en la nueva Nicaragua, sin tirano y sin directrices contraceptivas, se produjo una “epidemia de embarazos” (274).

Otro tipo de exculpación a la que aluden las guerrilleras se refiere al descargo de conciencia por alguna actuación que las abrumba, décadas después de ocurridos los hechos, como la descrita por Yolanda Colom en Mujeres en la alborada al esclarecer el ajusticiamiento de uno de sus compañeros de lucha. Suscritos a una serie de principios que debían cumplir y obedecer todos aquellos que se integraron a la organización clandestina, la inobservancia va a implicar la pena de muerte “para quien desertara, traicionara o abandonara el puesto de combate poniendo en grave peligro a sus compañeros” (141). Bajo el amparo de esa normativa se decretó la condena máxima contra Fonseca, guerrillero

guatemalteco que, acusado de traidor, fue ejecutado por el colectivo. Los alegatos en pro y en contra de la condena, acto del que se duele la guerrillera, los registra en su obra en la que, autocríticamente, plantea que “el proceder de Fonseca y su castigo ejemplar nos revelaron en toda su crudeza el lado trágico y las contradicciones propias del proceso emancipador” (146). A diferencia de Mario Payeras, quien no hace ninguna referencia de esa u otras ejecuciones en el libro Los días de la selva, Yolanda Colom le da espacio y voz en su testimonio al guerrillero sentenciado quien, de esa manera, dilucida su acción delatora al mismo tiempo que redime a la dirigencia por el castigo convenido para su delito. La escritora guatemalteca va más allá al reproducir el debate desencadenado en el grupo revolucionario por la pena impuesta al guerrillero, enfoque con el que demuestra que no está dispuesta a ocultar hechos punibles de los insurgentes que, en otros momentos, se encubrieron o silenciaron.

En lo referente a los ajusticiamientos en la guerrilla nicaragüense Belli no revela ningún dato. Quizá los guerrilleros ejecutados estén incluidos en los cincuenta mil nicaragüenses, muertos en la guerra, bajas de las que se lamenta por las escasas conquistas revolucionarias una vez llegado al poder el grupo sandinista, gobierno en el que colaboró la escritora. Es muy probable que por la proximidad de Belli al grupo vencedor perciba a los ajusticiados como parte de las víctimas de la contienda, sin diferenciar entre los sentenciados en los campamentos guerrilleros y las víctimas de los campos de batalla, lo que la lleva a conjuntar a los muertos en una sola cifra. Aunque no revela en sus memorias las muertes registradas entre los propios guerrilleros nicaragüenses, si se lamenta de la muerte del talentoso escritor y poeta guerrillero “Roque Dalton en El Salvador. Asesinado por sus propios compañeros” (158). Un ajusticiamiento causado por las divisiones y las profundas divergencias entre los miembros de las agrupaciones insurgentes, hechos que los llevaron a matarse entre ellos mismos, porque este ideólogo de la revolución salvadoreña fue asesinado por “compañeros de armas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), quienes le acusaron de ser agente de la CIA” (Arias 1998, 81).

Independizar a los pueblos de las continuas dictaduras que asolaron durante décadas a Centroamérica no produjo la anhelada liberación ni la consiguiente democratización del territorio, como se vislumbra en las autocríticas y en el desencanto político que manifiestan las autobiógrafas de posguerra. Los enemigos en esta época adquieren nuevas fisonomías.

Los “*marines*”, los mercenarios o los soldados del aparato represor, no son los únicos adversarios, también lo son algunos miembros de la dirigencia de los grupos revolucionarios, como lo denuncian unas y otras. Así lo hace Yolanda Colom en Mujeres en la alborada al reseñar los conflictos, las discordancias internas en la dirigencia de los insurgentes y las acusaciones que un comandante, ávido de protagonismo, manipulador, demagogo e instigador, hizo contra ella. Esta acción incitó a otros compañeros, machistas y guerrillistas, quienes la señalaron responsable de funciones que no le competían a la guerrillera. Es evidente el descontento de Colom frente a los acusadores que repetían fórmulas falsas y “no se preocupaban por fundamentar, persuadir ni proponer alternativas o soluciones” (251). Es posible que desde ese entonces comenzara a germinar el desencanto político que la llevó a abandonar el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), en enero de 1984, cuando

“un grupo significativo de cuadros y militantes nos retiramos de dicha organización por diferencias de fondo en cuanto al análisis de los acontecimientos vividos hasta ese momento, así como respecto a los criterios de la conducción del trabajo (...) Con otros compañeros constituimos un nuevo proyecto político *Octubre Revolucionario*; en ese empeño volcamos lo mejor de nuestra experiencia, esfuerzos y amor a nuestro pueblo” (Stoltz 264).

Decepcionadas de los grupos que pactaron la paz, o con aquellos que triunfaron y arribaron al poder en sus respectivos países, estas escritoras reconocen su propia impotencia ante la actuación de estos individuos que gobernaron para sí mismos apropiándose de las gestas populares. Así lo denuncia Belli en El país bajo mi piel cuando, pese a que expresa que “no viene al caso en estas memorias hacer un recuento de acusaciones y contraacusaciones” (381), desenmascara a los hermanos Ortega al lamentarse de la división tripartita del Frente Sandinista y de la jerarquía que adquirió la tercera tendencia con “Humberto y Daniel Ortega –que llegaron a ser jefe del ejército uno y presidente de Nicaragua el otro” (200). Con la censura a los hermanos Ortega la escritora nicaragüense intenta evitar que los fracasos militares de esos dirigentes queden registrados en la historia como conquistas porque, según reconoce, “suele suceder cuando al final las

cosas salen bien, que los empellones del camino se olvidan. Nadie pasa las cuentas. Los muertos ya no tienen voz para reclamar” (225).

Los años que separan a Belli de esos sucesos no atenúan ni impiden que rememore que desde entonces “se sembraron las semillas de un método político carente de escrúpulos que contaminó el sandinismo, sus ideales, su mística, y que a la postre, condujo a los Ortegas - que usurparon la bandera de la causa- a la derrota no sólo política sino, sobre todo, moral” (234).¹⁶⁸ Como integrante de la línea Tercerista y funcionaria del gobierno sandinista, Belli asume su cuota de responsabilidad por los manejos políticos indebidos; actuaciones que, junto con la amenaza de invasión norteamericana y la guerra de la contra financiada por la CIA, impidieron los resultados pretendidos por los movimientos guerrilleros. Además porque, a medida que los Ortega fueron apropiándose del poder, “la Revolución fue perdiendo su ímpetu, su brillo, su energía positiva. Se impuso la mentalidad falta de escrúpulos y principios, populista y manipuladora” (384). De esas acciones del gobierno sandinista deriva el desencanto político de Belli pero ese sentimiento no la lleva a restarle ningún mérito a la insurrección porque, según reconoce: “A mí no me desilusionaba la Revolución, me desilusionaban sus dirigentes” (383). La escritora está convencida que, después de cuarenta y cinco años de dictadura y de la guerra de la contra financiada por la administración Reagan, fue la revolución sandinista la que permitió la transición del país hacia la democracia al conferirle

“a Nicaragua, por primera vez en toda su historia, la oportunidad de que la transmisión del mando entre dos partidos contendientes se hiciera en paz, sin guerras (...) Nadie dentro del sandinismo disputó o agrió la victoria de Violeta Chamorro con revueltas y demostraciones. Jamás se vio tanto civismo (...) Ningún nicaragüense tenía la experiencia de un traspaso de poder a través de elecciones, y eso de por sí era una victoria sandinista. Que el FSLN, tras haber sido acusado de comunista, autoritario, absolutista, entregara el poder, contando con el ejército, la

¹⁶⁸ Además de denunciar a los hermanos Ortega en *Waslala*, Belli retoma en sus memorias la crítica hacia ellos por adueñarse de una revolución que demandó la sangre de miles de nicaragüenses. Comprometida con el pueblo nicaragüense no es raro que tanto su obra poética como su novelística haya girado sobre la temática de la revolución sandinista. De esa trama, que le ha ocupado la mitad de su vida, parece desprenderse ¿o exorcizarse? en su última obra *El pergamino de la seducción* (2005), libro en el que la célebre Juana de Castilla, conocida como Juana la loca, es la protagonista.

organización popular y el 42 por ciento de los votos, fue un acto de enorme trascendencia para la vida democrática del país” (395-396).

La innovación democrática en Nicaragua le permite a Gioconda Belli ufanarse de ese resultado; una conquista de la que es copartícipe como guerrillera del colectivo revolucionario vencedor. La complacencia no le impide la criticidad política que sustenta hasta el presente con pronunciamientos como el realizado junto con Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal, escritores y personajes destacados de la revolución nicaragüense. En el manifiesto “No votaremos” publicado en El Nuevo Diario el 10 de octubre de 2001, días antes de las elecciones que disputaron Enrique Bolaños y Daniel Ortega, proclamaron:

“No podemos votar por los responsables de este golpe de mano contra el futuro de la democracia y de las opciones cívicas en nuestro país (...) Nicaragua necesita una renovación moral, que pasa por enterrar la corrupción, y necesita gobernantes que tengan compasión por los más pobres y necesitados, convertidos hoy en carne de cañón electoral, y engañados con promesas que nunca podrán ser cumplidas. Nuestra esperanza es que una nueva generación de nicaragüenses asumirá ese reto” (Rodríguez 57).¹⁶⁹

Desencantada, políticamente, Belli lleva al plano personal la animadversión contra Daniel Ortega cuando recuerda en sus memorias las miradas insinuantes que este gobernante le dirigía cada vez que se encontraban, catalogándolo como “un ser agazapado y oscuro cuya interioridad debía estar llena de complicaciones y esquinas con telarañas” (357). Con esta descripción del líder guerrillero Belli desmonta no sólo la figura del dirigente sino la imagen de sí misma derivada de las miradas de aquél; una imagen en la que se percibe como reflejo del deseo masculino. La táctica para autorrecrearse se descubre en las imágenes de mujer insurrecta, excéntrica y ambigua que esboza en El país bajo mi piel. Una mujer caleidoscópica ajena a cualquier frontera aprisionante, aún las que ella misma pueda delinear. No contenta con el desenmascaramiento del gobernante nicaragüense, reafirma la oculta personalidad del comandante y reitera las denuncias que hiciera la hijastra de Ortega quien lo acusó de abuso sexual.

¹⁶⁹ Cita de un segmento del manifiesto contenido en el artículo “Memorias del devenir: Belli, Cardenal y Ramírez recuentan la historia”, de Ana Patricia Rodríguez. Este ensayo fue editado por la Revista del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, No. 87/88, mayo/diciembre 2002, San Salvador.

De desencantos políticos y de enemigos dentro de las filas insurgentes, escribe también Arriola cuando relata el juicio que le hicieron los dirigentes del grupo en el que militaba y la consiguiente condena sin permitirle defenderse, acusada de ser la delatadora de una de las casas clandestinas en la que debía reunirse, el mismo día de la caída de la vivienda, la dirección del partido y en la que se guardaba documentación del Partido Guatemalteco de los Trabajadores. En la obra Ese obstinado sobrevivir, la guerrillera guatemalteca trata de limpiar su nombre aclarando lo sucedido e inculpando de la acción contrainsurgente a los infiltrados en la dirección del movimiento revolucionario; también propaladores del rumor en su contra. Simultáneamente, denuncia a aquellos que, intrigantes y envidiosos de sus méritos, la enjuiciaron, la condenaron y la separaron del PGT, porque supuestamente “en las cantinas donde iba a emborracharme con ellos contaba todos los secretos del partido” (59). Es evidente el sabor amargo que trasluce Arriola por esa condenatoria que implicó no sólo el fin de su militancia con la izquierda guatemalteca, sino la marginación y el ostracismo social. Ese desenlace, ocurrido décadas atrás, no deja de contrariarla como lo evidencia en el tono furioso con el que desenmascara a los traidores.

Distanciadas de los grupos insurgentes, antes y después de la firma del Tratado de Paz o del triunfo revolucionario, estas escritoras y exguerrilleras no claudican en sus luchas posrevolucionarias. Aunque desencantadas de los dirigentes y de la forma en que éstos se condujeron al pactar o mientras gobernaron, no se retractan de sus actuaciones en el contingente revolucionario. Todas ellas reivindican los proyectos por los que combatieron en una época en la cual “se hizo posible imaginar lo imposible; imaginar una sociedad (...) libre del terror, de las diferencias jerarquizantes, del odio, de los privilegios, de la discriminación entre géneros, entre etnias, entre clases, entre ricos y pobres” (Arriola 37). Animadas por ideales que se mantienen vigentes y a los que muestran gran lealtad, las autobiógrafas anhelan una sociedad centroamericana inclusiva y próspera. De esa manera trascienden su propio desencanto político para dejar claro que no se arrepienten de sus acciones pese a los costos que tuvo que pagar la población con miles de muertos, a la escasa conquista alcanzada y al sacrificio que pagaron ellas mismas porque, según afirman, creyeron y creen que la guerrilla fue la única alternativa posible ante los regímenes de terror. Así lo ratifican unas y otras como lo hace Arriola quien confiesa:

“Yo no reniego de la lucha armada, creo que fue una opción a la que nos

empujó un régimen ciego, sordo ante cualquier intento de modernización. Profundamente sádico, que tiene en sus entrañas el odio del conquistador. Que ha practicado el genocidio y el etnocidio como lo practicaron los nazis y todos los colonizadores e imperialistas del mundo. Por ello considero que la violencia es legítima, es un derecho y un deber resistir con las armas en la mano” (Arriola 49).

La fidelidad al ideal revolucionario que las convocó a la militancia se mantiene pese a los reveses sufridos porque las demandas aún esperan una solución, como lo evidencian las condiciones socio-económicas deplorables de los sectores populares. Distinguen entre los ideales por los que lucharon y los logros porque, según expresa Belli, “a mí no me desilusionaba la Revolución, me desilusionaban sus dirigentes” (Belli 383). Estas militantes de la insurgencia se reconocen también como pioneras y militantes del movimiento feminista en Centroamérica. Desde esa perspectiva, se atreven a impugnar el sistema de dominación masculino representado no sólo por los tiranos sino por los mismos revolucionarios, a quienes desmitifican como políticos.

4. MILITANTES DE LA GUERRILLA Y DE LA LIBERACIÓN FEMENINA.

En contraste con las autobiógrafas estudiadas en los capítulos precedentes, las escritoras en análisis se focalizan en sus relatos autobiográficos desde la perspectiva de género. Los sujetos del enunciado, bajo los que se narran estas mujeres, las muestran conocedoras de la cultura genérica opresiva y de las concepciones asimétricas reproducidas en la sociedad falocéntrica. El deseo de liberar a sus respectivos países de las tiranías está asociado al desmantelamiento del sistema androcéntrico, orden caduco que es cuestionado por estas mujeres que luchan por sus derechos, por la equidad genérica. Desde esa perspectiva incursionan en otros espacios ajenos a la domesticidad; impugnan los discursos rectores paternalistas, dogmáticos y moralistas; desmontan los discursos sexistas excluyentes y desconstruyen estigmas, mitos y estereotipos. Asimismo, subvierten la figura de la mujer objeto para potenciarse como heroínas declarándose gestoras de los cambios

revolucionarios en la sociedad. Igualmente, transgreden la imagen de negatividad y de inferioridad con la que el sistema de dominación masculino ha clasificado la diferencia sexual para excluir a la mujer de la vida política e intelectual. En sus autocríticas, individuales o colectivas, no se permiten concesiones autolastimeras.

Comprometidas con el grupo insurgente y con el movimiento feminista estas escritoras se saben iniciadoras de la emancipación femenina y de la equidad genérica en Centroamérica. Así lo reconoce Arriola en Ese obstinado sobrevivir cuando plantea que fueron las mujeres incorporadas a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), las mismas que empezaron la lucha de liberación femenina en su país; “en una sociedad tan machista como la guatemalteca, fuimos verdaderas pioneras” (42). Son ellas también las que participan en “las manifestaciones disueltas a balazos; en los paros de las camionetas; en la toma de la radio del estadio de fútbol cuando se transmitía en directo un partido con un equipo de otro país” (37). Además, son las primeras en desafiar los espacios prohibidos como las cantinas que, “parte del ritual alcohólico guatemalteco, era un reducto exclusivo de los machos” (36). Yolanda Colom corrobora ese punto de vista cuando se refiere a la cantina como el recinto al que rara vez iban las mujeres porque en Guatemala las cantinas eran, “generalmente, sitios sórdidos y exclusivos de los hombres” (Stoltz 253). De esta manera señalan no sólo la relación tan común entre varón y alcohol, sino la separación de los espacios genéricos en la sociedad patriarcal porque, según lo expone Colom en Mujeres en la alborada,

“era una tradición que las mujeres fuéramos casi siempre colaboradoras. Una especie de retaguardia de los padres, los hermanos, los novios, los maridos, los hijos y hasta los amigos. Y las formas de colaborar se reducían, salvo excepciones, a realizar tareas domésticas, mandados y compras para núcleos de militantes; a criar y educar a los hijos propios y ajenos; a escribir a máquina, a reproducir y trasladar materiales escritos; a cuidar enfermos y heridos; a trasladar mensajes y encubrir actividades que otros realizaban” (71).

Conscientes de las determinaciones sexistas estas mujeres aspiran a superar las relaciones asimétricas que trascienden en las representaciones establecidas para uno u otro sexo, como relata Colom al expresar que, entre los campesinos e indígenas guatemaltecos, “el nacimiento de una mujer no era bienvenido y a las hijas se las consideraba una carga en

la economía familiar. Mientras (...) el nacimiento de un varón era motivo de alegría, de ceremonias especiales” (47). Esa perspectiva sexista, difundida tradicionalmente en las clases populares, se proyecta a toda la sociedad. La misma Colom no logra superar esa práctica discriminatoria, como se evidencia cuando narra sobre el nacimiento de su hijo y revela: “me alegró que fuera hombre, pues consideraba que para él sería menos dura la vida en caso me viera forzada a dejarlo” (4). Sustentadora de una enseñanza-aprendizaje tradicional no logra sustraerse al discurso sexista, de ahí las razones aducidas para alegrarse por el sexo de su hijo. Según esta escritora, al varón no debía mimársele para que se adaptara mejor a los cambios y a las privaciones. Bajo esa perspectiva intenta fortalecerlo prohibiéndoles a los familiares que lo acariciaran porque si “se acostumbraba a ser mimado, sufriría mucho cuando no lo pudiéramos consentir” (5). Esa posición convencional de Yolanda Colom se explica en una sociedad patriarcal donde impera la ideología sexista. A pesar de la educación de la guerrillera y de la perspectiva de género que explora en su testimonio, Colom no puede sustraerse del discurso rector y paradójicamente reafirma, con tales declaraciones, el sistema que intenta impugnar.

Estudiosas de la cultura opresiva contra las mujeres estas escritoras realizan lecturas de obras como El segundo sexo, de Simone de Beauvoir, según lo reconocen cuando hacen referencia a su militancia feminista y a ciertos libros de Germaine Greer, Betty Friedan o de Marcela Lagarde. Sin embargo no logran liberarse del lenguaje-discurso dominante por lo que se dicen y se desdicen sin percatarse que, muchas veces, transcriben el mismo orden que cuestionan. No obstante en otros momentos y con evidentes intenciones de subvertir la visión genérica pautada por la sociedad, astutamente se rebelan a reproducir el papel programado socioculturalmente. En ese sentido se pronuncia Belli cuando se niega a seguir reproduciendo los condicionamientos estipulados para las mujeres de su clase social. El rechazo de la normativa lo hace, según lo expresa en El país bajo mi piel, animada por las lecturas porque

“mientras más leía menos podía tolerar la perspectiva de años y años conversando sobre recetas de cocina, muebles, decoración interior. Me aburrían los sábados en el Country Club repitiendo la vida de nuestros padres: los maridos jugando al golf, los niños en la piscina, mientras nosotras dale otra vez con las niñeras, la píldora, el dispositivo

intrauterino de cobre o los ginecólogos de moda” (51).

La perspectiva de Belli sobre la domesticidad es la de una mujer de posición social adinerada. Así lo confirman los potenciales temas de conversación entre ella y sus amigas; los clubes sociales en los que alterna; el conocimiento que tiene sobre los diferentes tipos de anticonceptivos y el acceso a los médicos especializados. Sus pláticas y actividades sociales son de escasa o nula difusión entre los sectores populares, grupos que apenas si pueden subsistir, por las condiciones de miseria imperantes en la sociedad nicaragüense.

El descontento por tener que reproducir una visión de mundo cada vez más desgastada y ajena a su sensibilidad sociopolítica, la lleva a descifrar, según ella, “sueños propios de mi género” (12). Con esa perspectiva explora nuevos espacios de actuación acordes a su temperamento. Uno de ellos lo encuentra en el cafetín “La India” en Managua, lugar al que asiste a escondidas del marido e invitada por un poeta-pretendiente. En este sitio puede soñar con otros escenarios alejados de la domesticidad asfixiante y despertar de las pesadillas en que la mitad del cuerpo se le convertía en electrodoméstico y se agitaba como lavadora de ropa (51).

Es en ese ámbito, en el que se reúnen los hombres a debatir sobre acontecimientos mundiales, artísticos y literarios, donde Belli experimenta una metamorfosis como resultado de su participación en las tertulias en las que discuten todo tipo de temas como la guerra de Vietnam, el arte pop, la rebelión del 68, el movimiento de liberación sexual y en las que comentan sobre escritores como “Sartre, Camus, Noam Chomsky, Marx, Giap (...) la literatura del *boom*, las cartas de Van Gogh a Theo, *Los cantos del Maldoror* del conde de Lautréamont, los *hai-ku* japoneses” (55). Son las conversaciones en ese círculo las que la alejan del reducto de lo privado y la incitan a demandar otros espacios, nuevas vivencias e inéditas sensaciones, que adquiere a partir del descubrimiento de la escritura y de su propio erotismo. La exploración de ambas experiencias practicadas al margen de los convencionalismos sociales implicó, según sus palabras, “mi Big Bang personal. Me hizo cuestionar mis deberes y considerar mis derechos” (57- 58).

La equidad genérica es una aspiración común en todas las escritoras aunque no la enuncian de igual forma porque mientras unas impugnan en sus textos los roles tradicionalmente pautados en la sociedad, al demostrar la ausencia de simetría entre hombres y mujeres, como lo hacen Arriola y Colom, otras como Gioconda Belli, y con

intenciones desconstruccionistas, recurre al juego textual para exhibir los prejuicios y los estereotipos afirmándolos y negándolos, simultáneamente, al inscribirse en un vaivén aporístico. Esta oscilación impide la detención pero a la vez promueve el desenlace, desmontándose con esa maniobra las normativas de comportamiento de uno u otro sexo porque la ambigüedad enunciativa, en la que se moviliza la nicaragüense, imposibilita la reproducción del sistema monolítico y acartonado.

Para censurar al sistema patriarcal estas escritoras emplean la autocrítica como estrategia discursiva al describirse, en algunas circunstancias, respetuosas, partidarias y sumisas a ese ordenamiento tradicionalmente impuesto. Saben que la sociedad, como lo expone Arriola en Ese obstinado sobrevivir, “ha hecho que la existencia de la mujer, el mismo sentido de su vida, dependa de la realización de la dependencia hacia los otros” (63). Iniciadas en ese orden o disciplina “las mismas mujeres están obligadas a reproducir las condiciones y las identidades genéricas (...) como sujetos de la opresión y como vigías del cumplimiento del designio patriarcal” (63).¹⁷⁰ Pero conscientes de la manipulación son ellas, también, las que se rebelan ante ese sistema que las encadena a reproducirlo y frente a quienes no comprenden a las mujeres que ejercitan una “forma de ser libre, ajena de los estereotipos de la abnegada madre y opuesta a esa sociedad que tiene a la hipocresía como norma” (26).

Pese a que reconocen los conflictos personales o colectivos para desprenderse de los prejuicios sexistas, el quebrantamiento de éstos es común en todas estas militantes de los grupos feministas y revolucionarios. Una estrategia desestabilizadora, utilizada en sus escritos, es el empleo del término militancia, vocablo con el que no sólo debaten sobre la liberación femenina sino que les sirve para reflexionar sobre su compromiso revolucionario al entretener ambos tipos de lucha. El enlazamiento entre la emancipación femenina y la liberación del país de manos de los tiranos, se confirma cuando Gioconda Belli se pronuncia tanto contra la dictadura somocista como opuesta a la inequidad genérica existente en la sociedad nicaragüense. Es una experiencia de lucha femenina en la que no se involucran sus compañeros de armas o de vida porque, si bien los varones se sublevan demandando transformaciones político-ideológicas, no se atreven a desafiar al sistema androcéntrico en el que se considera inferior a la mujer.

¹⁷⁰ Este es el fragmento de una cita hecha por Arriola en su autoetnografía, del libro Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, de la mexicana Marcela Lagarde. Colección Posgrado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997.

La imagen de inferioridad con la que se visualiza a la mujer en la sociedad patriarcal las lleva a iniciar acciones en las que impugnan el didactismo paternalista, obvio en el marido que, compulsivamente,

“insistía en ilustrarme sobre cómo debía entender el mundo. Yo me rebelaba porque lo entendía suficientemente bien (...) Me volvía contra él dando zarpazos. Nunca he tolerado la tendencia de los machos de adoptarnos a las mujeres, como si al casarse con nosotras adquirieran una hija o un ser desvalido que deben guiar por el mundo” (Belli 2001, 229).

La oposición a esa costumbre, que convierte a las mujeres en pertenencia u objeto del otro, las lleva a desafiar los discursos científicos legitimadores. Entre ellos el del médico quien, acostumbrado a que “el discurso de la medicina y la biología ofrecieron la base científica para controlar la sexualidad” (López 35), menosprecia a las pacientes como si todas fueran ignorantes.¹⁷¹ Conocedora de su cuerpo y de la maternidad, actividad que les compete a las mujeres como únicos sujetos gestantes, Belli enfrenta al especialista en un acto que genera el respaldo de otras mujeres, que sufren análogos desaires. De esa manera se establece una especie de complicidad, de sororidad, entre las discriminadas, como lo manifiesta la nicaragüense en los argumentos que enarbola, en El país bajo mi piel, contra el galeno costarricense:

“Hágame el favor de tratarme como persona –le dije-. No soy estúpida. He estudiado. Conozco mi cuerpo. No necesito que me simplifique todo. Me parece un insulto la manera en que tratan ustedes a las mujeres aquí. La noticia de mi protesta corrió de cama a cama. Se armó una conversación a voces entre todas, no bien salieron el médico y las enfermeras. Tenía razón. Aquello era ofensivo. Todas ellas se quejarían de que las trataran como niñas malcriadas, y no les explicaran ni sus propios padecimientos, como si fueran incapaces de entenderlos.”

¹⁷¹ Sobre la dominación del modelo médico, en el ejercicio de las formas modernas de poder, ha teorizado Foucault, como lo reseña Veena Das en “La Subalternidad como Perspectiva” (290), cuando alude al poder y el cuerpo. El poder de los discursos científicos en la sociedad actual lo legitimó Freud quien, pese a no ser el que inauguró la condición de inferioridad de la mujer, con la que ha sido tachada, si “hizo todo lo posible por explicarla, por hacerla lógica, vale decir ineluctable. Lo grave de la aportación de Freud fue que la



La censura que realizan estas escritoras se extiende a todos los discursos rectores de la sociedad como el político-ideológico, sin importarles la notoriedad que sustenten los implicados. Tal es lo que sucede con Belli quien desacraliza el discurso cansino del caudillo Fidel Castro, especie de patriarca para los guerrilleros latinoamericanos de esa época, cuando se niega a reproducirlo porque

“no quería oírme, sino que lo oyera. Alzaba la voz. Su tono bordeaba lo iracundo. Era evidente que consideraba mi postura como un desafío y quería convencerme de mi error. Al ver que no lograría nada, que la conversación se había reducido a un enfrentamiento de su verdad contra la mía, desistí de continuar” (292).

En ese mismo sentido desmitifica la imagen de Torrijos por el acoso sexual al que la somete el mandatario panameño, mientras ella intenta transmitirle un mensaje de la dirigencia sandinista. No existe el diálogo entre la escritora nicaragüense y los mandatarios cubano y panameño porque, como lo han señalado los lingüistas, en las interlocuciones entre un hombre y una mujer el noventa y ocho por ciento de las interrupciones y el cien por ciento de las interposiciones son obra de los varones por cuanto éstos le

“niegan a las mujeres el estatuto de interlocutores igualitarias en la conversación, ya sea respecto a un uso plano del propio turno de conversación, ya sea respecto a la elección de los argumentos de conversación. Por tanto, se puede decir que el mismo poder masculino que opera en el plano social sobre el control de las macro-instituciones, se manifiesta también en el control, por lo menos parcial, sobre las microinstituciones, como por ejemplo la conversación” (Violi 92).¹⁷³

inferioridad consagrada socialmente, adoptó con él un aspecto científico, y que sus ecuaciones femeninas pasaron a ser sentencias conocidas de todos, de las que las mujeres llevan todavía la marca” (Olivier 17).

¹⁷² Tomada la maternidad desde siglos anteriores por la academia, y en tiempos en que a la mujer le estaba prohibida la educación, la imagen de discapacitada mental se ha mantenido pese a los avances femeninos en todos los campos. En una sociedad netamente machista, como la del período reseñado en Centroamérica, es común que quienes tienen el poder no sólo del discurso, sino el de la vida y de la muerte como los médicos, menosprecien a quienes atienden. Aún hoy, en tiempos en que toda deslegitimación es intolerante, esa actitud ofensiva la practican muchos de los galenos.

¹⁷³ Esta cita la reproduce Violi del artículo de Zimmerman, D. H., West, C., titulado *Sex roles, interruptions and silences in conversation*, en Thorne B., Henley N. (eds), *Language and sex. Difference and Dominance*, Rowley, Mass, Newbury House, 1975. La lingüista no señala la página.

Empeñadas en desenmascarar el machismo, promotor de la despersonalización femenina, reprueban la instrucción asimétrica que reciben hombres y mujeres donde a éstas se las educa “desde niñas para complacer. Nos entrenan para ser camaleones de nuestros hombres, adaptarnos a ellos” (Belli 2001, 280). La sensibilidad ante un sistema que las enajena despierta en ellas la perspectiva de género conforme palpan las desigualdades sociales y genéricas. Esa percepción se profundiza con la incorporación a los destacamentos guerrilleros en los que descubren, como lo hace Yolanda Colom en Mujeres en la alborada, “unas pautas de convivencia que rompían con los patrones prevalecientes en nuestra sociedad, en lo referente a la división del trabajo según procedencia clasista, pertenencia étnica o sexo” (104). En los destacamentos revolucionarios experimentan una nueva relación con el varón. Ensayan un nuevo tipo de convivencia al liberarse de las tareas domésticas, maritales y familiares porque en la clandestinidad

“desde el punto de vista de género disponíamos del mismo tiempo, derechos y obligaciones que los hombres para adiestrarnos, formarnos y participar en todas las actividades propias del oficio revolucionario en la montaña (...) esta situación nos ofrecía una perspectiva de vida y de trabajo radicalmente nueva. A las mujeres nos planteaba el reto de desarrollar funciones, habilidades y conocimientos nuevos en los campos de la política, lo militar, lo agrícola y lo organizativo.” (104).

Es en ese contexto en el que Colom se inicia como defensora de los derechos femeninos cuestionando valores como el machismo, el maltrato, la opresión y el desprecio hacia las mujeres. Junto a otros dirigentes de la guerrilla discute sobre la doble moral, el tabú sexual y el mito de la virginidad. Además imparte cursillos sobre la sujeción y emancipación de las mujeres, exhortando a sus compañeros a cambiar las costumbres machistas:

“les decíamos que las mujeres valíamos igual que los hombres porque ambos éramos humanos y trabajadores; que teníamos corazón e inteligencia como ellos; que las mujeres constituíamos la mitad de la población y era necesario que participáramos también en la lucha de los pobres; que para triunfar necesitábamos apoyarnos y superarnos unos y otras. Les hacíamos ver cómo el trato que numerosos hombres daban a las mujeres no era digno ni justo y que la costumbre de maltratarnos y despreciarnos debía

abandonarse; que no éramos mercancía para que nos vendieran y compraran, sino que teníamos derecho a decidir nuestras vidas, y con quién y cuando casarnos; que era necesario comenzar los cambios en cada casa, en cada localidad; que para lograrlo era necesario que las mujeres hablaran por sí mismas de su situación, y que ellas decidieran (...) que era necesario que las mujeres se alfabetizaran y participaran en las charlas y cursillos” (110).

En este segmento Colom logra abarcar la situación de desventaja que viven las mujeres quienes, pese a ser la mitad de la población, carecen de poder económico-político. Por ello la petición de complicidad y solidaridad hecha a los varones para que apoyen y escuchen a las mujeres desde su diferencia sexual lo que “implica una transformación de las estructuras e imágenes propias del pensamiento (...) y no solamente las estructuras específicas de la mujer” (Braidotti 42). Tal vez se debe al deseo de un cambio de mentalidades que Colom elabora este párrafo desde un “nosotros”. De ese modo, incluye a los varones en las exhortaciones para dismantelar aquellas tradiciones que degradan a las mujeres, como la compraventa de éstas. Una práctica habitual en la Guatemala que reseña la autobiógrafa.

Estratégicamente, en algunos segmentos de Mujeres en la alborada Colom narra colectivamente desde un “nosotras” para enfocar a toda la población femenina. En esa inclusión se adivina el intento de la escritora por denunciar las condiciones de opresión, explotación y abandono, que sobrellevan las mujeres en todos los tiempos y lugares; especialmente en Guatemala. Colom está consciente que ni los guerrilleros, quienes luchan contra esas mismas lacras sociales, repudian el despotismo ejerciéndolo contra las mujeres que ocupan puestos de mando en el destacamento porque “de una u otra manera, en uno u otro momento, a floraba la subestimación hacia nosotras” (112). Impotente se muestra Colom ante la actitud de uno de los guerrilleros que habla de equidad genérica para argumentar a continuación: “ya no les vamos a pegar a nuestras mujeres con machete, porque a veces bolos, en vez de darles planazos, les damos filazos y las herimos. De ahora en adelante, cuando nos enojemos con ellas, sólo les vamos a pegar con varejón de guayaba” (111).

Por su parte, Arriola reflexiona sobre la cultura genérica opresiva a través de la aplicación de la teoría feminista en la vida diaria. En ese sentido confiesa cómo la lectura

de El segundo sexo le “aclaró teóricamente lo que es el machismo, la opresión doméstica, lo que significa nuestra posición de inferioridad en la sociedad. Pero también de inferioridad en el quehacer revolucionario” (Arriola 62). La arbitrariedad de enfocar la diferencia como inferioridad reproduce la mirada masculina patriarcal con la que “la mujer ha aprendido a verse como inferior, inauténtica e incompleta” (Weigel 72). Observada bajo las gafas masculinas se percibe Belli en El país bajo mi piel. Esa sensación la experimenta no sólo en su país sino en otros territorios en los que se confabulan propios y extraños para reproducir el sistema. Así se aprecia cuando la desautorizan, mientras sirve de intérprete en Libia, a intervenir tanto en la mesa de discusiones como en la de los comensales porque, “según el Corán las mujeres no tienen alma, me explicó Modesto, que se reía de la rabia que me daba que ellos, mis compañeros, permitieran aquello” (372).

Por la relación del poder con los varones a las mujeres se les dificulta el reconocimiento de heroínas, pero, a diferencia de las testimoniadas quienes se identifican con órganos masculinos para demostrar su valor en alguna acción insurgente o ante los abusos cometidos en su contra, las autobiógrafas de los años noventa y primeros años del siglo XXI se perfilan heroicamente en diferentes situaciones y no sólo empuñando las armas. Lo hacen como sujetos y lo enuncian en femenino como lo hace Arriola, en Ese obstinado sobrevivir, cuando confirma: “he participado no como espectadora, sino como actora, en el quehacer histórico” (121). Similar perspectiva asume Colom al comentar las penurias de muchos de los miembros del destacamento provenientes de las ciudades que no lograban adaptarse a la guerrilla y como ella, desde un principio, se dispuso con determinación “a pasar las pruebas necesarias como militante y como mujer” (Colom 80). En todas las experiencias que relatan estas escritoras lo hacen desde su posicionamiento como mujeres al mismo tiempo que revelan la arrogancia de los varones para admitir su valía.

Estas autobiógrafas están conscientes que son los compañeros de la insurgencia, quienes luchan por la libertad y la justicia para el pueblo, los mismos que excluyen, relegan y menosprecian a las mujeres tanto en los destacamentos o una vez triunfantes. La manipulación del poder la descubre Belli en El país bajo mi piel al constatar, una vez ganada la Revolución Sandinista, el desalojo de las guerrilleras de las filas activas pese a ser excelentes combatientes por cuanto “los mandos del ejército –con Humberto Ortega a la cabeza- decidieron que las mujeres sólo ocuparan puestos administrativos” (342). De ese

poder exclusivo se aprovechan los varones para perpetuar el machismo, como censura Belli al referirse a los servicios de secretariado, de intérprete y de zurcidora, que pasó a desempeñar ella misma para uno de los dirigentes de la Revolución Sandinista. Pero ni como remendona se les complace porque, según ironiza la nicaragüense, uno de los dirigentes, también enamorado suyo, “inventó un pleito tonto por un remiendo de sus pantalones, que hice tan bien como me lo permitían mis deficiencias domésticas y me retiró la palabra” (370). Sin embargo, son esas decisiones tomadas unilateralmente por los cuadros dirigentes las que estimulan entre las mujeres la exploración de estrategias desmontadoras del discurso hegemónico. Entre éstas la sororidad al comprobar que “sólo juntas podíamos evitar que las nociones masculinas del deber, de lo que era incorrecto o correcto, nos nublaran el entendimiento. No podía pasarse por alto que el poder -aun el revolucionario- era un oficio hecho a la medida de los hombres” (137).

No se contentan con censurar el proceder abusivo de los varones. También se autocritican por aceptar, en algunas ocasiones, las arbitrariedades del sistema. Así lo hace Belli cuando describe un resabio de sujeción en su propio comportamiento ante uno de sus enamorados “semejante al de la hembra seleccionada por el mono más fuerte para ser su pareja en la manada: totalmente primitivo. No era el poder sino *la sumisión al poder* del macho dominante lo que enardecía mi mente y mis hormonas, traicionando mi raciocinio” (344). Es importante observar la acentuación que hace Belli sobre la frase “la sumisión al poder del macho” para recalcar esa actitud machista más cercana a la animalidad que a lo humano. La autocensura la lleva más allá porque no conforme con revelar su total rendición a su compañero la reafirma cuando atribuye un proceder similar a otras mujeres como Rosario Murillo, la poeta nicaragüense a la que describe

“Rosario, que era una mujer fuerte cuando la conocí, estaba transformada en un ser miedoso, un manojo de nervios. Se había adelgazado considerablemente (...) Se mordía las uñas sin parar y seguía a Daniel como una sombra despersonalizada y triste. Quizá la misma impresión daba yo con Modesto, pensaba para mis adentros con vergüenza. Las dos, cada una a su modo, éramos víctimas de un sortilegio maligno que nos hacía correr como mendigas detrás de las migajas de amor que esos hombres nos dejaban caer, y que aceptábamos como si se tratara de maná del cielo o de la única comida

que podía saciarnos (...) Éramos mujeres de las cavernas una vez más, dejando que el macho nos dominara” (357-358).¹⁷⁴

La autocrítica, frente a posiciones reafirmadoras del machismo, se posibilita entre las mujeres que escriben en este período. Ese posicionamiento se debe a los avances producidos en la sociedad en lo referente a la emancipación femenina y a las demandas, cada vez más fuertes, de equidad genérica. Pero, a pesar de los cambios, las autobiógrafas están conscientes de las dificultades para que las conquistas trasciendan a todas las mujeres por las grandes desigualdades sociales, económicas, étnicas. Tal vez a ello se deba que Yolanda Colom titule su testimonio Mujeres en la alborada, pues apenas vislumbra el inicio de un largo camino para la liberación femenina. No sólo hay obstáculos económico-políticos sino simbólicos porque, acostumbradas a resguardar las tradiciones, según comenta la escritora, “las mujeres éramos muchas veces portadoras de ideas y prácticas opresivas hacia nosotras mismas” (63). Esa censura sutil de Colom contra algunas mujeres que, por ignorancia o por costumbre, frustran los cambios con actitudes permisivas o indolentes ante prácticas opresivas, la profundiza Arriola en Ese obstinado sobrevivir. A pesar de haberse declarado pionera de la liberación femenina en Guatemala, esta escritora reniega del movimiento feminista al que acusa de intolerante y le atribuye un comportamiento semejante a una secta

“porque creo que se encierra en un círculo cerrado que yo no comparto y porque he visto que las relaciones entre las mujeres, aún las de las más lúcidas feministas o luchadoras sociales, salvo casos excepcionales, carece de verdadera solidaridad, implican una terrible competitividad entre mujeres. Yo quiero luchar por algo más amplio, que transforme realmente las relaciones interpersonales de hombres y mujeres, pues las mujeres podemos ser, a veces, más terribles que los hombres” (114).

La aseveración prejuiciosa respecto a las mujeres, con la que finaliza Arriola el razonamiento, permite vislumbrar un espacio interpretativo que sugiere varias sendas. Si se piensa que el estereotipo manipulado por el discurso androcéntrico sobre la maldad de

¹⁷⁴ En el dominio masculino el amante toma el cuerpo de la amada con pasión pero si corre el riesgo de afrenta social se convierte en el emisor de la ley, como apunta Ranajit Guha en “Chandra’s death” (1987). Esto por cuanto en la estructura patriarcal, dentro de la que se articula el deseo sexual, el comportamiento del marido o del amante no difieren como difusores de la ley (Dass 291).

éstas, tiene un poder y un carácter fijista que connota rigidez e inmutabilidad, sendero que parece haber seguido Arriola, también puede leerse de manera inversa. La repetición del estereotipo puede llevarlo al juego del desplazamiento por cuanto es “un modo de representación complejo, ambivalente, contradictorio, tan ansioso como afirmativo” (Bhabha 95). Puede ser leído, por tanto, como una estrategia discursiva que, por los cambiantes posicionamientos como sujeto, adquieren las mujeres lo que les permite acceder, aunque sea momentáneamente, a nuevos espacios de potenciación y resistencia donde el sistema discriminatorio sexista no opera. De ahí que el estereotipo deba cartografiarse toda vez que sea repetido por cuanto en él se institucionaliza “un espectro de ideologías políticas y culturales que son perjudiciales, discriminatorias, vestigiales, arcaicas, “míticas”; y, lo que es más importante, son reconocidos como tales” (Bhabha 108). Así juzgan estas autobiógrafas algunas mitologías cuando perfilan ciertas imágenes femeninas que las conducen a potencialidades inéditas.

Desmontadoras de los estereotipos las autobiógrafas también desconstruyen los mitos que saturan, tradicionalmente, la cultura y la literatura al mismo tiempo que revalorizan imágenes femeninas devaluadas. La resemantización de mitos de hechura masculina la trama Belli en El país bajo mi piel cuando intenta “descifrar las mitologías que atribuían a mi género el caos, el fin de la racionalidad, la capacidad de provocar guerras y cataclismos universales con el mordisco a una manzana o el desatarse de una sandalia” (199). El cuestionamiento y la reinterpretación de las mitologías femeninas comienza con el desmantelamiento de Eva, metáfora de la naturaleza negativa de lo femenino. Eva se constituye en el estigma que marca a las mujeres desde que, con el naciente sistema patriarcal, se instaura el monoteísmo.¹⁷⁵ Una imagen que se convierte en el “símbolo del libertinaje, el orgullo, la seducción, la desobediencia, la tentación y la debilidad espiritual de las mujeres” (Condren 209). Pese al supuesto de que Dios no tiene sexo se le considera una deidad masculina protectora de los intereses de los hombres. De la conexión de Dios con el varón deriva la herencia negativa de Eva pero es esa misma vinculación la que

¹⁷⁵ Véase Eva y la serpiente: el mito fundamental del patriarcado, donde la teóloga feminista Mary Condren hace un análisis en el que plantea la desaparición de las diosas a partir del surgimiento del monoteísmo cristiano. Esos cambios teológicos, considerados como el paso de las sociedades tribales a sociedades estructuradas en torno a un soberano, afectaron profundamente la posición social de las mujeres que quedaron sometidas a Dios y al hombre, como su representante terrenal. Además convierte a la serpiente, diosa dual

suscita lecturas desmontadoras del mito, como las que fragua Belli en El país bajo mi piel mediante la desconstrucción de la apariencia unívoca de Eva al diseminar la representación heredada. La (pr)esencia transmitida por el patriarcado va a ser desplegada como una potenciación caleidoscópica desde el momento en que Belli deja de mirarla como “el espejo donde nos miramos las mujeres cuando aceptamos que el mordisco que le dimos a una manzana causó la extinción del Paraíso Terrenal” (337). Con la diseminación de la imagen de Eva se tambalea la visión unidimensional, estigmatizada y manipulada por el discurso religioso para enfocarla de múltiples maneras porque, si en algún fragmento se recrea la imagen estereotípica manipulada por el cristianismo ésta es desafiada a continuación. Estratégicamente Belli recurre al sarcasmo y a la simulación cuando entra a la alcoba de uno de los tantos enamorados fingiendo jugar el papel condicionado para exclamar maliciosamente: “Me resistí por deber, temerosa de dar el mordisco que me dejaría desnuda pero bien sabía que no estaba a punto de perder o ser expulsada de ningún paraíso terrenal” (58).

La representación que urde Belli con Eva adquiere otro desvío al convocarla a salir de escena para demostrar no la culpabilidad, culturalmente imputada a ella y a todas sus descendientes, sino las arbitrariedades machistas que han hecho que las mujeres asuman, sin oponerse, “el prejuicio engendrado desde que Adán mordió la manzana” (137). Inmersa en el juego del desenmascaramiento suscita una nueva visión al encubrirse bajo su nombre para redactar “artículos de opinión que publicaba en *La Prensa* bajo el seudónimo de Eva Salvatierra. Con el tono de la primera Eva, criticaba sutilmente el estado del país” (113). La referencia a una primera Eva desencadena la imaginación para vislumbrar una segunda, tercera o más Evas, desplegándose la imagen heredada. Además esta Eva no conoce de estigmas, no está desterrada y se atreve a enjuiciar lo que sucede en su patria no para condenarla sino para salvarla, si se prolonga el juego con el apellido Salvatierra. Sumergida en la inestabilidad de imágenes distorsiona uno de los símbolos inherentes a Eva como lo es la manzana. Experta en paladear el fruto prohibido, Belli convoca a otras mujeres a saborear la manzana en un estratégico juego en el que disloca el temor inculcado por el cristianismo que retrocede ante la pasión erótica. Así se aprecia en la conversación que

adorada por las culturas ancestrales, en demonio y a Eva, seducida por Satanás, en la culpable de la caída-expulsión del paraíso.

mantiene con una amiga sobre los deseos que dan sentido a sus vidas y a los que, confiesan, jamás renunciarían por ningún edén. Al final de la plática terminan lanzándose “una a la otra la manzana del conocimiento, el bien y el mal acumulado” (391). Con ese juego aporístico la manzana toma otro cariz pues en lugar de negarles el paraíso les despliega un paraíso particular en este mundo, ajeno al prometido que augura únicamente el bien. De ese reino parecen no querer saber nada al optar por la conjunción bien-mal desmantelándose el carácter binario machista de los opuestos.¹⁷⁶

Si los mitos literarios de civilizaciones antiguas y enaltecedoras del varón, sirvieron como fundamento para estructurar un discurso científico con el que se reforzó la inferioridad social en la que se encontraban las mujeres, Belli se sirve en El país bajo mi piel de distintas mitologías para revalorizar feminidades de(s)preciadas.¹⁷⁷ Por ese sendero transita cuando se llama a sí misma, polifónicamente, “la Maligna, Circe, la Medusa era yo” (339). Unas veces como Medusa furibunda con su melena de serpientes, otras, investida como Circe, la Bruja, o la Diosa; a todas ellas las representa altivas y orgullosas regenerándolas y potenciándolas desde las vivencias cotidianas hacia otros horizontes; más allá de la leyenda mítica. Unas veces simula ser Medusa redimida para petrificar de seguido al enemigo, mientras en otras se aventura cual Circe marinera en búsqueda de su amado sin esperar que aquel navegue por su ruta. En otros escenarios, cual bruja, intuye los terremotos en distintos puntos de la tierra o renace como Diosa creadora y dadora de vida al exclamar: “me sentía antigua, parte del múltiple cuerpo femenino que compartía en este rito de pasaje el poder de las convulsiones violentas de las que emergieron el mar, los continentes, la Vida” (48). En otro pasaje comenta: “dentro de mí empezaron los siete días de la creación”

¹⁷⁶ Las oposiciones binarias están relacionadas con el sistema de valores machista como lo apunta Cixous en el encabezado “¿dónde está ella?”

Actividad/Pasividad
Sol/Luna
Cultura/Naturaleza
Día/Noche
Padre/Madre
Cabeza/Corazón
Inteligente/Sensible
Logos/Patos

En esa jerarquía el lado femenino siempre se considera como negativo y débil y a ese pensamiento binario Cixous opone la diferencia múltiple y heterogénea (Moi 114-115).

¹⁷⁷ Freud basó muchas de sus teorías psicoanalíticas en antiguos mitos griegos. Sobre este tema véanse los libros Psicoanálisis y literatura, de José Guimón y Los hijos de Yocasta, de Christiane Olivier.

(59). La imagen de Diosa se vuelve recurrente en Belli no sólo al dar a luz a sus hijos, sino al renovar el poder femenino de las diosas, desplazado por el monoteísmo-patriarcalismo.

Pese a inscribirse en la desconstrucción de los mitos, Belli es consciente que en ciertas circunstancias no es posible liberarse de la ideología de género, ni de los estereotipos imputados a la mujer porque la “culpa, siglos de mujeres adúlteras apedreadas, la educación cristiana, me impedían ver otra responsabilidad que no fuera la mía (...) mi inconsciente aceptó los prejuicios contra mi propio género” (339). Esa perspectiva contradictoria a la que se adscribe Belli dismantela la centralización y la constitución de esencias unívocas porque en otras circunstancias se despliega empujando los límites develando sus múltiples dones como “el optimismo, la energía de que era capaz cuando un sueño me poseía, la fascinación que me inspiraba el entrelazado de las relaciones entre los seres humanos, y de ellos con la sociedad, la intuición para prever el efecto que tendría en la gente aquella austeridad o aquel exceso” (378).

Transgresoras de muchos de los prejuicios genéricos estas mujeres asumen, autocríticamente, nuevas perspectivas respecto a la crianza de sus hijos. La coyuntura que viven las enfrenta a constatar, como lo hace Belli, que “las mujeres no poseíamos el monopolio de la maternidad. Ser consecuente con la aspiración de igualdad entre hombres y mujeres era aceptar que los hombres podían ser madres también” (339). Desmontadora de los designios culturales se pronuncia también Colom en Mujeres en la alborada cuando confiesa: “si bien estaba feliz con mi hijo, antes del primer mes se me había derrumbado la imagen idealizada de la maternidad que inconscientemente había interiorizado. Me parecía agotador dar de mamar frecuentemente de día y de noche, cambiar pañales a cada poco, sacar el aire al bebé luego de que comía (...) no dejaba de sentirme maniatada” (4). A diferencia de Gioconda Belli, que encuentra en las mitologías de hechura y herencia masculina un surtidor para desmontar discursos machistas, Yolanda Colom descubre en los lugares comunes implantados en la sociedad guatemalteca una veta para subvertir la ideología de género. En ese sentido recrea las alegaciones dadas por los varones a la pregunta por qué no participaban más mujeres en la guerrilla:

“que ellas no podían porque estaban criando a sus hijos; que debían cuidar la casa y los animalitos que poseían, que eran débiles y no aguantaban a caminar entre la montaña, ni soportarían el frío de las cumbres. También

decían que la mujer es chismosa y no guarda el secreto. Y afirmaban que la guerra es cosa de hombres” (109).

Pese a que los insurgentes intentan transformar la sociedad, la separación de los roles de hombres y mujeres se propagan en los destacamentos. Incluso las mismas mujeres reproducen los estereotipos cuando asumen tradicionalmente el papel asignado sin cuestionarlo en un país donde la compra-venta y el trato inhumano dado a muchas de ellas remiten a otras culturas y otros tiempos en que fueron piezas de intercambio. Esa costumbre, habitual en la Guatemala del período reseñado, la denuncia Yolanda Colom en Mujeres en la alborada al percatarse de la venta de una pequeña por parte de un anciano que se decía su abuelo y “daba a su nietecita, la niña como de cinco años que estaba a su lado, a cambio de un quintal de maíz” (42). De igual manera condena las costumbres o usanzas de los indígenas conservadas por generaciones y vigentes en la década del setenta, en las que “una muchacha casadera podía obtenerse en la zona ixil o en el Ixcán por Q60.00. En el mismo periodo una vaca costaba Q90.00 en esa región” (47). En ese mismo contexto la mujer que no era virgen ni joven tenía un precio similar al monto de un gallo viejo. En esas transacciones la opinión femenina es subestimada porque, como declara el mercader, y consigna la escritora guatemalteca, “mujer nueva como gallina nueva: la amarrás bien a un palo y así le das de comer por varios días hasta que se acostumbre. Con el tiempo la soltás y seguro que se queda” (63).

Aunque las autobiógrafas hablan de emancipación femenina lamentablemente confirman que son pocas las mujeres que pueden alcanzar la independencia, por la gran disparidad entre unas y otras en la sociedad. Son conscientes que, desde niñas, muchas de ellas están “desahuciadas por el sistema de opresión heredado de múltiples fuentes -sistemas económicos, religiones, prácticas culturales; regímenes políticos, miseria, ignorancia-” (Colom 49). Esa comprobación las lleva a delinear proyectos, valiéndose de algunas teorías y teóricos, con los que intentan transformar la sociedad. De ese modo subvierten no sólo las esencias propaladas y sustentadas por el sistema androcentrista, sino la noción tradicional del sujeto que, por la supuesta universalidad que conlleva, les impide a las mujeres configurarse como tales.

5. EL JUEGO CON LAS TEORÍAS Y LOS TEÓRICOS O EL DESEO DE SUBVERTIR LA NOCIÓN TRADICIONAL DEL SUJETO

“Sería una lástima terrible que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o se parecieran físicamente a los hombres, porque dos sexos son ya pocos, dada la vastedad y variedad del mundo.”

“Aunque veamos el mismo mundo, lo vemos a través de ojos diferentes”.

Una habitación propia. Virginia Woolf.

El espacio múltiple de lo autobiográfico les permite a las escritoras que publican durante esta época la exploración de la teorización contemporánea del sujeto mediante “la puesta en cuestión del sujeto autónomo, autocentrado y transparente de la metafísica moderna y la correlativa noción de un sujeto descentrado” postestructuralista (Arfuch 2002, 12). Esa percepción no es extraña por cuanto todas ellas son estudiosas de las teorías que confluyen en esta época como se constata en sus obras. La abundante literatura teórica, suscitada por movimientos como el feminismo, el postestructuralismo, las teorías postcoloniales y los estudios culturales y subalternos, les permiten a estas autobiógrafas articular “experimentos de vida y de pensamiento que van más allá de los dualismos hegemónicos” (Herlinghaus y Walker, 47). Son experiencias que se traducen en el empleo de nuevas estrategias discursivas en la escritura y en un inédito accionar dentro de la sociedad. Pueden observar sus propias vivencias desde una posición inalcanzable para las escritoras-guerrilleras de las décadas setenta y ochenta que combaten y escriben casi simultáneamente inhibiéndolas para examinar, a la distancia, las conquistas obtenidas por las mujeres. De la perspectiva que da el paso del tiempo y del aporte conceptual de las tendencias teórico-analíticas más actuales sacan provecho las autobiógrafas que escriben en la última década del siglo XX y principios del XXI.

No es casual que estas escritoras, además de estudiar textos feministas, recurran a teóricos postcolonialistas para analizar experiencias compartidas entre los pueblos colonizados y las mujeres como son las condiciones de esclavitud, las situaciones de maltrato o haber sido piezas de intercambio y de venta. Si bien estas escritoras abordan a los teóricos postcolonialistas al estudiar manuscritos de adiestramiento para las guerrillas,

es evidente el provecho que le sacan para explorar la sujeción cultural de las mujeres. Entre los teóricos destaca el psiquiatra Frantz Fanon cuyos libros forman parte de la literatura estudiada por los revolucionarios guatemaltecos.¹⁷⁸ Así se percibe en la recomendación que le hace Arriola a Luis Turcios Lima, comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes, de leer

“Los condenados de la tierra. Allí vas a encontrar material teórico formidable que afirma nuestras opiniones sobre la importancia de la guerrilla, la necesidad de que los partidos dejen sus métodos formalistas, la importancia del campesinado en las luchas de liberación nacional” (Arriola, 166).

Este teórico también es legitimado por Belli porque, según confiesa, “Frantz Fanon, en los *Condenados de la tierra* me aterrizó en el colonialismo y el neocolonialismo, la realidad del Tercer Mundo” (Belli, 64).

Siendo un deber de los insurgentes la lectura y el estudio de teoría revolucionaria las guerrilleras cumplen con esa disposición leyendo cuanta literatura subversiva se publica en esa época como los “libros del Che, de los tupamaros, la teoría de la dependencia de Ruy Mauro Marini, y también Lucács y sus tesis sobre la ética, los debates sobre el compromiso del arte, las propuestas de Freire sobre educación para la liberación” (Belli 91). El empleo de las tesis de teóricos como Gramsci, o Fanon es común entre las autobiógrafas para denunciar las condiciones miserables en que vive el pueblo centroamericano.¹⁷⁹ Estudiosa de las ciencias sociales y de los cambios ocurridos en esta materia, Arriola explota en la obra *Ese obstinado sobrevivir* una bibliografía actualizada sobre la alteridad y la diferencia, conceptos manipulados, interdisciplinariamente, en los círculos académicos. Este hecho se comprueba cuando la antropóloga guatemalteca censura “el autoritarismo; la falta de respeto por la diversidad; la intransigencia y la intolerancia” (51). Un comportamiento prevaleciente en los grupos en el poder y en la academia, durante muchos años, en los

¹⁷⁸ Originario de Martinica el psiquiatra Frantz Fanon es considerado pionero de los estudios postcoloniales por sus intentos de explicar, en su obra literaria, el mundo moderno a través de la perspectiva del negro y del colonizado. Belli cita el clásico *Piel negra, máscaras blancas*, libro al que también se refiere Homi K. Bhabha en su obra *El lugar de la cultura*. El protagonismo de Fanon, como precursor de los estudios postcoloniales, lo reconoce Edward Said autor de *Orientalismo*, libro considerado como el manifiesto de fundación de estos estudios.

¹⁷⁹ Los estudios de la subalternidad han tomado de las teorías de Antonio Gramsci el término “subalterno” que “se refiere a una subordinación en términos de clase, casta, género, raza, lengua, y cultura y se utiliza para poner en relieve la centralidad de la relación dominantes/dominados en la historia” (Prakash 296).

cuales no tienen ninguna relevancia los sujetos objeto de estudio; seres carentes de voz hasta el giro paradigmático de las ciencias sociales con el que se les reconoce su papel como artífices de conocimiento.¹⁸⁰

De teorías y teorizadores/as se valen estas autobiógrafas en sus empeños por transformar la sociedad. En sus intentos por desconstruir la noción tradicional del sujeto no ocultan los intertextos de estudiosas de la literatura como Virginia Woolf. Esta escritora inglesa es la referencia literaria ineludible para quienes, hoy como ayer, analizan a las mujeres y sus prácticas de escritura. Rastros de las propuestas que hiciera en Una habitación propia quedan esparcidos en la obra literaria de Belli como se descubre en La mujer habitada; novela en la que se produce “una emancipación femenina a lo “Virginia Woolf” por aquello del “cuarto propio” y la independencia económica” (Lorente 3).¹⁸¹ Ese reconocimiento y la adopción de algunas de las ideas de Woolf, no impiden que Belli esté consciente de lo complejo que resulta la aplicación de ciertas teorías por las profundas desigualdades socioeconómicas y culturales. Una diferenciación existente no sólo entre los países del primer y del tercer mundo, sino entre las mismas mujeres de uno u otro territorio por las disparidades entre éstas en la misma sociedad nicaragüense.

Una inequidad que Belli corrobora en la dedicatoria de El país bajo mi piel en la que agradece a las mujeres cuidadoras de sus hijos y de su casa y admite que sin ellas su actuación revolucionaria no hubiera sido la misma. Consciente del servicio que le brindaron

¹⁸⁰ En “Construcción del Otro, liberación de sí mismo”, Maritza Montero discute, a partir de Levinas y de Dussel, la construcción de la categoría “sujeto” en las ciencias sociales. Señala el vuelco paradigmático en esta disciplina al reconocer: la voz de los sujetos de investigación; el carácter de actores-constructores de conocimiento; y ser propietarios de un saber (Montero 41). Ese vuelco se da en las dos últimas décadas del siglo XX, período en el que se comienza a enfocar y a hablar de la liberación del otro sujetado en el anonimato y la cosificación.

¹⁸¹ La trascendencia de Woolf en estas autobiógrafas, especialmente en Belli, se confirma no sólo en los intertextos sino en los epígrafes como el que reproduce Belli en la cuarta y última parte de El país bajo mi piel que versa sobre un párrafo de Las Olas. Este dice: “Y después del incendio, quedamos reducidos a cenizas, no dejando detrás de nosotros ni reliquias, ni osamenta respetada por el fuego, ni mechones de cabello para conservar en relicarios, como lo hacen ustedes con sus pasiones. Ahora envejezco, mis cabellos encanecen, pero al mediodía, sentada frente al espejo, contemplo a plena luz mi rostro y examino mi nariz, mi boca grande que muestra demasiado las encías. Y no tengo miedo” (399). Otro pensamiento de Woolf lo recrea en el libro El pergamino de la seducción, publicado en el 2005. En este texto Belli explora la historia de Juana de Castilla, más conocida como Juana La Loca y emplea como epígrafe el siguiente fragmento de Una habitación propia: “... ciertamente que cualquier mujer nacida con un gran talento en el siglo XVI, se habría vuelto loca, se habría suicidado o habría terminado sus días en una cabaña aislada, apartada del pueblo, medio bruja, medio maga, temida y objeto de escarnio. Algunos poemas de la escritora nicaragüense también se refieren a Woolf como “Contradicciones” del libro Apogeo en el que Belli escribe en uno de los fragmentos: “Mujeres de los siglos/me habitan:/Isadora bailando con la túnica/Virginia Woolf en su cuarto propio” (29).

estas mujeres de estratos populares, confiesa que de no haber sido por ellas no hubiera podido vivir las experiencias insurgentes ni escribir sus memorias. Por ello en primer lugar, y antes de ofrecerles la obra a sus hijos, hace el reconocimiento “A Chepita, Alicia, Eda, Anita, Cristina, María Elsa, Nidia, Petrona (...) Socorro Ruiz, Beatriz Mancilla, Dolores Ortega, mujeres que colaboraron conmigo en las tareas del frente doméstico y sin quienes dudo que este libro o las andanzas de mi vida habrían sido posibles” (7). Con el empleo de términos bélicos como “frente”, para referirse al grupo de mujeres que le facilitaron su irrupción en otros espacios, intenta validar la ejecución de los quehaceres domésticos en el mismo terreno revolucionario y artístico en que ella se desenvuelve pero, simultáneamente, deja constancia de la diferencia que las separa. Desde esa perspectiva evita caer en el sesgo ideológico de reducir la diferencia, la heterogeneidad, a la unidad como lo trata de perpetuar el sistema cultural dominante.

A pesar de que las autobiógrafas exploran teorías que proceden, generalmente, de las metrópolis culturales, su adhesión no es incondicional. Como ha señalado la crítica chilena de la cultura Nelly Richard,

“la periferia ha tenido que perfeccionarse en el manejo de una “cultura de la resignificación”, supliendo la falta de un repertorio “propio” con la agilidad táctica del gesto de “apropiación”: gesto que consiste en la reconversión de lo ajeno a través de una manipulación de códigos que, por un lado, cuestiona lo impuesto al *desviar* su prescriptividad de origen y que, por otro, readecua los préstamos a la funcionalidad local de un nuevo diseño crítico” (Olivares 13).¹⁸²

El ansia por transformar la sociedad no lleva a estas escritoras a adoptar las teorías ciegamente. Si por un lado coinciden con algunos de los estudiosos que reflexionan a partir de condiciones similares a las vividas en Centroamérica, por el otro se rebelan ante quienes se constituyen en especialistas para pontificar, de manera presuntuosa, sobre las revoluciones del área. Un ejemplo del contraste que establecen entre los teóricos se palpa en el enfrentamiento y la descalificación que hacen Belli y Arriola de Régis Debray en sus obras autobiográficas. El prestigio intelectual que gozaba Debray en esa época, por haber

¹⁸² Cita tomada por Olivares de: Richard, Nelly (1989), *La estratificación de los márgenes. Sobre arte, culturas y políticas*, Francisco Zegers Editor, Santiago de Chile.

estado con el Che en Bolivia, no es obstáculo para que Arriola; también amiga y comadre del Che, lo desautorice como estudioso de los movimientos revolucionarios en América Latina

“A Régis pronto lo rechacé como amigo. Fui crítica de inmediato de su libro *Revolución en la revolución*, (...) pues me parecía una caricatura de lo que se estaba pensando y viviendo en el continente latinoamericano, tan complejo y variado (...) También lo sería de su libro *La crítica de las armas*” (Arriola 65).

La censura a las ideas de Régis Debray por parte de Gioconda Belli va más allá porque no sólo es descalificadora, sino sarcástica. Se respalda para objetarlo en la teoría del foco guerrillero que diseñara el francés.¹⁸³ Señala lo equivocado que estaba Debray tanto con la noción del foco; teoría que estuvo de moda en la década de los sesenta en América Latina, como en sus apreciaciones de la revolución en Nicaragua por cuanto no le daba ninguna posibilidad de triunfo a los sandinistas. La mordacidad de Belli sobre los cálculos errados del francés se evidencia en el pasaje narrado en El país bajo mi piel sobre el día de su entrada jubilosa a la capital nicaragüense:

“No olvidaré la escena en Managua el 20 de julio de 1979. Yo iba en la parte de atrás de un camión entrando al búnker de Somoza que se había convertido en el cuartel general de la Dirección Nacional Sandinista, cuando vi a Debray, vestido de verde olivo, sentado sobre un muro dentro del complejo militar.

-Régis, Régis- le grité gesticulando-. ¿Viste que teníamos razón?
¿Viste que ganamos?

Me miró ausente. No sé si me habrá reconocido. Levantó la mano para saludar con gesto de no saber muy bien a quién saludaba.

-¿Quién es ese chelito?- preguntó un compañero a mi lado.

-Es Régis Debray -respondí-. Un intelectual francés que pensaba que era imposible que nosotros tomáramos el poder” (307-308).

¹⁸³ La teoría del foco guerrillero que Debray delineó en el libro Revolución en la revolución consistía, según Belli, en “el efecto de un pequeño grupo armado extendiendo su influencia como una mancha de aceite, para encender la mecha de la rebelión en todo un país” (Belli 307).

Si estas escritoras dejan constancia, en sus textos autobiográficos, del reconocimiento a aquellos teóricos que con sus escritos aportaron sus teorías o metodologías a las rebeliones en los distintos países centroamericanos también acusan a quienes, amparados por el prestigio internacional, ganado tradicionalmente por la cultura de la cual provienen, realizaron un estudio simplista o reduccionista de las condiciones que se estaban produciendo en Latinoamérica, sin valorar la multiplicidad de factores convergentes en toda sociedad. Tal es el caso de Régis Debray al que Belli además de calificarlo, diminutivamente, de “chelito” lo perfila como un monigote vestido de verde olivo, con la mirada perdida y aprovechándose del triunfo sandinista para figurar.

Los deseos por transformar la sociedad se unifican con los intentos de estas autobiógrafas por replantear una nueva subjetividad femenina subvirtiendo la noción tradicional del sujeto. En ese sentido recrean sus relatos desafiando esencialismos o idealizaciones provenientes de teorías aprisionantes. Se desplazan hacia teóricos desconstructores de aquellos discursos que trascienden como paradigmas universales pese a ser parciales y parcializados. La adhesión a los críticos que buscan liberar las diferencias, desmontando los parámetros epistémicos canonizadores y disciplinarios, las conduce a “una revaloración de los saberes híbridos e impuros despreciados por la modernidad (...) formas subalternizadas de conocimiento que jamás fueron vistas como relevantes” (Castro-Gómez, 20). Es de estos textos, desplegados en diversas modalidades de experimentación autobiográfica, de donde emergen voces de mujeres capaces de nombrarse, representarse y configurarse como sujetos. Son voces discordantes con la historia acuñada por el otro sobre lo sucedido en tiempos de guerra en Centroamérica, que cuestionan, desde una perspectiva político-social, la inalterabilidad de la noción tradicional del sujeto. En ese sentido, se inscriben en la búsqueda de una subjetividad femenina acorde a sus expectativas descentralizadoras.

El gusto por la descentralización se puede apreciar en los intentos de Gioconda Belli por definir en El país bajo mi piel su propia subjetividad. En esos ensayos oscila cual péndulo sin permitir ser aprehendida en un centro estable aunque, momentáneamente, encuentre puntos de anclaje para configurarla. La imagen que emplea en el epígrafe “No me conformo, no. Me desespero como si fuera un huracán de lava”, es una imagen huidiza con la que anuncia tanto su juego con la diseminación como su resistencia a ser identificada,

encasillada o sitiada por el discurso de lo mismo.¹⁸⁴ Es un juego ambiguo y descentralizador en el que se dice y se desdice con notorias intenciones de evadir los encasillamientos identitarios. En ese sentido se desplaza en un terreno movedizo al reafirmar los prejuicios y los estereotipos adjudicados a la mujer, cuando explora el desdoblamiento de sí misma con la alusión “he sido dos mujeres y he vivido dos vidas. Una de mis mujeres quería hacerlo todo según los anales clásicos de la feminidad: casarse, tener hijos, ser complaciente, dócil y nutricia. La otra quería los privilegios masculinos: independencia, valerse por sí misma, tener una vida pública, movilidad, amantes” (12). Por enfocar esa dualidad sin relación con lo angélico o lo demoníaco, sino con los constructos establecidos culturalmente para lo femenino y lo masculino, disloca las categorías simbólicas tras las que han estado sitiadas las mujeres por el sistema patriarcal. Mediante la táctica vinculante de lo masculino con lo prohibido para la mujer, Belli elude demonizar a las mujeres transgresoras o privilegiar una de las particularidades genéricas sobre la otra, dándole oportunidad a que, simultáneamente, “ambas coexistan bajo la misma piel” (12).

En algunos momentos parece quedarse aprisionada por ratificaciones excluyentes. Esa es la impresión que trasmite al conferir a los varones características que aparentemente no pueden ser ejercidas por las mujeres pero, de antemano, ha desmontado la imagen al esbozar la posibilidad que tienen las mujeres de “trascender limitaciones biológicas o domésticas y ocupar tanto espacio como ellos en el mundo” (12). Similar perspectiva enarbola cuando comenta: “sin renunciar a ser mujer, creo que he logrado también ser hombre” (12). Con el juego aporístico y enmarañado planteado por Belli para identificarse, la escritora nicaragüense se inscribe en la posmodernidad, espacio discordante con el discurso unitario, absolutista, universalista, centralizador.

En ese mismo sentido se pronuncia Arriola cuando comenta, en Ese obstinado sobrevivir, la “sensación de desarraigo, de no tener raíces, de no tener patria ni identidad” (18). La tendencia al nomadismo lleva a la escritora guatemalteca, nacida en 1937 en pleno apogeo de la guerra civil española, a identificarse, metafóricamente, con la imagen diseminada “de la otra España, la España roja, la de García Lorca, de Antonio Machado, de Miguel Hernández, la del Guernica de Picasso; la España que peleó hasta la muerte (...) la España que es símbolo de resistencia” (15). Inmersa en la descentralización se declara con tres

¹⁸⁴ Los versos del epígrafe son del poeta español Miguel Hernández.

patrias y se describe como una mezcla explosiva en la que se conjugan la ascendencia indígena, la vasca, la alemana y la gitana.¹⁸⁵ No conforme con describir su identidad de una manera caleidoscópica transfiere esa misma percepción a Guatemala a la que aspira verla construir una nueva ciudadanía multiétnica y multicultural. Un país que otorgue no sólo voz sino poder de acción y decisión a nuevos actores sociales por hallarse

“frente a un panorama compuesto por una subjetividad polifónica, heterogénea, ocupado por historias y lenguajes que se proponen transformar la herencia fragmentada del pasado (...) un camino hacia la conciencia de la multiplicidad, de la diversidad, en uno mismo y en la sociedad. Un combate contra la dialéctica de la negación del otro, que excluye culturalmente a la mujer, al indio, al negro, al pagano, al mestizo, al campesino, al marginal-urbano” (120).

Habituadas como están al desalojo cultural femenino, estas autobiógrafas no se intimidan ante la fragmentación o el caos, producto de la descentralización. El temor lo experimentan quienes han ostentado los poderes y saberes del discurso. Los mismos que perciben como anárquicos la hibridez, las rupturas y los entrecruzamientos originados en las escrituras autobiográficas femeninas. Estudiosas de la cultura saben que no se pueden ajustar a lo expuesto por teóricos/as que se han ocupado de definirle a las mujeres, de otros tiempos, otros espacios y, con otras historias, un sendero común a todas sin considerar las circunstancias complejas y desiguales en las que viven. Por ello se resisten a validar enfoques que, provenientes de las metrópolis culturales y desde la comodidad teórica que dan las academias o el respaldo institucional, establecen categorías, clasificaciones y distinciones sin entender “la praxis de las mujeres del Tercer Mundo que tienen que pelear, parir, amar, odiar, luchar dentro de sus propias organizaciones para que su voz sea escuchada; salir adelante solas y no morir destruidas o locas en el intento” (Arriola 44).

Resulta paradójico que los intentos por configurarse como sujetos se desencadenen entre las autobiógrafas en una época en que el sujeto está en crisis, como en conflicto está la región centroamericana. Pero, convenientemente, es esta misma inestabilidad la que les

¹⁸⁵ Las tres patrias a las que se refiere Arriola en *Ese obstinado sobrevivir* son México, Guatemala e Italia. La relación de México con las escritoras centroamericanas es una constante inalterable a través del tiempo. Esa relación se puede constatar desde las referencias que hacen sobre ese país las precursoras de la escritura

permite búsquedas particulares en las que descubren puntos de partida para proyectar una nueva subjetividad desde sus propias circunstancias. "Legitimada" en la posmodernidad la impugnación de la noción tradicional del sujeto, se viabiliza la apertura a otras perspectivas, a nuevas potencialidades, especialmente a quienes, como las mujeres, han sido históricamente privados de su derecho a la autodeterminación. Conscientes de que "lo que sustenta todo el proceso de "devenir sujeto" es la voluntad de saber, el deseo de decir, el deseo de hablar, de pensar, de representar" (Braidotti 42), vislumbran en la crisis del sujeto racional el espacio propiciatorio no sólo para proyectar en sus textos autobiográficos otro tipo de subjetividad femenina, sino para pronunciarse sobre lo acontecido en Centroamérica, aunque circularan versiones masculinas legitimadas sobre los mismos hechos.¹⁸⁶

Si bien no es con la posmodernidad que se originan los reclamos o subversiones es a partir de la desjerarquización y descentralización de los absolutos y producto del deterioro o erosión del discurso monológico masculino, que estas mujeres promueven la búsqueda y el acopio de la propia versión sin intermediarios interpretativos que puedan tergiversarla. En ese vaivén descubren puntos de anclaje para contarse sin importarles desdecirse una y otra vez. Es un discurso polifónico en el que la reafirmación del discurso tradicional es una estrategia potenciadora para ganar tiempo; un paréntesis necesario para desnudar y carnavalizar "ese mismo discurso, vaciándolo del poder y volviéndolo inefectivo" (Arias 1998, 12). No se inmutan ante las contradicciones en las que pueden incurrir en sus intentos configurativos porque, acostumbradas a ser nombradas, definidas, determinadas y contadas por el otro, cualquier esbozo trazado, desde sus propias perspectivas, inaugura antes que cierres: desplazamientos y aperturas. Se imposibilita el establecimiento de una identificación inequívoca tan preciada por el sistema cuestionado.

En sus intentos por contarse desde la diferencia sexual no se impresionan por desconocer las conclusiones paradigmáticas sobre el sujeto, resultantes de las relaciones de poder del

autobiográfica. Por ello no es raro que la guatemalteca describa a México como la "patria de exiliados de todo el mundo" (120).

¹⁸⁶ En el caso de lo sucedido en Nicaragua se tiene la versión de Omar Cabezas con los testimonios *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* y *Canción de amor para los hombres*. Además está la obra de Sergio Ramírez *Adiós muchachos: Una memoria de la revolución sandinista*. También los tres tomos de las memorias de Ernesto Cardenal: *Vida perdida*, *Las islas extrañas* y *La revolución perdida*. De lo acontecido en Guatemala está el relato *Los días de la selva*, de Mario Payeras, pareja de Yolanda Colom, autora de uno de los testimonios analizados en este apartado.

sistema patriarcal que las ha representado, históricamente, como negación. Eluden el modelo identificado con el ego trascendental y con el cogito cartesiano, perfilado en las representaciones lingüísticas, paradigma “siempre reconducible a presupuestos epistemológicos análogos” (Violi 136) en cuya supuesta universalidad se borra la diferencia sexual. De la misma manera esquivan la teorización sobre el sujeto del proyecto semiótico-cultural que se impersonaliza para resolverse en una generalidad semejante a la de los modelos citados. El rechazo de esos prototipos se origina por la simulación de universalidad con la que pretenden cubrir a toda la humanidad pese a que representa y afirma únicamente a la mitad masculina. Conscientes de la parcialidad emprenden “el desmantelamiento de la ficción opresiva de un sujeto universal” (Olivares 61). Desenmascaran las artimañas de inclusión/exclusión decretadas por el sistema de dominación masculino, tácticas que impiden explicar la diferencia y la existencia de un sujeto sexuado. Se resisten a ser subsumidas por el pensamiento sedentario y borradas por el discurso de lo mismo al explorar sus propias potencialidades recurriendo a estrategias desmontadoras con el relato de sus propias vivencias. Unas sensaciones que nadie puede experimentar por el otro/a como las referidas por Belli en El país bajo mi piel quien, desde niña se percata

“como si me hubiera partido un rayo, de que estaba y estaría para siempre sola en mi propio cuerpo (...) En un instante comprendí aterrada que nunca nadie estaría dentro de mí, sentiría lo que yo sentía, escucharía mis pensamientos más recónditos. No me podía cambiar por otra persona ni ser otra cosa que esa niña de falda escocesa y blusa blanca de uniforme. Jamás podría ver de frente mi propia cara, sino a través de los espejos. Anduve desconcertada varios días por la enormidad de mi descubrimiento” (29).

Las experiencias relatadas por estas mujeres muestran una “política de localización” de la que hablara Adrienne Rich al revelar que en el pensamiento

“el proceso teórico no es abstracto, universalizado, objetivo ni indiferente, sino que está situado en la contingencia de la propia experiencia y, como tal, es un ejercicio necesariamente parcial. En otras palabras, la propia visión intelectual no es una actividad mental

desincardinada; antes bien, se halla estrechamente vinculada con el lugar de la propia enunciación, vale decir, desde donde uno realmente está hablando” (Braidotti 15).

En ese mismo sentido reflexiona Gayatri Spivak cuando sugiere que “el cuerpo incardinado no es una esencia ni un destino biológico, sino más bien la propia localización primaria en el mundo, la propia situación de la realidad” (Braidotti 16). De esas circunstancias habla Belli en El país bajo mi piel cuando, ya adulta, tiene conciencia del papel que se espera culturalmente de ella:

“Yo era mujer. En el género humano la única que podía dar vida, la designada para continuar la especie. Los cuerpos humanos eran lo más perfecto de la creación, obras de arte maravillosas y precisas, pero el de la mujer, por su misma función, era aún más bello y asombroso. Éramos la obra maestra de la naturaleza. Por ser esa criatura espléndida todos los meses, ya pronto, mi cuerpo se prepararía para recibir la semilla germinada, acunarla y hacerla crecer en la oscuridad del vientre (...) La crisálida que mi vientre tejería cada mes para recibir la vida se descartaría en forma de sangre menstrual” (45).

En esa reflexión, Belli se percata que lo biológico como destino ha sido pautado por el sistema patriarcal desde el momento mismo en que este orden emplaza a la mujer cercana a la naturaleza y negada a la cultura que confiere al varón. Consciente de ello, evade esa especie de suerte que la excluyó de la cultura para aclarar que fueron las mismas palabras maternas, que querían instituir responsabilidades sobre la maternidad, las que despertaron su erotismo y la condujeron a trascender la mera función biológica (45). En ese mismo sentido agrega: “desde niña consideraba mi sexo como una ventaja, me concebía libre, soberana de mí misma. No se me ocurría que un hombre tuviera el derecho de impedirme ser quien era. No aceptaba que el matrimonio o la maternidad significaran la renuncia al cúmulo de posibilidades de la vida” (47). De ese modo descubre no sólo un espacio en la cultura, sino el erotismo que la lleva al disfrute de un cuerpo-placer cartografiado con nuevos litorales y posicionado más allá de la predicada funcionalidad reproductiva.

Pese a que la mujer no constituye, como ha querido transmitir el patriarcado, “una esencia monolítica definida de una vez y para siempre, sino el sitio de conjuntos múltiples,

complejos y potencialmente contradictorios de experiencia” (Braidotti 44), las autobiógrafas insisten, en algunas ocasiones, en posicionarse en diferentes espacios. Esa es la perspectiva que se adivina en Mujeres en la alborada cuando Colom viaja hacia el altiplano guatemalteco para integrarse a la guerrilla y expresa su determinación “a pasar las pruebas que fueran necesarias como militante y como mujer” (80). Similar confianza en sí misma se adivina cuando narra que esa “noche fue la primera de numerosas marchas en las que iría sola como mujer, como ladina y como capitalina” (82). Esa concienciación de la diferencia se amplifica dentro del grupo revolucionario conformado por indígenas y campesinos que la discriminan, en algunas ocasiones, por: su estatura, su color de piel, su procedencia social.

Todas las experiencias femeninas relatadas se perderían en las narraciones parciales y parcializadas de los varones que se refieren a lo acontecido en Centroamérica durante el período de guerra. En sus intentos por subsanar el exclusivismo masculino del conocimiento, las autobiógrafas escriben su propio enfoque estrechamente vinculado con el lugar de la enunciación y desde su cuerpo incardinado.¹⁸⁷ Esto por cuanto, definido el sujeto por múltiples variables como la clase, la raza, el sexo y la edad, “la nacionalidad y la cultura se yuxtaponen para definir y codificar los niveles de nuestra experiencia” (Braidotti 43). De ahí que el propio punto de vista se realice a través de un cuerpo que como entidad socializada y codificada culturalmente

“lejos de ser una noción esencialista, constituye el sitio de intersección de lo biológico, lo social y lo lingüístico, esto es, del lenguaje entendido como el sistema simbólico fundamental de una cultura (...) cuerpo como un interfaz, un umbral, un campo de fuerzas intersecantes donde se inscriben múltiples códigos” (Braidotti 16).

Estas autobiógrafas se rebelan a continuar excluidas o enmudecidas como estuvieron las mujeres durante las primeras décadas del siglo XX en Centroamérica. Se niegan a encubrirse tras un *alter ego* o en voces poético-narrativas para poder contarse, como algunas precursoras de la escritura autobiográfica en la región. De igual forma se resisten a

¹⁸⁷ La traductora del libro Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada, de Rosi Braidotti, interpreta la palabra *embodiment* como incardinamiento “en el sentido de “dar forma al cuerpo” “moldear la carne”, tal como lo hacen las feministas españolas, a fin de marcar la diferencia respecto de “encarnar”, “encarnación” y demás términos de connotaciones cristianas” (Braidotti 187).

representarse a través de los órganos masculinos para demostrar su valentía, de la misma manera en la que se configuran algunas de las guerrilleras-escritoras durante los años setenta y ochenta. Las autobiógrafas de la década del noventa y principios del siglo XXI no se inmutan para relatarse desde su propia corporalidad empleando teorías feministas o de estudiosos del poder del discurso, como se aprecia en algunos párrafos en los que se pueden encontrar, explícita o implícitamente, intertextos de Michel Foucault, Simone de Beauvoir, Hélène Cixous:

“Mi lenguaje subvertía el orden de las cosas. De objeto la mujer pasaba a sujeto. En los poemas yo nombraba mi sexualidad, me apropiaba de ella, la ejercía con gozo y pleno derecho. Los poemas no eran explícitos, mucho menos pornográficos, pero celebraban mis plenos poderes de mujer (...) sin proponérmelo había encontrado otra vía para la subversión” (Belli 68).

Son mujeres insurrectas que celebran la experiencia de ser mujer, localizan su erotismo y dan fe de la expresión: “La mujer que se revela, se rebela” (Belli, 102).¹⁸⁸ De la diferencia sexual, genérica, de clase y de otras posibles, hablan estas mujeres que plantean una nueva subjetividad mediante posicionamientos. En ningún momento esta nueva subjetividad se estabiliza como esencia. La diseminación que la caracteriza la sitúa “fuera de los márgenes de representación impuesta por una lógica binaria sustentada en la razón patriarcal que ha dominado el pensamiento occidental filosófica, histórica y culturalmente” (Jara 109). Sin embargo, en ese continuo divagar las autobiógrafas encuentran puntos de autoafirmación para potenciarla pese a que la configuración está en constante desplazamiento porque es una subjetividad en devenir.

Estas mujeres no se reconocen con órganos masculinos, ni quieren ser aprehendidas en un único espacio sea éste público o privado. De allí que optan por dejar sin respuesta ciertas interpelaciones como hace Belli en El país bajo mi piel ante Tomás Borge, dirigente sandinista que la pone ante la disyuntiva de elegir: “¿Qué escoge usted? ¿Es feliz o revolucionaria? ¿Se portará como mujer emotiva, o escogerá ser “hombre nuevo”, ese constructo utópico, paradigma de nuestros sueños, capaz de sacrificar cualquier cosa por la patria? (119). En las comillas con las que Belli encierra la expresión “hombre nuevo” se

¹⁸⁸ La publicación del poemario Sobre la grama, implicó el ataque de la sociedad conservadora nicaragüense. Ante esa persecución el poeta José Coronel Urtecho salió en defensa de Belli con un elogioso prólogo en el que escribió esta frase que la escritora reproduce en sus memorias.

puede leer que la frase no es de Borge pero también se puede descifrar que con esa acción la escritora desmonta el genérico al poner en entredicho la frase por no incluir a las mujeres.¹⁸⁹

Escribir desde y sobre la diferencia sexual se convierte en un reto por las dificultades para diferir de lo dicho y establecido por los modelos pautados en el sistema de dominación masculino. Una lógica que ha definido con carácter fijista y eternizante la subjetividad y el sujeto con rasgos universalistas y abstractos diluyendo las particularidades de las mujeres. Estas autobiógrafas confrontan esa pretendida universalidad que las invisibiliza como sujetos históricos para enunciar una nueva subjetividad al narrar su propia experiencia. De la disconformidad, ante las perversiones que se invisten de universalistas, germinan las obras en análisis debido a que la interpretación masculina, sobre lo acontecido en la región, dejó de lado la versión femenina en la historia contada.

6. DE ESCRITURAS, AUTORÍAS Y PLACERES TEXTUALES-SEXUALES.

A diferencia de sus predecesoras, las autobiógrafas que escriben durante la última década del siglo XX e inicios del XXI son conscientes de proyectarse como sujetos de escritura. Esa percepción las lleva a apropiarse del lenguaje y a experimentar estrategias discursivas que permiten la irrupción de una nueva subjetividad y una sexualidad femenina antes no narrada en estas modalidades de escrituras autobiográficas. Son nuevas visiones-versiones de mujeres que, situadas en tiempos de posguerra, se convierten en escritoras y cronistas de su propia historia y de lo acaecido en la región durante la lucha insurgente sin tener que recurrir a los seudónimos para publicar sus obras.¹⁹⁰

¹⁸⁹ Sobre este particular cabe tener presente la lectura que hace Muriel Rukeyser del mito de Edipo. Cuando este personaje viejo y cansado le pregunta a la Esfinge: "¿Por qué no reconocí a mi madre?" "Diste la respuesta equivocada", dijo la Esfinge. "Era la única respuesta acertada", respondió Edipo. "No", dijo ella. "Cuando pregunté qué camina en cuatro patas a la mañana, dos al mediodía y tres al ocaso, contestaste el Hombre. No dijiste nada sobre la mujer." "Cuando dices Hombre", replicó Edipo, "incluyes a las mujeres también. Todos lo saben". Ella dijo: "Eso es lo que tú crees". Versión tomada de "Herencias femeninas: nominalización del malestar", de Cecilia Secreto. En Piña, Cristina (editora), Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben), tomo 1, (149).

¹⁹⁰ Aunque no publican sus escritos autobiográficos con seudónimos, como lo hizo Nidia Díaz, en algún momento hacen referencia a los que emplearon para escribir artículos de opinión o libros censurados por la

Sin importarle que las obras de Omar Cabezas, Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal testimonien lo sucedido durante la revolución y bajo el gobierno sandinista, Gioconda Belli publica sus memorias para dar su interpretación sobre los mismos hechos. Igual hace Yolanda Colom con su obra Mujeres en la alborada, libro en el que cuenta sus años de lucha en la selva guatemalteca. No se satisface con la lectura que realizó, del mismo período bélico, su compañero de vida y armas Mario Payeras en el testimonio Los días de la selva. Bajo la misma consigna de disertar sobre los hechos sucedidos en el período de guerra en Guatemala escribe Aura Marina Arriola Ese obstinado sobrevivir: “para no dejar que sólo hablaran tantas versiones ajenas en definitiva a lo que yo era y había vivido” (122). Paralelamente al relato que tejen sobre la historia centroamericana y sobre sí mismas reproducen las calamidades padecidas por muchas de las escritoras, de otros tiempos y otros espacios, que usaron los seudónimos para no ser descalificadas o las que debieron sacrificar su creatividad al ser relegadas a funciones secretariales por sus maridos o enamorados.

En contraste con las testimoniantes, las autoras de este período logran encontrar su propia voz, sin importarles si reproducen el lenguaje heredado, resignificando los vocablos con simulacros de aceptación-rechazo para resaltar los talentos que poseen, especialmente, “el don con que se me daban las palabras” (Belli 2001, 378). En esa resemantización del lenguaje son ellas quienes deciden el límite de su quehacer literario, por lo que se niegan a cederle la voz al enemigo y a valorar sus acciones heroicas a través de los órganos viriles, como lo hicieron sus antecesoras. Este nuevo posicionamiento como escritoras hiere susceptibilidades masculinas como se puede observar en las reprimendas hechas por un reproductor del canon que, con la retórica vacía del adulador, califica a Mujeres en la alborada, de ser “una página dorada de la historia de la literatura guatemalteca (...) una joya dentro del género testimonio” (Castellanos 1), para de seguido mostrar su descontento con la semblanza de los dirigentes guerrilleros delineada por Colom. Acostumbrado a que sean los varones quienes figuren en todo relato épico y considerando un desacierto la perspectiva

orientación sexual o ideológica. Como guerrilleras y clandestinas a cada una de ellas se les nombró con seudónimos: Yolanda Colom fue apodada Haidé; a Gioconda Belli se le conoció como Melissa; Beatriz fue el seudónimo de Aura Marina Arriola.

de la escritora, la conmina a realizar los cambios pertinentes en la obra.¹⁹¹ Ni por un momento el articulista, transformado en autoridad y deseoso de oír más de lo mismo, se detiene a analizar Mujeres en la alborada, una obra que desde el mismo título se desvía hacia nuevos parajes donde las mujeres comienzan a vislumbrar otros amaneceres. La ignorancia sobre teorías literarias y feministas actualizadas; el desconocimiento de estrategias discursivas desmontadoras de los discursos canónicos; el abuso de una retórica necia para los estudios literarios, semióticos y culturales, prueban la incompetencia de sus apreciaciones y amonestaciones sobre la obra de la escritora guatemalteca. En sus interpretaciones se evidencia el menosprecio hacia el testimonio de Colom al negarle el estatus de escritora cuando le señala las tareas que dejó inconclusas, olvidando que toda obra está abierta e inacabada.

Las explicaciones ofrecidas por las distintas escritoras para publicar sus obras autobiográficas, obedecen a la descalificación institucionalizada de los relatos personalizados, en especial los de las mujeres de quienes se supone no pueden reseñar ninguna acción heroica. Las razones alegadas difieren unas de otras. Empeñada en publicar la obra completa de su compañero Mario Payeras, Yolanda Colom deja pasar casi dos décadas para escribir el relato sobre su propia experiencia revolucionaria y no va a ser sino por el estímulo de académicas estadounidenses que se decide a concretarlo, como lo reconoce en el agradecimiento del libro Mujeres en la alborada.¹⁹² De la intrusión de estas académicas en la narración no hay ninguna evidencia aunque se intuye la orientación para que la guatemalteca revele lo no dicho en testimonios como Los días en la selva, publicado por Payeras, libro en el que las mujeres no aparecen o son eclipsadas en un nosotros colectivo. La iniciativa para enfocar Mujeres en la alborada desde una perspectiva de género, surge de las lecturas y de conversaciones sostenidas entre Colom y algunas

¹⁹¹ En "Yolanda Colom, Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación en Guatemala" Julio Castellanos comenta: "sería conveniente resaltar más la figura de los comandantes guerrilleros, personajes que aparecen desdibujados y pasivos. Por otra parte la autora no muestra deseos de analizar las causas que condujeron a la derrota militar del movimiento guerrillero, posiblemente por lo complicado, incómodo e incluso doloroso que resulta. Sin embargo debería hacerlo" (4).

¹⁹² El estímulo que recibió Colom para escribir Mujeres en la alborada provino de Norma Stoltz, directora del Programa de estudios de la mujer de la Universidad Estatal de California y de Bobbye Ortiz, activista de "Women's International Resource Exchange -WIRE- de Nueva York.

estudiosas feministas que le “dieron acceso por primera vez a un feminismo vinculado con la práctica social, política y científica, un feminismo autocrítico y reflexivo” (Stoltz 265).¹⁹³

Los argumentos expuestos por Arriola para escribir la obra Ese obstinado sobrevivir, son diversos. Aunque la pretensión de ser entendida por el hijo, los nietos y los amigos, sea una de las primeras razones que esgrime para publicar la obra, es palpable que la escritora valora, en mayor grado, el autoconocimiento derivado de la escritura. Así lo reconoce en las reflexiones hechas en la introducción en las que confiesa haber escrito el texto con el propósito de “que yo misma pueda explicarme mis opciones de aventurera nómada y de mujer profundamente crítica de la realidad rebelde” (13). Con tal perspectiva Arriola recrea a Foucault al asumirse, a sí misma, como objeto de conocimiento porque observa la escritura como una experiencia terapéutica; una especie de narración absolutoria y por tanto liberadora; “un acto de psicoanálisis antropológico, que algunos autores recomiendan hoy a los que han sido o son actores de procesos políticos y sociales como el que vivimos tantos hombres y mujeres en nuestra querida y desgarrada Guatemala” (122).¹⁹⁴ Además, juzga su escritura como un intento por darse a sí misma “una voz y un cuerpo, antes de que esa voz y ese cuerpo desaparezcan” (13). Con una salud muy frágil desde joven y después de sufrir dos infartos, no es de extrañar que la escritora, cercana a los setenta años, intente impugnar con esta obra el rumor-calumnia que acabó con su militancia revolucionaria.

Más metafórica que Arriola y Colom y después de dar un rodeo en la introducción sobre sus gestas heroicas transcurridas en la misma época que hierva biberones y cambia pañales, Gioconda Belli justifica la escritura de El país bajo mi piel desde la calma que vive en Estados Unidos, ambiente en el que le parece muy distante el período en que ella fue “parte, artífice y testigo de la realización de grandes hazañas” (13). En un tiempo en el que se presagia la extinción de utopías, Belli lanza el desafío quijotesco de seguir luchando por los sueños sin importar los obstáculos por vencer. Es como si con esta obra la escritora nicaragüense intentara recuperar un espacio, un proceso y un pueblo que, unificado por una

¹⁹³ Curiosamente en esta época en la que el interés de los académicos sobre la literatura testimonial decae, las estudiosas de la literatura se han dedicado a escribir no sólo sobre las testimoniadas, sino a estimular y a orientar a las mujeres para que escriban sus propias vivencias.

¹⁹⁴ Como lo señala Duccio Demetrio en Escribirse La autobiografía como curación de uno mismo, Foucault en el “cultivo de sí” hace referencia a “la intensidad de las relaciones con uno mismo, es decir, de las formas en que uno se ve llamado a tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y campo de acción, a fin de transformarse, de corregirse, de purificarse, de construir la propia salvación” Cita tomada de Foucault, M. *Historia de la sexualidad*, vol. 3 *La inquietud de sí*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pág. 46 (Demetrio 44).

misma bandera y un mismo lema, logró derrotar la tiranía somocista. Una proeza que si bien implicó mucha sangre derramada, también enseñó el camino de la liberación; una ruta libertaria que no se puede descartar bajo ningún régimen opresivo y posible de rastrear, colectivamente, cuantas veces se requiera “en defensa de esa felicidad por la que la vida y hasta la muerte valen la pena” (13).

Si las razones dadas por las autobiógrafas para escribir los relatos son disímiles, también lo son las motivaciones que las llevan a la autoescritura. De las tres escritoras la que tiene menos experiencia es Yolanda Colom por cuanto el primer acercamiento a la escritura lo tiene al incorporarse a la lucha insurgente, según comenta en Mujeres en la alborada. Por su profesión de maestra la dirección de la guerrilla le encomienda la elaboración de un método de alfabetización para implementarlo en la montaña. Sin poseer ninguna práctica inició el proyecto con el que pretendían enseñar a leer y a escribir a muchos de los guerrilleros analfabetos. Para realizarlo se apoyó en los postulados de Antón Makárenco, pedagogo soviético reconocido por su gesta pedagógica y en los razonamientos de “Paulo Freire, educador brasileño comprometido con la emancipación de los sectores populares quien dio origen a una nueva pedagogía” (8). Durante el período en el que elabora el método de alfabetización, Yolanda Colom espera el nacimiento de su hijo y es sugerente descubrir la relación que establece la escritora entre estos dos hechos al homologar la gestación de la escritura con la gravidez, religándolas hasta la misma hora del parto; desenlaces que ocurren con una semana de diferencia.

Empeñada en sistematizar los conocimientos guerrilleros retoma la escritura para elaborar un manual básico facilitador y optimizador del aprendizaje de los revolucionarios. Esa actividad, realizada en la selva y “con la máquina sobre las piernas” (103), recrea la molestia experimentada por otras escritoras. De igual manera reproduce las privaciones de aquellas que sacrificaron su profesión por desempeñarse como asistentes de sus maridos o compañeros escritores, como le sucedió a Consuelo Sunsín, una de las pioneras de la escritura autobiográfica en Centroamérica. A esa experiencia -aún más dramática que la padecida por Sunsín, debido a las condiciones imperantes en la selva- alude Colom cuando hace las veces de secretaria de Mario Payeras escritor, guerrillero y enamorado suyo, quien le dicta un documento político sobre las ocupaciones revolucionarias de la tierra:

“me pidió que por las noches, después de cenar, consignara a mano lo que

él me dictara. Era la única que en la colectividad podía escribir con la velocidad en que las ideas fluían de su mente. Sabía que la producción intelectual puede perderse o mutilarse si no se anota conforme surge. Por esa razón y porque necesitábamos apremiantemente elaboraciones sobre tal materia, no pude negarme. Así que lo apoyé varias noches. A la luz del fogón o sosteniendo una linterna con la mano izquierda, sentada como podía en el suelo o en algún tronco, tomaba nota sobre mis piernas. Los moscos me dejaban la cara y las manos rojas y acalenturadas de tanto piquete, pues abundaban tanto que prácticamente me cubrían la piel. Y por mantener el ritmo del dictado no tenía tregua para espantarlos. Se trataba de una especie que se adhiere persistentemente y succiona la sangre hasta hincharse de ella y perder la capacidad de vuelo. De ahí que culminara cada jornada con una hora de trabajo desesperante y extenuante. Pero sólo así se evitó que el esfuerzo conceptual que tanto necesitábamos se perdiera, o no pudiera reconstruirse con toda su riqueza días después.” (213-214).

Llama la atención la forma en que la escritora estructura este pasaje en el que mezcla sentimientos contradictorios porque, si por un lado justifica su mansedumbre ante un manuscrito que considera necesario para el pueblo guatemalteco, por el otro se intuye una censura contra Payeras quien, ocupado en teorizar, la obliga a escribir, alumbrarse y espantar los mosquitos, todo al mismo tiempo. Es obvia también la pesadilla que vive la autora, durante esas sesiones, confirmada en la descripción detallada que hace de la especie de mosquitos que la desangran, dentro de un tema teórico-político de semejante trascendencia como lo es la tenencia de la tierra. Aunado a lo anterior se adivina el sarcasmo al representar esa escena en la que su compañero, inmerso en el ámbito de las ideas e indiferente al drama de la guerrillera, no remedia el malestar que ella padece por no tener más que dos manos, teniéndolas él desocupadas.

Con más experiencia en las letras que Yolanda Colom, Aura Marina Arriola experimenta el contacto inicial con la escritura desde la adolescencia, etapa en la que escribe poesía y cuentos. En su edad adulta retoma la poesía e incursiona en la publicación de reportajes en distintos medios informativos. Vinculada al trabajo internacional del movimiento

guerrillero y mientras radica en otros países como Cuba e Italia escribe, encubierta bajo diferentes seudónimos, artículos relacionados con temáticas revolucionarias y vigentes en ese entonces, escritos de los que hace un recuento en algunos párrafos de su obra Ese obstinado sobrevivir al indicar:

“Sobre Vietnam escribí artículos de su gran victoria sobre los yanquis. Sobre España seguí la muerte de Franco y la lucha antifranquista anterior a su muerte, que fue muy rica y diversa. De Guatemala escribí el reinicio de la segunda oleada guerrillera. Sobre América Latina y en particular Guatemala, escribí ese período de rebelión y lucha. Utilicé seudónimos pues mi objetivo era poder regresar legalmente a Guatemala, y no quería que se conociera mi trabajo en Europa.” (84).

Aunque el empleo de seudónimos para publicar sus escritos se debe a su condición de clandestina, su uso evoca la práctica de muchas escritoras que, en otros tiempos y lugares, debieron esconderse tras seudónimos masculinos para poder publicar sus escritos. En este caso Arriola recurre a seudónimos tanto masculinos como femeninos.¹⁹⁵ Bajo el seudónimo de Agustín Monteforte escribe varios artículos y publicaciones como el libro sobre el Che titulado Che Guevara, la sua vita, il suo tempo.¹⁹⁶ Radicada en Italia publica sus artículos en Il Manifesto, que primero fue una revista y años después se amplió con la fundación de un periódico. Este rotativo, declarado como defensor de los derechos gay en Italia, se valió del libro titulado “Liberación homosexual”, obra escrita por Arriola y unos amigos mexicanos y guatemaltecos, para despedirla acusándola de una supuesta “tendencia homosexual”, ocultando que fue la divergencia política el verdadero motivo de la suspensión. De ese y otros tantos apelativos, como el atribuido a Arriola por el diario

¹⁹⁵ Maya Campos, Aurora Benítez, Emiliana Ortuzar, son algunos de los seudónimos femeninos empleados por Arriola. Sobre el seudónimo Agustín Monteforte explica haber seleccionado ese nombre por ser el de un compañero campesino ladino y “por el escritor guatemalteco Monteforte Toledo, a quien un tiempo admiré” (Arriola 84).

¹⁹⁶ En Ese obstinado sobrevivir, Arriola hace alarde, en diferentes segmentos, de la relación amistosa que mantuvo con el Che Guevara, como se comprueba cuando comenta que en 1964 viajó a Cuba para discutir con él temas de la insurgencia guatemalteca. Cuenta además sobre las cartas que el guerrillero argentino les envió a los dirigentes del Frente Guerrillero Edgar Ibarra (Luis Turcios Lima y Ricardo Ramírez) y a Yon Sosa, dirigente del 13 de Noviembre, “para señalarles que él no apoyaba a los trotsquistas por su labor divisionista en Guatemala y que buscaba la unidad del movimiento revolucionario guatemalteco” (Arriola 55). Comadre del Che se complace, también, del gesto que tuvo el guerrillero al preocuparse por la salud de Ricardo, su ahijado, al que le envió de regalo “un trajecito con un suéter y zapatos de lana” (Arriola 55).

italiano, conocen las escritoras de todos los tiempos y espacios porque las denominaciones de lesbiana, bruja y loca, han sido y son comunes para descalificar a aquellas mujeres que incursionan en los feudos de los varones como el literario y el político.¹⁹⁷ Por eso no es ninguna rareza la deslegitimación de la escritora guatemalteca, censura que se acrecienta por haber estado recluida en un hospital psiquiátrico debido a una dolencia sin diagnosticar, por incompetencia médica.

No obstante que las escritoras guatemaltecas incorporan la perspectiva de género en sus obras, no logran la ruptura con los testimonios publicados en las décadas anteriores, en los que la escritura-cuerpo de la guerrillera parece no conocer del placer sexual, al omitir toda referencia sobre el goce femenino. Esa circunstancia no impide que Colom vislumbre una sensación placentera al apropiarse del lenguaje para contarse. Es un gozo que irradia por todo el texto como se advierte: en los subtítulos metafóricos de Mujeres en la alborada; en el empleo de figuras literarias; en los segmentos en los que relata el compromiso y la mística que poseen sus compañeros de lucha; en la solemnidad que experimentan los guerrilleros en la selva al escuchar algunos conciertos de Bach y la Sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak. Son también gozosos los sentimientos que atesora Colom de las sesiones de lectura colectiva de libros del Che Guevara, de algunos relatos vietnamitas sobre la lucha antiimperialista o de la biografía de Ho Chi Minh, en las que experimentó la sed de conocimientos y la alegría por aprender del destacamento guerrillero (170).

En Mujeres en la alborada la selva se convierte en un lugar contradictorio. Si por un lado significa el peligro de la naturaleza inhóspita, de las emboscadas del ejército, del hambre y las enfermedades, por otro se vuelve en una surtidora de placer como lo reconoce Colom:

“nuestras fuentes de alegría eran inacabables: vivir la fraternidad colectiva, el amor de nuestra pareja, la travesura de algún compañero. Contemplar una estrella fugaz, una alfombra de flores en primavera, una escuadrilla de guacamayas en alto vuelo. Escuchar el trino de pájaros cantores, la algarabía de las bandadas de pericos, la visita bullanguera de los monos araña.” (195).

¹⁹⁷ Desde Safo está la marca del lesbianismo ligada a las escritoras. Sor Juana, Virginia Wolf, Gabriela Mistral, son sólo algunas de las escritoras señaladas bajo esa consigna por aquellos preocupados más en la orientación sexual, aunque sea una invención calumniosa, que por la calidad de la obra literaria femenina.

El placer también se percibe en la imagen poética con la que Colom recrea a su enamorado Mario Payeras -conocido clandestinamente como Benedicto- y en la descripción de los “tesoros” que este guerrillero resguardaba entre sus pertenencias. Es un pasaje en el que irradia el amor por su pareja, sentimiento que se multiplica mediante la reiteración en la composición discursiva. Si bien reconoce algunas partes eróticas del cuerpo de su amado soslaya la sensualidad para resaltar la sensibilidad del poeta:

“De él me atrajeron su modo de ser modesto, franco, tranquilo; la suavidad de su trato y su sentido del humor, especialmente sobre sus propias desgracias; su rectitud y generosidad; su lejanía de todo lo que pudiera ser prepotencia, rivalismo, figuración. De él me gustaron su cuello grueso y sus manos fuertes, anchas y callosas que indistintamente escribían versos, se abrían paso a filo de machete o hacían una caricia tímida. De él me desconcertaron los tesoros que llevaba consigo: la figurita de lotería popular que representa la estrella; tres papeles de china con la suerte de un canario de feria; una bolsa plástica con carros de colores; un recuerdo de la que fuera su novia cubana, a quien abandonó para incorporarse a la lucha. Y también un cuento para niños hecho por él mismo, que trataba de un gigante que comía naranjas y tenía una muela de hielo. De él me impresionó su profunda sensibilidad. Me conmovieron el niño observador que llevaba dentro; su habitual retraimiento y silenciosa forma de ser; su inmensa necesidad de amor, como si el desamor lo hubiese acompañado demasiado tiempo. De él me sorprendieron la importancia que dio a mi presencia en su vida, los poemas que me escribió luego de conocernos y su delicada forma de expresar ternura, amor, respeto” (278-279).

Complacencia también se intuye en la potenciación obtenida por Colom al relatarse en primera persona. Ese posicionamiento la lleva a seleccionar verbos de acción como tomé, escogí, enseñé, pensé, sentí, impidiendo que el colectivo absorba su individualidad o que el otro intervenga y usurpe sus propias decisiones. En ese sentido explora otros rastros o nuevas alternativas en su escritura testimonial porque se aventura a enunciarse desde el yo, divergiendo con Payeras quien escribe su testimonio Los días de la selva desde un nosotros,



enfoque que le imposibilita contar las propias vivencias al fusionarse con los otros hasta convertirse en un ser anónimo. La enunciación en primera persona no es obstáculo para que Colom, estratégicamente, adopte el nosotros cuando narra ciertos segmentos o le concede espacio en su obra a la heteroglosia, perspectiva asumida al incorporar los diálogos o las voces de hombres y mujeres pertenecientes a etnias marginadas. De ese modo, rescata las historias de algunas mujeres indígenas sometidas a prácticas inhumanas; usos habituales en el pueblo guatemalteco. En su obra recrea fragmentos de las historias de vida de Malín la kanjobal, de Xib la ixil, y de muchas otras mujeres quienes se sumaron al esfuerzo revolucionario y que Colom restaura para la memoria colectiva guatemalteca en el testimonio Mujeres en la alborada.

Sujeta por restricciones como no reír, no embarazarse, no contar su vida particular, no es de extrañar que Yolanda Colom conspire contra la prohibición que pesó sobre ella, mientras fue parte de la guerrilla, de no relatarles a sus compañeros de lucha su historia personal. Por disposiciones de la dirección, a quienes provenían de los sectores adinerados les estaba vedado contar su vida bajo la premisa que “por no haber vivido los sufrimientos de los explotados y oprimidos carecía de valor para la colectividad” (286). Exploradora de historias ajenas sin poder corresponder con la suya, respetuosa de la disciplina y la discreción impuesta por los criterios del destacamento, es casi dos décadas después de la imposición del silencio que esta guerrillera se aventura a relatarla. Con esa acción particulariza el valor de unas confidencias que percibe gozosa como un darse “de otra manera, confiarles nuestra vida que para ellos era un misterio. Era mostrarles un mundo desconocido, distinto al suyo, pero parte de la realidad que juntos pretendíamos transformar” (286).

Si Colom descubre el placer textual en la apropiación del lenguaje para contarse; en las maravillas que le muestra la selva mientras es guerrillera clandestina; en la recreación literaria de su enamorado; en la recuperación de las historias de otras mujeres; en la potenciación adquirida al narrarse en primera persona; en publicar su historia privativa, el gozo que Arriola bosqueja en Ese obstinado sobrevivir emana de otra fuente. De carácter fuerte y directo, según se desprende del tono y la ausencia de afeites o dobleces para narrar su vida, la escritora guatemalteca parece encontrar el placer en la escritura a través de la rabia que detona al desenmascarar, con nombres y apellidos, a quienes propalaron una

versión tergiversada sobre ella. La ira que se adivina en Arriola es común en las mujeres que se potencializan porque, a medida que comienzan a vivir en función del deseo propio y toman la palabra, lo hacen “con cólera, con vehemencia” (Olivier 189).

En el enfoque de su propia historia, la autobiógrafa se rodea y respalda con un sinnúmero de personalidades de renombre a quienes leyó y con los que se relacionó ideológica o amistosamente. Consciente de que sus aseveraciones pueden ser refutadas por los detractores se atrinchera tras estos personajes entre los que se encuentran ideólogos, filósofos, escritores, historiadores, teorizadores. Desde los epígrafes con pensamientos de Gramsci, Borges y Nietzsche, Arriola se parapeta tras distintas personalidades de diferentes tiempos y de reconocido prestigio mundial o latinoamericano.¹⁹⁸ Es como si con el recuento de nombres y citas que pululan por Ese obstinado sobrevivir, la autora forjara un discurso-escudo, fundamentado intelectual y teóricamente, para reconstruir su historia personal; una semblanza distante de la difundida por sus compañeros de lucha o de la fabulada en corrillos. Junto al desfile de figuras destacadas se evidencia la mezcla de orgullo y placer que experimenta la escritora por el conocimiento que posee de los principios que defienden algunos de los autores citados, o por el vínculo amistoso con otros.

En el empecinamiento que emplea Arriola para dar su versión sobre la lealtad al grupo guerrillero descubre también el gozo. No le basta la obra sino que dedica más de sesenta páginas del libro a anexos explicativos de sus actos, intentando demostrar su inocencia ante las acusaciones. En ese mismo sentido, publica cartas de su ex marido, al secretario general del PGT y acusa a la dirigencia de vicios de nulidad en el juicio seguido en su contra. Parte de ese adjunto es una larga misiva que le enviara a Luis Augusto Turcios Lima, comandante de las Fuerzas Armadas Rebeldes, en la que justifica su ausencia a la reunión de jefes guerrilleros guatemaltecos en 1965, a la que se le invitara como destacada dirigente revolucionaria. Es una carta en la que expone no sólo su opinión acerca de los problemas políticos y teóricos del movimiento que discutirían en la reunión, sino que adjunta valiosos objetivos y temas que ella considera deben plantearse para la buena marcha de la

¹⁹⁸ Son numerosas las citas de Marx, Althusser, Foucault, Marcuse, Toynbee, Salgari, Gramsci, Dickens, Luis Britto, Luis Villoro, Cardoza y Aragón, Severo Martínez, Octavio Paz, Mircea Eliade, Fidel Castro, Mao, David Thoreau, Lenin, Trotsky y muchos más. En menor proporción cita también a algunas mujeres como Virginia Wolf, Edith Piaf, Alaíde Foppa, Simone de Beauvoir, Marcela Lagarde.

insurgencia. Se intuye también el placer en Arriola cuando hace alarde de su erudición sobre temas que deben dominar los dirigentes guerrilleros al sugerirle, atrevidamente, al comandante instruirse en un repertorio de lecturas que le recapitula a continuación:

“El libro más importante que debes leer de inmediato es el de Fanon, *Los condenados de la tierra* (...) Debes leer también sobre el problema de la toma del poder: *El Estado y la Revolución* de Lenin (lo encuentras en el tomo II de las obras de Lenin). También *Los 10 días que conmovieron al mundo* de John Reed. Busca también unos libros de Mao acerca de la lucha antijaponesa y uno sobre las guerrillas (que te va). Hay un libro de Marx que se llama la *Crítica del Programa de Gotha*. Van para ti, el *Manifiesto Comunista*, los *25 Puntos de los Chinos*, *Argelia socialista*. Te enviamos un libro pequeñito de las guerrillas del Che (...) El libro *Los Marxistas* te puede servir también para tener una síntesis panorámica del Marxismo” (Arriola, 166).

De las sugerencias al dirigente revolucionario se deduce no sólo el goce que proporciona saber sobre tales textos, sino lo actualizada que está Arriola con la literatura teórico-ideológica manipulada por las guerrillas en esa época. Se colige, también, la disparidad entre los mismos militantes revolucionarios porque mientras muchos de ellos no saben leer ni escribir, como lo reseñó Yolanda Colom creadora de un método de alfabetización para la guerrilla guatemalteca, otros toman el control del grupo debido al conocimiento teórico-práctico de los movimientos insurgentes y del contexto histórico de sus propios países. De ahí el señalamiento que hace Arriola de quienes la juzgaron y expulsaron del movimiento sin escucharla debido a que, según ella, derrocharon su experiencia teórico-metodológica sobre las insurrecciones populares.

Mientras Arriola encuentra el placer textual en el estallido de la furia contra los calumniadores; en señalarles las lagunas teórico-prácticas e intelectuales a los dirigentes; en mostrarles el desacierto al expulsarla del colectivo, el gozo en Belli está presente desde el momento mismo en que efectúa, en El país bajo mi piel, el recuento de sus obras publicadas y de los premios ganados con ellas. Un placer que se acrecienta al constatar “que, para seguir viviendo necesitaba escribir. Pienso que de no haberlo hecho, las palabras me habrían asfixiado” (298). En la presentación de cada uno de sus libros describe la forma en

la que se fueron tejiendo las distintas tramas como la fabulada en La mujer habitada; un relato que luego de quince años de haber surgido como idea encontró su voz y emergió a borbotones en un período, según lo expone en El país bajo mi piel, en el que “cualquier otra cosa que no fuera escribirla dejó de tener importancia” (298). Los premios y las traducciones de sus poemarios no van a evitar el desasosiego frente al dilema de ser escritora a tiempo completo; un temor rememorativo de los recelos de numerosas escritoras ante semejante disyuntiva. La angustia y la culpabilidad se mezclan ante la pregunta sobre su trabajo porque, según comprueba “responder que escribía una novela me daba vergüenza, como si se tratara de un oficio inútil. Era un costo tolerable sin embargo. La felicidad y la sensación de libertad que me daba sentarme a teclear frenéticamente todos los días compensaba con creces mis remordimientos” (298-299).

Una liberación catártica obtiene Belli con la escritura cuando intenta superar conflictos existenciales y exclama: “Escribí. Escribí poemas de amor y canciones desesperadas (...) esa crisis marcó el fin de un círculo completo de mi vida (...) al hacerme tocar fondo me hizo también emerger con un conocimiento de mí misma que quizás no habría podido obtener de otra forma” (377). La escritura la conduce al autoconocimiento y al autodescubrimiento, porque, según confiesa, “aprendí a gozar la populosa soledad de mis pensamientos y el olor frutal de mi experiencia, en la que logré ser buena compañía para mí misma” (379). De la misma manera encuentra en la escritura “otra vía para la subversión” (68); una práctica liberadora en la que puede existir, pensar y mostrar sus propias emociones sin que la abrumen las opiniones de los otros.

En contraste con Aura M. Arriola y Yolanda Colom, escritoras que no hacen referencia en sus textos al placer de la escritura, Gioconda Belli conjuga el placer textual-sexual-revolucionario sin que haga diferencias o establezca jerarquizaciones entre estos goces porque ni ella misma se explica esa juntura:

“No sé en qué orden sucedieron las cosas. Si fue primero la poesía o la conspiración. En mi memoria de ese tiempo las imágenes son luminosas y todas en primer plano. La euforia vital encontró cauce en la poesía. Apropiarme de mis plenos poderes de mujer me llevó a sacudirme la impotencia frente a la dictadura y la miseria. No pude seguir creyendo que cambiar esa realidad era imposible. Me poseyó un estado de

ebullición. Mi cuerpo celebraba su afirmación. El simple acto de respirar me daba placer. Me tragaba el mundo por la nariz y la sensación de plenitud era tal que dudaba que mi piel pudiera contenerme. Cualquier día emergería la alegría de mis poros como un ectoplasma y flotaría bailando desnuda por las calles de Managua” (62).

Poesía-conspiración-cuerpo se fusionan en el gozo que recrea Belli al recordar, simultáneamente, esas experiencias. Su grafía emerge de sus entrañas en una relación carnal en la que hubo días, según sus palabras, en los cuales, por la lucha cuerpo a cuerpo con la escritura, “no salí a la calle ni siquiera para comer” (177). En el juego que establece con su corporalidad las pulsiones se convierten en una escritura que se resiste a someterse a los imperativos del discurso cultural. En tal sentido sitúa su cuerpo “en una posición rebelde ante el carácter de signo que las determinaciones genéricas le han atribuido (Jara 108). Por eso no es raro que Belli, desde sus comienzos como escritora, fuera incriminada por crear “poesía vaginal” al mismo tiempo que intentan tacharla llamándola “pornográfica” y “desvergonzada” (68). Esos calificativos los emite la sociedad conservadora de Managua, escandalizada ante una escritura que descubría los espacios escondidos y placenteros del cuerpo femenino, por cuanto “que una mujer celebrara su sexo no era común en 1970” (68). Menos aún que hiciera públicas las impresiones y sensaciones producidas por tal celebración mediante una escritura del cuerpo vinculante de la sexualidad con el hecho textual; una escritura que recuperaba el cuerpo femenino, invisibilizado por la óptica androcéntrica.

En su obra Belli recrea un erotismo afirmativo al proclamar su derecho al goce porque “para gozar no sólo es preciso tener un cuerpo, sino poder decirlo en la verdad de su topografía deseante, más allá del falo-logos” (Piña 39). Con la creación de esa erótica potenciadora del goce femenino, la escritora nicaragüense no sólo se sacude hipócritas decencias sino que provoca una revolución en el discurso dominante al desafiar la ley del padre y cuando descifra la manera en la que emerge la escritura de su cuerpo:

“Era agua que brotaba de una fuente interior y que yo encauzaba hacia la página sin esfuerzo. Se me daba de manera natural, como si la emitiera un órgano de mi cuerpo, una especie de antena olfatoria, amatoria, sensorial (...) Si tenía a mano papel, una pluma y silencio cuando el

primer verso irrumpía en mi conciencia, el relámpago generaba un poema. Sólo tenía que dejarme llevar por la intuición primera, sabiendo que el poema en su totalidad existía en ese peculiar estado de ánimo, en ese momento de posesión (...) Una vez que se diluía el estado de gracia, no podía volver a experimentarlo. La calidad espontánea y de acto mágico con que se me manifestaba la poesía me impedía considerarla como el producto meritorio de una labor minuciosa. Yo no sufría la angustia de la página blanca a la que se referían otros (...) Mis poemas eran, pues, una mezcla -a ratos caótica- de erotismo y patriotismo que reflejaba las vivencias de mi vida cotidiana” (238-239).

Gioconda Belli recrea una práctica de escritura en la que entra a jugar lo sensorial como el tacto, el olfato y lo auditivo, porque la mirada, eje de dominio y veracidad del sistema patriarcal, pierde el poder. Son constantes las referencias a la escritura emergiendo del cuerpo en las que admite que “la poesía se me desencadenaba por dentro como una tormenta eléctrica. Las descargas me dejaban las manos llenas de nuevos poemas” (102). En El país bajo mi piel se descubre a una escritora conocedora de la teorización de Hélène Cixous sobre la escritura del cuerpo; grafía delineada a partir de la obra literaria de la brasileña Clarice Lispector.¹⁹⁹ Se intuye que la escritora nicaragüense experimenta con los vaticinios de ambas escritoras irrumpiendo en ese juego inacabable en el que la teoría se convierte en literatura y la literatura en teoría.

Como otras escritoras que han evadido referirse a un modo de escribir que pueda encasillarse como escritura femenina, Belli logra, al estilo de escritoras como Woolf, Lispector y Kristeva, superar las dicotomías excluyentes del patriarcado; esencias en las que, supuestamente, se enredara Cixous al establecer diferencias entre la escritura masculina y la femenina. Desquiciadora de fijaciones no parece experimentar ningún

¹⁹⁹ En L'approche de Clarice Lispector, Hélène Cixous reconoce la inspiración-afinidad de los escritos de Lispector con su propia creación artística. Al mismo tiempo admite la deuda que tiene con la brasileña cuando señala “Clarice Lispector: Cette femme, notre contemporaine brésilienne (...) nous donne, non pas des livres, mais le vivre sauvé des livres, des récits, des constructions refoolantes. Et nous entrons, par son écriture-fenetre, dans la terrible beauté d'apprendre à lire: en allant, à travers corps, de l'autre coté du moi. Aimer le vrai du vivant, ce qui semble ingrat aux yeux narcisses, le sans-prestige, le sans-actualité, aimer l'origine, s'intéresser personnellement à l'impersonnel, à l'animal, à la chose” (Cixous 115).

malestar por la página en blanco ni “angustia ante la autoría”.²⁰⁰ Tampoco parece sufrir la “angustia de la influencia” al reconocer cuanto le debe al poeta “Walt Whitman, el primero en celebrar la maravilla de su cuerpo, la geografía y las multitudes de su tierra” (Belli, 102).²⁰¹ Habiendo encontrado en la escritura otra vía para la insurrección, no tiene que enfrentar a los severos padres literarios debido a que tras la publicación de sus primeros poemas “los monstruos sagrados de la literatura nicaragüense salieron en mi defensa. Los grandes poetas, José Coronel, Pablo Antonio Cuadra, Carlos Martínez Rivas, me aplaudieron. Y en Nicaragua los poetas –quizá porque el único héroe nacional era un poeta: Rubén Darío- son figuras veneradas, célebres” (68). La palabra del padre-poeta consagra a Belli como escritora lo que evita el enfrentamiento, pero confirma el poder discursivo del escritor en la sociedad.²⁰² Un poder que desafían las escritoras autobiográficas con su propia producción textual.

La relación que establece Belli entre la escritura-cuerpo se produce desde el momento en el que se enamora de las palabras, una pasión que la continúa hechizando porque, según advierte, “mi poesía continúa siendo la expresión del cuerpo” (239). La escritura se convierte en una especie de acoso creativo y seductor en el que se agolpan los versos; un asedio en el que se rompen muros por el torrente poético en la que germinan imágenes eyaculativas:

“me poseyó la urgencia de escribir (...) me sentí llena hasta rebosar de algo confuso que quería decir (...) irrumpió como un surtidor a toda presión en mi conciencia. Aunque no sabía muy bien qué era lo que me pedía ser escrito, lo veía como una isla en la neblina” (297).

²⁰⁰ Véase sobre la “angustia de la influencia” y la “angustia ante la autoría” el Glosario de Términos de crítica literaria feminista, de Cecilia Olivares, (19-22).

²⁰¹ Sobre la “angustia de la influencia” ha disertado Harold Bloom al considerar la creación “como una lucha contra sus precursores (...) una especie de conflicto edípico, entre padre e hijo, cuya resolución le permitirá afirmar su autoridad como creador-escritor. En esta teoría no hay espacio para las escritoras mujeres” (Olivares 19).

²⁰² Es ese dominio el que, en su momento, desafiara y dismantelara la poeta guatemalteca Ana María Rodas en el poema “Carta a los padres que están muriendo”. En esa carta-poema perteneciente al poemario Cuatro esquinas del juego de una muñeca que reúne en Poemas de la izquierda erótica (trilogía), además de llamarlos sarcásticamente viejísimos, antiguos, agonizantes y cadavéricos, Ana María Rodas les espeta una serie de reprensiones: “No me interesa entrar en la historia ni tener éxito; no quiero sus medallitas ni sus palabras de aprobación porque no las necesito (...) ustedes son impotentes para encasillar mis poemas” (Rodas 99-100).

Esa imagen erótica la prolonga en el texto mismo porque una vez publicado y teniendo un ejemplar en sus manos confiesa “también quería olerlo y dormir abrazada a él” (103).

7. ENTRE UNA CORPORALIDAD DESCONOCEDORA DEL PLACER SEXUAL: LA IRRUPCIÓN DEL CUERPO EROTIZADO.

De la práctica de escritura de estas autobiógrafas emerge un cuerpo que no se percibe como destino ni como fatalidad jerarquizante, sino como posibilidad de diferencias y posicionamientos. El bosquejo que realizan sobre el cuerpo contrasta entre unas y otras debido a que las experiencias corporales relatadas por ellas son distintas. Mientras Colom se involucró en acciones bélicas en la selva, con las consecuencias físicas que ello acarreó, Arriola y Belli actuaron en espacios internacionales como correos de la resistencia clandestina, gestionando armas, recursos económicos o en labores de espionaje. Sin embargo, a todas las escritoras las unifica su rebeldía ante la expropiación del cuerpo; una percepción de la que son conscientes tanto si describen sensaciones corporales molestas como placenteras. Si Yolanda Colom escribe de su cuerpo tomado por la selva en Mujeres en la alborada y Aura Marina Arriola cuenta sobre su cuerpo encarcelado por la enfermedad en Ese obstinado sobrevivir, la nicaragüense Gioconda Belli celebra su cuerpo erotizado en El país bajo mi piel.

Del cuerpo expuesto a las inclemencias del tiempo, a las enfermedades, a las hambrunas y a las balas, comenta Colom cuando narra sobre sus vivencias en la selva. El riesgo de vivir en las regiones selváticas lo va a sufrir la guerrillera en su propia corporalidad al engusánarse con varios tórsalos. Es una experiencia que rememora de manera impactante, en su obra Mujeres en la alborada, veinte años después de sucedida, con la recreación de las sensaciones padecidas por la penetración y la implantación de los gusanos en su cuerpo. Invisibles a simple vista las larvas de los colmoyotes se introducían

“en poros, piquetes o infecciones de la piel. En el momento no producían molestia alguna, pero alojados en la dermis, cabeza adentro y cola hacia la superficie, se dedicaban a consumir nuestra persona. Al

principio causaban comezón, igual a la de un piquete de los mosquitos y por eso no los distinguíamos. Pero con los días sentíamos una mordida periódica, parecida a un pellizco, señal cierta de su presencia. Para librarse de este gusano era necesario asfixiarlo (...) Según el tamaño que hubiera alcanzado para entonces, tardaba horas o días para morir. Durante la agonía producía mordiscos más fuertes y continuos (...) Se albergaba en cualquier parte de nuestra humanidad siendo difíciles de extraer en lagrimales, pechos y cuero cabelludo”(183-184).

De esas plagas o de epidemias como la malaria, no escapa la guerrillera quien también sufre cambios corporales debidos a la exigua alimentación. Difíciles de conseguir ciertos productos como el maíz, que escaseaba en algunas épocas, su cuerpo se va a debilitar y a mostrar secuelas. Así lo reconoce Colom cuando relata que después de algunos meses en la montaña “había perdido parte del pelo y mis dientes estaban tan sensibles que no soportaba masticar alimentos como la tortilla tostada o la caña de azúcar” (287). A la precaria alimentación se unen los constantes dolores de espalda como consecuencia de trasladar, bajo condiciones geográficas irregulares, los utensilios necesarios para la supervivencia en la selva. Son esas condiciones las que influyen para que se le comiencen

“a inflamar y endurecer los ganglios de la base de la cabeza, el cuello y las axilas. Mientras cargaba no lo notaba, pero cuando nos deteníamos y el cuerpo se enfriaba, me invadía un dolor intenso que se irradiaba a toda la cabeza y a los hombros. Y mi cuello permanecía rígido, como con tortícolis (...) Entonces no soportaba el roce de la hamaca ni la proximidad de la ropa” (287).

Entre todos los malestares que acarrea la vida en la guerrilla no omite manifestar la ansiedad que la poseía el cargar, de aquí para allá, una pastilla de cianuro. La referencia a esta tableta, aceleradora de la muerte en condiciones límite, es usual entre todas las guerrilleras porque, siendo el secuestro, la tortura y el asesinato, prácticas comunes del aparato represivo estatal, su ingesta les podía evitar confesiones condenatorias tanto para los destacamentos guerrilleros como vejámenes y torturas personales. La píldora la cargan no sólo en la montaña, sino en los viajes al exterior como lo manifiesta Arriola en Ese obstinado sobrevivir quien viajó durante algún “tiempo con una pastilla de cianuro por si

me capturaban” (78). Poseer esta cápsula de cianuro se convierte en una sensación contradictoria para las guerrilleras porque si por un lado les parece natural, necesaria y liberadora por otra parte la detestan por implicar la muerte, como lo consigna Colom en Mujeres en la alborada cuando expresa, “la odiaba tanto como al sistema contra el que luchaba, porque amaba la vida y quería servir al pueblo de la única manera en que es posible: viva, sana y libre” (11).

A pesar de que el erotismo está ausente en la obra Mujeres en la alborada, Colom aborda el tema de la sexualidad por ser una práctica común, entre los militantes del grupo guerrillero, las relaciones sexuales. Las referencias sobre la atracción sexual son mínimas salvo cuando la escritora comenta el uso de anticonceptivos entre las mujeres que ingresaban al destacamento. Al esbozar la sexualidad de manera colectiva Colom se libera, estratégicamente, de circunscribir la propia. Aunque no deja dudas del sentimiento que la sedujo al conocer al escritor y guerrillero Mario Payeras, su pareja de allí en adelante, su erotismo no trasciende bosquejándolo de manera sutil y subordinándolo a la pasión revolucionaria. Así se aprecia cuando señala: “el amor irrumpió inesperadamente, en medio del trabajo y las vicisitudes de la vida guerrillera y clandestina. Surgió sin promesas ni condiciones, dispuesto a la renuncia pronta en aras de la lucha en que estábamos empeñados. Nació en libertad y espontaneidad, ajeno a las leyes y convenciones sociales” (201). Si se analizan las últimas palabras con las que termina el pasaje se podría pensar que Colom asume una posición transgresora sobre su sexualidad toda vez que la relación nace al margen de las normas y los convencionalismos. Pero no es esa la percepción que se tiene al leer la obra por cuanto ninguno de los enamorados tiene pareja y ambos están más allá de los ritos sociales legitimadores, desde el momento mismo en que se clandestinizan e ingresan a la guerrilla.

Una de las experiencias corporales que debe dominar como si se encontrara cautiva y de la que se apesadumbra por no poder disfrutarla, es “reprimir la risa, aquellas carcajadas espontáneas que nacen libres y felices” (89), por las consecuencias funestas que podía acarrear el ruido a la guerrilla. Se lamenta además de no poder mirar las caras de sus compañeros porque debía acatar la regulación establecida por la guerrilla de cubrirse el rostro con pasamontañas y comer dándose la espalda, como estrategia de seguridad. Su cuerpo se resiente por “renunciar también al sol, al cielo azul y al firmamento (...) De ahí

que la ocasional filtración de un rayo de sol fuera motivo de júbilo colectivo y de organización de turnos para usufructuar su calor y su luz” (90).

En Mujeres en la alborada, Colom no consigna ningún detalle erótico porque, como ella misma explica, en la guerrilla no había ningún trato preferencial para los enamorados. Todas las experiencias personales están supeditadas a las necesidades del grupo ante las circunstancias propias que acarrea subsistir en la clandestinidad como la precariedad material, la inseguridad, la topografía en la que se movilizan los insurgentes, las inclemencias del tiempo y otras tantas situaciones por lo que

“no existía en el destacamento la vida privada ni los espacios exclusivos (...)

Las parejas, por ejemplo, raramente podíamos acomodarnos a solas en algún lugar, o éste tenía tan próximos a los demás que resultaba simbólica nuestra privacidad. Y no pocas veces, durante días y semanas, dormíamos en champas colectivas muy juntos unos a otros porque era la única manera de soportar el frío; o porque el terreno nos obligaba a ello. De manera que amores, discusiones personales, estados de ánimo, eran presenciados por la colectividad. No obstante se resultaban haciendo y percibiendo con naturalidad y discreción” (134-135).

La naturalidad respecto a la intimidad la van a proporcionar los indígenas y los campesinos de los destacamentos quienes actúan espontáneamente, según lo reconoce Colom. Acostumbrados al hacinamiento originado por la pobreza y ajenos por tanto a la privacidad o a los espacios propios para la pareja, son ellos quienes transgreden “los prejuicios y tabúes de las convenciones sociales burguesas y de la moral cristiana” (135). Provenientes muchos de los guerrilleros de etnias donde la poligamia era aceptada o de comunidades en las que se compraban y vendían mujeres “ver a una mujer desnuda de la cintura para arriba era natural y no representaba motivo de excitación, murmuración o morbosidad (...) pero había otros para quienes ver a una mujer así era motivo de desasosiego” (131).

Por las diferencias culturales de los miembros guerrilleros, resulta complejo amalgamar las concepciones y las expectativas que tienen sobre el amor y el sexo. De esa particularidad de la guerrilla se vale la autobiógrafa para no entrar en detalles personales. Según reconoce, “en aquel entonces dábamos bandazos y teníamos numerosas confusiones

sobre cómo abordar y encauzar esa bella dimensión del ser humano que engloba la atracción sexual, el misterio del amor” (133). A Yolanda Colom no parece interesarle abordar lo erótico particular. Lo colectivo se antepone a lo privativo porque, simultáneamente a su compromiso con el pueblo, está comprometida con las mujeres para las que anhela un mañana sin opresiones. Es probable que por ello deje sin abordar su propio erotismo en un intento por demostrar que su lucha es por la emancipación femenina en todos los espacios y no sólo en lo que atañe a lo sexual.

Un cuerpo enfermo desde los treinta años de edad es el que esboza Arriola en Ese obstinado sobrevivir. Aquejada genéticamente de una insuficiencia del colesterol bueno y de una superabundancia del malo, durante años va a ser diagnosticada de forma errada. La enfermedad le provoca una inestabilidad constante, que la lleva a descubrir “la cárcel que puede ser el cuerpo y lo terrible que puede ser una muerte lenta, que destruye todo tu cuerpo internamente” (86). En ese sentido se lamenta de la incomprensión hacia su malestar del que se suponía no debía hacer referencia toda vez que el cuerpo y la salud eran “demasiado terrenales para las preocupaciones de los grandes políticos” (86). La insensibilidad de los otros la lleva a justificar la alusión a su propia dolencia, al comentar que el Che Guevara tuvo que lidiar con el problema del asma, hecho del que escribió en los diarios donde vincula su salud con la problemática político-social, sin recibir descalificaciones.

No es de extrañar que Arriola, enferma desde muy joven, enfatice en el malestar que la aqueja en lugar de narrar sobre los goces corporales aunque anduviera en búsqueda de “un amor que fuera nuevo en el sentido que fuera una relación monogámica mientras durara la pasión” (87). No puede ser indiferente a la dolencia física que la abrumba por lo que vuelve una y otra vez sobre el padecimiento que implicó la extirpación de “los ovarios y la matriz, desechos por los quistes y los fibromas” (92). Con la reiteración parece buscar un escape a la enfermedad haciendo estallar la cárcel-cuerpo que deteriora también su mente y la lleva a buscar el suicidio mientras está internada “en la sección de enfermos mentales de un hospital romano” (101). A ese deterioro del cuerpo achaca asimismo la relación tensa no sólo con las amistades, sino con sus propios hijos que requerían, según sus palabras, “más que los cuidados de una madre enferma y desgarrada internamente (...) por una salud precaria, que me destruía por dentro” (105).

Incomprendida, según lo expone en su obra, por los padres de sus hijos o aquellos con los que mantiene un nexo amoroso, la referencia de Arriola sobre ellos está desprovista de los placeres del cuerpo. Así se aprecia en el enjuiciamiento de Enrique Valencia, padre de su hijo mayor, a quien acusa de actuar de manera indiferente ante “la sensibilidad de una mujer aún adolescente en muchos aspectos. Era machista, autoritario y sádico” (34). Una opinión negativa tiene, asimismo, del hombre con el que contrajo el único matrimonio legal porque, además de no llegar a amarlo, era un individuo “muy débil de carácter, dominado por una madre que me odiaba” (37). A través de Ese obstinado sobrevivir, Arriola muestra no sólo una fuerza pertinaz para resistir a la enfermedad, sino una permanente indocilidad ante la sujeción masculina. En ese sentido crítica tanto a aquellos que fueron su pareja ocasional como a los compañeros con los que convivió algunos años. Tampoco hace distinciones entre ellos, basada en los lugares de procedencia de unos y otros, como se observa cuando se refiere al italiano Valentino Parlato. De este compañero reprueba no sólo la forma en que se ejercitaba como un casanova sino por representar una “versión italiana del machismo: más sutil que el latinoamericano, pero tan profundo, que no es casual que Italia haya sido uno de los centros más importantes del feminismo mundial” (85). Lo cierto es que en la obra de esta autobiógrafa está ausente toda referencia al erotismo porque ni cuando alude a la vida bohemia que llevó, en algunos períodos de su vida, se refiere a ese tópico.

Si Yolanda Colom y Aura M. Arriola no se ocupan por explorar en sus relatos el erotismo y el placer, lo que las asemeja a las escritoras testimoniantes de las décadas setenta y ochenta, la ruptura la provoca la nicaragüense Gioconda Belli quien en sus memoraciones habla de su cuerpo en distintos espacios, posiciones y con el que experimenta nuevas sensaciones. Explorado el cuerpo como una cartografía deseante desde sus primeros poemas, Belli empieza el relato de sus memorias con las sacudidas de su propio cuerpo provocadas por la primera detonación del arma que maneja, mientras se entrena en Cuba. A partir de ese instante se disparan las vibraciones corporales que describe ante distintos escenarios en los que la sensualidad emana de su piel y se hace escritura. El erotismo aflora de su cuerpo en las situaciones vivenciales más diversas. Surge al delinear a su amada Nicaragua, brota con la apetencia por incorporarse a la revolución, emerge con el deseo de ser poseída y preñada, germina con el alumbramiento o

cuando, jubilosa, celebra el goce de la carne con sus diferentes parejas. Aún en decisiones dolorosas, como la interrupción de un embarazo de alto riesgo, Belli se toma el tiempo para recrear la noche mágico-erótica en que engendró ese hijo nonato.

Desde el momento mismo en que Belli se acerca a las fronteras de su país, proveniente del exilio, comienzan las sensaciones a manar de su cuerpo. La cartografía que esboza de Nicaragua, en El país bajo mi piel, se asemeja a la que puede elaborar de un enamorado: “Yo amaba su cuerpo de lagos desmesurados y volcanes erectos, de árboles de copas rebeldes y enmarañadas, de hondonadas húmedas y olorosas a café, nubes como mujeres de Rubens, atardeceres y aguaceros desaforados” (57). Las imágenes que ilustran esta confesión recrean un paisaje geográfico con simbolizaciones tanto masculinas como femeninas inscribiéndose en la ambigüedad al eludir identificar a Nicaragua con lo femenino. Mediante la vaguedad, como estrategia discursiva, la escritora se desliga de concepciones propias o ajenas en las que se identifica a la mujer y la nación nacidas de la lucha revolucionaria con órganos viriles y valores patriarcales.²⁰³ El desmontaje que hace de tal representación no impide que en ocasiones la reproduzca como cuando evoca: “al acercarse la fecha del aniversario de la Revolución, me contagiaba del ánimo celebratorio. Me poseía la geografía de mi país como un cuerpo amado recuperado a sangre y fuego” (134). Pero la imagen recreada no se estabiliza toda vez que es desmontada más allá o más acá de centralizaciones autorizadas.

En sus memorias lo erótico parece poder tocarse en las imágenes que rehace al desvelar las sensaciones desplegadas en todo su cuerpo, sensibilizado cada vez que la acomete el deseo de engendrar. Durante ese lapso se confabulan todos los sentidos porque cualquier escena la descifra no como el destino biológico reproductivo, sino como el deseo corporal:

“El cuerpo me pedía a gritos que usara su fecundidad. El desenfreno carnal se tomaba mi mente y mis fuerzas. Un giro del viento sobre mi piel, cualquier alegría, cualquier cucurucho de helado o postre hacían que mis poros buscaran la fusión, la revolcada, como si mi vientre quisiera absorber el

²⁰³ En Discurso nacional y construcción de género en la novela nicaragüense contemporánea, Werner Mackenbach comenta, siguiendo a Ileana Rodríguez en Women, Guerrillas, and Love, que la Nación surgida de la lucha armada es patriarcal y que la mujer nueva es un hombre nuevo con “huevos”. Es evidente que Gioconda Belli en sus memorias evade situarse o ser situada con órganos masculinos. Sobre la identificación de la mujer y nación véase el artículo “Mujer y Nación: construcción de las identidades”, de Ma. Belén Martín Lucas.

mundo y hacerlo vida (...) Por todas esas señales comprendí que era hora de la maternidad otra vez” (229).

El erotismo lo explora durante el embarazo y también a la hora del parto. El alumbramiento es enunciado con frases cortas, jadeantes y rítmicas. La selección y la disposición del lenguaje, la aceleración que adquiere con el empleo intensificado de signos ortográficos como la coma y el punto para simular jadeos, son prácticas discursivas mediante las cuales Belli induce a un juego en el que el parto se puede confundir con un orgasmo:

“las aguas rompiéndose, las contracciones sucediéndose, acelerándose cada cinco, cada dos, cada minuto. Mi corazón era un tambor llevando el ritmo. No había escapatoria. Aquel mecanismo no se detendría hasta que el proceso culminara. Me entregué al doliente erotismo de aquella fuerza abriéndome (...) Nada existía sino mi vientre pulsando” (47)

De la piel retoña el erotismo que explora Belli cuando narra la decisión de incorporarse al movimiento sandinista; su determinación de combatir a la tiranía somocista y unirse a la lucha contra la pobreza del pueblo nicaragüense. Esa identificación con el sandinismo emerge una vez que se afirma y recobra sus potencialidades femeninas como lo manifiesta en este pasaje:

“Apropiarme de mis plenos poderes de mujer me llevó a sacudirme la impotencia frente a la dictadura y la miseria. No pude seguir creyendo que cambiar esa realidad fuera imposible. Me poseyó un estado de ebullición. Mi cuerpo celebraba su afirmación. El simple acto de respirar me daba placer. Me tragaba el mundo por la nariz y la sensación de plenitud era tal que dudaba que mi piel pudiera contenerme” (62).

En la celebración del erotismo Belli no descarta describir ninguna sensación corporal, especialmente las desencadenadas en los encuentros amorosos de los que no se guarda detalles. De esa manera menosprecia el puritanismo a la vez que declara vital, natural, y placentero el sexo. Por eso no es de extrañar que confiese: “Yo celebro mi ser mujer, celebro mi sexualidad, celebro haber sentido mi cuerpo no como una parte pecaminosa de

mí misma sino como una parte gozosa de mí misma” (Medina 2).²⁰⁴ Enfrentada al conservadurismo revela la celebración del cuerpo con cada uno de los enamorados. Festeja su sexualidad sin ocultamientos y sin reservas porque no es una mujer que se conforme con lo decretado tradicionalmente, como se aprecia al reconocer: “aunque el Poeta hubiera detonado mi revolución interior ésta iba más allá de él y no estaba sujeta a una pareja” (70).

Sin dejarse sitiar en dormitorios conyugales y lechos autorizados desafía, también, los horarios en los que el convencionalismo legitima las relaciones sexuales de la pareja. En ese sentido, subvierte los itinerarios, suscritos por quienes impudicamente ratifican la doble moral, recreando su propia travesía exploratoria del cuerpo masculino. Sin ningún sonrojo describe la relación erótica con uno de los enamorados estando casada

“paseábamos por las calles de la ciudad con los cuerpos olorosos, los cabellos revueltos y las miradas encendidas. Cualquiera notaba que estábamos tocados y poseídos por la pasión y el descalabro que sólo le es dado a los elegidos. Con la arrogancia de seres libres y sin amarras, hicimos el amor en apartamentos prestados, sobre petates, rodeados de lienzos y olor a aguarrás, en los desvencijados y pobres estudios de pintores amigos. Hasta sobre el escritorio de la oficina apartando papeles, conteniendo la respiración, nos habíamos amado muertos de risa, mientras a nuestro alrededor se oía el tecleo de las máquinas de escribir y el ir y venir de los otros” (69).

No omite referirse a las sensaciones percibidas con las distintas parejas que desfilan por sus memorias. Explora el cuerpo en busca de nuevas experiencias placenteras en las que los enamorados recorren la piel “como expedicionarios que al salir el sol descubren la isla misteriosa que exploraron en la oscuridad” (174). Un cuerpo-cartografía deseante que paladea el juego amoroso porque junto con el amado “descubríamos pieles, senderos y celebrábamos el rito de un hombre y una mujer que se funden y se pierden como dagas en la misma empuñadura” (284).

Belli desafía el convencionalismo que ubica a las mujeres en la posición de objeto de deseo, de estudio o de observación y que las define “sólo por su reacción con el sujeto que

²⁰⁴ Véase la entrevista dada por Gioconda Belli, a Fabián Medina bajo el título “Escritora: No escribo de sexo para vender”. En www-ni.laprensa.com.ni/archivo/2001/marzo/04/nacionales-20010304.html

las observa, estudia y desea, en una palabra, que las hace existir” (Violi, 31). La subversión de esa costumbre la perpetra cuando revela la impresión que dejó en ella alguno de los amantes, poseedor de un cuerpo fuerte y atractivo. Se autodescubre poseedora de su propio deseo al describir, sensualmente, al eventual compañero:

“llevaba jeans y se le pegaban al cuerpo. Cuerpo de carioca. El trasero respingado. Desde esa noche noté la terca intensidad con que hacía todo (...) me hacía el amor con la misma dedicación militante, explorándome de arriba abajo, por dentro y por fuera, con el encanto de alguien acostumbrado a la sensualidad de las playas de Ipanema” (212-213).

Con ese enfoque Belli altera los lugares estipulados por la sociedad donde “el varón es el sujeto activo que mira y la mujer el objeto pasivo que es mirado” (Rodríguez R, 2004, 171).

Explorado el varón como objeto de deseo, de estudio, de observación y subvertido el prejuicio de mujer-objeto al diseminar la imagen femenina que la sociedad patriarcal ha centralizado, se arriesga a reproducirla nuevamente al comentar el recorrido visual del varón que la asedia y que la “miraba entera, no sólo a los ojos. Su mirada era un hilo de agua sobre mis *overalls* de jean, sobre la melena que se me derramaba sobre los hombros, la curva de mi nuca. Como si me estuviera tocando” (259). La ambigüedad a la que se adscribe Belli en El país bajo mi piel le consiente las supuestas contradicciones en que incurre. Estas discordancias no hacen sino desestabilizar el orden instituido socio-culturalmente.

Inmersa en el erotismo no se perturba al registrar diferentes estrategias de seducción que transmite como quien quiere instruir en las artes amatorias. En la práctica de esas tretas adquiere poses donjuanescas en las que apenas si se diferencia del varón al autodescubrirse

“con un instinto casi masculino de conquista. Los hombres dejaron de sorprenderme. Comprobé que bastaban ciertos gestos, cierta tibieza de ojos abiertos, liberar la sensualidad con la adecuada dosis de atrevimiento o delicadeza para que me siguieran tal como si fuera el flautista de Hamelin. Aprendí que costuras sutiles penetrar para que se tornaran dúctiles y dóciles” (198-199).

En esa experimentación del erotismo sabe que el varón es el que tiene el poder de conquistador en la sociedad por ello la aclaración del instinto "casi masculino" que experimenta a la hora del galanteo amoroso. Estratégicamente se adentra en una especie de juego en el que descifra cuánto dar y cuánto reservarse para establecer un intercambio amoroso en que sea el otro el seducido. La mención que hace sobre la costura-bordado no es para asumirla como labor doméstica, con la que ocuparía los días-años esperando el regreso del amado, sino como tejido humano, puliendo las asperezas allí donde las juntas no han perdido las aristas.

Ajena a los prejuicios, reanuda la sexualidad después de parir sin guardar el tiempo de reposo pautado tradicionalmente. Desdeña esos recelos para revelar no sólo el deseo sexual por un hombre que no es su pareja, sino los distintos cambios experimentados en su cuerpo, según la invaden las sensaciones eróticas:

"la piel se me erizaba con voluntad propia, arisca ante los peligros que percibía. Empecé a sentir un malestar de estómago, como si la sangre se me agolpara en la cintura, como si dentro de mí estuviera despertando una mujer dormida que habitara secreta en mis entrañas. No podía nombrar la sensación, pero la sensación era suficiente para saber que lo que empezaba a fluir, invisible y magnético, entre nosotros, me amenazaba con graves riesgos. ¡Santo Dios! Y yo débil como estaba, todavía convaleciente" (259).

Es sugerente observar el modo en el que la escritora nicaragüense, versada en las artes amatorias, dice negarse a nombrar las sensaciones que experimenta su cuerpo al ser acariciado cuando las ha descrito en el mismo pasaje y que mezcle a Dios en un entorno en el que su sentencia sería condenatoria, ante una actuación femenina de ruptura con lo anunciado y lo esperado socioculturalmente. Esa actitud no hace sino corroborar la ambigüedad a la que se adscribe Belli con intenciones desmontadoras del sistema de dominación masculino. Una de las embestidas se aprecia en el desenmascaramiento del sistema que la obliga a elegir entre dos de sus pretendientes porque, según reconoce "puesta a escoger entre ambos, no sabía que hacer. Los quería a los dos. Juntos formaban mi hombre perfecto. Desafortunadamente, no vivía en una tribu donde fuera lícita la poliandria" (310). Belli se refiere a esas estipulaciones culturales aunque, como comenta

en otros pasajes de la obra, no requiere de la autorización o de la legalidad para mantener aventuras con dos enamorados al mismo tiempo.

Si en algunas ocasiones dice encubrir las emociones en otras las pone en escena sin ningún recato como cuando exclama:

“Bullía por dentro como una botella llena de burbujas. Me había quitado los zapatos y estaba sentada en un sofá. La falda de mi vestido nuevo (...) se extendía a mi alrededor como un abanico. De pronto, se levantó y como un tigre que se lanza sobre la presa, vino hacia mí, y me besó en la boca. Le puse las manos sobre el pecho, pero no llegué a empujarlo porque ese momento se venía acumulando desde el día de la reunión. Así que nos besamos medio ahogados por el deseo reprimido que nos había andado mortificando” (263).

Cada uno de los encuentros amorosos narrados por Belli parece gozarlos intensamente. De la misma manera encuentra placentera la escritura y la revolución porque el deseo parece poseerla en todas las actividades que emprende. Unas experiencias en las que celebra las ganas de vivir y la pasión por transmitir sus vivencias sin permitir que otros cuenten su historia o decidan por ella. Dispuesta a contar y a elegir sus propias experiencias comprueba, dolorosamente, que ella es la única que debe resolver sobre el hijo que lleva en sus entrañas, en momentos en los cuales,

“empezaba a desarrollar un vínculo con la pequeña criatura alojada en mi vientre; un vínculo ambiguo que igual era amor que rechazo (...) Al final me pesaba saber que sería yo y sólo yo quien tendría que decidir. Carlos se batía en un mar de dudas, de angustias, pero tenía el consuelo -todos los hombres lo tienen- de que su cuerpo no albergara el problema. El mío era el que pagaría las consecuencias (...) Las perspectivas eran demasiado ominosas y yo tenía otros hijos, tres más, por quienes debía salvaguardar mi permanencia en el mundo de los vivos. Decidí” (255).

Es tan dolorosa la experiencia de tener que elegir entre la vida y la muerte que Belli destina un capítulo de sus memorias para narrar el triste y difícil fallo de tener que terminar con la gestación. No le basta con relatar el episodio en el que se cruzan médicos, dictámenes, y hospitales, sino que rinde una especie de homenaje a ese hijo nonato al

rememorar la noche mágico-erótica en que lo engendró en una playa bajo miríadas de estrellas:

“La Vía Láctea lucía esplendorosa como el rastro del velo que una mujer dejara caer al descuido. Las constelaciones: la Cruz del Sur, el Arado, el Cinturón de Orión, las Siete Cabritas, mostraban sus contornos como para que un niño jugara a delinear figuras rutilantes. Demasiado bello para dormir. Debajo de la colcha nuestros cuerpos hicieron su propia noche de criaturas anfibias y cálidas, su mar de olas yendo y viniendo, sus gemidos de océano” (253).

Ni aún en los momentos más dolorosos, Belli se deja tomar por la pena porque se intuye su lucha contra el desánimo. Encuentra salidas para restaurar el cuerpo y su erotismo, sin que implique el olvido o la tachadura de la vivencia porque la enuncia tanto de manera personal como colectiva. Reproduce desde la diferencia sexual no sólo su propio dolor sino el de las demás mujeres que han vivido ese mismo drama:

“Recuerdo lo vacía que me sentí en el vuelo de regreso a Nicaragua; como las casas demolidas por dentro de las que sólo queda la fachada aparentemente imperturbable. Muchos años lloré por lo que pudo haber sido. Compadecí tanto a mis congéneres, todas las mujeres que nos vemos desgarradas por ese tipo de decisiones de vida o muerte, decisiones que tomamos en pleno ejercicio de nuestra libertad, pero que por siempre nos dejan una zona bombardeada en el corazón, una zona de desastres donde un fantasma pequeño se pasea riendo la risa que jamás rió, mirándonos para siempre con la nostalgia de la vida que le negamos” (255-256).

Reproducida la evocación dolorosa, Belli se desplaza nuevamente hacia rutas eróticas hartamente conocidas y transitadas desde que, siendo muy joven, se iniciara como poeta al descubrir un lenguaje acorde con sus deseos para poetizar al yo lírico femenino en sus diferentes poemarios. Un lenguaje-deseo que retorna cada vez que inscribe el placer en los cuerpos de las protagonistas de sus novelas y que materializa, en sí misma, en sus Memorias de Amor y Guerra. Estas rememoraciones le abren posibilidades inesperadas al apropiarse de su deseo como fuerza propulsora autoafirmativa y autotransformadora. Es un

deseo potenciador que no cambia por evolución sino mediante revisitaciones y repeticiones en las que la autobiógrafa vuelve a reconstruir secuencias ya vividas desencadenando “los múltiples, heterogéneos “devenires” del sujeto” (Braidotti 173). Una manera de recordar cíclica, zigzagueante y desordenada que permite “la reinención activa de un yo jubilosamente discontinuo, en oposición al ser melancólicamente consistente, programado por la cultura falocéntrica” (Braidotti 172).

Es a partir del descubrimiento que hacen Yolanda Colom, Aura Marina Arriola y Gioconda Belli de su especificidad, de su propia subjetividad y experiencia, que toman la palabra, para hablar de sí mismas en primera persona. La autoconciencia de una experiencia históricamente negada las lleva a reutilizar o a inventar nuevas prácticas de escritura para narrarse. No es una memoria uniforme la que recrea imaginativamente el yo femenino de las autobiógrafas estudiadas en este capítulo como se ha demostrado a través del análisis realizado. Aunque las une la perspectiva de género, la autocrítica y el desencanto político-ideológico, sus experiencias son distintas, no son unívocas, no en su evolución ni en sus resultados por cuanto son “individualidades que no pueden encerrarse en una sola definición, una sola imagen, un solo texto” (Violi 156). Por esa vía se movilizan toda vez que sus escrituras se posicionan en el cruce de fronteras, espacio en el que se mezclan los géneros y los lenguajes apartándose de cualquier distinción rígida que las quiera homologar. Desde sus textos, en los que dejan impresas las huellas de su propia enunciación, configuran la subjetividad porque no “todas las mujeres escritoras construyen su subjetividad de la misma forma, ni mediante los mismos recursos tropológicos ni estrategias textuales –que el hecho de ser mujer no supone una identidad colectiva, ni una forma de escritura, y mucho menos una esencia” (Zavala 1997, 10). Son reminiscencias con una gran fuerza imaginativa que les abre senderos a nuevos horizontes; una memoria desplegada en múltiples devenires aunque haya emanado de la diferenciación sexual, de un “devenir mujer como punto de partida inalienable e inevitable” (Braidotti 182).

Por situarse en los bordes, en un umbral en el que no operan las leyes, las escrituras de estas autobiógrafas se potencializan no como una relación filial, sino como una alianza, al decir de Deleuze y Guattari en Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia; un pacto que “conserva una potencia peligrosa y contagiosa” (253). Porque una vez adueñadas “de su propio organismo, de su propia historia, de su propia subjetividad (...) como sujeto de

enunciación” (278), estas mujeres no se contaminan del calco o la imitación. Inscritas como están en el espacio nomádico “marcado por trazos que se borran y se desplazan con el trayecto” (385), no permiten que se erijan barreras aprisionantes ni para su propia subjetividad ni para sus prácticas de escrituras autobiográficas que se proyectan como una poética en devenir.



(IN)CONCLUSIONES

MÁS ALLÁ O MÁS ACÁ DE LA ESENCIA FEMENINA: LAS HETEROGENEIDADES, LAS DIVERSIDADES, LAS SUBJETIVIDADES...

“Yo soy del número de quienes escogieron de una vez y para siempre el camino hacia el tesoro, más bien que el tesoro. (...) si el fin permanece inalcanzado, se habrá tenido, sin embargo, una parte de alegría, de penuria, de conquista. Y se habrá ayudado a los otros a ponerse en marcha”.

Consuelo Sunsín. Memorias de Oppede.

Las interrogantes orientadoras de esta investigación fueron respondidas, afirmativamente, en los distintos capítulos. Ha quedado demostrado que las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas, diseminadas en distintos géneros literarios e inscritas en el contexto histórico centroamericano de diferentes épocas, desmantelan el sistema de dominación masculino. Se comprobó que estas escrituras marcadas por la hibridación les permiten a las autobiógrafas, desdobladas en voces narrativas o sujetos de enunciación, autodescubrirse y autoconocerse como se aprecia en las estrategias empleadas en los diferentes textos analizados. Ese autoconocimiento las lleva a recuperar la autoría femenina, a reapropiarse del cuerpo y a configurar la subjetividad, desde ellas mismas, por lo que esta narrativa engendra una poética femenina de resistencia. Tales afirmaciones comprueban la hipótesis planteada: Las escrituras autobiográficas femeninas producidas en Centroamérica a lo largo de seis décadas y desplegadas en diferentes modalidades de escrituras (novelas autobiográficas, memorias, autobiografías, testimonios, autoetnografías...) representan las búsquedas de una nueva subjetividad en las cuales las mujeres se autoexploran, interna como externamente, descubriendo puntos de anclaje para posicionarse y configurarse como sujetos en un determinado contexto histórico.

Si bien las prácticas de escrituras autobiográficas femeninas analizadas convergen en una poética de la resistencia, también desembocan en una poética dialógica, en una poética de la trashumancia, en una poética en devenir. No es posible definir, bajo una sola categoría,

estas prácticas de escrituras femeninas surgidas en Centroamérica, entre 1940-2005 por cuanto la búsqueda de la subjetividad femenina, desde las mujeres mismas, es un proyecto que se despliega, entrecruzadamente, con una pluralidad de discursos muchas veces confrontados entre sí. En estos textos autobiográficos femeninos se percibe el forcejeo entre el sistema de dominación masculino que se quiere eterno y las mujeres que lo intentan desmontar mediante múltiples estrategias y desde distintas trincheras. Si las precursoras comienzan, entre los años cuarenta y sesenta, a erosionar el poder y a trastocar las costumbres al enfrentar al patriarca-tirano, las guerrilleras-escritoras luchan, literalmente, en las dos décadas siguientes, contra el aparato represor dictatorial y la intrusión extranjera en el área. De manera semejante actúan las autobiógrafas de la década del noventa y los primeros años del siglo XXI quienes, desencantadas políticamente, censuran el poder sin distinciones ideológicas dirigiendo sus críticas tanto al régimen represivo tradicional como a los dirigentes de la insurrección que pactaron la paz o gobernaron, sin impulsar los cambios sociopolíticos anunciados, manteniendo vigentes costumbres vetustas, propias de la lógica de dominación masculina tradicional.

En su búsqueda por replantear la subjetividad femenina las autobiógrafas recurren a distintos géneros literarios juzgados, canónicamente, como literatura menor. Esa certidumbre las lleva a esquivar los calificativos de anómalas, ilegítimas, marginales, contaminadas, términos con los que se han tachado sus escrituras, para descubrir, a través de éstas, otros modos de interpelación con los que desestabilizan el poder que las negó, ocultó y borró de la historia de sus respectivos países. Desde esa perspectiva todas las escritoras ensayan nuevas estrategias textuales para descifrar la subjetividad femenina como se vislumbra desde el momento en el que desafían el canon; una institución que oculta los contenidos político-ideológicos, bajo criterios estéticos arbitrariamente impuestos.

La entronización de la ideología de género en las categorizaciones literarias las lleva a explorar nuevas formas narrativas para autorrepresentarse; a experimentar con géneros vinculados con lo masculino y a seleccionar géneros autobiográficos desactualizados, desplazando las jerarquizaciones estético-genéricas. Desafiantes del canon literario, las autobiógrafas empujan las fronteras confundiendo las demarcaciones, sin preocuparse por deslindar un género de otro o por cartografiar sus escritos, rebeldes a las sujeciones por la

hibridación, característica que conlleva la indeterminación de estas escrituras que si son novelas se quieren autobiografías; si son memorias se quieren novelas, si son cartas o diarios devienen memorias. Ese deambular por los bordes, esa travesía por los géneros mixturados, se debe a que estas mujeres evaden nombrarse, definirse, narrarse o encasillarse, en un único reducto como, tradicionalmente, las confinan las estrechas fronteras culturales, barreras impugnadas en esta poética del entre.

La apropiación del contexto histórico es una de las estrategias exploradas por todas las autobiógrafas; es una táctica que les permite posicionarse y potencializarse, como sujetos, mientras Centroamérica atraviesa por una época conflictiva. Esa crisis que vive la región es aprovechada por las escritoras no sólo para configurarse como sujetos culturales, sino para subvertir la noción tradicional del sujeto al visibilizarse como pioneras, gestoras, militantes y partícipes, de las transformaciones que demanda la sociedad. Posicionadas y potencializadas en su entorno social dan cuenta de los procesos históricos condenando a las tiranías genocidas que adoptan el capitalismo, sistema económico censurado por las escritoras desde su penetración hasta su consolidación en el área. En estos textos autobiográficos se percibe el descontento ante las invasiones extranjeras; intromisiones programadas para defender los intereses foráneos y a los regímenes represivos. Autocríticas de sus propias actuaciones, extienden sus críticas a los grupos rebeldes en los que militan, a los dirigentes de la insurgencia y a los gobiernos revolucionarios que, una vez tomado el poder, no ejecutaron las transformaciones proclamadas.

Solidarizadas con los excluidos, estas mujeres se comprometen con las luchas sociales en tres procesos históricos: en el de preguerra en el que se incubaba el descontento popular, en el de guerra cuando estallan las revoluciones y en el de posguerra; períodos durante los cuales se puede constatar la acción de estas mujeres como agentes de cambio. No claudican ni en tiempos de posguerra, época circundada por el desencanto político, debido a que no abandonan los ideales por los que lucharon para conquistar nuevos espacios socioculturales, para intervenir en las decisiones políticas y en los procesos de democratización. En sus intentos por configurar una nueva subjetividad femenina las autobiógrafas se niegan a eternizar la amnesia histórica sobre las mujeres; un "olvido" común en las sociedades regidas por la lógica de dominación masculina como la centroamericana en la que, pese al

paso del tiempo y de los cambios político-sociales, no se perciben disonancias entre el poder del patriarca, del tirano, del revolucionario.

El carácter político que conlleva la búsqueda de la subjetividad femenina, desde ellas mismas, se aprecia en el empleo de estrategias discursivas, acordes a los conocimientos disponibles y a los procesos de militancia, lucha y compromiso social. Posicionadas en el contexto de sus respectivos países las autobiógrafas descubren puntos de partida desde los que comprueban el desposeimiento histórico-cultural de las mujeres. Esa evidencia las lleva a utilizar maniobras desestabilizadoras de los basamentos del sistema androcéntrico cuando, inscritas en esos puntos de anclaje o puntos de autoconocimiento, transgreden las costumbres, subvierten los prejuicios y los estereotipos, desacralizan las estigmatizaciones y resemantizan las mitologías femeninas. Logran configurarse sujetos a través de múltiples estrategias que diseminan en sus textos por medio de las cuales socavan el sistema, desarticulan el eterno femenino, reniegan de los arquetipos maternos, censuran la asimetría hombre/mujer e impugnan las costumbres y tradiciones sexistas; prácticas eternizadoras de la deshistorización de las mujeres.

Todas estas mujeres saben de las exclusiones, marginaciones y descalificaciones socioculturales; conocen, por experiencia propia, las dificultades y las privaciones para convertirse en escritoras en el sistema falocéntrico, donde se concibe "el himen como obstáculo epistemológico".²⁰⁵ Pero, esa certidumbre no las lleva a victimizarse o a poner en escena poses autolastimeras; por el contrario, tal parece que advertir la exclusión las lleva a montar simulacros con los que trastocan, desenmascaran y parodian, las jerarquías sexo-género. Inmersas en la potenciación transformadora y contrahegemónica, se enrumban al desmantelamiento del sistema a través de constantes desafíos al poder del patriarca retándolo al autodeclararse librepensadoras; al irrumpir en el espacio público; al criticar los gobiernos dictatoriales. Lo desquician al introducir cambios en la vestimenta y al poner en escena el juego del travestismo: metáfora destructora del falocentrismo. Socavan el poder patriarcal cuando urgen cambios en la estructura familiar y transgreden la institución materna al romper con el arquetipo materno y promover la sororidad, como una acción de supervivencia humana en tiempos de guerra. Se rebelan ante el poder dominante al

²⁰⁵ Acojo el título del libro de cuentos *El himen como obstáculo epistemológico*, de la filósofa argentina Esther Díaz, por el juego que, socioculturalmente, introduce tal sesgo con el sujeto sexuado.

incorporarse, clandestinamente, en los movimientos revolucionarios que combaten a los tiranos; al denunciar la intromisión foránea y cada vez que desapruban las rencillas de los dirigentes revolucionarios. Impugnan la jerarquía excluyente cuando rescatan espacios materiales y simbólicos reapropiándose de sus cuerpos, de sus escrituras-autorías, del placer textual-sexual. De esa manera estas mujeres subvierten los espacios, los roles, las conductas y los comportamientos heterodesignados, a la vez que adquieren la autodeterminación y el autoconocimiento para descubrirse, pensarse, nombrarse, afirmarse y legitimarse, en una Centroamérica tomada por las tiranías.

Se atreven a escribir de un tema supuestamente atemático, negándose a ser tergiversadas por los otros, poniendo en circulación su propia versión y su interpretación de los hechos sucedidos en el área. De esa manera esquivan el lastre que las subsumió en una aparente mismidad para autorrepresentarse desde ellas mismas; una afirmación de sus diferencias desde una perspectiva no esencialista. Con estos textos las escritoras se resisten a la usurpación histórica-cultural reivindicando sus versiones narrativas y con éstas su propia autoría al develar no sólo la exclusión canónica, sino los obstáculos y las privaciones sufridas en el proceso de creación literaria. Sin importar el período en el que escriben o la modalidad autobiográfica seleccionada para hacerlo, todas las autobiógrafas recuperan su propia autoría; su producción textual. Lo hacen cuando, en su búsqueda por configurar la subjetividad femenina, estratégicamente ponen en escena el tema de la escritura para mostrar el ocultamiento, la exclusión, la descalificación y las restricciones impuestas a las escritoras tanto por el canon, como por los prejuicios y los estereotipos sociales. En ese mismo sentido algunas de las escritoras desenmascaran a sus parejas a quienes les facilitaron un ambiente propicio para la creación, favoreciendo sus pretensiones artístico-literarias, mientras ellas se privaron, temporalmente, de sus aspiraciones y proyectos personales.

A pesar de los obstáculos, las privaciones y la carencia de condiciones adecuadas para escribir, muchos de los textos autobiográficos femeninos germinan en las circunstancias más hostiles. Este es el caso de algunos testimonios que emergen como una poética del cautiverio o una poética de la resistencia, con el grito doloroso de las guerrilleras torturadas en las cárceles públicas o clandestinas. Esta narrativa nace, también, como una poética de las expatriadas porque es en el extranjero donde muchas de las mujeres escriben los textos

que son introducidos, de manera clandestina, en los países centroamericanos por lo que cabe llamarla una poética furtiva. Del exilio saben y se duelen todas las escritoras estudiadas porque tanto las precursoras como las testimoniantes y las que escriben en la década del noventa y los primeros años del XXI, son mujeres exiliadas. Desde el momento en el que irrumpen las escrituras autobiográficas femeninas en la región, entra en escena la persecución para las mujeres que reclaman nuevos espacios y derechos. Este asedio se intensifica para las escritoras que cuestionan el poder y se incrementa conforme se involucran en la lucha político-social, razón por la que gran parte de los relatos autobiográficos analizados son escritos en el exilio. Un destierro obligado para muchas de las escritoras desafiantes del sistema; una expatriación voluntaria para algunas que ansían la libertad y la independencia y se asfixian en las ciudades centroamericanas, sociedades reacias a los cambios que reclaman las mujeres.

La diáspora es inevitable para las perseguidas por los tiranos y para aquellas guerrilleras expulsadas de sus países canjeadas por personajes socio-políticos, previamente secuestrados por la insurgencia. El éxodo lo sobrellevan también las militantes revolucionarias que, en búsqueda de solidaridad, financiamiento y armas para los movimientos revolucionarios, desempeñaron misiones clandestinas como correos y relacionistas públicas. Del exilio, dentro de su propio país, conocen las guerrilleras en la selva quienes, además de separarse de su familia, son menospreciadas por sus compañeros de armas por ser mujeres, ser ciudadinas, o pertenecer a la clase acaudalada. De estos y otros destierros conocen las escritoras por lo que cabría nombrar esta literatura, surgida en el exilio, una poética desterritorializada o una poética de la trashumancia. Tal parece que a estas mujeres sólo les queda la errancia porque no hay ningún lugar para ellas en la sociedad, en la historia, en la cultura, de no ser los pautados por el sistema de dominación masculino. No hay un lugar, ni un país, para estas autobiógrafas que se desplazan de aquí para allá sin que logren asentarse porque el destierro las alcanza dondequiera se asilen, tornándose su escritura en una poética nómada.

A medida que las autobiógrafas dismantlan los bastiones patriarcales se posicionan en puntos de resistencia al poder desde los que empiezan, estratégicamente, a reivindicar su autoría y a reapropiarse de sus cuerpos toda vez que rechazan la mojigatería, desafían el puritanismo, condenan la doble moral o denuncian la violación ejercidas por los carceleros

sobre sus cuerpos cautivos. La focalización de la corporalidad femenina es descentrada porque el cuerpo se configura en partes y contrapartes debido a la alternancia entre la perspectiva propia y la ajena. Esa perspectiva corporal descentrada convoca, continuamente, a las mujeres a generar estrategias en sus intentos por apropiarse del cuerpo. Incluso aquellas que somatizan el malestar, resultado del desalojo y el despojo cultural, trazan el rescate de éste en cuanto se restablecen. Aunque no es una experiencia común algunas descubren el erotismo en ciertos gestos como: soltarse una trenza, morderse los labios, maquillarse furtivamente o caminar de manera cadenciosa. Lo erótico también se percibe en los silencios, en las entrelíneas, en los sesgos que introducen los puntos suspensivos, en las reprimendas a las conductas prohibidas y en las citas hechas por los otros sobre sus atributos físicos. Si la mayoría de ellas omiten referirse al goce del cuerpo, alguna se rebela a ese ocultamiento cultural permitiendo la irrupción erótico-textual para afirmar su derecho al placer y celebrar su sexualidad.

El proyecto autobiográfico femenino no se manifiesta de manera uniforme en la región. No lleva el mismo ritmo en los países a los que se circunscribe esta investigación, que parte del concepto histórico-político de Centroamérica lo que podría hacer pensar que el proceso de escritura es simultáneo en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. Como se ha demostrado en los capítulos de esta investigación, las tentativas autobiográficas femeninas son cambiantes. Si en el período de preguerra son las escritoras hondureñas y las salvadoreñas quienes se erigen como precursoras, durante la guerra son estas últimas las que destacan al replegarse las primeras. En Guatemala las escritoras se autorrepresentan en el período de guerra y en el de posguerra mientras que, en Nicaragua, es notoria la ausencia de prácticas de escrituras autobiográficas femeninas hasta la década de los noventa y principios de este siglo. Con un contexto histórico-político similar a los países citados, en Nicaragua no aparecen textos autobiográficos femeninos sino hasta el período de posguerra. Es factible sospechar que la elaboración-divulgación de un manual para escribir testimonios y la publicación de testimonios colectivos impidieran, durante varias décadas, la producción de prácticas autobiográficas femeninas privativas en ese país.

Si bien el proyecto autobiográfico femenino en Centroamérica no es homogéneo, como se percibe en el repliegue y el despliegue de las escrituras autobiográficas, tiene un extenso y persistente recorrido. En estos tiempos en los que las mujeres han conseguido más

autonomía y conquistado otros espacios dentro de la sociedad no es de extrañar el auge de las prácticas autobiográficas en el área. Si las persecuciones de los dictadores no impidieron que las autobiógrafas experimentaran con todo tipo de escrituras erosionadoras del poder, en este período se facilitan esas exploraciones por el retroceso de las tiranías y la instauración de gobiernos democráticos en Centroamérica, aunque esa democracia sea relativa. Es probable que en esta época la referencia a los hechos de la etapa de preguerra y guerra no implique el acoso o el destierro, experiencias vividas por las autobiógrafas analizadas en esta investigación: mujeres exiliadas tanto simbólicamente como materialmente de la historia y de su propio país.

Por tener que enfrentarse a comportamientos arraigados en la sociedad, en la que se inscriben-escriben, la autoexploración entre las mismas autobiógrafas conlleva discordancias internas. La subversión de tradiciones centenarias se convierte en una constante vacilación textual porque si en un momento estas mujeres avanzan en el proyecto de configuración de la subjetividad femenina, al siguiente se desdican o se sumergen en un enmarañamiento sin que intenten dilucidar la confusión. Si en algunos intervalos configuran la propia subjetividad, simultáneamente presienten la pluralidad de ésta por la relacionalidad del yo. Ese posicionamiento relacional torna contingente la subjetividad imposibilitándose cualquier intento totalizador lo que hace de esta narrativa autobiográfica femenina, desde la que se intenta configurar la subjetividad femenina, una poética dialógica. Consciente o inconscientemente, intuyen el trasiego y la constante negociación cada vez que inician la búsqueda de la subjetividad porque se percatan que ésta no es una esencia sino un proyecto inconcluso, inestable y transitorio. Esas cualidades provisionales permiten, a su vez, imaginar esta autoescritura femenina como una metáfora de los tránsitos o una poética de lo fugaz.

La subjetividad femenina explorada en estas prácticas de escrituras autobiográficas es una tentativa individual y parcial. Las autobiógrafas descubren que cada mujer debe hacer la propia búsqueda para vislumbrar su propia subjetividad por lo que se niegan a colectivizarla o a plantearla como una esencia, conscientes de las diferencias generacionales, raciales, de clase, de nacionalidad, de instrucción, de etnia y de ideología, dentro de la misma sociedad. Esas disparidades las experimentan estas escritoras que tienen, en su mayoría, una posición privilegiada por poseer una educación universitaria y

por pertenecer a los sectores medios o acaudalados, particularidades que les otorga legitimidad en el ámbito social, económico y político. De esa legitimación sociohistórica carecen los grupos subalternos que subsisten ajenos a los privilegios del poder, como es el caso de las mujeres pertenecientes a grupos o etnias marginadas que, aún hoy, son contadas pese a ser mayoría poblacional en algunos países centroamericanos. Tal vez se debe a la comprobación de las profundas diferencias en la sociedad centroamericana, especialmente entre las mujeres mismas, la anuencia de algunas autobiógrafas para que se infiltren e injerten en sus textos autobiográficos fragmentos de otras historias femeninas silenciadas. De ese modo recrean la heteroglosia a través de múltiples voces de mujeres marginales que, desde los bordes, relatan sus propias vivencias en esta poética polifónica.

La certidumbre de las diferencias femeninas en la misma sociedad centroamericana lleva a que, algunas de las autobiógrafas, cuestionen conceptos con pretensiones universalistas como la noción tradicional del sujeto que inhibe explorar la diferencia, incluida la sexual. Con sus escrituras se resisten a ser subsumidas en la mismidad-universalidad, una concepción que se resguarda en las fantasías particulares con las que el sistema de dominación masculino desalojó y borró a las mujeres de la cultura. Conscientes de la exclusión sacan provecho de la inestabilidad de la región y de la fragilidad y crisis del sujeto para experimentar búsquedas propias, resistiéndose a revalidar enfoques teóricos ajenos a las necesidades y experiencias de las mujeres del área. Si bien algunas teorías son habilitadas, en la adecuación de éstas, consideran las diversidades sociales y culturales evitando caer en el sesgo ideológico de reducir la heterogeneidad y la diferencia en la uniformidad. En ese mismo sentido se niegan a adoptar teorías simplistas, reduccionistas o remedos de postulados excluyentes e intolerantes, aunque provengan de academias y metrópolis culturalmente prestigiadas en la sociedad centroamericana.

La subjetividad vislumbrada en las diferentes variaciones de escrituras autobiográficas femeninas, desplegadas por las escritoras centroamericanas durante más de seis décadas, es una subjetividad femenina metamorfósica. Rastreada en los posicionamientos es una subjetividad que no responde a un único libreto por la pluralidad de voces que la explora, por las experiencias cambiantes, por las necesidades particulares y los deseos privativos, de cada una de las mujeres que la convoca. No es una subjetividad sedentaria, o situada, sino una subjetividad en movimiento, escurridiza, nómada, que se adquiere cada vez que las

mujeres se potencializan en puntos de autodescubrimiento o de autoafirmación. Es una subjetividad que no puede plantearse como esencia porque es múltiple, plural. Tampoco puede cartografiarse inscrita como está en la enunciación, en el discurso, en el constante discurrir de la escritura. En las tentativas por configurar la subjetividad femenina las autobiógrafas analizadas no se encauzan por un mapa orientador porque cada vez que intentan explorarla esbozan, estratégicamente y desde sus propias experiencias, su propia cartografía deseante en esta poética en devenir. Inconclusas quedan sus propias historias, como abiertos dejan el proyecto autobiográfico femenino y el Texto-Istmo a las escritoras centroamericanas que aborden la exploración autobiográfica para narrar y escribirse en esta poética de la travesía.



BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo. "Historias paralelas/historias ejemplares: la historia y la voz del otro". En Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S. A, 2002.
- Aguiar, Vitor. Teoría de la literatura. Madrid: Editorial Gredos, S. A, 1972.
- Aguilar, Rosario. Soledad...tú eres el enlace. Managua: Editora de Arte, S.A, 1997.
- Aguilera, Guadalupe, et al. Cuerpo, identidad y psicología, México: Plaza y Valdez, 2002.
- Alberca, Manuela. "En las fronteras de la autobiografía". En Ledesma, Manuela (compiladora) Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas La Paz, 1999.
- Alegría, Claribel y Flakoll, D.J No me agarran viva. San Salvador: UCA editores, 2003.
- Alvarado, Miriam. Sibaja, Marco. Vargas, William. "Invasión de sectas en Costa Rica. La lucha ideológica se oculta tras el fraude espiritual", Semanario Universidad, 11 de marzo de 1988.
- Amorós, Celia. "Rasgos patriarcales del discurso filosófico: notas acerca del sexismo en filosofía". En Durán, M. Ángeles (Editora). Liberación y utopía. Madrid: Akal editor, 1982.
- Amorós, Celia. La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres. Madrid: Cátedra, 2005.
- Araya, Seidy. "Lectura de Peregrinaje, de Argentina Díaz Lozano, en clave de novela educativa". En ÍTSMICA, Número siete, Heredia: UNA, 2002.
- Araya Seidy. Historia y ficción educativa en la narrativa de mujeres. Estudio de un caso centroamericano: la novelística de Argentina Díaz Lozano. Heredia, C. R: EUNA, 2004.
- Arellano, Jorge. Diccionario de escritores centroamericanos. Managua: ASDI- Bibliotecas Nacionales de Centroamérica y Panamá, 1997.
- Arfuch, Leonor. El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Arfuch, Leonor (compiladora). Identidades, sujetos y subjetividades. Buenos Aires:

- Prometeo Libros, 2005.
- Arfuch, Leonor. "Cronotopías de la intimidad". En Arfuch, Leonor (Compiladora). Pensar este tiempo: Espacios, afectos, pertenencias. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- Arias, Arturo. Gestos ceremoniales. Narrativa Centroamericana 1960-1990. Guatemala: editorial Artemis-Edinter, 1998.
- Arias, Arturo. "La controversia en torno a Rigoberta Menchú". En Primer Coloquio Internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central. San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador, 2002.
- Arriaga, Mercedes. Mi amor, mi juez. Alteridad autobiográfica femenina, Barcelona: Anthropos, 2001.
- Arriola, Aura Marina. Ese obstinado sobrevivir, Antigua Guatemala: Ediciones del Pensativo, 2000.
- Azpeitia, Marta. "Viejas y nuevas metáforas: Feminismo y filosofía a vueltas con el cuerpo", En Azpetia, Marta et al, (Editoras). Piel que habla: Viaje a través de los cuerpos femeninos. Barcelona: Icaria, 2001.
- Bal, Mieke. Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología). Madrid: Cátedra, 1995.
- Ballesteros, Isolina. "Don't Be Afraid Gringo: A Honduran Woman Speaks from the heart". En Castro, Amanda (Compiladora). Otros testimonios: Voces de mujeres centroamericanas. Guatemala: Letra Negra Editores, 2001.
- Barboza, Ivannia. Hogar y nación el el género literario testimonial centroamericano: El caso de Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia y el caso Este es mi testimonio: María Teresa Tula, luchadora pro-derechos humanos de El Salvador. Heredia: tesis presentada para optar al grado de Magíster Literarum, 2000.
- Barret, Michele y Phillips, Anne. Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos. México: Editorial Paidós Mexicana, S, A, 2002.
- Barthes, Roland., Fragmentos de un discurso amoroso. México: Siglo XXI Editores, S. A, 1999.
- Barthes. Roland. El placer del texto. Argentina: Siglo XXI editores, 1974
- Belli, Gioconda. La mujer habitada. Nicaragua: anamá Ediciones Centroamericanas, 1988.
- Belli, Gioconda. Waslala. Barcelona: Emecé Editores España, S. A, 1998.
- Belli. Gioconda. El país bajo mi piel. Barcelona: Plaza & Janés, 2001.

- Belli, Gioconda. El pergamino de la seducción. Barcelona: Seix Barral, S. A, 2005.
- Berenguer, Carmen. "Recados de la prisión en las fisuras del poder". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.
- Beverley, John y Achugar, Hugo. (Compiladores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Ediciones Papiro, S. A, 2002.
- Beverley, John. "Post-literatura". En Nuevo Texto Crítico, año VII, Julio 1994-junio 1995, No. 14/15 Crítica Literaria Hoy. Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario. Stanford: Stanford University, California.
- Bhabha, Homi. El lugar de la cultura, trad. César Aira, Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Bolívar, Antonio. El estructuralismo: de Lévi-Strauss a Derrida. Madrid: Cincel, 1985.
- Bonder, Gloria. "Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente". Encontrado en file://C:/Documents%20and%20Settings/zflores.COPIECO/Escritorio/Subjetividad%20fe.
- Bourdieu, Pierre. La dominación masculina. Barcelona: Anagrama S. A, 2000.
- Bourdieu, Pierre. Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Braidotti, Rosi. Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada. Barcelona: Gedisa, S. A, 2004.
- Bruss, Elizabeth. "Actos literarios". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos 125, 2001.
- Burgos, Elizabeth. Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia. México: Siglo veintiuno editores, S.A, decimosexta edición, 2000.
- Burin, Mabel y Dio, Emilce (Compiladoras). Género, psicoanálisis, subjetividad, Barcelona: Paidós, 1996.
- Butler, Judith. "Sujetos de sexo/género/deseo". En Carbonell, Neus y Torras, Meri (Compiladoras). Feminismos literarios. Madrid: ARCO/LIBROS, S, L, 1999.
- Butler, Judith. Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo". Buenos Aires: Paidós, 2005.
- Caba, Engracia. KAL B'OP, Guatemala: Talleres de Proyectos Editoriales S, A, Comisión de Asuntos Políticos de la Mujer de U.R.N.G, 2001.
- Caballé, Anna. "Figuras de la autobiografía", en Revista de Occidente Julio-Agosto Madrid,

1987.

- Caballé, Anna. "La ilusión biográfica" En Ledesma, Manuela (Compiladora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas La Paz, 1999.
- Caballé, Anna. "Memorias y autobiografías escritas por mujeres" En Zavala, Iris (Coordinadora). Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). Barcelona: Anthropos, tomo V, 1993.
- Cabezas, Omar. La montaña es algo más que una inmensa estepa verde. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987.
- Calvo, Yadira. Éxtasis y ortigas Las mujeres, entre el goce y la censura. Heredia: Farben-Norma, S. A, 2004.
- Calvo, Yadira. Yolanda Colom, militante de la dignidad. Encontrado en www.fempres.cl/221/revista/221-Colom.html.
- Candelario, Sheila. "El texto en el cuerpo: Memoria histórica e imagen testimonial". En Primer Coloquio Internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central. San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador, 2003.
- Carbonel, Neus y Torras Meri, (compiladoras) Feminismos literarios, Madrid: Arco/Libros, S.L, 1999.
- Carrera, Isabel. "Feminismo y poscolonialismo: estrategias de subversión". En Suárez, Beatriz, Martín María Belén Fariña María Jesús (Editoras). Escribir en femenino. Barcelona: Icaria, 2000.
- Casagrande, Carla. "La mujer custodiada". En Duby, Georges y Perrot Michelle. Historia de las mujeres. Madrid: Taurus, tomo 3, 1992.
- Casamalhuapa, Amparo. El Angosto Sendero. San Salvador: Tipografía UNGO, 1971.
- Castellanos, Julio. "Yolanda Colom, Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala". En Revista Política y Sociedad No. 37, 1999. Encontrado en www.us.ac.edu.gt/ccpol/inicio/mujeresAlborada37htm.
- Castro, Amanda (compiladora). Otros testimonios: Voces de mujeres centroamericanas, Ciudad de Guatemala: Letra Negra Editores, 2001.
- Castro-Gómez, Santiago. "Geografías Poscoloniales y Translocalizaciones Narrativas de "Lo Latinoamericano". En Revista de Investigaciones Literarias y Culturales. Año 5, No. 10, Caracas, jul-dic. 1997. pp.9-30

- Catelli, Nora. El espacio autobiográfico. Barcelona: Editorial Lumen, 1991.
- Cazessús, Elizabeth. "El país bajo mi piel. Memorias de amor y guerra de Gioconda Belli".
Encontrado en <http://www.lamaquinadeltiempo.com/critica/belli.htm>.
- Chamorro, Violeta. Sueños del corazón. Madrid: Acento Editorial, 1997.
- Chang, Elaine. "El cruce de fronteras: feminismo, posmodernismo y subjetividad fugitiva". En Michaelson, Scott y Johnson, David. (Editores). Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural. Barcelona: Gedisa, S. A, 2003.
- Cifuentes, Ben. "Travestismo textual: modos y modas de Carpentier". En Rodríguez, Ileana (Coordinadora). Cánones literarios masculinos y relecturas transculturales. Barcelona: Anthropos, 2001.
- Ciplijauskaitė, Birutė. La novela femenina contemporánea (1970-1985) Hacia una tipología de la narración en primera persona, Barcelona: Anthropos, 1994.
- Cixous, Hélène. L'Approche de Clarice Lispector. París: Des Femmes, 1987.
- Clifford, James. Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna. Barcelona: Gedisa, S. A, 2001.
- Colom, Yolanda. Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978. Guatemala: Editorial Artemis & Edinter, 2000.
- Combe, Dominique. "La referencia desdoblada: El sujeto lírico entre la ficción y la autobiografía". Publicado originalmente como "La référence dédoublée: le sujet lyrique entre fiction et autobiographie", en Dominique Rabaté (ed.), *Figures du sujet lyrique*, París, Presses Universitaires de France, 1996, págs. 37-63. Traducción de Ángel Abuín gonzález.
- Condren, Mary. "Eva y la serpiente: el mito fundamental del patriarcado". En Ress, Judith. Seibert-Cuadra, Ute. Sjørup, Lene (Editoras). Del cielo a la tierra. Una antología de Teología feminista. Santiago-Chile: Sello Azul Editorial de Mujeres, 1994.
- Cortez Beatriz. "La verdad y otras ficciones: Visiones críticas sobre el testimonio centroamericano". En Istmo@acs.wooster.edu. 2001
- Costa, Sergio. "Más allá de la diferencia: (im)posibilidades de una sociología pos-colonial".
Encontrado en www.scielo.br/pdf/rbcsoc/v21n60/29764.pdf
- Croci, Paula. Vitale, Alejandra (Compiladoras) Los cuerpos dóciles: Hacia un tratado

- sobre la moda. Buenos Aires: La marca editora, 2000.
- Culler, Jonathan. Sobre la deconstrucción. Madrid: Cátedra, 1992.
- Czeslaw, Milosz. "Elogio del exilio". Semanario Universidad, Forja N. 3, 1998.
- Das, Veena. "La Subalternidad como Perspectiva", traducción de Silvia Rivera Cusicanqui del artículo "Subaltern as Perspective". En: Subaltern Studies VI. Writings on South Asian History and Society, Ranajit Guha editor, Delhi: Oxford University Press, 1989, pp. 310-324.
- Davies, Charlotte. Reflexive Ethnography: A guide researching selves and others. London: Mackays of Chathan, 1999.
- De Lauretis, Teresa. Alicia ya no: Feminismo, semiótica, cine. Madrid: Cátedra, 1992.
- De Lauretis, Teresa. "Construcciones en el análisis o la lectura después de Freud". En Carbonell, Neus y Torras, Meri (Compiladoras). Feminismos literarios. Madrid: ARCO/LIBROS, S, L, 1999.
- De Man, Paul. "La autobiografía como desfiguración". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos, Diciembre, 1991.
- De Peretti, Cristina. Jacques Derrida: Texto y deconstrucción, Barcelona: Anthropos, 1989.
- Deleuze, Gilles. Foucault. Barcelona: Paidós, 1998.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. Kafka por una literatura menor, México: Ediciones Era, S.A, 1998.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-Textos, 2002.
- Demetrio, Duccio. Escribirse. La autobiografía como curación de uno mismo, Barcelona: Paidós Ibérica, S.A, 1999.
- Derrida, Jacques. De la gramatología, México: Siglo XXI editores, 1986.
- Derrida, Jacques. Aporías. Morir-esperarse (en) los "límites de la verdad". Barcelona: Ediciones Paidós S, A, 1998.
- Díaz, Argentina. Peregrinaje. Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1955.
- Díaz, Argentina. Sandalias por Europa. Guatemala: Asociación de Autores y Amigos del Libro Nacional, 1965.
- Díaz, Esther. Posmodernidad. Buenos Aires: Biblos, 2000.

- Díaz, Esther. El himen como obstáculo epistemológico. Buenos Aires: Biblos, 2005.
- Díaz, Nidia. Nunca estuve sola, San Salvador: UCA editores, treceava edición, 1999.
- Díaz-Diocaretz, Myriam. "La palabra no olvida de donde vino". Para una poética dialógica de la diferencia". En Díaz-Diocaretz Myriam y Zavala, Iris. Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana), tomo I. Barcelona: Anthropos, 1993.
- Duby, Georges. Perrot, Michelle. Historia de las mujeres, tomo 3, 8 y 9, Madrid: Taurus, 1993.
- Durán, Isabel. "El género autobiográfico en la literatura inglesa: Gran Bretaña y Estados Unidos". En Ledesma, Manuela (Compiladora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas La Paz, 1999.
- Eagleton, Terry. Una introducción a la teoría literaria, Bogotá: Fondo de cultura económica, 1994.
- Ebert, Teresa. "Feminismo y posmodernismo de la resistencia. Diferencia-dentro/diferencia-entre". En Carbonell, Neus y Torras, Meri (Compiladoras). Feminismos literarios. Madrid: ARCO/LIBROS, S, L, 1999.
- Eltit, Diamela. "Cuerpo y fulgor". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.
- Fariña, Ma. Jesús. "Las políticas del género en la obra poética de Cristina Peri Rossi" En Suárez, Beatriz. Martín, M. Belén y Fariña, M. Jesús (Editoras). Escribir en femenino. Barcelona: Icaria, 2000.
- Fe, Marina. Otramente: Lectura y Escritura Feministas, México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Fernández, Celia. "La verdad de la autobiografía". En Revista de Occidente, Madrid: Marzo, 1994.
- Fernández, Francisco. "La autobiografía en la literatura francesa, un género de nuestro tiempo". En Ledesma, Manuela (Editora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, 1999.
- Foley, Douglas. "Critical Ethnography: The Reflexive Turn". Prepared for a special issue of the *International Journal of Qualitative Studies of Education* on Ethnographic Writing. (dfoleymail.utexas.edu) 2005.

- Fonseca, Elizabeth. Centroamérica: su historia. San José: FLACSO-EDUCA, Editorial Universitaria Centroamericana, 2001.
- Foucault, Michel. La arqueología del saber. México: Siglo veintiuno editores, s.a, decimoquinta edición, 1991.
- Foucault, Michel. Microfísica del poder. Barcelona: Editorial Planeta, 1995.
- Foucault, Michel. Hermeneútica del sujeto. Argentina: Editorial Altamira, 1996.
- Foucault, Michel. Vigilar y castigar. México: Siglo XXI editores, S, A, 1997
- Freixas, Laura. Literatura y mujeres. Barcelona: Ediciones Destino, S. A, 2000
- Fries, Lorena. "Sexualidad y reproducción, el goce robado". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.
- Galeano, Eduardo. Patas Arriba. La escuela del mundo al revés. México: Siglo XXI editores, S, A, 2003.
- Galich, Franz. El país bajo mi piel ¿novela de caballería? Encontrado en El nuevo Diario, Sábado 1 de septiembre de 2001, Managua, gioobrelpaisnovela.htm.
- Gamero, Lucila. "Autobiografía de Lucila Gamero de Medina". En Revista de la Universidad Autónoma de Honduras, N. 12, enero-marzo 1952. Págs. 60-74.
- Garrido, Lucy. "Eternamente Yolanda". En Revista del Sur, noviembre, 1997.
- Gatens, Moira. "El poder, los cuerpos y la diferencia". En Barret, Michele y Phillips, Anne. Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos. México: Piados Mexicana S.A, 2002.
- Geertz, Clifford. Clifford, James y otros. El surgimiento de la antropología posmoderna. Barcelona: Gedisa, S. A, 2003.
- Gennette, Gérard. "Géneros, "tipos", modos". En Garrido, Miguel. Teoría de los géneros literarios. Madrid: ARCO/LIBROS, S. A, 1988.
- Gergen, Kenneth. El Yo Saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo. Barcelona: Editorial Paidós, 1992.
- Giddens, Anthony. Modernidad e identidad del yo. Barcelona: Ediciones Península, 2000
- Gilbert, Sandra y Gubar, Susan. La loca del desván, Madrid: Cátedra, 1998.
- Gold, Janet N. Volver a imaginarlas, Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 1998.
- Gómez, Fernando. La crítica literaria del siglo XX, Madrid: EDAF, S. A, 1996.

- Gómez, Rubí. "Género, cultura y filosofía". En Gómez, Rubí (Coordinadora). Filosofía, Cultura y Diferencia Sexual. México: Plaza y Valdés, S, A, 2001.
- Grau, Olga. "Exceso o pérdida. Episteme de la singularidad". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia sexual. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.
- Grütter, Virginia. Canto a mi tiempo. Memorias. San José: Editorial Mujeres, 1998.
- Guerra, Lucía. La mujer fragmentada: Historias de un signo. Chile: Cuarto Propio, 1995.
- Guimón, José. Psicoanálisis y Literatura. Barcelona: Kairós, 1993.
- Gubar, Susan. "La página en blanco y los problemas de la creatividad femenina". En Fe, Marina (Editora). Otramente: lectura y escrituras feministas. México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, 2001.
- Gugelberger, Georg. Introduction: Institutionalization of Transgression, Testimonial Discourse and Latin America, Durham & London: Duke University Press, 1996, p.1-19.
- Gusdorf, Georges. "Condiciones y límites de la autobiografía". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos N. 29, 1991.
- Haraway, Donna. Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra, 1995.
- Heilbrun, Carolyn. "No-autobiografías de mujeres "privilegiadas": Inglaterra y América del Norte". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos, Diciembre 1991.
- Herlinghaus, Hermann y Walker, Monika. (Editores). Posmodernidad en la periferia: Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural. Berlin: Langer, 1994.
- Hernández, Consuelo. "Rescatando a las poetisas hondureñas. Locura y Lucidez en Juana Pavón, Sara Salazar Meléndez, Aída Ondina Sabonge Gutiérrez y María Eugenia Ramos". En ISTMICA, número siete, Heredia: UNA, 2002.
- Hernández, Francisco. "La autobiografía en la literatura francesa, un género de nuestro tiempo". En Ledesma, Manuela (Compiladora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas La Paz, 1999.
- Hidalgo, Pilar. Tiempo de mujeres. Madrid: horas y HORAS, 1995.
- Hierro, Graciela. "La diferencia sexual y el feminismo, hacia una nueva identidad

- femenina". En Gómez, Rubí (Coordinadora). Filosofía, Cultura y Diferencia Sexual. México: Plaza y Valdés, 2001.
- Huerta, Javier. "La teoría de la crítica de los géneros literarios". En Aullón de Haro, Pedro. Teoría de la crítica literaria. Madrid: Trotta, 1994.
- Hurtado, Amparo. "Biografía de una generación: las escritoras del noventa y ocho". En Zavala, Iris (Coordinadora). Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana), tomo V, Barcelona: Anthropos, 1998.
- Ibeas, Nieves. Millán Ma. Ángeles (Editoras). La conjura del olvido. Barcelona: Icaria, 1997.
- Jacobs, Mary. "La visión diferente". En Fe, Marina (Editora). Otramente: lectura y escritura feministas. México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, 2001.
- Jameson, Frederic. El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado. Barcelona: Piados, S, A, 1991.
- Jameson, Frederic. "De la sustitución de importaciones literarias y culturales en el tercer mundo: el caso del testimonio". En Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S, A, 2002.
- Jara, Sandra. "Más allá del género". En Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben) (Editora Cristina Piña). Buenos Aires: Editorial Biblos, tomo I, 1997.
- Jara, Sandra. "Autobiografía: una retórica del pliegue en *En breve cárcel* de Sylvia Molloy". En Piña, Cristina (Editora). Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben). Buenos Aires: Biblos, volumen II, 2003.
- Jefferies, Janis. "Texto y tejidos: tejer cruzando las fronteras". En Deepwell, Katy (Editora). Nueva crítica feminista de arte: Estrategias críticas. Madrid: Cátedra, 1998.
- Jiménez, Luis. El arte autobiográfico en Cuba en el siglo XIX. New Jersey: The Ometeca Institute New Brunswick, 1995.
- Kelly, Mary. "(P)age 49: en torno al sujeto de la historia". En Deepwell, Katy (Editora). Nueva crítica feminista de arte: Estrategias críticas. Madrid: Cátedra, 1998.
- Knibiehler, Ivonne. "Cuerpos y corazones". En Duby, Georges y Perrot, Michelle (Directores). Historia de mujeres. Madrid: Taurus, tomo 8, 1993.
- Kristeva, Julia. Poderes de la perversión. México: Siglo XXI, 1988.
- Lagarde, Marcela. Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia. Madrid: horas y

- Horas, 1996.
- Lagarde, Marcela. Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México: Universidad Autónoma de México, 1997.
- Lamas, Marta. Cuerpo: Diferencia sexual y Género, México: Taurus, 2002.
- Lara-Martínez, Rafael. "Manifiesto testimonial". En Primer Coloquio Internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central. San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador, 2003.
- Lars, Claudia. Tierra de Infancia. San Salvador: UCA editores, doceava edición, 2003.
- Las Dignas. Y la montaña habló. Testimonios de guerrilleras y colaboradoras del FMLN, San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas), 1997
- Lavrin, Asunción. "La literatura testimonial en Latinoamérica como experiencia de mujer". Santiago de Chile: Congreso de americanistas, 2003. Encontrado en <http://webserver.rcp.net.pe/cemhal/articulo1.html>
- Ledesma, Manuela., Escritura autobiográfica y géneros literarios, Jaén: Universidad de Jaén, 1999.
- Lejeune, Philippe. "El pacto autobiográfico". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos N. 29, 1991.
- Lerder, Gerda. La creación del patriarcado. Barcelona: Crítica, 1990.
- Lombardo, Francesca. "Cuerpo/Goce". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia. Santiago de Chile: LOM Editores, 2000.
- López, Marta. (compiladora). Mujeres fuera de quicio. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora S. A, 2000.
- López, Matilde. "Cartas a Groza" en Revista Cultura, San Salvador, 1962.
- López, Mayra. Al Desnudo, Managua: Editorial Decenio, 2001.
- López, Sergio. "La significación de lo corporal y la cultura". En López, Sergio et al. Cuerpo, Identidad y Psicología. México: Plaza y Valdés, S. A, 2002.
- López-Cabrales, Ma. Del Mar. "Instancias tradicionales y ampliación de espacios privados en un testimonio salvadoreño". En Castro, Amanda (Compiladora). Otros testimonios: Voces de mujeres centroamericanas. Guatemala: Letra Negra Editores, 2001.
- Lorente, Silvia "De las ideas a la práctica: la complejidad de las propuestas éticas en *La*

mujer habitada de Gioconda Belli". Encontrado en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/lorente>

Luna, Lola. Leyendo como una mujer la imagen de la mujer, Barcelona: Anthropos, 1996.

Lugo, Alejandro. "Reflexiones sobre la teoría de la frontera, la cultura y la nación". En Michaelsen, Scott y Johnson, David. Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural. Barcelona: Gedisa S. A, 2003.

Lurie, Alison. "El lenguaje de la moda". En Croci, Paula y Vitale Alejandra (Compiladoras). Los cuerpos dóciles: Hacia un tratado sobre la moda. Argentina: La marca editora, 2000.

Macaya, Emilia. Cuando estalla el silencio, San José: editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.

Macaya Emilia. "Una gruta oscura y exclusiva (el tema del encierro en la narrativa hispanoamericana escrita por mujeres", avances 14 y 15, CIICLA, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio 1999.

Mackebach, Werner. "Realidad y ficción en el testimonio centroamericano". En Istmo@acs.wooster.edu, 2001.

Mackebach, Werner. "Discurso nacional y construcciones de género en la novela nicaragüense contemporánea". En Fragmentos de Cultura. Goiania: v. 12 n.6, nov/diez. 2002, pp. 1141-1155.

Marcus, George. Cushman, Dick. "Las etnografías como textos". En Reynoso, Carlos (Editor). El surgimiento de la antropología posmoderna. Barcelona: Gedisa, S, A, 2003.

Marini, Marcelle. "El lugar de las mujeres en la producción cultural". En Duby, Georges y Perrot, Michelle (Directores). Historia de las mujeres. Madrid: Taurus, tomo 9, 1993.

Martín, M. Belén. "Mujer y Nación: Construcción de las identidades". En Suárez, Beatriz. Martín, Ma. Belén y Fariña, Ma. Jesús. Escribir en femenino. Barcelona: Icaria, 2000.

Martínez, Ana Guadalupe. Las cárceles clandestinas, San Salvador: UCA Editores, séptima edición, 2002.

Martínez, Pedro. "La autobiografía en la literatura árabe contemporánea: lo "propio" y lo

- "ajeno". En Ledesma, Manuela (compiladora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas La Paz, 1999.
- Masiello, Francine. "Cuerpos y citas". En Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia sexual. Santiago de Chile: Ediciones LOM, 2000. 183-193
- Medina, Fabián. "Gioconda Belli – Escritora: "No escribo de sexo para vender".
Encontrado en <http://www-ni.laprensa.com.ni/archivo/2001/marzo/o4/nacionales-20010304-09.html>
- Melich, Joan-Carles. La ausencia del testimonio. Barcelona: Anthropos, 2001.
- Méndez, Lucrecia. "Estrategias de la subversión: poesía feminista guatemalteca contemporánea". En ISTMICA, números cinco-seis. Heredia: UNA, 1999-2000. Págs. 43-80.
- Michaelsen, Scott y Johnson David E. (Editores). Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural. Barcelona: Gedisa, S.A, 2003.
- Migliónico, Lucía. "Dolor y estado: Estrategias para leer el cuerpo femenino" LASA 2000, University of Maryland.
- Mignolo, Walter. "Entre el canon y el corpus". En Rincón, Carlos y Schumm, Petra (Coordinadores). Crítica Literaria Hoy. Entre las crisis y los cambios: un nuevo escenario año VII, Julio 1994-junio 1995, No. 14/15. California: Stanford University, Stanford.
- Miná, Gianni. Liano, Dante. Rigoberta: la nieta de los mayas. México: Aguilar, 1998.
- Miroux, Jean-Philippe. La autobiografía. Las escrituras del yo. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005.
- Moi, Toril. Teoría literaria feminista, Madrid: Cátedra, S.A, 1999.
- Molina, Cristina. Dialéctica feminista de la Ilustración. Barcelona: Anthropos, 1994.
- Molina, Nory. "La autobiografía y el testimonio". En ISTMICA. Números cinco-seis, Heredia: UNA, 2000.
- Molloy, Sylvia. Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica, México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Montero, Maritza. "Construcción del otro, liberación de sí mismo". En Utopía y Praxis Latinoamericana, año 7. No. 16, marzo, 2002. Pp. 41-51.
- Morató, Cristina. Viajeras, intrépidas y aventureras. Barcelona: Plaza & Janés editores, S.

A., 2001.

Muñoz, Willy O. Antología de cuentistas guatemaltecas, Guatemala: Letra Negra, 2001.

Neumann, Bernd. La identidad personal: autonomía y sumisión. Buenos Aires: Sur, 1973.

Ochando, Carmen. La memoria en el espejo. Aproximaciones a la escritura testimonial,
Barcelona: Anthropos, 1998.

Olivares, Cecilia. Glosario de términos de crítica literaria feminista. México: El Colegio de
México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 1997.

Olivier Christiane. Los hijos de Yocasta. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Olney, James. "Algunas versiones de la memoria/Algunas versiones del bios: la ontología de
la autobiografía". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona:
Suplementos Anthropos N. 29, 1991.

Oyarzún, Kemy. "Desnaturalizar las diferencias: sexo, cultura, poder". En Olea, Raquel
(Editora). Escrituras de la diferencia, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.

Payeras, Mario. Los días de la selva. Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1998.

Pérez, Héctor. Breve Historia de Centro-América. México: Alianza Editorial Mexicana, S.
A, 1986.

Phillips, Anne. "Las pretensiones universales del pensamiento político". En Barrett,
Michele y Phillips, Anne (Compiladoras). Desestabilizar la teoría. Debates feministas
contemporáneos. México: Editorial Paidós Mexicana, S. A, 2002.

Piña, Cristina (Editora). Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben). Buenos Aires:
Editorial Biblos, Biblioteca de Las Mujeres, tomo 1, 1997.

Piña, Cristina (Editora) Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben). Buenos Aires:
Biblos, tomo II, 2003.

Pineda, Adaluz. Honduras: Mujer y Poesía. Antología de poesía hondureña escrita por mujeres
(1865-1998), Tegucigalpa: Guardabarranco, 1998.

Prakash, Gyan. "Los estudios de la subalternidad como crítica post-colonial". Traducción
de Raquel Gutiérrez y Alison Spedding, corregida por Silvia Rivera del artículo:
"Subaltern Studies as Postcolonial Criticism". En *The American Historical Review*,
vol. 99, No. 5, December 1994, pp. 1495-1490.

Preble-Niemi, Oralia. Afrodita en el trópico: Erotismo y construcción del sujeto femenino en
obras de autoras centroamericanas, Maryland: Scripta Humanistica, 1999.

- Primer coloquio internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central. San Salvador: Editorial de la Universidad de El Salvador, 2003.
- Ramírez, Mario. "El sujeto diverso. Feminismo, lenguaje y cultura". En Gómez, Rubí (coordinadora). Filosofía, Cultura y Diferencia Sexual. México: Plaza y Valdés, 2001.
- Ramírez, Sergio. Adiós Muchachos. Una memoria de la revolución sandinista. México: Aguilar, 1999.
- Randall, Margaret. ... y también digo mujer. República Dominicana: Ediciones populares feministas, Santo Domingo, 1984.
- Randall, Margaret. Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy... México: Siglo veintiuno editores, s, a, 1985.
- Randall, Margaret. "¿Qué es y cómo se hace un testimonio?", en Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S, A, 2002.
- Reyna, Engracia. KAL B'OP, Guatemala: publicación de Asuntos Políticos de la Mujer de U.U.N.G, 2001.
- Richard, Nelly. "Latinoamérica y la Posmodernidad". En Herlinghaus, Hermann y Walter, Monika. (Editores). Posmodernidad en la periferia: Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural. Berlin: Langer Verlag, 1994.
- Richard, Pablo. "La Iglesia y la Teología de la Liberación en América Latina y El Caribe: 1962-2002". En Pasos, No. 103, San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 2002.
- Rivera, María-Milagros. El cuerpo indispensable: Significados del cuerpo de mujer. Madrid: horas y HORAS, 1996.
- Rivera, María-Milagros. Textos y espacios de mujeres, Barcelona: Icaria, 1995.
- Riviére, Margarita. "Los agentes de la moda". En Croci, Paula y Vitale, Alejandra (Compiladoras). Los cuerpos dóciles. Argentina: la marca editora, 2000.
- Robbins, Jill. "La poesía erótica femenina y la inscripción de la mujer en la cultura guatemalteca". En Preble-Niemi, Oralia (Editora). Afrodita en el trópico: Erotismo y construcción del sujeto femenino en obras de autoras centroamericanas. Maryland: Scripta Humanistica, Potomac, 1999.
- Robinson, Hilary. "Más allá de los límites: feminidad, cuerpo, representación". En

- Deepwell, Katy (Editora). Nueva crítica feminista de arte. Estrategias críticas. Madrid: Cátedra, 1998.
- Rodas, Ana María. Poemas de la izquierda erótica (trilogía). Guatemala: Piedra Santa, 2004.
- Rodríguez, A. Patricia. "Memorias del devenir: Belli, Cardenal y Ramírez recuentan la historia". En Revista del consejo Nacional para la Cultura y el Arte, No. 87/88, mayo/diciembre 2002, San Salvador.
- Rodríguez, Francisco. Autobiografía y dialogismo (el género literario y El río, novelas de caballería). Tesis de maestría en Literatura Latinoamericana, UCR, Sede Rodrigo Facio, 1997.
- Rodríguez, Francisco. Autobiografía y dialogismo, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004.
- Rodríguez, Ileana. "La puesta en escena del cuerpo erótico del poder: Instancias reflexivas del post-feminismo y su incidencia en la vida pública". En Zavala, Iris (Editora). Feminismos, cuerpos, escrituras. España: La página Ediciones, S. L, 2000.
- Rodríguez, Rosa M. Femenino fin de siglo. Barcelona: Anthropos, 1994.
- Rodríguez, Rosa M. El modelo frankenstein: De la diferencia a la cultura post. Madrid: Tecnos, S, A, 1997.
- Rodríguez, Rosa M. Foucault y la genealogía de los sexos, Barcelona: Anthropos, 1999.
- Rodríguez, Rosa M. Transmodernidad. Barcelona: Anthropos, 2004.
- Rodríguez, Eugenia. (Editora) Mujeres, Género e Historia en América Central durante los siglos XVIII, XIX y XX. San José, C. R: UNIFEM, 2002.
- Romera, José. "Estudio de la escritura autobiográfica española (Hacia un sintético panorama bibliográfico)". En Ledesma, Manuela (compiladora). Escritura autobiográfica y géneros literarios. Jaén: Universidad de Jaén, Gráficas la Paz, 1999.
- Rorty, Richard. "Feminismo, ideología y deconstrucción: una perspectiva pragmatista". En Zizek, Slavoj (Compilador). Ideología: Un mapa de la cuestión. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Sandoval, Carlos. Otros Amenazantes. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002.
- San Pedro, Teresa. "La palabra directa de Ana María Rodas o la negación de la estética

- poética tradicional". En Ístmica. Números tres-cuatro Heredia: UNA, 1997-1998. Págs. 196-206.
- Santa Cruz, Guadalupe. "La noche de las palabras". En Olea, Raquel (Editora), Escrituras de la diferencia. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.
- Scarano, Laura. Romano, Marcela. Ferrari, Marta., La voz diseminada Hacia una teoría del sujeto en la poesía española. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1994.
- Secreto, Cecilia. "Herencias femeninas: nominalización de un malestar". En Piña, Cristina (Editora). Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben). Buenos Aires: Biblos, volumen I, 1997.
- Secreto, Cecilia. "El cuerpo posmoderno: continentes perversos, panóptico del pervenir". En Piña, Cristina (editora). Mujeres que escriben sobre mujeres (que escriben). Buenos Aires: Biblos, volumen II, 2003.
- Segre, Cesare. Principios de análisis del texto literario. Barcelona: Crítica, 1985.
- Selden, Raman. La teoría literaria contemporánea. Barcelona: Editorial Ariel, S. A, 1987.
- Sifuentes, Ben. "Travestismo textual: Modos y modas de Carpentier". En Rodríguez, Ileana (coordinadora). Cánones literarios masculinos y relecturas transculturales. Barcelona: Anthropos, 2001.
- Silva, Rocío, 2005 El cuerpo y la literatura de mujeres. Encontrado en <http://www.flora.org.pe/DEBATE.htm>
- Simón, María del Carmen. "Mujeres rebeldes". En Duby, Georges y Perrot, Michelle (Directores). Historia de mujeres. Madrid: Taurus, tomo 8, 1992.
- Skłodowka, Elzbieta. Testimonio Hispanoamericano: historia, teoría, poética. Frankfurt am Main: Peter Lang, Europäischer Verlag der Wissenschaften, 1992.
- Smith, Sidonie. "Hacia una poética de la autobiografía de mujeres". En La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: Suplementos Anthropos, Diciembre, 1991.
- Solá, Marcela. "Virginia Wolf: Una Estética del Agua". En López, Marta (Compiladora). Mujeres fuera de quicio. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, S. A, 2000.
- Solís, Manuel. La institucionalidad ajena. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2006.
- Sommer, Doris. "Sin secretos". En Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores), La

- voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro S, A, 2002.
- Spivak, Gayatri. "Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía". En Carbonell, Neus y Torras, Meri (Compiladoras). Feminismos literarios. Madrid: ARCO/LIBROS, S, L, 1999.
- Stephen, Lynn. Este es mi testimonio: María Teresa Tula, luchadora pro-derechos humanos de El Salvador. San Salvador: Editorial Sombrero Azul, 1995.
- Stoltz, Norma. Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX. Guatemala: Tierra Nueva, 1998.
- Strathern, Marilyn. "Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología". En Reynoso, Carlos (Editor). El surgimiento de la antropología posmoderna. Barcelona: Gedisa, S, A, 2003.
- Suárez, Beatriz. "De la política sexual a las políticas de ubicación. Llevando más allá los límites de la teoría (literaria) feminista". En Ibeas, Nieves. Millán, Ma. Ángeles. La conjura del olvido. Barcelona: Icaria, 1997.
- Suárez, Beatriz. Martín, Ma. Belén y Fariña, Ma. Jesús. (Editoras). Escribir en femenino. Barcelona: Icaria, 2000.
- Suncín, Abigail. La Rosa que cautivó al Principito. San Salvador: Talleres Gráficos UCA, 2003.
- Sunsín, Consuelo. Memorias de la rosa, Madrid: Ediciones B, S. A. 2002.
- Sunsín, Consuelo. Memorias de Oppéde. San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte CONCULTURA, 1998.
- Tábora, Rocío. "Invisibilidad y memoria: Mecanismos de exclusión de lo femenino en el arte y la cultura hondureña". En Rodríguez, Eugenia (Editora). Mujeres, Género e Historia. San José, C. R: UNIFEM, 2002. Págs. 159-173.
- Taracena, Arturo y Jean Piel (Compiladores). Identidades nacionales y el Estado moderno en Centroamérica. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995.
- Tedlock, Dennis. "Preguntas concernientes a la antropología dialógica". En Reynoso, Carlos (Editor). El surgimiento de la antropología posmoderna. Barcelona: Gedisa, S, A, 2003.
- Terán, Milagros. "El diario de una poeta". En Exégesis, año 7, No. 19, 1994. Págs 53-59.

- Theodosiadis, Francisco. Literatura testimonial. Análisis de un discurso periférico. Bogotá: Editorial Magisterio, 1996.
- Todorov, Tzvetan. Introducción a la literatura fantástica. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972.
- Tyler, Stephen. "La etnografía posmoderna: de documento de lo oculto a documento oculto". En Reynoso, Carlos (Editor). El surgimiento de la antropología posmoderna. Barcelona: Gedisa, S, A, 2003.
- Urbina, Nicasio. "Semiótica del testimonio: Signos textuales y extra-textuales". En Primer Coloquio Internacional sobre Literatura y Testimonio en América Central. El Salvador, San Salvador: Editorial de la Universidad, 2003.
- Valcárcel, Amelia. Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder". Barcelona: Anthropos, 1994.
- Valenzuela, Luisa. "La mala palabra". En Minc, Rose (Directora). Revista Iberoamericana Número especial dedicado a las escritoras de la América Hispánica. Vol. LI, Julio-Diciembre 1985, núms. 132-133.
- Vera, Antonio. "Hacer hablar: la transcripción testimonial". En Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S, A, 2002.
- Violi, Patricia. El infinito singular. Madrid: Cátedra, S. A, 1991.
- Weigel, Sigrid. "La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres". En Ecker, Gisela (Editora), Estética feminista. Barcelona: Icaria, 1986.
- Woolf, Virginia. Una habitación propia. Barcelona: Seix Barral, S. A, 1995.
- Yúdice, George. "Testimonio y concientización". En Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S, A, 2002.
- Zalaquett, Mónica. "La pasión de una vida". En El Nuevo Diario, viernes 23 de febrero de 2001, Managua. Encontrado en <http://www.sololiteratura.com/gioobslapasion.htm>.
- Zavala, Iris. "Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico". En Díaz-Diocaretz, Myriam y Zavala, Iris (Coordinadoras). Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). Madrid: Anthropos, 1993.
- Zavala, Iris. (Editora) Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana), tomo IV. Barcelona: Anthropos, 1997.

- Zavala, Iris. (Editora) Feminismos, cuerpos, escrituras. Santa Cruz de Tenerife: La página ediciones, S. L, 2000.
- Zavala, Magda. "Poetas centroamericanas de la rebelión erótica". En Preble-Niemi, Oralia (Editora). Afrodita en el trópico. Maryland, USA: Scripta Humanistica, 1999.
- Zimmerman, Marc. "El otro de Rigoberta: Los testimonios de Ignacio Bizarro Pujan y la resistencia indígena en Guatemala", en Beverley, John y Achugar, Hugo (Coordinadores). La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, Ediciones Papiro, S, A, 2002.
- Zorrilla, Sergio. "Del cuerpo al goce y a la sexualidad como forma de subjetividad; la necesidad de reivindicar nuevamente la corporalidad", en Olea, Raquel (Editora). Escrituras de la diferencia sexual. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2000.



SIDUNA



F114699